A. Kolontái, L. Fridland, V. Bronner

La lucha contra la prostitución en la U.R.S.S. (1921-1935)

ediciones mnemosyne

La acera nocturna

Esto debe terminarse,
contra esto hay que luchar:
¡el eco del viejo mundo
en la acera de enfrente está!

Plumas, colorete, maquillaje, lunares,
la falsa belleza y su brillo,
las chicas venden sus «encantos»
a unos «gatos» libertinos.

Un placer contagioso,
hasta el alba gritos depravados;
un placer maligno
que hace tiempo debiera haber terminado.

Saneemos nuestras ciudades
y limpiemos este vertedero putrefacto
con la voluntad femenina,
la templanza proletaria y el trabajo.

Demián Bedni

A. KOLONTÁI, L. FRIDLAND, V. BRONNER

LA LUCHA CONTRA LA PROSTITUCIÓN EN LA U.R.S.S. (1921-1935)

mnemosyne

Colección COMUNISTA, n.º 3

0ª Edición, octubre de 2022

Imagen de la cubierta: «carné amarillo», tarjeta de identificación que debían poseer las prostitutas registradas en la Rusia zarista (1904)

Traducción directa desde el ruso de *La acera nocturna* y de las *Tesis sobre la lucha contra prostitución*: Jordi Mesalles García

Versión poética de *La acera nocturna*: Ediciones Mnemosyne

De las notas, el diseño y la edición, Ediciones Mnemosyne. Nuestro trabajo puede ser reproducido, compartido y difundido libremente mientras se den los créditos apropiados y sin fines comerciales.

Ediciones Mnemosyne

www.ediciones-mnemosyne.es

info@ediciones-mnemosyne.es

Замѣнительный билетъ

и

СМОТРОВАЯ КНИЖКА

№ 180

Выдалъ А. Луб

Настоящій замѣнительный билетъ выданъ проституткѣ Ивойлова Евдокия Михайлова кр. швейца Казанской губ. Свияжскаго уезда, В. Услонской волости, села Верхняго Услона

„20" лѣтъ, на проживаніе въ Нижегородской армаркѣ и Нижнемъ-Новгородѣ по 18 число Июня мѣсяца 1905 года, взамѣнъ подлиннаго ея вида, выданнаго ей изъ Верхне-Услонскаго вол. Прав.

за № 468 каковой видъ хранится въ канцеляріи Г. Полиціймейстера. По полученіи, настоящій билетъ она обязана предъявить тотчасъ въ мѣстный полицейскій участокъ для прописки Июня „19" дня 1904 г.

За Полиціймейстера [signature]

NOTA EDITORIAL

En su lucha por emancipar a la Humanidad de toda forma de explotación y opresión, la Unión Soviética dedicó muchos esfuerzos a eliminar definitivamente la prostitución en su territorio. En esta nueva antología nuestra editorial recupera cuatro textos que permitirán al lector tener una visión panorámica de la cuestión: cómo concebían los soviéticos el problema de la prostitución, qué medios dispusieron para luchar contra ella y qué resultados obtuvieron hasta mediados de los años 30.

*Los textos que reunimos, sin embargo, son bastante diferentes entre sí por su forma y contenido, aunque versen acerca de la misma temática. El que inaugura esta antología (*TESIS SOBRE LA LUCHA CONTRA LA PROSTITUCIÓN*) es un documento histórico, hasta ahora inédito en castellano, y que resume las concepciones bolcheviques del Estado soviético acerca de la prostitución y su pionero combate contra ella. Fechado en 1921, se puede decir que sintetiza el punto de vista marxista revolucionario sobre la cuestión; y está escrito tan pronto como la prostitución volvía a ser un problema social en el territorio del antiguo imperio de los zares, tras el fin del «comunismo de guerra» y la implantación de la Nueva Política Económica (NEP). El segundo de ellos, de Kolontái (*LA PROSTITUCIÓN Y LOS MEDIOS PARA COMBATIRLA*), es el discurso de una dirigente revolucionaria (también de 1921); se trata, esencialmente, de una llamada de atención sobre este* nuevo *problema económico, políticoy cultural, un análisis del mismo y una llamada a la lucha contra tal fenómeno. En tercer lugar, está el librito de Lev Fridland,* DESDE DIFERENTES ÁNGULOS: LA PROSTITUCIÓN EN LA U.R.S.S. *Fridland fue un venereólogo y divulgador ruso-soviético, afecto al poder bolchevique, pero, hasta donde sabemos, ajeno a la tradición militante del marxismo. Su libro refleja esto: publicado en Alemania en 1931, no adopta el punto de vista del dirigente revolucionario, ni tampoco el de funcionario estatal celoso de su misión; Fridland aparece más, en este libro, como el profesional-literato, el experto en venereología que hace sus pinitos narrativos. Su obra, aunque carece de sistematicidad, resulta muy interesante: a través de anécdotas, más o menos representativas, hace un recorrido por los*

ángulos muertos de la sociedad soviética en construcción, por sus esquinas aún no saneadas y sus rincones oscuros. Y, a pesar de todo ello, su conclusión es inequívoca: sólo el poder soviético puede acabar con la prostitución, herencia de la vieja sociedad burguesa. Finalmente, publicamos un folleto de Volf Bronner, bolchevique desde principios del siglo XX y destacado venereólogo soviético. Escribió LA LUCHA CONTRA LA PROSTITUCIÓN EN LA U.R.S.S. *en 1935 y se publicó en francés, en Moscú, en 1936, mientras era, entre otras cosas, director del Instituto Venereológico del Estado. En su texto, Bronner nos pone al día, desde el punto de vista «oficial» de un funcionario bolchevique, del estado de la prostitución en la Unión Soviética a mediados de los años 30, cuando los resultados económicos de la industrialización y la colectivización ya son notables.*

Lo interesante de reunir aquí textos tan relativamente dispares es que nos confirman la coherencia del proyecto soviético. Desde las tesis de 1921 y las declaraciones de principios enarboladas por Kolontái hasta las realizaciones que enumera Bronner hay una continuidad indiscutible que podemos resumir en estas ideas: la prostitución es inadmisible para el proletariado revolucionario, pero luchar contra su ejercicio en ningún caso debe consistir en la persecución contra quien la ejerce; y, al mismo tiempo, la única lucha eficaz contra la lacra de la prostitución presupone la revolución comunista.

* * *

Las TESIS *de 1921 han sido traducidas directamente del ruso por Jordi Mesalles García. Tomamos el texto de Kolontái del archivo MIA, cuya anónima traducción hemos modificado levemente comparando el texto con la versión inglesa publicada en sus* Selected Writings *(1977). El texto del librito de Fridland lo tomamos de su única edición castellana, traducida por Jesús Ibáñez para la* Editorial Fénix *en 1934; restauramos al texto la primera parte de su título, perdido en la edición española, y modernizamos la traducción allí donde aligeraba la lectura y evitaba confusiones. Finalmente, publicamos el texto de Bronner según la traducción de los compañeros del* Colectivo Avrora, *que tan amablemente nos han cedido su uso. Nos hemos limitado a modificar levemente la traducción allí donde el contraste con el original francés lo hacía conveniente.*

COMISIÓN INTERDEPARTAMENTAL
PARA LA LUCHA CONTRA LA PROSTITUCIÓN

TESIS SOBRE LA LUCHA CONTRA LA PROSTITUCIÓN

1. La prostitución está estrechamente relacionada con los fundamentos del modo capitalista de producción y del trabajo asalariado.

2. Sin la creación de las bases comunistas de la economía y la convivencia, la desaparición de la prostitución es inviable. El comunismo es la tumba de la prostitución.

3. La lucha contra la prostitución es la lucha contra las causas que la generan, es decir, el capital, la propiedad privada y la división de la sociedad en clases.

4. En la República Soviética de Obreros y Campesinos, la prostitución es una herencia directa del estilo de vida capitalista-burgués.

5. La Rusia soviética, en aras de la recuperación física y moral de toda su población, debe empezar de inmediato a combatir aquellas condiciones que sustentan la prostitución e incrementan sus cuadros.

6. La fuente principal de la prostitución en este periodo actual de transición es la deficiencia del aparato económico nacional con las consecuencias inevitables derivadas de esto: el hambre, la carestía, etc.

7. La lucha contra estas fuentes de prostitución no puede plantearse como una medida de carácter especial, ya que la eliminación de tales fuentes constituye la esencia de toda la política soviética y tendrá lugar en el proceso de construcción socialista.

Sólo se debe intensificar esta lucha, haciendo participar en ella a los círculos más amplios de obreras y a todas las trabajadoras en general, a través de los departamentos de obreras [*Zhenotdels*].

8. El antiguo legado aún existente del capitalismo, la servidumbre, familiar y doméstica, de la mujer, es la segunda fuente de prostitución en el periodo actual.

La emancipación económica, política y jurídica de la mujer, la cual se está produciendo en el proceso de construcción socialista soviética, está eliminando esta fuente de prostitución.

9. Las otras condiciones que favorecen al incremento de la prostitución corresponden a:

a) La soledad y la falta de recursos de las chicas jóvenes con su falta de preparación para el trabajo;

b) El abandono en la infancia;

c) Falta de interés cultural por parte de la juventud y carencia del sustento espiritual correspondiente;

d) Reminiscencias de la moral burguesa, con un desarrollo pobre y débil del sentimiento de igualdad fraternal y de camaradería entre los dos sexos.

10. En este sentido, la lucha contra las fuentes de la prostitución debe llevarse a cabo mediante acciones apropiadas y ampliamente desarrolladas del Comisariado del Pueblo de Educación. Para la preparación laboral de las chicas jóvenes sin recursos son necesarias las organizaciones de todo tipo, una amplia difusión de conocimientos a través de clubes, conferencias, escuelas, cursos para adolescentes y adultos, la lucha contra el abandono infantil mediante la educación social, etc.

11. Con el objetivo de proteger a la infancia, se debe aprobar una ley sobre el derecho del Estado para quitar a los padres los niños que se encuentren en condiciones físicas o morales especialmente perjudiciales.

12. La lucha contra el abandono y la falta de recursos de las chicas jóvenes debe conducir a lo siguiente:

a) Una organización amplia de casas comunales para jóvenes y solteras;

b) Organización inmediata de talleres de todo tipo, compuestos por cuadros de la población inactiva;

c) Hacia una mayor puesta en práctica de los decretos de la seguridad social (ayudas a los desempleados, una mayor protección a la maternidad y, también, al trabajo de menores);

d) Organización de hogares de estancia temporal, comunas de alojamiento, de trabajo, etc.

13. Todas estas medidas pueden y deben llevarse a cabo sólo con la participación activa de los departamentos de obreras y del Komsomol.[1]

14. Partiendo de que las condiciones sociales y económicas vigentes de nuestro periodo de transición dan lugar a una mezcla de las normas de la moral burguesa y de la nueva, que aún está formándose, en el ámbito de las relaciones entre ambos sexos, es necesario lo siguiente para poder mejorar las relaciones entre ambos:

a) Un enfoque correcto de la cuestión de la educación sexual en todos los niveles de la enseñanza;

b) Todo el apoyo posible con conferencias populares, discursos que muestren las normas de la nueva moral en el ámbito matrimonial y de las relaciones familiares. Debe formarse una opinión pública y generalizada de que la compra de mujeres y todo tipo de coacción para cohabitar es una absoluta vergüenza, y es totalmente contrario a las bases de la nueva moral que se está formando y al comunismo. La opinión pública debe perseguir esto de una manera estricta y despiadada, como, por ejemplo, a los esquiroles en los países capitalistas. Ambos fenómenos impiden el fortalecimiento de la solidaridad y la camaradería en la clase obrera y por eso están sujetos a los debates y discusiones más enérgicas.

En este sentido, el trabajo especializado debe llevarse a cabo entre los jóvenes con la ayuda de la Unión Comunista de la Juventud.

15. En la República Soviética no debería haber cabida para ninguna medida específica de lucha contra la prostitución, exceptuando las medidas preventivas mencionadas anteriormente.

La cuestión del uso correcto y conveniente de las fuerzas femeninas en la economía nacional es el aspecto más fundamental, el cual socava las bases de la prostitución. La realización, lo

[1] Unión Comunista de la Juventud. | N. del T.

antes posible, de las libretas de trabajo en la República Soviética es una de las formas más acertadas de combatir la prostitución de carácter profesional.

16. En relación con la mujer trabajadora, para la cual la prostitución es un oficio secundario, sólo se permite la aplicación de las medidas generales de carácter social, económico y educativo antes mencionadas, y, sobre todo, la intensificación de la labor propagandística en el sector de mujeres trabajadoras que estén en una situación económica peor.

17. Las prostitutas profesionales, cuyo único medio de vida sea la prostitución, deben ser tratadas como parásitos sociales y desertoras del trabajo, y, al igual que con el resto de los desertores, deben ser procesadas por los mismos motivos.

18. Los asignadores forman los organismos de lucha contra la prostitución, la cual es uno de los tipos de deserción laboral, a dónde van a parar todos los sujetos que evaden el trabajo socialmente necesario. Los asignadores deben tratar por igual a todas las desertoras del trabajo femenino. A las personas enfermas se las aísla en hospitales. Las personas sanas y en plenas condiciones para trabajar son enviadas a colonias de trabajo, a talleres, a cursos de formación profesional o a la subsección de incorporación y distribución de la fuerza de trabajo, con el objetivo de devolver a los desertores del trabajo y a las prostitutas a la vida laboral.

Las personas que no son capaces de trabajar son integradas en viviendas para discapacitados, y a los que no desean trabajar se les aplican las medidas generales contra la deserción laboral.

19. Aplicando las medidas generales inmediatas, mencionadas anteriormente, contra la prostitución, el poder obrero y campesino no renuncia a las medidas represivas contra todas las formas de complicidad con la prostitución.

20. El Comisariado del Pueblo de Salud debe elaborar un informe acerca de las bases del decreto sobre la prevención de enfermedades de transmisión sexual entre la población, en aras de la higiene racial[2] y la protección laboral.

[2] La salud de la población. | N. del T.

21. Los organismos que participan en la lucha contra la prostitución:

El Comisariado del Pueblo de Bienestar Social participa con sus instituciones de protección social y se encarga de la gestión general de las medidas para combatir la prostitución.

Los Zhenotdel[3] del P.C.R. [Partido Comunista de Rusia] y del Komsomol participan con sus propios aparatos propagandísticos, y, además, participan directamente en la realización de las medidas para la lucha.

El Comisariado del Pueblo de Salud participa con su aparato médico y educativo.

El Comisariado del Pueblo de Educación participa con su organismo de educación política, de formación profesional y sus instituciones para combatir la prostitución infantil.

El Comisariado del Pueblo de Trabajo, el Comisariado Principal de Trabajo y sus órganos locales participan con su aparato de servicio laboral y de registro de asignación de la fuerza de trabajo.

El Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos participa con su aparato policial, que lleva a cabo la lucha general contra la deserción laboral.

El Comisariado del Pueblo de Justicia participa con la aplicación de medidas punitivas hacia los desertores laborales y con todo tipo de complicidad hacia ellos.

[3] El Departamento de Mujeres Trabajadoras y Mujeres Campesinas. Por su recurrencia, lo volcamos habitualmente como Zhenotdel. Usamos la transliteración inglesa por su extendido uso. | N. de la E.

Exprostitutas en un campo de trabajo
durante el «comunismo de guerra» (1919)

A. M. KOLONTÁI

LA PROSTITUCIÓN Y LOS MEDIOS PARA COMBATIRLA

Discurso a la tercera conferencia de dirigentes de los Departamentos Regionales de la Mujer de toda Rusia

Camaradas, la cuestión de la prostitución es un tema difícil y espinoso al que se le ha prestado muy poca atención en la Rusia soviética. Esta oscura herencia de nuestro pasado capitalista continúa envenenando el ambiente de la república de los trabajadores y afecta a la salud física y moral de los obreros de la Rusia soviética. Es cierto que en tres años de revolución la naturaleza de la prostitución ha variado un poco bajo la presión de las cambiantes condiciones económicas y sociales. Pero estamos todavía lejos de librarnos de este mal. La prostitución sigue existiendo y amenaza el sentimiento de solidaridad y camaradería entre los obreros y las obreras, los miembros de la república de los trabajadores. Y este sentimiento es el cimiento, la base de la sociedad comunista que estamos construyendo y haciendo realidad. Es hora de que afrontemos este problema. Es hora de que reflexionemos y atendamos a los motivos que dan lugar a la prostitución. Es hora de que encontremos formas y medios de deshacernos de una vez por todas de este mal, para el cual no hay lugar en una república de los trabajadores.

Nuestra república de los trabajadores hasta ahora no ha aprobado leyes enfocadas a la erradicación de la prostitución, y ni siquiera ha publicado una formulación prestigiosa y científica de la consideración de que la prostitución es algo que perjudica al colectivo. Sabemos que la prostitución es un mal, e incluso reconocemos que, en este momento, en este período de transición tan complejo, la prostitución se ha vuelto extremadamente común. Pero hemos dejado de lado el asunto, nos hemos quedado callados al respecto. En parte por las actitudes hipócritas que hemos heredado de la burguesía, y en parte por nuestra

propia reticencia a considerar y ponernos de acuerdo sobre el perjuicio que causan el incremento y la extensión masiva de la prostitución en el colectivo obrero. Y nuestra falta de entusiasmo en la lucha contra la prostitución se ha visto reflejada en nuestra legislación.

Hasta ahora no hemos aprobado ninguna ley que reconozca la prostitución como un fenómeno social perjudicial. Cuando las viejas leyes zaristas fueron derogadas por el Consejo de Comisarios del Pueblo, se suprimieron todos los estatutos sobre la prostitución. Pero no se presentaron nuevas medidas basadas en los intereses del pueblo trabajador. Por consiguiente, la política de las autoridades soviéticas hacia las prostitutas y la prostitución se ha caracterizado por su diversidad y sus contradicciones. En algunas áreas la policía todavía detiene a prostitutas igual que en los viejos tiempos. En otros lugares, subsisten burdeles muy abiertamente (la Comisión Interdepartamental para la Lucha contra la Prostitución tiene datos sobre esto). Y hay otros sitios donde las prostitutas son consideradas criminales y son recluidas en campos de trabajos forzados. Las diferentes actitudes de las autoridades locales resaltan así la ausencia de un estatuto claramente redactado. Nuestra vaga actitud hacia este complejo fenómeno social es la responsable de algunas distorsiones y desviaciones de los principios subyacentes a nuestra legislación y moral.

Debemos por tanto no sólo encarar el problema de la prostitución, sino buscar una solución que esté en la línea de nuestros principios fundamentales y del programa de transformación económica y social que sigue el partido de los comunistas. Debemos, sobre todo, definir claramente qué es la prostitución. La prostitución es un fenómeno que está estrechamente ligado a los ingresos no derivados del trabajo, y se desarrolla y prospera en la época dominada por el capital y la propiedad privada. Las prostitutas, desde nuestro punto de vista, son mujeres que venden su cuerpo a cambio de un beneficio material: por comida decente, por ropa y otras ventajas; son prostitutas todas aquellas que evitan la necesidad de trabajar entregándose a sí mismas a un hombre, ya sea por un tiempo o de por vida.

Nuestra república soviética de trabajadores ha heredado la prostitución del pasado capitalista, donde sólo un pequeño número de mujeres trabajaban directamente en la economía nacional y la mayoría contaba con el «cabeza de familia» masculino, con el padre o el marido. La prostitución surgió con los primeros Estados como una sombra inevitable de la institución oficial del matrimonio, que estaba concebido para preservar los derechos de la propiedad privada y garantizar la herencia de la propiedad a través de un linaje de herederos legítimos. La institución del matrimonio permitió impedir que la riqueza acumulada fuera desperdigada entre un gran número de «herederos». Pero hay una gran diferencia entre la prostitución de Grecia y Roma y la prostitución que conocemos hoy. En los tiempos antiguos el número de prostitutas era pequeño, y no existía esa hipocresía, esencia de la moral del mundo burgués, que fuerza a la sociedad burguesa a quitarse el sombrero respetuosamente ante la «legítima esposa» de un magnate industrial (la cual obviamente se ha vendido a un marido al que no ama) para repudiar a una chica que ha sido empujada a las calles a causa de la pobreza, la indigencia, el desempleo y otras situaciones sociales que se derivan de la existencia del capitalismo y la propiedad privada. El mundo antiguo tenía a la prostitución como el complemento *legal* a las relaciones exclusivamente familiares. Aspasia, la amante de Pericles, era respetada por sus contemporáneos mucho más que las insulsas mujeres del sistema de crianza.

En la Edad Media, donde predominaba la producción artesanal, la prostitución era aceptada como algo natural y legítimo. Las prostitutas tenían sus propios gremios y participaban en festivales y actividades locales de igual manera que los otros gremios. La prostituta aseguraba que las hijas de los respetables ciudadanos permanecieran castas y sus mujeres fieles, ya que los hombres solteros podían, a cambio de una compensación económica, acudir a las miembros del gremio para obtener consuelo. La prostitución se tornaba así beneficiosa para los respetables propietarios y era abiertamente aceptada por ellos.

Con el ascenso del capitalismo, la situación cambia. En los siglos XIX y XX la prostitución alcanza proporciones amenazantes por primera vez. La venta del trabajo de la mujer, que está estrecha e inseparablemente conectada a la venta del cuerpo femenino, se incrementa ininterrumpidamente, llevando a una situación donde la respetada esposa de un obrero, y no sólo la abandonada y «deshonrada» chica, se une a las filas de las prostitutas: una madre por el bien de sus hijos, o una joven como Sonia Marmeládova[1] por el bien de su familia. Éste es el horror y la desesperanza que resulta de la explotación del trabajo por el capital. Cuando los salarios de una mujer son insuficientes para mantenerla viva, la venta de favores parece una posible ocupación complementaria. La moral hipócrita de la sociedad burguesa fomenta la prostitución por la estructura de su economía explotadora, mientras que al mismo tiempo cubre con desprecio a cualquier chica o mujer que es forzada a tomar este camino.

La negra sombra de la prostitución acecha al matrimonio legal de la sociedad burguesa. La historia nunca antes ha presenciado tal crecimiento de la prostitución como ha ocurrido en la última parte del siglo XIX y el siglo XX. En Berlín hay una prostituta por cada veinte de las llamadas mujeres honestas. En París la proporción es de una de cada dieciocho y, en Londres, una de cada nueve. Hay diferentes tipos de prostitución: existe una prostitución abierta, que es legal y está sujeta a regulación, y está el tipo secreto, «temporal». Todas las formas de prostitución florecen como una flor venenosa en los barrizales del estilo de vida burgués.

El mundo de la burguesía no perdona ni a las niñas, forzando a las chicas jóvenes de nueve y diez años a los sórdidos abusos de ancianos ricos y depravados. En los países capitalistas hay burdeles que se especializan exclusivamente en chicas jovencísimas. En el actual período de posguerra, toda mujer tiene que afrontar la posibilidad del desempleo. El paro azota a la mujer en particular y causa un enorme incremento del ejército de las «mujeres de la calle». Masas hambrientas de mujeres en

[1] Uno de los personajes principales de *Crimen y castigo*, novela de Fíodor Dostoyevksi. | N. de la E.

busca de compradores de «esclavas blancas» inundan de noche las calles de Berlín, París y otros centros desarrollados de los Estados capitalistas. El comercio con los cuerpos de mujeres se desarrolla muy a la luz, lo cual no debe sorprendernos si consideramos que toda la vida burguesa está basada en la compra y la venta. Hay un elemento innegable de consideraciones materiales y económicas incluso en el más legal de los matrimonios. La prostitución es la única salida para la mujer que no puede mantenerse permanentemente. La prostitución bajo el capitalismo les da la oportunidad a los hombres de tener relaciones sexuales sin tener que asumir la responsabilidad de mantener a las mujeres hasta la tumba.

Pero si la prostitución tiene tanto arraigo y está tan extendida, hasta en la misma Rusia, ¿cómo debemos luchar contra ella? Para responder a esta cuestión debemos primero analizar con más detalle los factores que hacen surgir la prostitución. A la ciencia burguesa y sus académicos les encanta demostrar al mundo que la prostitución es un fenómeno patológico; por ejemplo, que es el resultado de las anormalidades de algunas mujeres. Del mismo modo que algunas personas son criminales por naturaleza, algunas mujeres, se argumenta, son prostitutas por naturaleza. Independientemente de dónde o cómo tales mujeres pudieran haber vivido, se habrían dedicado a una vida de pecadoras. Los marxistas y los académicos, médicos y estadísticos más conscientes han demostrado claramente la idea de que la «disposición innata» es falsa. La prostitución es sobre todo un *fenómeno social*; está estrechamente conectado a la necesitada posición de la mujer y su dependencia económica con respecto al hombre en el matrimonio y la familia. Las raíces de la prostitución están en la economía. La mujer, por un lado, está en una posición económicamente vulnerable, y, por el otro, condicionada por siglos de educación para esperar favores materiales de un hombre a cambio de favores sexuales, ya se den estos dentro o fuera de la atadura del matrimonio. Ésta es la raíz del problema. Aquí está el origen de la prostitución.

Si los académicos burgueses de la escuela Lombroso-Tarnovski[2] estuviesen en lo cierto al mantener que las prostitutas nacen con el sello de la corrupción y la anormalidad sexual, ¿cómo se explicaría algo que es bien sabido por todos, que en tiempos de crisis y desempleo el número de prostitutas se incrementa inmediatamente? ¿Cómo se explicaría que los proveedores de «mercancía humana» que llegaban a la Rusia zarista provenientes de otros países de Europa occidental siempre encontraban una buena cosecha en zonas donde los cultivos habían sido un fracaso y la población estaba sufriendo de hambre, mientras que venían con nuevos empleados desde lejanas regiones de abundancia? ¿Por qué tantas de las mujeres que supuestamente están destinadas por naturaleza a la ruina sólo se han dado a la prostitución en años de hambre y desempleo?

Es también significativo que en los países capitalistas la prostitución recluta a sus empleados de entre los sectores desposeídos de la población. Trabajo mal pagado, indigencia, pobreza extrema y la necesidad de mantener a los hermanos y hermanas más pequeños: éstos son los factores que engendran a la mayoría de las prostitutas. Si las teorías burguesas sobre la disposición innata corrupta y criminal fueran ciertas, entonces todas las clases de la población deberían contribuir igualmente a la prostitución. Debería haber la misma proporción de mujeres corruptas entre los ricos y entre los pobres. Pero las prostitutas profesionales, mujeres que viven de sus propios cuerpos, son reclutadas de las clases pobres salvo en raras excepciones. La pobreza, el hambre, la privación y las flagrantes desigualdades sociales, que son la base del orden burgués, conducen a estas mujeres a la prostitución.

O de nuevo uno puede señalar que las prostitutas en los países capitalistas tienen en su mayoría entre 13 y 20 años, de acuerdo con las estadísticas. Niñas y mujeres jóvenes, en otras

[2] Kolontái se refiere a Cesare Lombroso, padre de la escuela positivista en criminología, y a sus discípulos rusos, Veniamin Tarnovski y Pauline Tarnovskaya. Esta escuela consideraba que tanto el delito en general como la prostitución en particular estaban biológicamente determinados. | N. de la E.

palabras. Y la mayoría de estas chicas están solas y sin hogar. Las niñas criadas en ambientes ricos que tienen una estupenda familia burguesa que las protege rara vez caen en la prostitución. Las excepciones son generalmente víctimas de trágicas circunstancias. Por lo común son víctimas de la «doble moral» hipócrita. La familia burguesa abandona a la chica que ha «pecado» y ella, sola, sin apoyo y estigmatizada por el desprecio de la sociedad, ve en la prostitución la única salida.

Podemos, por tanto, enumerar como factores causantes de la prostitución los salarios bajos, las desigualdades sociales, la dependencia económica de la mujer respecto al hombre, y la mala costumbre por la cual las mujeres esperan ser mantenidas a cambio de favores sexuales en vez de a cambio de su trabajo.

La revolución obrera en Rusia ha destrozado las bases del capitalismo y ha asestado un duro golpe a la antigua dependencia de la mujer respecto al hombre. Todos los ciudadanos son iguales ante la comunidad del trabajo. Están obligados por igual a trabajar por el bien común y son igualmente merecedores del apoyo del colectivo cuando lo necesiten. Una mujer se mantiene no mediante el matrimonio, sino por el papel que juega en la producción y por la contribución que realiza a la riqueza del pueblo.

Las relaciones entre los sexos se están transformando. Pero todavía somos prisioneros de las viejas ideas. Además, la estructura económica está lejos de ser completamente organizada de un modo nuevo, y el comunismo queda aún muy lejos. En este período de transición es natural que la prostitución siga teniendo un fuerte arraigo. Al fin y al cabo, aunque las causas principales de la prostitución –la propiedad privada y la política de fortalecimiento de la familia– han sido eliminadas, otros factores tienen peso. La indigencia, el abandono, las condiciones insalubres en las viviendas, la soledad y los bajos salarios para la mujer se mantienen en nuestros días. Nuestro aparato productivo sigue en un estado de colapso y continúa la dislocación de la economía nacional. Éstas y otras condiciones económicas y sociales llevan a la mujer a prostituirse. Luchar contra la prostitución significa sobre todo luchar contra estas condiciones; en

otras palabras, significa apoyar la política general del gobierno soviético, que está dirigida al fortalecimiento de las bases del comunismo y la organización de la producción.

Algunos podrían decir que no se necesita ninguna campaña especial, puesto que la prostitución no tendrá lugar una vez que el poder de los obreros y las bases del comunismo estén fortalecidos. Este tipo de argumento no tiene en cuenta el efecto dañino y divisor que tiene la prostitución en la construcción de una nueva sociedad comunista.

La consigna correcta fue formulada en el primer Congreso de la mujer obrera y campesina de toda Rusia: «Una mujer de la república soviética del trabajo es una ciudadana libre con iguales derechos, y no puede ni debe ser objeto de compra y venta». La consigna se proclamó, pero no se hizo nada. Sobre todo, la prostitución perjudica la economía nacional y obstaculiza el desarrollo de las fuerzas productivas. Sabemos que sólo podemos superar el caos y mejorar la industria si empleamos los esfuerzos y las energías de los obreros y si organizamos la fuerza de trabajo disponible de los hombres y las mujeres de la manera más racional posible. ¡Abajo el trabajo improductivo de las tareas domésticas y del cuidado de los niños! ¡Abrir paso al trabajo que está organizado y es productivo, y que sirve a la comunidad del trabajo! Éstas son las consignas que debemos asumir.

¿Y qué es, después de todo, la prostituta profesional? Es una persona cuya energía no es usada por y para el colectivo; una persona que vive a costa de otros, consumiendo parte de las raciones de los demás. ¿Se puede permitir esto en una república de trabajadores? No. No puede ser permitido, porque reduce las reservas de energía y el número de las manos laboriosas que están creando la riqueza nacional y el bienestar general. Desde el punto de vista de la economía nacional la prostituta profesional es una desertora del trabajo. Por esta razón debemos oponernos sin compasión a la prostitución. Por los intereses de la economía debemos empezar una lucha inmediata por reducir el número de prostitutas y eliminar la prostitución en todas sus formas.

Es hora de que entendamos que la existencia de la prostitución contradice los principios básicos de una república de los trabajadores que lucha contra toda forma de salario no derivado del trabajo. En los tres años de revolución nuestras ideas sobre este tema han cambiado mucho. Una nueva filosofía, que tiene poco en común con las viejas ideas, está forjándose. Hace tres años considerábamos a un comerciante una persona totalmente respetable. Asegurándonos de que sus cuentas estaban en orden y no engañaba ni estafaba a su cliente de una forma demasiado clara, era recompensado con el título de «comerciante de primera», «estimado ciudadano», etc.

Desde la revolución las actitudes hacia el comercio y los comerciantes han cambiado radicalmente. Ahora llamamos al «comerciante honrado» un especulador, y en vez de recompensarlo con títulos honorarios lo llevamos ante una checa y lo ponemos en un campo de trabajos forzados. ¿Por qué hacemos esto? Porque sabemos que solamente podemos construir una nueva economía comunista si todos los ciudadanos adultos se implican en el *trabajo productivo*. La persona que no trabaja y que vive de alguien o de un salario no derivado del trabajo perjudica al colectivo y a la república. Nosotros, por tanto, perseguimos a los especuladores, a los comerciantes y a los acaparadores, ya que todos viven de los ingresos no derivados del trabajo [rentas]. Debemos luchar contra la prostitución como otra forma de deserción laboral.

Por tanto, no condenamos la prostitución y luchamos contra ella como una categoría especial sino como un tipo de deserción laboral. Para nosotros en la república de los trabajadores no es importante si una mujer se vende a un hombre o a muchos, si está considerada como una prostituta profesional vendiendo sus favores a unos clientes o como esposa vendiéndose a su marido. Todas las mujeres que evitan el trabajo y no toman parte en la producción o en el cuidado de los niños se exponen a la posibilidad de que, al igual que a las prostitutas, se las fuerce a trabajar. No podemos diferenciar entre una prostituta y una esposa legítima mantenida por su esposo, quienquiera que sea su marido, incluso si es un «comisario» [político]. Es la falta de parti-

cipación en el trabajo productivo lo que constituye el hilo común que conecta a todos los desertores del trabajo. El colectivo obrero condena a la prostituta no porque entregue su cuerpo a muchos hombres sino porque, igual que la esposa legítima que se queda en casa, no hace ningún trabajo útil para la sociedad.

La segunda razón para organizar una campaña deliberada y planificada contra la prostitución es la de salvaguardar la salud del pueblo. La Rusia soviética no quiere que la enfermedad paralice y debilite a sus ciudadanos y reduzca su capacidad de trabajo. Y la prostitución extiende enfermedades venéreas. Por supuesto, no es el único medio por el cual la enfermedad se transmite. El hacinamiento, la ausencia de hábitos de higiene, la vajilla y las toallas comunes también contribuyen. Además, en esta época de normas morales cambiantes y particularmente cuando hay también un continuo movimiento de tropas de un sitio a otro, se registra un intenso ascenso en el número de casos de enfermedades venéreas que tuvieron lugar al margen de la prostitución comercial. La guerra civil, por ejemplo, es furiosa en las fértiles regiones del sur. Los cosacos fueron abatidos y se han retirado con el ejército blanco. Las mujeres se quedan solas en las aldeas. Tienen abundancia de todo excepto de maridos. Las tropas del Ejército Rojo entran en la aldea. Son alojados en las casas y se quedan varias semanas. Se desarrollan relaciones libres entre los soldados y las mujeres. Estas relaciones no tienen nada que ver con la prostitución: la mujer va con el hombre voluntariamente porque se siente atraída por él, y no hay ningún pensamiento de obtener ganancia material de ello. No es el soldado del Ejército Rojo el que mantiene a la mujer, sino más bien lo contrario. La mujer cuida de él durante el tiempo en que las tropas se alojan en la aldea. Las tropas se marchan, pero dejan enfermedades venéreas detrás. La infección se extiende. Las enfermedades se desarrollan, se multiplican y amenazan con destrozar a las generaciones más jóvenes.

En una reunión conjunta del departamento de protección de la maternidad y el departamento de la mujer [*Zhenotdel*], el profesor Koltsov habló de eugenesia, la ciencia de mantener y mejorar la salud de la humanidad. La prostitución está estre-

chamente relacionada con este problema, ya que es una de las formas principales en que se extienden las infecciones. Las tesis de la Comisión Interdepartamental para la Lucha contra la Prostitución señalan que es una tarea urgente el desarrollo de medidas especiales para luchar contra las enfermedades venéreas.[3] Se deben, por supuesto, dar pasos para abordar todas las fuentes de enfermedades, y no sólo la prostitución, como hace la hipócrita sociedad burguesa. Pero, aunque las enfermedades se extiendan hasta cierto punto por las circunstancias cotidianas, es no obstante esencial difundir una clara idea de cuál es el papel que la prostitución juega aquí. La organización correcta de la educación sexual para los jóvenes es especialmente importante. Debemos armar a los jóvenes de información precisa que les permita llegar a la vida con los ojos abiertos. No debemos quedarnos por más tiempo callados ante cuestiones relacionadas con la vida sexual; debemos romper con la falsa e intolerante moral burguesa.

La prostitución no es compatible con la república obrera soviética por una tercera razón: no contribuye al desarrollo y fortalecimiento ni de un carácter de clase ni del proletariado y su nueva moral.

¿Cuál es el atributo fundamental de la clase obrera? ¿Cuál es su arma moral más fuerte en esta lucha? La solidaridad y la camaradería es la base del comunismo. Si este sentido no se desarrolla ampliamente entre los trabajadores, la construcción de una verdadera sociedad comunista es inconcebible. Los comunistas políticamente conscientes deberían, en consecuencia, fomentar el desarrollo de la solidaridad en todos los sentidos y luchar contra los que entorpecen su desarrollo. La prostitución destruye la igualdad, la solidaridad y la camaradería de las dos mitades de la clase obrera. Un hombre que compra los favores de una mujer no la ve como una camarada o como una persona con iguales derechos. Ve a la mujer como dependiente de él mismo y como una criatura desigual, de rango inferior, que es inservible al Estado de los trabajadores. El desprecio que tiene

[3] Véase, en esta misma edición, la tesis 20 de la p. 12. | N. de la E.

por la prostituta, cuyos favores ha comprado, afecta en su actitud hacia todas las mujeres. El desarrollo de la prostitución, lejos de permitir el incremento del sentimiento de camaradería y de la solidaridad, fortalece la desigualdad de las relaciones entre sexos.

La prostitución es ajena y perjudicial para la nueva moral comunista que está en proceso de formación. La tarea del partido en general y de los departamentos de la mujer en particular [*Zhenotdels*] debe ser lanzar una amplia y decidida campaña contra esta herencia del pasado. En la sociedad burguesa todos los intentos de luchar contra la prostitución eran un inútil gasto de energía, ya que los dos factores que alimentaban el fenómeno –la propiedad privada y la dependencia material, directa de la mayoría de las mujeres respecto al hombre– estaban firmemente establecidas. En una república de los trabajadores la situación ha cambiado. La propiedad privada se ha abolido y todos los ciudadanos de la república están obligados a trabajar. El matrimonio ha dejado de ser un método mediante el cual la mujer podía encontrar alguien que la mantuviese y así evitar la necesidad de trabajar y de mantenerse a sí misma mediante su propio trabajo. Los grandes factores sociales que daban pie a la prostitución han sido eliminados en la Rusia soviética. Varios factores secundarios, económicos y sociales, aún perviven, con los cuales es más fácil lidiar. Los departamentos de la mujer deben abordar la lucha con energía y encontrarán un amplio campo de actividad.

Por iniciativa del Departamento Central[4] se organizó el año pasado una Comisión Interdepartamental dedicada a la lucha contra la prostitución. Por varias razones el trabajo de la comisión fue descuidado por un tiempo, pero desde el otoño de este año ha habido señales de vida, y con la cooperación del doctor Goldman y el Departamento Central (de la Mujer) se ha planeado y organizado trabajo. Se han implicado representantes de los Consejos de Comisarios del Pueblo de Salud, Trabajo, Seguridad

[4] Este «departamento central» es el conocido *Zhenotdel*, que como se infiere del párrafo anterior tenía también ramificaciones regionales. | N. de la E.

Social e Industria, el Departamento de la mujer y la Unión de la Juventud Comunista [Komsomol]. La Comisión ha impreso las tesis[5] en el boletín n.º 4, distribuye circulares a todos los departamentos regionales de seguridad social que esbozan un plan para establecer Comisiones similares por todo el país, y ha comenzado a poner en marcha una serie de medidas concretas que abarcan los factores que dan lugar a la prostitución.

La Comisión Interdepartamental considera necesario que los departamentos de la mujer tomen parte activa en esta tarea, ya que la prostitución afecta a las mujeres desposeídas de la clase obrera. Es nuestro trabajo, es el trabajo de los departamentos de la mujer organizar una campaña de masas en torno a la cuestión de la prostitución. Debemos abordar este tema teniendo en cuenta los intereses del colectivo obrero y asegurar que la revolución dentro de la familia se complete, y que las relaciones entre los sexos se sustenten en una base más humana.

La Comisión Interdepartamental, como dicen las tesis claramente, es de la opinión de que la lucha contra la prostitución está relacionada fundamentalmente con la realización de nuestra política soviética en el área de la economía y la construcción general. La prostitución será erradicada cuando las bases del comunismo se fortalezcan. Ésta es la certeza que determina nuestras acciones. Pero también necesitamos comprender la importancia de crear una moral comunista. Las dos tareas están estrechamente conectadas: la nueva moral la crea una nueva economía, pero no construiremos una nueva economía comunista sin el apoyo de una nueva moral. La claridad y un pensamiento preciso son esenciales en este asunto, y no tenemos nada que temer de la verdad. Los comunistas deben aceptar abiertamente que están teniendo lugar cambios sin precedentes en la naturaleza de las relaciones sexuales. Son los cambios en la estructura económica y el nuevo papel que la mujer juega en la actividad productiva del Estado obrero los que han dado vida a esta revolución. En este difícil período de transición, donde se está destruyendo lo viejo y lo nuevo está en proceso de crearse,

[5] Éste es el texto que abre la presente antología. | N. de la E.

las relaciones entre sexos a veces se manifiestan como incompatibles con los intereses del colectivo. Pero hay también algo saludable en la diversidad de relaciones que se tienen.

Nuestro Partido y los departamentos de la mujer en particular deben analizar las diferentes formas de relaciones para determinar cuáles son compatibles con las tareas generales de la clase revolucionaria y sirven al fortalecimiento del colectivo y sus intereses. Los comunistas deben rechazar todo comportamiento que sea perjudicial para el colectivo. Así es como el Departamento Central de la Mujer ha entendido las tareas de la Comisión Interdepartamental. No sólo es necesario tomar medidas prácticas para luchar contra la situación y las circunstancias que nutren la prostitución y resolver los problemas de la vivienda y la soledad, etc., sino también ayudar a la clase obrera a establecer su moral junto a su dictadura.

La Comisión Interdepartamental señala que en la Rusia soviética la prostitución se practica (a) como una profesión y (b) como un medio de conseguir ingresos complementarios. La primera forma de prostitución es menos común y en Petrogrado, por ejemplo, el número de prostitutas no ha sido reducido significativamente por las detenciones de las profesionales. El segundo tipo de prostitución está extendido en los países capitalistas (en Petrogrado, después de la revolución, de un total de cincuenta mil prostitutas sólo unas seis o siete mil estaban registradas), y continúa bajo distintas apariencias en nuestra Rusia. Las damas soviéticas intercambian sus favores por un par de botas de tacón alto; las mujeres trabajadoras y las madres de las familias venden sus favores por harina. Las mujeres campesinas duermen con los encargados de los destacamentos antiespeculadores con la esperanza de ahorrarse su comida empaquetada, y las trabajadoras de oficina se acuestan con sus jefes a cambio de raciones, zapatos, y con la esperanza de conseguir un ascenso.

¿Cómo podríamos luchar contra esta situación? La Comisión Interdepartamental tuvo que afrontar la importante cuestión de *si debía hacerse o no de la prostitución un delito*. Muchos de los representantes de la Comisión se vieron conducidos hacia el

punto de vista de que la prostitución debería ser un delito, argumentando que las prostitutas profesionales son verdaderas desertoras del trabajo. Si se aprobaran tales leyes, las detenciones y los campos de trabajos forzados para las prostitutas se convertirían en política oficial.

El Departamento Central se pronunció firme y absolutamente en contra de esa medida, señalando que, si las prostitutas debieran ser arrestadas sobre tales bases, también debería arrestarse a todas las esposas legítimas que son mantenidas por sus maridos y no contribuyen a la sociedad. La prostituta y el ama de casa son ambas desertoras del trabajo, y no se puede enviar a una a campos de trabajos forzados sin enviar a la otra. Ésta fue la posición que tomó el Departamento Central, y fue apoyada por el representante del Comisariado de Justicia. Si tomamos la deserción laboral como criterio, no podríamos evitar castigar todas las formas de deserción laboral. El matrimonio o la existencia de ciertas relaciones entre los sexos no tienen importancia ni juegan ningún papel en la definición de los delitos en una república del trabajo.

En la sociedad burguesa una mujer está condenada a la persecución no cuando no realiza trabajo alguno en beneficio de la comunidad, ni porque se venda por beneficios materiales (dos tercios de las mujeres en la sociedad burguesa se venden a sus legítimos maridos), sino cuando sus relaciones sexuales son informales y de corta duración. El matrimonio en la sociedad burguesa se caracteriza *por su duración y por la naturaleza oficial de su registro*. La herencia de la propiedad se conserva de esta manera. Las relaciones que tienen una naturaleza temporal y carecen de sanción oficial están consideradas vergonzosas por los intolerantes e hipócritas defensores de la moral burguesa.

¿Podemos nosotros, que defendemos los intereses de los obreros, definir las relaciones temporales y no registradas como delictivas? Por supuesto que no. La libertad en las relaciones entre los sexos no contradice la ideología comunista. Los intereses del colectivo obrero no se ven afectados por la naturaleza

temporal o duradera de una relación, ni porque esté fundamentada en el amor, la pasión o una atracción física pasajera.

Una relación es dañina y ajena al colectivo sólo *si se da el negocio material entre sexos*, sólo *cuando los cálculos mundanos* son un sustituto de la atracción mutua. Si el negocio toma la forma de prostitución o de una relación de matrimonio legal no es importante. Estas relaciones dañinas no pueden ser permitidas, ya que amenazan la igualdad y la solidaridad. Debemos por tanto condenar toda prostitución, e ir igual de lejos explicando a estas esposas legítimas que son «mujeres mantenidas» qué lamentable e intolerable papel están jugando en el Estado obrero.

¿Puede la presencia u otra forma de negocio material ser empleado como criterio en la determinación de qué es y qué no es un delito? ¿Podemos realmente persuadir a una pareja para que admita si hay un elemento de cálculo en su relación o no? ¿Funcionaría una ley como ésta, especialmente teniendo en cuenta que ahora mismo se tienen una gran variedad de relaciones entre los obreros y que las ideas sobre la moral sexual están en constante cambio? ¿Dónde termina la prostitución y dónde empieza el matrimonio de conveniencia? La Comisión Interdepartamental se opuso a la sugerencia de que las prostitutas deberían ser penadas por prostituirse, por ejemplo, por la compra y la venta. Se limitan a sugerir que todo convicto desertor del trabajo se dirija a la red de seguridad social y de allí a la sección del Comisariado encargado de la utilización de la fuerza de trabajo o a los sanatorios y hospitales. La prostituta no es un caso especial; como con otras categorías de desertor, sólo es enviada a hacer trabajos forzados si evade el trabajo una y otra vez. Las prostitutas no son tratadas de un modo diferente de los otros desertores del trabajo. Éste es un paso importante y valiente, digno de la primera república del trabajo del mundo.

La cuestión de la prostitución como un delito se trató en la tesis n.º 15. El siguiente problema que tenía que ser afrontado era el de si la ley debía penar a los clientes de la prostitución. Había algunos en la comisión que estaban a favor de esto, pero tuvieron que abandonar la idea, que no se derivaba lógicamente

de nuestras premisas fundamentales. ¿Cómo se define a un cliente? ¿Es alguien que compra los favores de una mujer? En ese caso los maridos de muchas esposas legítimas serían también culpables. ¿Quién puede decidir quién es un cliente y quién no? Se sugirió que este problema se estudiara más a fondo antes de que se tomase una decisión, pero el Departamento Central y la mayoría de la Comisión estaban en contra de ello. Como el representante del Comisariado de Justicia admitió, si no era posible definir con precisión cuándo se había cometido un delito, entonces la idea de penar a los clientes era insostenible. La posición del Departamento Central fue adoptada una vez más.

Pero mientras la Comisión aceptaba que los clientes no podían ser penados por la ley, se expresó por la condena moral de aquellos que frecuentaban a prostitutas o que de alguna forma hacían negocio de la prostitución. De hecho, las tesis de la Comisión señalan que los intermediarios que sacan tajada de la prostitución pueden ser procesados como personas que ganan dinero de una forma no derivada su propia fuerza de trabajo. Las propuestas legislativas para ello han sido redactadas por la Comisión Interdepartamental y expuestas al Consejo de Comisarios del Pueblo. Entrarán en vigor próximamente.

Me falta indicar las medidas puramente prácticas que pueden ayudar a reducir la prostitución, y en la implementación de las que el departamento de la mujer puede jugar un papel activo. No hay duda de que los salarios bajos e insuficientes que las mujeres reciben siguen funcionando como uno de los factores reales que empujan a la mujer a la prostitución. Según la ley, los salarios de los trabajadores y las trabajadoras son iguales, pero en la práctica la mayoría de las mujeres son contratadas en trabajos no cualificados. El problema de mejorar sus habilidades mediante el desarrollo de una red de cursos especiales debe ser tratado. La tarea del departamento de la mujer debe ser influir en las autoridades educativas para que redoblen la provisión de formación vocacional para la mujer trabajadora.

El atraso político de la mujer y su falta de conciencia social es una segunda causa de la prostitución. El departamento de la mujer debería incrementar su trabajo entre la mujer proletaria.

La mejor forma de luchar contra la prostitución es elevar la conciencia política de las amplias masas femeninas e involucrarlas en la lucha revolucionaria para construir el comunismo.

El hecho de que la situación de la vivienda no se haya resuelto aún también fomenta la prostitución. El Departamento de la mujer y la Comisión [Interdepartamental] para la Lucha contra la Prostitución pueden y deben tener algo que decir sobre la solución de este problema. La Comisión Interdepartamental está sacando adelante un proyecto sobre la provisión de comunas barriales para los jóvenes trabajadores y sobre el establecimiento de casas que proveerán acomodamiento a las mujeres cuando acaben de llegar a cualquier lado. Sin embargo, hasta que el departamento de la mujer y los komsomoles de las provincias muestren algo de iniciativa y se muevan en este sentido, todas las directrices de la comisión quedarán como bonitas y benévolas resoluciones, pero se quedarán en el papel. Y hay mucho que podemos y debemos hacer. Los departamentos locales de la mujer deben trabajar conjuntamente con las comisiones de educación para plantear la cuestión de la correcta organización de la educación sexual en los colegios. También podrían mantener una serie de debates y lecturas sobre el matrimonio, la familia y la historia de las relaciones entre sexos, remarcando la dependencia de este fenómeno y de la moral sexual misma con respecto a los factores económicos.

Es hora de que esclarezcamos la cuestión de las relaciones sexuales. Es hora de que nos aproximemos a esta cuestión con un espíritu de crítica implacable y científica. Ya he dicho que la Comisión Interdepartamental ha aceptado que las prostitutas profesionales deben ser tratadas de la misma forma que los desertores laborales. De aquí por tanto se deduce que la mujer que tenga un trabajo pero que esté practicando la prostitución como fuente de ingresos secundaria no puede ser perseguida. Pero esto no quiere decir que no luchemos contra la prostitución. Somos conscientes de que, como he señalado anteriormente en más de una ocasión, la prostitución perjudica al colectivo obrero, afectando negativamente a la psicología de los hombres y las mujeres y distorsionando los sentimientos de

igualdad y solidaridad. Nuestra tarea es reeducar al colectivo obrero y armonizar su psicología con las tareas económicas de la clase obrera. Debemos desechar inflexiblemente las viejas ideas y actitudes a las que nos aferramos a través de las costumbres. La economía va por delante, ha aventajado a la ideología. La vieja estructura económica se está desintegrando y con ella el viejo tipo de matrimonio, pero nos aferramos a los estilos de vida burgueses. Estamos dispuestos a rechazar todos los aspectos del viejo sistema y dar la bienvenida a la revolución en todas las esferas de la vida, sólo que... ¡no toquéis a la familia, no tratéis de cambiar la familia! Incluso los comunistas políticamente más conscientes tienen miedo de contemplar honradamente la verdad, dejan de lado la evidencia que demuestra sin lugar a dudas que las ataduras de la vieja familia se están debilitando y que las nuevas formas de la economía dictan nuevas formas de relaciones entre sexos. El poder soviético reconoce que la mujer tiene un papel que jugar en la economía nacional y la ha situado en una posición igual a la del hombre en este sentido, pero en la vida diaria aún tenemos que soportar las «viejas formas» y estamos dispuestos a aceptar como normales matrimonios que se basan en la dependencia material de la mujer con respecto al hombre. En nuestra lucha contra la prostitución debemos aclarar nuestra actitud hacia las relaciones conyugales que se basan en los propios principios de «compra y venta». Debemos aprender a ser inflexibles en este tema; no debemos desviarnos de nuestro propósito por demandas sentimentales tales como «mediante tu crítica y tu sermoneo científico violas los sagrados lazos familiares». Tenemos que dejar bien claro que la vieja forma de familia ha sido superada. La sociedad comunista no tiene ninguna necesidad de ella. El mundo burgués dio su bendición a la exclusividad y al aislamiento de la pareja matrimonial respecto del colectivo; en la sociedad burguesa, atomizada e individualista, la familia era la única protección de la tormenta de la vida, un puerto tranquilo en un mar de hostilidad y competencia. La familia era un colectivo independiente y cerrado. En la sociedad comunista esto no debe existir. La sociedad comunista presupone un sentido tan fuerte del colectivo que se

excluye cualquier posibilidad de existencia del grupo familiar aislado e introspectivo. En el presente se puede observar que las ataduras del parentesco, de la familia e incluso de la vida matrimonial se van debilitando. Nuevos lazos están siendo forjados entre los trabajadores y la camaradería, los intereses comunes, la responsabilidad colectiva y la fe en el colectivo se están asentando como los más altos principios morales.

No me haré cargo de predecir la forma de matrimonio o de relaciones entre sexos que se asumirán en el futuro. Pero de una cosa no hay duda: en el comunismo no habrá ninguna dependencia de la mujer con respecto al hombre ni de cualquiera de los elementos de cálculos materiales que se hallan en el matrimonio contemporáneo. Las relaciones sexuales estarán basadas en un instinto saludable de reproducción provocado por el desenfreno del amor joven, por una ferviente pasión, por un fogonazo de atracción física o por una cariñosa luz de armonía intelectual y emocional. Tales relaciones sexuales no tienen nada en común con la prostitución. La prostitución es espantosa porque es un acto de violencia de la mujer sobre sí misma en el nombre del beneficio material. La prostitución es un acto brutal de cálculo material que no deja lugar para el amor y la pasión. Donde empieza la pasión y la atracción, termina la prostitución. Bajo el comunismo, la prostitución y la familia contemporánea desaparecerán. Se desarrollarán las relaciones sexuales saludables, alegres y libres. Una nueva generación surgirá, independiente y valiente, y con un fuerte sentido del colectivo: una generación que sitúa el bien del colectivo por encima de todo lo demás.

¡Camaradas! Estamos sentando las bases para este futuro comunista. Está en nuestras manos acelerar la llegada de este futuro. Debemos fortalecer el sentido de solidaridad en el seno de la clase obrera. Debemos fomentar este sentido de compañerismo. La prostitución obstaculiza el desarrollo del compañerismo, y por tanto debemos apelar a los departamentos de la mujer para que comiencen una campaña inmediata para erradicar este mal.

¡Camaradas! Nuestra tarea es cortar las raíces que dan vida a la prostitución. Nuestra tarea es librar una lucha sin tregua contra todos los remanentes de individualismo y del antiguo tipo de matrimonio. Nuestra tarea es revolucionar las actitudes en la esfera de las relaciones sexuales, armonizarlas con el interés del colectivo obrero. Cuando el colectivo comunista haya eliminado las formas contemporáneas de matrimonio y de familia, el problema de la prostitución dejará de existir.

Pongámonos manos a la obra, camaradas. La nueva familia está ya en proceso de creación, y la gran familia del triunfante proletariado mundial se está desarrollando y haciéndose más fuerte.

«¡Basta!», cartel propagandístico contra la prostitución (1929)

Abajo a la izquierda, poema de D. Bedni que reproducimos en la p. 2

L. FRIDLAND

DESDE DIFERENTES ÁNGULOS: LA PROSTITUCIÓN EN LA U.R.S.S.

I

EL CAMINO DE LA VIDA

La cosa fue así:

Un día de mayo vuelve del trabajo el joven de veintitrés años Fiódor Lusguín, empleado de banca.

Enervante hálito de primavera. Y con él se adentró en el alma el presentimiento de una dicha inasequible. Algo incorpóreo, cual sombra de blanca nubecilla que se proyecta en una pared.

Un comercio. Una vitrina. En la vitrina, corbatas salpicadas de escamas multicolores. Lusguín escoge una. Busca la más chillona. Franjitas grises. Un matiz anaranjado de pedacitos de perla.

Se pega al mostrador. Llama al dependiente. Éste le saca un pequeño objeto de tocador de vivos colores. Lusguín mete la mano en el bolsillo para pagar. Su codo tropieza con el hombro de alguien. Vuelve la cara. Al lado, apretada entre la multitud de clientes, una mujer menudita.

—Usted perdone —musita el joven—; fue sin querer...

Ella dibuja una sonrisa de excusa y se estira sobre la puntita de los pies. Pide una cinta de seda al dependiente.

A pagar a la caja. Y al lado de la taquilla, otra vez Lusguín y la mujer menudita. Le parece atractiva al joven que, con el hálito de primavera, tuvo el presentimiento de la dicha. La teneduría de libros, su profesión, le quita muchas horas; mas aún le deja bastante tiempo para sus ensueños y esperanzas.

Se le cae el pañuelo a su vecina. Lusguín se inclina sobre la prenda. Devuelve a la mujercita el trapito de batista. Y el trapito de batista deja en el ambiente efluvios tan agradables que marean... Efluvios de sonrisa... Y de movimiento de hembra joven. Y su voz...

Ella, mientras tanto, habla:

—No, la verdad, es usted tan amable...

¡Qué dulce voz! ¡Casi una caricia! Al agarrar el pañuelo los dedos de la mujercita arañan suavemente la palma de la mano de Lusguín. Y Lusguín:

—Yo la empujé a usted hace un momento y, sin embargo, no se enfadó; eso es también una gran amabilidad...

Cuando se apartan de la caja la conversación continúa. Hablan de cosas sin importancia. Pero los temas no se agotan.

En la calle, como viejos amigos. Luego la acompaña. Se despiden. Lusguín recibe el número del teléfono de su inesperada acompañante.

Pasó una semana. La mujercita vive ya con Lusguín. Previamente pasaron por el registro civil.

* * *

Historia banal en el fondo. No constituye una excepción en nuestros días. Los libros del registro civil están salpicados de casos como éste. En la práctica de las oficinas del registro civil se llegó hasta elaborar una nomenclatura especial para estos matrimonios: tan frecuentes eran. Matrimonios preparados al volar de una pasión, de una conversación atrayente, excitante. A veces se conciertan entre dos entrevistas...

No hay razones especiales para extrañarse de la boda relámpago de Lusguín. Y ni siquiera valdría la pena de hablar de él, si no fuera...

Sí, si no fuera que lo recordé estando precisamente en un juicio en calidad de perito médico.

En torno, bancos. En los bancos, los protagonistas de todos los días: ofendidos, acusados, curiosos, testigos.

Y bajo el sombrío techo de la sala que nos da albergue de bodega retumba, severa, la voz del juez. En el timbre de esta voz moderada y pausada se nota ya el reproche y la condena. El fiscal tose a cada instante: parece ser que este hombre pequeño, de pelo ensortijado y pecho aplastado, no debe estar bien de los pulmones. El defensor remueve constantemente los papeles. Yo ocupo el asiento que me corresponde en mi calidad de perito.

Juicio por contagio de sífilis. El problema famoso de las tres cerillas. ¿Cómo sacar de tres cerillas dos pares de cerillas?

Yo no sé si este problema tiene solución. Puede que la tenga. En todo caso, en la vida así resulta. Y los hay todavía más complicados. La cosa aquí era bastante sencilla.

La que forma parte de la primera pareja es una mecanógrafa. De día repiquetea sobre el teclado de una *Underwood*, organizando largas columnas de cifras y denominación de la producción del *Drievtrest*[1]: aparadores, sillas, mesas, camas, sillones... Todo esto para la gente. Y través de estas cuartillas pasan innumerables accesorios de la felicidad ajena que completan las comodidades del hogar.

Después del repiqueteo de la máquina llegan también sus horas de dicha. Y la dicha viene por las noches, rodeada de un diván, un aparadorcito en miniatura, tres sillas, una mesa y un sillón, terminando en una coquetona camita, sacada a plazos en el mismo *Drievtrest*. Es aquí donde esta mujer descansa y recibe las caricias del amado... los días que viene a verla.

Cielo azul. Cielo claro. Cielo profundo. Pero aparecieron unas nubecillas... El amado viene a verla con menos frecuencia. Las visitas se hacen cada vez más cortas. Después de las horas de amor, va acelerando cada vez más la partida.

Y una buena noche (como suele decirse) se limpió, nervioso, la frente... Y al cabo de una corta conversación murmuró:

—¿Comprendes? Perdóname..., pero debemos separarnos...

Ella se levanta del diván. El diván era hace un instante blandito, suave, y ahora parece duro como un peñasco... Quiere

[1] Trust de la madera.

aparentar tranquilidad, a pesar de sus lágrimas. Después de algunas palabras incoherentes, pregunta:

—¿Por qué me dejas?

Él se arrebola. Luego se rehace y la mira fijamente.

—Jamás te olvidaré; tú has sido muy buena conmigo y te quiero... Pero amo a otra. Amo como no amé jamás. Me caso. Créeme: sólo esto pudo separarnos.

En realidad, esto no era cierto. Estaba casado ya hacía más de un mes. Y no estaba muy enamorado que se diga. Mas para justificarse a los ojos de la persona a quien debía abandonar y que, además, le fastidiaba un tanto ya, trató de presentar una pasión fugaz como un amor definitivo.

La mecanógrafa se queda sola. Pasan dos semanas. Unos granitos sospechosos. Inquietud. Va al hospital.

Entra al gabinete del especialista sin gran alarma. Sale y cierra la puerta tras de sí con el corazón estrujado de pena y de odio. Se ha contagiado de sífilis.

¿Vengarse porque la abandonó? ¡Ridículo! Esto, al fin y al cabo, es el derecho de un corazón que dejó de amar. Pero ¿destrozarle la vida para siempre, como ella creía, con una enfermedad como ésa? ¡Esto no tiene perdón!

El procurador acepta su acusación. Se substancia la causa y corre de instancia en instancia.

Ésta es la primera pareja.

El protagonista de la otra pareja es el mismo personaje. La protagonista...

Bueno, vayamos antes a los hechos. Aquí es como sigue:

Un buen día el protagonista encuentra encima de su mesa una citación. Cosa muy lacónica, pero categórica. Se le llama a prestar declaración. Se presenta a la hora señalada. El artículo 150 del Código Penal le pone nervioso. Esto pasa. Se tranquiliza. Niega. Asegura categóricamente que él no puede ser el causante del contagio.

—¡Incierto! —protesta él—. ¡Eso es todo pura invención! Sí, es cierto que yo viví con ella. Pero nos separamos. Yo la dejé. Ella, para vengarse, inventó todo esto. Y, en fin, yo estoy sano. ¡Sí, completamente sano!

Y sigue negando cada vez con más energía.

—¡Naturalmente que tengo razón! —piensa—. ¡Yo nunca estuve enfermo!

Pero de repente... ¡Le había traicionado la memoria! En un abrir y cerrar de ojos revivió en su mente lo olvidado ya: aquella úlcera chiquitita en el extremo del órgano genital...

No le hacía daño alguno. No le impedía... No le inquietaba. Desapareció como se presentó, por sí sola. Y ahora sintió un escalofrío. Vio aquella úlcera pequeñita que en su imaginación se convirtió en un monstruo que se atravesaba en su destino.

Terminada la declaración corrió a ver al médico. Éste le buscó las huellas de una reciente esclerosis; palpa, aprieta: no hay dolor. Reacción de Wassermann.[2] No queda ya ni sombra de duda: ¡sífilis!

Las palabras del especialista ponen dique al curso de la vida humana. La existencia se bifurca en dos en un momento.

Y el culpable de todo esto sólo puede ser uno. Si lo hay, entonces no puede ser otro que aquella mujer menudita, rubia, de ojos sonrientes, su joven esposa: nadie más que ella.

Ya en la calle, se esfuerza por recordar sus andanzas de los últimos meses. Ni una sola aventura amorosa durante este tiempo. Sólo dos personas. Dos mujeres. Una que se contagió. Otra que fue contagiada. Y, entre las dos, él. El problema de las tres cerillas está resuelto ya: dos parejas y sólo tres personas. Lo que recibió de una se lo transmitió a otra. Claro como un artículo del Código Penal. Y tan inflexible.

* * *

El lector, naturalmente, adivina ya que el héroe es Lusguín. Sí, aquel Lusguín que elegía una corbata en el comercio, aquel feliz jovencito.

El tribunal entendió de este asunto. Encima de la mesa, certificados de instituciones acerca del presente y del pasado de los protagonistas. Y este fajo de certificaciones viajaba de una parte

[2] Analítica enfocada al diagnóstico de la sífilis. Recibe el nombre de su inventor, August Paul von Wassermann. | N. de la E.

a otra sin descanso: al juez, al fiscal, al defensor, al perito y... de vuelta. Todos examinaban estos documentos. Todos penetraban en la espesura de sus palabras.

Existe la costumbre de creer que sólo se escriben las biografías de los grandes hombres. Esto no es cierto. Hay tomos enteros de biografías que se refieren a cada uno de nosotros particularmente. Biografías hasta del hombre más insignificante. La única diferencia consiste en que las de los genios llevan encuadernación de lujo, mientras que las nuestras andan tiradas por mil rincones.

Ante el tribunal estaba un capítulo de la biografía de la mujer menudita de ojos alegres. Y este capítulo llevaba por título: *Historia de la enfermedad de Ana Leóntievna Símonova*. La escribió el Hospital Tarnovski. La primera parte de esta biografía era la historia del primer curso de tratamiento contra la sífilis. Las páginas, desde el primer renglón hasta el último, estaban llenas de anotaciones sobre las inyecciones de mercurio y de preparados de *Ehrlich*.[3]

Yo, como perito, debía decir la última palabra en lo que se refiere a la causa inicial. ¿Podía Ana Símonova haber contagiado a su marido en el período siguiente al tratamiento? Ésa era mi misión.

Empero, no es de mi misión de lo que yo quiero hablar.

En el tribunal se aclaró una circunstancia. Era fundamental. Era esencial. Además, inesperada para todos. Especialmente para el marido.

Esta mujercita de ojos sonrientes y pelo ondeado tenía su profesión hasta un día antes de su casamiento. Se vendía. Sí, se vendía al por menor y al por mayor. Lusguín, sin saber nada, la adquirió al por mayor. Símonova fue prostituta tres años.

Hablemos de la prostitución.

En este problema se ha dicho de todo. Según los gustos. Y según los métodos. Lombroso[4], de acuerdo con su ciencia, nos presenta a la prostituta como un ser de baja condición. Es para

[3] Compuesto usado para el tratamiento de la sífilis, inventado por Paul Ehrlich. | N. de la E.

[4] Ver la nota 2 del texto anterior, en la p. 20. | N. de la E.

él la hermana gemela del crimen. El criminal y la prostituta están ya predestinados. Los rasgos característicos de la prostituta: el egoísmo, la frente estrecha y el cretinismo.

Otros la incensaron. Nos la presentaron como la personificación de la dicha terrenal. Fue la exponente del culto al cuerpo. [Frank] Wedekind, Peter Altenberg y otros han escrito hermosas novelas, realzando las cualidades de la ramera, siempre alegre, siempre llena de vida. Rubios cabellos de camarera que ondeaban sobre el mundo, como llenándole de vida, como los rayos del sol. Y los hombres, alegres, se enroscaban en ellos, cual partículas de polvo, en una danza de amor.

Los partidarios de la teoría de la prostitución ingénita veían en la ramera la fuente de todo mal. Los partidarios de la más sublime exaltación del amor libre encontraban en ella la fuente de todas las virtudes. Llamaron en su ayuda la historia, la cultura, la higiene y la medicina. Y se remiten a los escritores y hombres de ciencia de todos los tiempos.

Del arsenal de sus argumentos sacaron, ante todo, el mundo antiguo. Y aquí vino la exaltación de Aspasia, amiga de Pericles, y de Timandra, favorita de Alcibíades. Si no hubiera existido la bella Lais, el mundo no hubiera conocido al mejor orador que tuvieron los siglos. Por conquistar su amor refrenó Demóstenes su ambición.

Estas mujeres constituían el centro intelectual y musical de la Grecia clásica. Bajo su influencia crearon los filósofos, los dramaturgos y los escultores.

Podemos descender de las alturas heroicas. Las sacerdotisas del amor libre, hasta las de un grado menos, ennoblecieron las formas de vida.

Ovidio dice en sus obras que la edad de oro les debe a las prostitutas ciertas reglas de higiene en lo que concierne a la boca.

Galeno, el más eminente de los médicos de la Edad Media, daba a las prostitutas el lugar que les correspondía. Naturalmente que se refería a aquellas que se preciaban en mucho y que podían atender a su persona. Fueron las que introdujeron la limpieza de la dentadura.

Si se ha de creer a Romier, escritor del siglo XVI, las mujeres de su sociedad empezaron a bañarse, imitando en esto a las prostitutas.

Cuando se hojean las páginas de la historia de las costumbres, se observa que la prostituta ha impuesto toda una serie de tradiciones.

Fue la legisladora de la moda. Así ocurrió en el orden de los afeites y el tocado, por lo menos.

* * *

Bien; mas con esto la situación no varía. La prostitución era y sigue siendo mal compañero de viaje de la civilización.

Siempre y en todas partes fue cosa horrible; pero su forma más repulsiva la adquiere en este sistema de relaciones sociales que llamamos capitalista. Hasta ahora ocurrió que en aquellos sistemas de mayor desarrollo económico y cultural fue donde mayores proporciones han alcanzado las injusticias que empujan al individuo al fondo del abismo.

Todo esto es comprensible en la época burguesa. Aquí, precisamente en el sistema capitalista, llegó a ser enorme la demanda de la prostituta. Y casi se ha legalizado.

Mujer desamparada; rasgo característico de la familia en este período. Entra en el seno de la familia privada de derechos. Es una carga en el presupuesto. El marido ha de ocuparse no solamente de su propio sustento, sino también de una persona más.

Consecuencia inmediata: el matrimonio exige una base económica. Esto aplaza la pasión, la aproximación de dos corazones. Para los hombres, hasta los treinta y cinco años, aproximadamente.

¿Y hasta entonces? El instinto se manifiesta. ¿Qué hacer?

Y se abre el camino a la prostitución. La estadística de las grandes ciudades demuestra que el 80 por 100 de los solteros han pasado por la alcoba de la prostituta.

* * *

Y se buscaron las causas de la prostitución. Y se hallaron: el hambre. La prostitución florece sobre el hambre. Esto es una verdad irrefutable. No está demás, empero, reforzarla.

En la encuesta de 1.327 prostitutas de Ginebra, 503 eran sirvientas; 236, lavanderas; 120, obreras de fábrica. En Múnich la situación era la siguiente: de las 152 registradas, 52 habían sido camareras; 29, sirvientas; 29, obreras de fábrica; 15, costureras. Y de las 2.577 prostitutas secretas, sólo 170 no habían tenido hasta su caída profesión alguna determinada. El resto correspondían a las sirvientas, obreras de fábrica y otras categorías del trabajo por el estilo.

En Berlín, Londres y París la estadística arroja el mismo tanto por ciento en lo que se refiere a calidad.

Las prostitutas rusas tenían el mismo origen. Su contingente se completaba en un 90 por 100 con las categorías de las sirvientas y obreras de fábrica.

El salario en el distrito de Moscú era de nueve rublos, término medio, al mes.

Esta cifra es lo bastante elocuente como comentario a la prostitución.

En una palabra: tratar de demostrar que la situación económica es la causa del incremento de la prostitución, es cosa trivial. Está claro; no es el mal carácter el que lanza a la mujer a la prostitución; no es la mala inclinación. Es la cifra. ¡La cifra que representa el salario!

Así fue en todas partes. Así ocurre todavía en nuestro país, en la U.R.S.S.

* * *

Y si ocurre lo contrario es una excepción.

Un gran jurisconsulto de los tiempos previos a la revolución, muerto no ha mucho, contó en sus memorias la vida de una mujer.

Una jovencita. Una niña encantadora y enérgica. Pesaba sobre ella el yugo de la voluntad de su padre. Se presentó un pre-

tendiente a la mano y al corazón de la jovencita. Era feo. Era viejo. Era rico... y noble.

Los padres no querían dejar escapar el dinero y la condición aristocrática. Exigieron a la niña que consintiera.

Y ella amaba a un hombre que no se distinguía por ninguna de las condiciones del pretendiente: capital y origen noble.

La amenazaron los padres con la maldición si no acataba su voluntad. Entonces la joven se «entregó»... Pero en la mañana del mismo día en que habían de verificarse los desposorios las puertas de su alcoba estaban cerradas. Llamaron. Silencio. Entró la madre. Nadie en la habitación. ¡Había desaparecido la novia!

Al cabo de unos días, después de haber movilizado a la policía, encontraron a la fugada. Estaba con una prostituta. Y con unos chulos. En esta situación la niña ya no podía añadir ni brillo a su nombre ni dinero a su estirada bolsa.

* * *

Hace tres años hube de participar en la vista de una causa en calidad de perito. Y tampoco era una cosa extraordinaria.

Una cosa de tantas. Ante el tribunal, marido y mujer. El litigio era por una niña. Aquí estaba también. Un bichito de ojos azules. El padre exigía la niña. Quería educarla él mismo.

En mi calidad de perito, tenía que fallar en lo que afectaba al medio de educación de la criatura y de la atmósfera en que vivía la madre.

En una palabra: el tribunal entendía de un asunto corriente entre cónyuges.

Lo anormal eran los detalles. Así me pareció a mí, por lo menos.

El caso fue que un día se conocieron. Fue en un cabaré de Leningrado. Una mesita. A la mesita un hombre de barba recortada. Allá en una provincia dirige una sección de responsabilidad... Aquí frecuenta el cabaré y cambia pequeñas impresiones con su compañero de mesa. Y alrededor, mujeres. Son jóvenes.

Son bonitas. Y no es cosa que cueste trabajo conseguirlas. Y despiertan deseos...

Allá en la pequeña ciudad provinciana, dormida, quieta, no hay mujeres como éstas. Puede que las haya. En todo caso no se ven.

Además, allí está demasiado ocupado. Es demasiado conocido... Aquí nadie lo sabrá. Y esta situación de incógnito incita al libertinaje.

Para colmo de todo, la cerveza se encargó de alejar la timidez. Ahora todo se desea. Y todo se consigue... Su compañero de mesa, un paisano, hace dos años que vive en la gran urbe. Es ya un veterano. Es de los de casa. En el cabaré está como en su propia casa.

—Mira a aquélla —dice—; detrás de aquella mesa; aquélla que parece que tiene cara de mal genio, ¿la ves? ¡Ésa es la reina del cabaré! Y mira allí, aquella otra, la Tonishka. ¡Una chica muy maja! Solo que muy cara. ¡Y qué orgullosa!

Siguió citando nombres. Una hembra alta, colorada, pasó al lado de ellos. Guiñó los ojos:

—¡Hola, Sofoshka —saluda el paisano—, mis respetos!

Y sonríe la mujer. Sonríe sólo con los labios:

—¡Hola, Basilio Mijáilovich! ¡Cuánto tiempo que no se le ve el pelo!

Y pasa de largo.

—¿Se la puede llamar? —pregunta el provinciano.

—¿A la Sofoshka ésa?

Y la boca se le hace agua. Se le extravían los ojos.

—¡Al diablo con ella! —gruñe el paisano—. ¡Es maleja! ¡Ah, si estuviera aquí Shenishka! ¡Eso sí que es canela! Y su amiga Lucila... ¡Vaya mujeres! ¿Sabes una cosa? —le dice, animándose de repente—. Voy a presentártelas. Ahora mismo las busco.

Se separa de la mesa. Se pierde entre la multitud. Su cabeza flota como un salvavidas por encima de los hombros. Al cabo de un momento vuelve con una mujer finita, morena:

—Conoceos. Aquí te presento a la Shenishka. Bueno, Kolia, arriba. Nos vamos a casa de Lucila.

Una habitacioncita. Una lámpara. Sobre la lámpara, tulipa. Los ángulos de habitación se bañan en luz mortecina. Una mesa. Sobre la mesa colocan botellas de vino y frutas. Cuando entran los huéspedes se levanta del canapé, cansina, una mujer; cabellos rubios ensortijados. Sale al encuentro.

—Éste es mi compañero, mi amigo —dice el paisano, que se siente aquí como en su propia casa—. Lucila, hace tiempo que le está gustando usted mucho...

Esto no era verdad. Lo dijo por decir. Lo dijo para halagar la vanidad. La mujer de los rizos tiende su mano amablemente, sin distinguir en la semioscuridad a nadie.

—Mucho gusto —dice ella riendo, y tose inmediatamente—. ¿Ven ustedes? Estoy acatarrada. Me puse ronca. Siéntese aquí, a mi lado. ¡Ay, qué corto es usted! ¡Vamos, venga usted aquí! Así; más cerca. ¡Más todavía!

Mientras que el paisano departe y se ríe de algo con Shenia, el provinciano se sienta al lado de Lucila. Y ante sus ojos nota algo rubio, rizoso, esponjoso, ondeado. Excitan los efluvios del *Tesche*.[5] Y los ojos brillan con un fulgor que reacciona sobre los nervios...

—Mejor hiciera usted en convidar a un vaso de vino; está sentado ahí como un bobo —reprocha, caprichosa, la mujer—. No parece que esté al lado de un hombre. Y eso que, además, es guapo... ¡Vamos a ver! ¡A ver...!

Y se le acerca. Se aprieta contra él. Él siente que el corazón le martillea en el pecho. La cabeza se desvanece como bajo el peso de una ola formidable...

Lucila suelta un fuerte jadeo, cual si se hubiera mordido la lengua. O como si se hubiera pinchado con algo. Un momento de silencio súbito. Sus ojos permanecen rasgados, fijos. Poco a poco se va deshaciendo de los brazos del huésped. Se aparta. Busca refugio contra la pared.

Él levanta la cabeza y se queda frío.

—¡Nicolás! —exclama ella al fin, en voz baja—. ¿Cómo tú por aquí?

---

[5] Trust de los perfumes.

* * *

Nicolás vino a casa de una prostituta y se encontró con su propia esposa. Con la mujer de la cual se había divorciado hacía unos tres años. Mujer y madre de su hija...

Maupassant tiene una novela que se titula *El puerto*. En un burdel de una ciudad del litoral un marinero reconoció a su hermana en una prostituta.

El encuentro de Nicolás con Lucila es también un tema para una pluma de artista. En aquel tiempo fue tema para el tribunal. El padre decidió salvar a su hija. Quiso arrancársela a su madre. Ésta se niega rotundamente. Entonces, el padre apela a la ley.

Estimaba que él estaba en su derecho, puesto que durante los treinta y seis meses que llevaban separados él venía pagando los alimentos estipulados para la hija.

El tribunal decidió entregar la hija al padre, dejando el control de su educación a cargo de la Sección de Instrucción Pública.

La cuestión no está en la justicia del fallo. Para mí, personalmente, el asunto no está bastante aclarado todavía.

Cuando se terminó la audiencia yo busqué a Lucila Mijáilovna Stoyánskaya.

Si nos adentramos en la cuestión, hallaremos que en la caída de un individuo siempre hay algo que jamás puede ser perdonado. Si hay prostitutas, quiere decirse que nosotros somos culpables de algo. Algo no hemos hecho para evitarlo.

Esta mujer joven, rubia, rizosa, tenía los ojos irritados de tanto llorar. A través de los polvos se veían todavía en su rostro las huellas de la reciente excitación. En los labios, residuos de carmín. Toda esta pintura parecía absurda al lado de la amargura, del dolor que se observaba en sus ojos y en sus movimientos.

Sus ojos posaron en mí una mirada tranquila y fatigada.

Le pregunté:

—¿Tan malo era su marido?

Yo no era ya en aquel momento ni perito ni nada que tuviera que ver con su vida pasada o presente. Pudo haberme vuelto la

espalda. Hay, sin embargo, extraños momentos. Entonces es posible lo más inesperado. Contestó a mi pregunta. Sacudió la cabeza:

—No. Era bueno. Era un hombre pacífico.

Y dándose cuenta de la extrañeza que yo no tuve tiempo ni pude ocultar, añadió con ese mismo tono seguro:

—Vivíamos muy bien.

Sus palabras denotaban sinceridad.

—No comprendo —dije yo—; no comprendo eso..., su separación. Ni por qué usted se entregó a esa vida y cayó en el cabaré.

Ella me escuchaba con aquella misma expresión de cansancio y guardaba silencio. Miraba adelante. Íbamos a lo largo del canal de Griboyédov. Sobre la ciudad habían descendido ya las sombras de la noche.

—Porque lo que ha hecho usted —continué yo— es cosa que ocurre generalmente después de alguna desavenencia conyugal, cuando chocan entre sí dos personas, dos caracteres. Por ejemplo, cuando el marido es extremadamente cruel y la vida se hace un infierno. Mas aquí esto no ocurrió. ¿Dónde está, pues, el *busilis*?

Ella se encogió, cual si sintiera frío. Su mirada, fija en un punto lejano, parecía severa. Parecía impenetrable. Y un suspiro, que expresaba resignación, afloró a sus labios.

—Puede que haya sido una tontería —dijo ella al fin—; mas créame usted: yo no podía llevar más aquella vida. Todo era tranquilidad. Y abundancia. Y estaba bien vestida. Solo que yo ya no podía más... Mi casa me parecía una tumba. Y mi marido, con toda su bondad, un carcelero. ¡Aburrimiento! ¡Tedio! Créame —dijo con tono impetrante—: podía una volverse loca con este aburrimiento. Soy joven, quiero vivir. Quiero alguna alegría, alguna distracción. ¡Variedad! Y bien, un buen día lo abandoné todo y me fui. Y no me arrepiento de ello, no —añadió decididamente.

¿Podía yo, ante mi conciencia, justificar la conducta de esta mujer? ¡Naturalmente que no! Mas debo reconocer que considero al marido no menos responsable de su caída.

Grande es su culpa. Y no sólo de él, sino de otros parecidos a él. La culpa consiste precisamente en que el hombre participa en la vida político-social, mientras que la mujer, ligada a él, permanece al margen de las actividades creadoras de la revolución. Además, se encuentra atada a un trabajo doméstico embrutecedor, falto de atractivo. Y los esposos no mueven una paja siquiera para sacar a su compañera de esta esclavitud del hogar doméstico y encarrilarla por el trabajo social.

El hombre que tiene vitalidad se deshace por romper estos moldes. Toda la nueva estructuración que se forma a su alrededor determina en él un estado de inquietud. Y una voluntad mal orientada, abandonada a su propia suerte, degenera. A veces estos errores son fatales, son catastróficos.

Naturalmente que no siempre esto termina en la calle o en el cabaré. Los hay que se hunden en una especie de tedio, consciencia de su propia nulidad. O adaptación y resignación.

En uno y otro caso, de todos modos, se observa el mismo proceso de desestimación de la personalidad de la mujer.

* * *

En esta historia parece ser que sale triunfante la teoría de la inclinación congénita. La mujer salta al abismo por encima del completo bienestar económico. Sin embargo, esto sólo «parece ser». En realidad, nada tiene que hacer aquí Lombroso.

En Alemania existen cientos de miles de fracasados de la vida. Un océano de sufrimientos. Allí también hay miles de individuos que viven bien, pero a quienes inquieta la indigencia ajena. Y tratan de llevar la paz a sus espíritus. Y tranquilizar su conciencia.

Y los dichosos empiezan a prestar ayuda a los desgraciados. Patronatos. Damas y grandes señores. Prestan servicio en las diferentes categorías del dolor: pobreza, invalidez, enfermedad, vejez.

Y también a la prostituta le quieren mitigar su dolor.

En Alemania están abiertas, hospitalarias, las puertas para aquellos que quieran salir de la ciénaga. Para una parte, por lo

menos. Casas de trabajo, donde hallan albergue, trabajo y alimento.

Admirable idea. Ya sabemos que las causas de la prostitución son la falta de techo, trabajo y pan.

Así que, ¿ya está bien? ¿Está resuelto el problema?

¡Ay! Por desgracia no es así; los resultados desacreditan la idea. Las casas de trabajo, hasta la fecha, no han corregido a nadie. A nadie han vuelto a la buena senda (o casi a nadie) entre las llamadas ovejas descarriadas.

En el mejor de los casos, las prostitutas, que en su dura profesión también experimentan períodos de agudas crisis, utilizan estas instituciones sólo a temporadas.

¿De dónde proviene el fracaso? ¿De qué se trata?

Mira a esta prostituta. Está cansada de su vida. Está agotada. Quiere ponerse en el camino de salvación. Y renovarse. Y le indican la casa del trabajo. Entra con mucho gusto. Mas veamos.

> Desde la madrugada hasta muy entrada la noche está arrimada a su tabla. Sólo algunos momentos de descanso. Y lava, y lava, sin parar. La casa a donde la trajeron es un viejo edificio triste, gris. Unas paredes desnudas la miran todo el día. Las salas de dormitorio son de lo más simple: una hilera de camas de hierro, duras, y delante otra hilera de lavabos de hierro. Todo esto tan falto de confort, tan incómodo, tan antiestético, tan frío, tan despiadado... No hay espejos ni cuadros. Nada que pueda poner una nota de variedad y de alegría en el ambiente tedioso gris de este albergue.

Así se expresa el profesor berlinés Ricke. Y añade:

> En sueños oye la melodía de un vals. Aguanta cuatro días, todo lo más. Al quinto día se escapa de este albergue.

Está claro. Lombroso nada tiene que hacer aquí. Esto lo hace el tedio. La falta de atractivo del trabajo, también. Sí; ese trabajo, que en tales condiciones no será capaz nunca de hacer de la prostituta un miembro útil a la sociedad.

Siempre fue así. Y hasta si nos retrotraemos en unos cuatrocientos o quinientos años. Las crónicas de Bizancio conservan una página muy curiosa. Sabiendo, se puede presentar de una manera muy poética. Sí, la noche sobre el Bósforo aviva la imaginación. En todo caso, el cielo de aquella noche, como todas las noches en Oriente, es un cielo de vivos colores. Rumorean las olas. Corre la resaca por las orillas...

En la otra orilla, Asia. Y los Picos del Tauro entre la lejana bruma. Y en el horizonte azul infinito se pierde la sombra de una gran cadena de montañas.

Allí donde termina la ciudad, casi al borde del mar, se levanta un gran edificio. Blanco. Parece majestuoso. Recios son sus pilares.

Mujeres jovencitas. Desfilan por la puerta. Ánforas al hombro. Descienden por el caminillo hasta la fuente. Manantial en la falda de un verde ribazo. Caras juveniles. Paso leve. Hermosa figura.

Arrastra la brisa las notas de una canción. Notas melodiosas. Voces femeninas. Voces armoniosas...

Y todo muy poético. Y en el silencio de la noche la tierra duerme. Unas sombras se deslizan a lo largo del caminillo. Interrumpe el silencio de la noche un chapoteo. Y a veces un grito ahogado por una ola. Y al riscar el alba...

Al riscar el alba el cuadro poético trocase en dramático. Hacia la orilla flota un cadáver. O algunos cadáveres. Cadáveres. Cadáveres jóvenes. Cuerpos esculturales.

¡Mujeres! ¡Mujeres suicidas!

* * *

Monasterio al borde del mar. Casa de Santa María Magdalena. Palabras de oración. Palabras de canto bíblico. Magdalena, nombre de la ramera arrepentida. En los siglos del medievo todos los albergues de la mujer caída llevaban el nombre de María Magdalena.

La emperatriz Fiódorova construyó la primera en Bizancio. Cientos de mujeres fueron sacadas de los prostíbulos y conduci-

das al monasterio. Y aquí deberían purificar su alma. Oración, trabajo, virtud.

Sin embargo, preferían la muerte a esa vida de fastidio, a esa monotonía, a esa absurda renovación terrenal.

¡Y se arrojaron al mar!

* * *

Casas de Santa María Magdalena. Casas del Trabajo. Merecen mención por otras razones más. Expresaron y expresan la lucha en el pasado y en el presente contra el mal social. Contra el mal social considerado como defecto ético del individuo. O como tragedia. O como degradación.

Lo más frecuente es que la prostitución se considere como cuestión de orden sanitario. Y desde el punto de vista de la prevención contra las enfermedades venéreas que se van adueñando de la población.

Por esto la tarea consistió en el control y tratamiento de la enfermedad. Esto estaba a cargo de la Policía de las Buenas Costumbres y la Inspección Sanitaria.

* * *

La Policía y la Inspección Sanitaria son las dos partes integrantes del famoso sistema de reglamentación.

Reglamentación: registro, vigilancia, reconocimiento, tratamiento. El registro, policial. El tratamiento, obligatorio.

Todo esto suena demasiado oficial. En la práctica, este sistema tiene un colorido más vivo. Ha brillado día y noche con lodos los colores del arcoíris de las emociones, desde la palidez del colapso hasta el rojo de la vergüenza. Se denotó como rumor silencioso y secreto de intempestivo allanamiento. Y como restallido de rasgante trueno que ordena, que acalla el llanto que se ahoga en el pecho, y la protesta, y el miedo.

¡Margarita Machan! No sirvieron las protestas.

Muy entrada la noche picaron a la puerta. Penetraron en la casa del sastre tres hombres. Fue en un barrio de Berlín. Y le-

vantaron de la cama a la hija del dueño de la casa, una joven de diecisiete años. Ven los padres que se la llevan, pero se sienten impotentes para defenderla. Se encuentran paralizados por el horror.

No son bandidos. No son atracadores los que penetraron en la casa. Son los representantes de la ley. A la luz de la lámpara brillan, opacos, los botones de los uniformes y los galones plateados.

Huéspedes nocturnos. Agentes de la Policía de las Buenas Costumbres. Y vienen armados de pruebas: es sospechosa la jovencita. Su conducta deja entrever una vida relajada.

Esto es ya suficiente. El Estado les facultó a ellos para someter a reconocimiento a todos los que les parezcan sospechosos. Nadie puede negarse a cumplir la orden de la institución sanitario-policial.

Así se expresa la ley.

La prostituta no puede vivir en secreto. Hay que desenmascararla. Y someterla a interrogatorio. Y registrarla. Y reconocerla. Sólo después de estos requisitos puede vender su cuerpo por calles y plazas. Esto, naturalmente, si está sana. En caso contrario se la encierra en un hospital, en una cárcel.

Eso le pasó a Margarita Machan.

Cayó en manos de la inspección sanitario-policial. Reconocimiento. Y después del reconocimiento, a un edificio con rejas en las ventanas y guardias a la puerta. Es el hospital de las víctimas de la Policía de las Buenas Costumbres. No era prostituta Margarita Machan. Precisamente en este tiempo estaba enamorada de su amigo de la infancia. Y esta coyuntura fue lo bastante para que la máquina de la ley empezara a funcionar despiadadamente.

En las manipulaciones groseras del reconocimiento se infectó el organismo de la desgraciada jovencita. Sometida a tratamiento de una forma cualquiera, intoxicada con una desproporcionada dosis de preparado, la niña se muere. Se murió materialmente. Antes hubo de pasar por una terrible muerte moral.

Greta Machan no es un personaje imaginario. No hace mucho que en un proceso en Berlín se ha descubierto la biografía

de la víctima, cuya última página quedó terminada con la intervención del aparato policial de la reglamentación.

La maestra de la escuela de la cual Greta fue alumna publicó un dietario de la víctima. Lo tituló *Muerta a manos de la vida*. La joven resultaba ser una mujer de talento. El dietario pareció cosa muy sincera, y la opinión pública, alarmada, se puso en movimiento.

* * *

La historia de Greta no es la única. París. Berlín. Roma. Una pobre mujer cualquiera que se atreva a salir a altas horas de la noche en busca de una medicina para su pequeño enfermo, una mujer que vaya mal vestida puede ser detenida por la policía como sospechosa de prostitución secreta.

Tal es la ley de todos aquellos países donde está en vigor la reglamentación.

¿Razones de este sistema? No son muy complicadas. No es la lucha contra la prostitución como tal. Su finalidad es muy otra. Finalidad sanitaria. Se trata de poner dique a las enfermedades venéreas. El registro y el control deberán aislar a la mujer contagiada.

Reglamentación. Baldón de ignominia del individuo. Germen de presidiarios. Crucifixión en el madero del oprobio para toda la vida. Quien haya caído en el libro de registro queda al margen de la sociedad. Y queda para siempre.

Para que exista esta institución que encadena al individuo al bajo fondo, debe existir una justificación. Y sólo una cosa puede justificar su existencia: la consecución del fin. Es decir, poner dique al contagio. Pudiera tener cierta razón de ser la reglamentación si la población quedara con ella garantizada contra el contagio de las enfermedades venéreas.

Pero ni eso. Las estadísticas hechas durante decenas de años decepcionan. Gruesos volúmenes de investigación se levantan contra lo que fuera de desear.

Las enfermedades venéreas aumentan.

Esto es muy comprensible. Basta con saber cómo se lleva a cabo el control sanitario para darse cuenta de lo que de ilusorio tienen las esperanzas en la reglamentación.

En Ginebra un médico no invierte más de una hora en el reconocimiento de 80 mujeres; 42 mujeres de una casa de Hamburgo fueron reconocidas en veinte minutos, según dice un testigo.

Y lo más notable es que el reconocimiento fue *especialmente minucioso,* por cuanto estas mujeres —añade el observador— estaban aquí bajo el llamado «control severo».

En una palabra, el reconocimiento no fue cuestión de un minuto siquiera: fue un segundo.

Y en Roma un médico hacía el reconocimiento a ojo de buen cubero: «Esto es bastante para mí —aseguraba él—; yo sé bien a primera vista si el caso es o no sospechoso».

Se debe decir que este método no es menos concienzudo que el de sus colegas en otras ciudades.

En París «el reconocimiento de los órganos genitales ocupa menos tiempo que el que invierten algunas mujeres para acomodarse en el sillón quirúrgico. Y eso que ya están desnudas y dispuestas para el reconocimiento».

¿Qué garantía puede ofrecer tal reconocimiento? Ninguna; o muy insignificante. Mas admitamos que el reconocimiento se practica de manera ideal. ¿Quiere decir esto que estamos garantizados ya? Naturalmente que no. Y he aquí por qué: las mujeres deben presentarse a reconocimiento una vez cada una o dos semanas. Entre reconocimiento y reconocimiento nadie les impide contagiar a cuantos hombres puedan atrapar.

La misma tarde después del control puede caer ya enferma.

Y durante dos semanas puede contagiar impunemente, respaldada por su cartilla, donde se certifica que está sana. La certificación del médico prueba, todo lo más, que en el momento de verificar el reconocimiento no fueron hallados signos de enfermedad venérea. Al cabo de unas tres o cuatro horas, sin embargo, la certificación no tiene valor alguno. Pero los clientes de la prostitución pasan por alto esta circunstancia. Los infelices creen en el papelito de la Inspección Sanitaria.

Y aquí tenemos lo del cuento del mejicano, del cual nos habla [Abraham] Flexner.

Érase un mejicano que poseía un buen pedacito de tierra. Y en el pedacito de tierra, petróleo. Y, como debe ser, el petróleo se convirtió en chorro de oro. Y el chorro vertía en el bolsillo del mejicano.

No sé yo si Méjico será un país sin atracción. Puede que sea un país alegre. Pero el dueño de los pozos de petróleo se sintió atraído por la bullanguera alegría de París.

Ya está en París. Y en París lo más admirable, en la opinión de personas expertas, después de la Torre Eiffel, son las mujeres.

Al bueno del mejicano le atraía también lo más interesante. Y he aquí que, en una calle majestuosa, en una casa majestuosa, se tropezó con una majestuosa mujer.

Sin embargo, no quedaron sus conocimientos limitados a estas tres notables cosas de la gran urbe. Al cabo de unas tres semanas se dilató el horizonte de sus conocimientos. Pero esta vez a la fuerza. Hubo de conocer a un gran especialista de París. Especialista en enfermedades venéreas.

No tuvo que perder mucho tiempo. Una ojeada y al avío. Rápido asiento en el libro de registro de los clientes asiduos de su gabinete venereológico.

Diagnóstico: sífilis.

Y he aquí un corto diálogo (literal):

Mejicano (estupefacto). —¡No puede ser! Pero si no he tenido nada que ver..., no siendo con la pupila de una casa de primera categoría, la de madame Laurent, que tenía su certificado de sanidad. Precisamente esta garantía me costó cien francos.

Doctor (compadecido). —Esa misma garantía pudo haberla comprado usted a más bajo precio en la calle.

La desilusión del bueno del mejicano la comparten miles de personas que dan fe al papelito del médico.

Uno de los más eminentes especialistas de Alemania, buen conocedor del asunto, decía:

—Se engaña al público. La inspección médica ha llegado a hacer creer a las capas incultas de la población que es posible

distinguir y aislar a la prostituta enferma de la sana. Por cuanto todas las prostitutas enfermas deben ser llevadas al hospital, el público estima que el contacto con las que tienen cartilla no expone a peligro alguno.

Hace ya unos treinta años que nuestro sabio profesor [Piotr] Nikolski escribía:

> La palabra «sana» que pone el doctor en la cartilla de la prostituta, cuando ésta se encuentra en período condilomatoso de sífilis, sin manifestación visible, es un embuste que no hace honor ninguno ni a la ciencia ni al título de doctor. Al engañar al público no hace otra cosa que contribuir a propagar la sífilis.

Las palabras de Nikolski no está de más que las tenga en cuenta no solamente el simple mortal, sino que hasta es conveniente que las recuerden los médicos especialistas.

Existe en Berlín una clínica venereológica. Trabajaba allí un joven doctor. Curaba a los enfermos y estudiaba con gran afición los casos. Cientos de sifilíticos pasaron por sus manos.

Una vez entró en su gabinete una jovencita. Hermosos tirabuzones rubios. Cara atrayente.

Era una prostituta. Además, muy inteligente. Llena de vida. En nada se parecía a una de esas existencias embrutecidas del bajo fondo de la ciudad.

El doctor respiró satisfecho, después de un minucioso reconocimiento. No le había encontrado ni el menor signo de enfermedad.

Y al doctor le vino a la mente la idea de salvar a aquella joven, a aquella víctima de las circunstancias. Quería sacarla de la ciénaga.

Inició su tarea salvadora como lo hacen corrientemente los hombres. La joven debía corresponder a sus deseos.

Y ocurrió aquella misma noche ya.

Al cabo de tres semanas tenía sífilis. El joven colega fue víctima de su extremada fe en la infalibilidad de los fenómenos clínicos. El profesor Nikolski era hombre más experimentado y sabio que él.

Es verdad que Nikolski hace hincapié sobre todo en la sífilis. ¿Y la gonorrea?

¿Quiere decir que la reglamentación nos preserva contra la gonorrea?

El doctor Nicolás Archibald reconoció a 647 prostitutas. Sólo el 20 por 100 estaban enfermas. Las demás sólo sospechosas. Cuando echó mano del microscopio las cifras variaron. En vez del 20 por 100 resultó el 90 por 100 de enfermas.

Esto fue en Nueva York. Pero pudiera ocurrir lo mismo en todo el mundo, puesto que en todas partes queda limitada la cosa a los signos clínicos. Es decir, a la oficina de registro y al reconocimiento médico.

Éste es el programa completo. Y nada nuevo se ha introducido.

Es cierto que los abolicionistas truenan en sus escritos rayos y centellas contra los rufianes, las celestinas, las dueñas de los prostíbulos...

Pero esto nada tiene de original. También los partidarios de la reglamentación exigen severas penalidades para los mercaderes de carne humana. Lo mismo da que se llamen uno que otro. Las leyes de cualquier país contienen artículos referentes a las penas en que incurren los intermediarios de la prostitución. Esto en una forma más o menos severa.

Mas como en el sistema capitalista el poder del dinero es ilimitado, todas estas leyes se quedan en el papel. No tienen la menor eficacia.

En una palabra, toda la novedad de las reformas de carácter práctico preconizadas por los abolicionistas no supera en nada a la reglamentación.

El abolicionismo es mucho más simpático que la reglamentación. Es como un abuelito que ve que un hombretón se lanza furioso sobre una mujer indefensa. El abuelito trata de arrancar a la víctima de las garras del salvaje. Después de haber salvado a la mujer, el buenazo del abuelito le dirige unas cuantas palabras envueltas en ternura y sigue su camino. Y la mujer vuelve a quedar abandonada a su propia suerte.

Ni la reglamentación ni el abolicionismo pueden dar solución al problema. Es cosa clara. Como factor principal del problema han puesto a la prostituta. Pero no se han ocupado de las causas que han hecho a la prostituta. Cortaban las hojas y dejaban el tronco. Y el tronco echaba nuevas hojas... Nada había variado. El árbol florecía.

Las prostitutas existen desde hace muchos siglos. Y siglos de poda. Y siglos de retoño. Nadie pudo contener el desarrollo del árbol.

Y todo parecía tan simple, tan fácil...

¿Por qué se vende la mujer? Porque tiene hambre. Destruir el estómago no es posible. Sólo queda una cosa. Hay que proporcionarle a la mujer un salario suficiente. Si no sabe trabajar, preparadla. Dadle una profesión. Dadle a la prostituta los medios de trabajar y la prostitución se viene abajo.

Todo esto es cosa muy clara. Y muy simple.

Las complicaciones empiezan desde el momento en que se trata de las condiciones. ¿Cuándo y dónde esta idea tan justa puede ser plasmada en la realidad?

¿Dónde está la razón de ser del sistema burgués? Desde el punto de vista político es la organización del poder de una clase sobre otra. Lo principal aquí es que la clase que está en el poder es la minoría. La minoría domina a la mayoría.

Su segundo signo, la acumulación. Éste es un detalle económico. La reproducción del capital puede ser ilimitada. Por su esencia el capital debe dilatar su radio de acción. Y viene la concentración de los medios de bienestar en muy pocas manos. Para acumular tantas riquezas es necesario mantener a una enorme masa de millones dentro de los límites de la miseria.

El problema de la prostitución es, a fin de cuentas, un problema de carácter económico. Su solución es simple. Es necesario únicamente que la distribución de los medios de bienestar sea equitativa. Esto por una parte. Hay que disminuir la jornada de trabajo. Esto por otra parte. La cosa sólo es posible a condición de que los individuos de una profesión cualquiera trabajen en las mismas condiciones de utilidad y de derecho. Esto en tercer lugar.

¿Es que el sistema que nosotros llamamos burgués puede encarrilarse en esta dirección? Puede. Puede, cuando quiera, dejar de ser burgués.

Mas como no quiere... Por ahora no es posible obligarle. Por consiguiente, seguirán existiendo las consecuencias que trae aparejadas: la desigualdad de condiciones económicas.

En estas condiciones la lucha contra la prostitución es la reglamentación o el abolicionismo. Recogida de prostitutas y ayuda temporal.

* * *

Calle pequeña. Dos o tres manzanas. Hasta el centro del bullanguero distrito comercial, unos cuantos metros. Pero en la calle pequeña, silencio. Casi no se advierte movimiento. Del canal de Griboyédov hasta la Fontanka, una hilera de casas. Fachadas de colores caídos. Barrigas y gemas en las paredes. Una casa. Ventanas que miran enfurruñadas a los viandantes. Hasta la atmósfera parece aquí pesada. Una voz joven viene de la ventana de arriba. Y la casa ya no nos parece tan mala...

Un vestíbulo bajito. Los pasos se sienten, sordos y muelles, entre paredes estrechas y techo bajo que pesa sobre la cabeza. Pero el suelo está limpio, bien barrido. Una puerta a la derecha. Detrás, un guardarropa. Y al lado del ropero, un hombre con blusa blanca.

Sube usted por la escalera. Se abre en el descansillo una puerta. Y después, habitaciones. Una tras otra, cual celdillas de panal. En el recodo del pasillo, una puerta. Una gran habitación. Camas en fila. Es el dormitorio. Como el dormitorio de un internado de doncellas. Camas bien hechas. Tienen su colchita y su almohadita blancas. Mesitas de noche. Macetas de flores. Flores sin aroma. Flores de papel. Satisfacción de gustos simples. Cándida inclinación a la belleza. Por aquí y por allí fotografías. Una fotografía en grupo sobre una mesita. Un viejo y una vieja con semblantes rígidos, petrificados; manos sobre las rodillas. Están rodeados de varios jóvenes, hombres y mujeres. Y de fondo, un antiguo monasterio, un lago y un cisne de cuello esti-

rado. Y el cuello del cisne es desproporcionado. El lago tiene las dimensiones de una rosca. Cada paso de la escalinata que desciende a perderse en el lago es mayor que el mismo monasterio.

Sin embargo, esto no es ridículo. Esta fotografía, estas flores secas y baratas y esta oleografía me conmueven. Me acerco. Examino detenidamente este pedacito de vida. Vida lejana. Vida casi inimaginable. Esto huele a jaula de canario. Huele a canario. Huele a geranio. Mas al mismo tiempo es el abismo que media entre el pasado y el presente. Algo que nos trae el recuerdo de las impresiones, de las emociones de la juventud.

Bueno. Dejemos las añoranzas de nuestros años juveniles. No tenemos el tiempo de más para eso.

Aquí a mi lado, la dueña de la fotografía.

—Es mi familia —dice ella, cargando extraordinariamente el acento sobre la primera «i»—. Mi padre y mi madre han muerto —añade en voz baja—. Y éste y éste, mis hermanos —indica, poniendo el dedo sobre la cara de dos jovencitos que están a los lados con ojos muy rasgados y saltones—; cayeron en el frente alemán mis hermanos —termina, acentuando también especialmente la «a».

—¿Y ésta?

—¿Ésta? —repite, y su mirada tomó una expresión huraña—. Mi hermana. La primera. Está casada y vive en Velíkiye Luki.

—¿No la quiere usted? ¿Están reñidas?

La respuesta estaba ya en el tono de sus palabras, en la sequedad e inquina que encerraban.

—No me reconoce. Me echa de su casa.

—¿Y cómo es eso? ¿Por qué?

Ella contrae los labios y después de unos segundos de pausa dice:

—¿Por qué va a ser? Por esta cosa nuestra... Ya se ve por qué. Por las fiestas me fui a verla. Le compré a ella un pañuelo de Kazán y para los chicos unos moqueritos y unos guantes. Pero no me admitió en casa. «Vete de aquí —me dice—; te has deshonrado a ti misma y ahora quieres avergonzarnos a nosotros. Vete, vete de aquí inmediatamente, antes que venga mi marido.

Te parte una pierna si te ve aquí.» Ésa es mi hermana. ¿Qué le parece a usted?

Y se calla. Luego levanta los ojos, me mira y prosigue:

—Bueno, ¿y qué puedo decirle? Todo lo que me dijo es verdad. Yo era alocada. Ésta es la verdad. Cierto que avergoncé a la casa.

Súbitamente bajó la voz y se animó.

—Ahora solamente una preocupación: aprender bien a manejar la máquina.

En la cocina brillan, deslumbrantes, las calderas. Excita el olorcillo de las legumbres y alguna otra cosa más. Las cocineras baldean alrededor de la cocina. En las calderas bulle el agua. Un pequeño rayo de luz se refleja en el cobre rojizo de la batería. Lo mismo que en una tranquila casa de gentes acomodadas. Las tres cocineras hacía poco que se habían retirado de la [mala] vida. Una de ellas levanta la tapa de la caldera. El olorcillo de la comida arrecia.

—Coma usted con nosotros —propone la cocinera.

Y sonríe. Y sus ojos, azulados, sonríen también. Todavía tiene bajo las pestañas las huellas de noches de insomnio. Y no es extraño. Ocho años ha hecho la vida de ramera. Esto no pasa en balde.

Un pasillo. En el recodo, otro pasillo. Tres grandes habitaciones. El rumor de las devanadoras aturde. Son los talleres. Brotan, veloces, las poleas. Muchas máquinas. Entre las aspas de las devanadoras se envuelven los interminables hilos blancos.

En un cuarto de al lado huele a bencina y trementina. Columnas de chanclos viejos al lado de las máquinas. Aquí renacen. Se les ponen medias suelas nuevas y se les cubre de laca negra. Las obreras, cara a la ventana, se inclinan sobre sus mesas de trabajo. Presentan solamente la espalda. Pelo recortado. Entre el corte y la blusa de trabajo asoma, candoroso, el cuello blanco. No sé por qué esto es lo que primero advierten nuestros ojos. Y en nuestra mente surge un pensamiento acerca del destino de las personas.

En realidad, cada una de ellas podía ser amada. Podía ser madre. Podía proporcionar la dicha y ser dichosa. Todas ellas tienen un cuello hermoso...

Bajo esta luz suavecita que vierte el sol a través de la ventana estos torsos femeninos inclinados parecen estar ya muy lejos de las sombras del bajo fondo social.

Abajo, en el primer piso, varios gabinetes médicos.

* * *

Esto es el llamado Profilactorio del Trabajo de Leningrado. También los hay en Moscú. Parece ser que Járkov cuenta también con su Profilactorio del Trabajo. Y Kiev también. Acaso haya también en Rostov, sobre el Don. Durante los próximos años habrán de multiplicarse en otras ciudades. De esta forma el profilactorio del trabajo se convierte en un arma de lucha contra la prostitución en la U.R.S.S.

¿Qué es lo que distingue a la U.R.S.S. de otro país cualquiera? Una fecha: octubre. Octubre del año 17 hizo de Rusia un país completamente diferente de los demás. En la U.R.S.S. se han echado ya los cimientos de un nuevo sistema de relaciones sociales. Un sistema de equitativa distribución de los medios de bienestar. Esto en primer lugar. Se ha disminuido la jornada de trabajo. Esto en segundo lugar. Y, en tercer lugar, se ha llegado a la útil participación de los miembros en el proceso de trabajo.

Mas a estos principios sociales del presente y del futuro hay que añadir algo que es un peso muy desagradable. Hay que añadir todo ese conjunto de calamidades sociales que la Revolución recibió en herencia del pasado, entre las cuales está la prostitución, la prostituta.

La prostituta que tiene por profesión la prostitución. Mas en las condiciones soviéticas esta profesión está excluida. No debe existir. Es una profesión inherente a otro sistema de relaciones humanas. Por esto a la prostituta hay que darle otra profesión. Es necesario educarla para una actividad social que se enmarque dentro de los principios del nuevo régimen económico-político.

Esto lo hacen los profilactorios del trabajo.
He aquí la manera de dar solución a este problema:

* * *

Iba yo por una calle, cerca de una estación del ferrocarril. Era tarde. Cerca de las doce de la noche. Silbaba el otoño desde las copas de los árboles. Revoloteaban las hojas en el aire. Rumoreaban. Un manto gris de bruma sobre la ciudad. Y entre la bruma, faroles encendidos. Pero no alumbran.

Oigo ruido. Por detrás de la esquina aparece gente. Cuando estuvieron más cerca advertí tres personas mayores, y con ellas algunos niños. Llegaban a mí frases cortadas. Iban serios y caminaban con prisa.

De repente, en este grupo, hay revuelo. El grupo se para. Una pequeña sombra atravesó la calle, alejándose con la velocidad de un rayo. Y de la multitud salió otra sombra corriendo detrás. Una sombra mayor. Rumor de voces en el aire.

El escritor americano O. Henry pinta admirablemente esta manera de las gentes en lo que se refiere a echar a correr y apiñarse cuando ocurre alguna cosa.

La curiosidad es la llamada de lo ausente. Lo que nosotros no tenemos nos lo traen miles de voces, murmuraciones, hechos callejeros, escándalos y cervecería.

El silbato del miliciano despierta al aventurero que está dormido en cada uno de nosotros, y que prefiere verse reflejado en la persona de los demás antes que ver su propia persona.

Sea lo que sea, yo tengo también mi dosis de curiosidad. Inmediatamente me aproximé al pequeño grupo de personas. Niños de diez a doce años. Harapos. Gorras sin visera. Caras sucias. Por debajo de los mechones de pelo que jamás conocieron un peine, que tapan las orejas, que tapan la frente, brillaban pupilas de lobezno.

Eran golfillos, recogidos en redada en los derrames de las puertas de la estación. Con ellos, una patrulla. Un hombre y una mujer. Otro hombre era el que había salido corriendo detrás de uno de los recogidos, corriendo el peligro de resbalar y darse un

trompazo. Vida cruel, despiadada y absurda la que se descubría en uno de sus numerosos detalles en las inmediaciones de la estación del ferrocarril de la gran urbe.

¿Qué son los niños del arroyo? Yo los contemplaba con viva simpatía, con amargor en el alma, con devoción. Y en aquel instante me parecieron un puntito imperceptible en las cortas líneas con que en los mapas se señala el nacimiento de los ríos. Puede ser muy caudaloso el río; mas su nacimiento es casi imperceptible. Se forma en unos diminutos gorgoritos entre las arenas.

De estos cuerpecitos, de estas miniaturas de hombre, de estos golfillos salen los crímenes de la vida de infierno de los repudiados de la sociedad.

Me salgo del tema.

En una palabra: una mujer, sujetando de la mano a un chiquillo que resoplaba, huraño, sorbiéndose los mocos, vigilaba, preocupada, su rebaño y trataba de convencer con palabras tiernas, dulces, a uno de ellos, contestándome a mí entre cargo y cargo. La redada había salido toda de los vagones de entrevías. Mientras hablaba conmigo, aquella mujer hacía extraños movimientos con los hombros. Hipaba. Hablaba con voz afónica. Era paliducha y joven.

Y de repente me doy cuenta de que la conozco. Fue cosa inesperada para mí. Ya nos habíamos visto antes en alguna parte. El movimiento de sus hombros me la denunció en seguida. Y le pregunté:

—¿Hace mucho tiempo que usted se dedica a la recogida de los golfillos?

—Sí, cerca de año y medio ya.

—¿Es su trabajo especial?

Sonrió y sacudió la cabeza:

—No; ¿por qué? Yo trabajo en la fábrica. Esto es un trabajo voluntario que me encomienda la célula de «El Amigo de los Niños». Al principio me costaba trabajo; era difícil la cosa; pero ahora ya va bien. Y es cosa que hay que hacer. ¿No ve usted cuánta miseria?

Y extendió la mano, haciendo un círculo invisible sobre la cabeza de los pequeños.

Yo la escuchaba y estaba recordando dónde la había visto la otra vez.

En el amanecer de un día de mayo en Petersburgo, cerca de la catedral de Kazán, se acercó al miliciano un hombre embriagado y denunció que había sido robado.

La cosa fue que se encontró con una mujer. Buscaron vodka y algunos bocadillos y se pasaron la noche entera en la escalinata de la catedral. Por la mañana, al despedirse, cuando la silueta de la mujer se contoneaba ya lejos, perdiéndose tras las casas en reposo, el hombre quiso fumar y se encontró sin su pitillera.

Y así hubo de verse la causa por el robo de una pitillera.

Yo estaba también este día en la audiencia. Dos horas de intervalo las dediqué a observar en calidad de espectador. Entré en una sala y vi ante una mesa, cubierta de tapete rojo, a los dos protagonistas del episodio de la catedral de Kazán.

Llegué al terminarse el juicio. Sólo al oír la lectura del fallo del tribunal me di cuenta de las circunstancias que concurrieron al hecho de la escalinata. La condena no fue severa. A la acusada se le impusieron dos semanas de trabajo forzoso. Cumplida la condena debía ser conducida ante la Comisión de Lucha contra la Prostitución.

La mujer guardaba silencio y sonreía. Sus hombros oscilaban de forma extraña a pequeños intervalos. Era un movimiento extraño, absurdo. Tenía la enfermedad del hipo.

Y a aquella mujer que acompañaba a los niños desamparados le recordé la escena del juicio. Su cara pareció tomar una expresión sombría. Se fue la sonrisa de los labios.

—¿Estaba usted allí? —preguntó, denotando tristeza en su voz—. No quiero recordarlo. Malos tiempos eran aquellos. Yo no servía para nada entonces. Y cuando me enviaron a esa... esa Comisión...

Trajeron al pequeño fugado. Respiraba fuertemente. Estaba fatigado y jadeante.

—Tontillo —le dijo la mujer cariñosamente, dándole con suavidad una palmadita en la cara y sonriendo—. ¿Para qué te

has escurrido? Pero si vas a estar mejor allí. Vas a la casa de los niños, tontín; a la casa comunal.

El pequeño la miraba de soslayo y revolvía los ojos. Echaron a andar todos. Yo iba detrás, al lado de la mujer. Ella llevaba de la mano a uno de los chiquillos y miraba, celosa, a los demás.

Me contó por el camino que la Comisión para la Lucha contra la Prostitución la mandó, después de cumplir su condena, al Profilactorio del Trabajo. El trabajo en la máquina de coser le sirvió para aprender una profesión. Al mismo tiempo se curaba. Se despertó en ella el amor al trabajo y el deseo de estudiar. La administración hizo todo cuanto pudo por emplearla en una fábrica a través de la Bolsa del Trabajo. Pasó bien el plazo de prueba. Ahora es miembro del Sindicato. Es apasionada activista en el trabajo social y sueña con entrar en la orquesta de la fábrica. El pasado es ya solamente un vago recuerdo, una sombra. Sí, una sombra que le despierta viva compasión por todos aquellos que sufren.

Salimos a la Perspectiva del 25 de Octubre. La Perspectiva Nevski quedábase atrás, semialumbrada por los faroles de gas. En la esquina de la calle de la Revolución hubimos de separamos. Siguieron la Perspectiva. Yo me quedé allí hasta que sus siluetas se perdieron en la bruma de la noche.

* * *

¿Qué es un miembro del Sindicato? En las condiciones de la realidad soviética el carné de miembro del Sindicato es un título honorífico. Ser miembro del Sindicato quiere decir que se pertenece a la clase que domina y que dirige la máquina del Estado.

Es, al mismo tiempo, ocupar un lugar en las filas de aquellos que trabajan. Y finalmente, es signo de que se ha entrado a formar parte de la vida colectiva del organismo social.

Tres condiciones de las más elevadas para el individuo del País de los Soviets.

El Profilactorio del Trabajo es el aparato por medio del cual se transforman los individuos. La vida a través de él toma no solamente la forma de persona, sino que penetra en la espesura de

la actividad de las masas. Por medio del aprendizaje de un oficio, por medio de la Bolsa de Trabajo, por medio de la fábrica y hasta de una pequeña cooperativa de producción. Eran un despojo de persona y se han convertido en proletariado. Miembros de la clase dominante. Miembros de la clase trabajadora.

Está claro lo que ha resultado de esto.

La cosa está en que en la U.R.S.S. no se persigue a la prostituta. Naturalmente que en la U.R.S.S. se lucha contra la prostitución, mas no contra la prostituta. Pero el caso es que también en Occidente ocurre que la ley tampoco castiga a la prostituta...

En el problema de la prostitución las medidas aplicadas por el régimen soviético se distinguen por otros rasgos. Se distinguen por su aspecto político. La U.R.S.S es el único país del mundo donde la prostituta se redime, no sólo económica, sino políticamente. Poniéndose al banco [de trabajo], o a la máquina, inmediatamente, fuere cual fuere su pasado, entra junto con millones de personas de su clase en el aparato del poder.

* * *

Los Profilactorios del Trabajo, junto con los dispensarios, constituyen un admirable instrumento para la transformación del individuo. Pero por ahora tenemos muy pocas instituciones de este género. Por relación a lo que deberían hacer, laborando por acabar con el mal, son simplemente una gota de agua en el Océano. Es secar el mar con una concha.

Cuando yo visité el Profilactorio del Trabajo de Leningrado me acompañaba una empleada de la institución. Era una joven doctorada, entusiasta de su profesión. A pesar de que todo le era familiar en este edificio, tocaba todos los objetos (hasta cuando echaba mano de la manecilla de las puertas) con una parsimonia y cuidado que parecía trataba a una criaturita que le costaba muchos sacrificios sacar adelante.

Las mujeres que encontrábamos en el camino la miraban con aquella mirada que tienen en los internados las jóvenes alumnas para con las de clase superior.

A la salida me fui al gabinete del director para despedirme de él y darle las gracias por facilitarme la visita. Le rodeaban tres obreros. Estaba sentado en su mesa de escritorio. Trataban de algunos detalles relacionados con la reparación del edificio. Al verme, el jefe cortó la conversación y se levantó.

En este mismo instante entró una mujer. Estaba en un rincón del cuarto. Permanecía inadvertida. Pero enseguida observé que estaba llorosa.

—Pablo Nikoláyevich... Pablo Nikoláyevich... —prorrumpió ella—. Recíbame... Es la última vez...

El doctor la rechazó dulcemente:

—Ya le dije, Súpova, que me es imposible; es en balde que me ruegue usted.

Las lágrimas se hicieron más copiosas.

—He vuelto, Pablo Nikoláyevich —dijo ella suspirando—. Es la última vez... Bueno, ya lo verá usted... Me pierdo completamente... Haré todo cuanto usted quiera...

Arreció el llanto. El doctor en jefe sacudía la cabeza.

—No —dijo él severamente—; usted no entra más aquí. La hemos recibido tres veces y se ha escapado otras tantas. Usted se ha ido por su propia voluntad y ha desmoralizado a otras... La hemos prevenido a usted...

La mujer lloraba a gritos:

—No volveré a hacerlo más, Pablo Nikoláyevich... Queridito... Pichoncito...

Y le agarraba de la manga.

—Por favor..., queridito...

Los cabellos en desorden, casi hechos una greña; daba dolor verla. El doctor frunció la frente con una mueca de sufrimiento:

—Que no puedo —le dijo con voz casi impetrante—; no puedo, Súpova, no puedo. Ya está otra en su puesto. Usted sabe que tenemos pocos huecos. Todo está ocupado.

La mujer se encogía, apretándose contra la pared, tapándose la cara con las manos. Por entre los dedos se le escurrían hacia la barbilla las lágrimas sucias.

—¿Ha visto usted? —me preguntó el jefe, despidiéndose de mí en la puerta—. Súpova ha cometido una falta. Bien; pero no

se trata de niñas de internado. Les es muy difícil corregirse de repente. Hay que recibirla. Y no tengo donde meterla. Y peticiones de ingreso denegadas hay muchas. No se cuentan por decenas, sino por cientos... Sí; no hay sitio. Y son tantas... tantas...

Y sin terminar de hablar cortó con un aspaviento. Su voz era de culpable. Parecía que se sentía aplastado. Tanto como la mujer que se quedó en su gabinete arrimada, estrujada contra la pared.

* * *

Y en el tribunal tenía lugar la vista de una causa. Era algo intrincado. Personajes: un jaque ruso, con un pasado de obrero y un presente de chulo, de rufián; una prostituta, cuya vida era la indigencia, la calle, el profilactorio y luego otra vez la calle. Y luego una mujer joven. Andaba por en medio de la sífilis. Y la violación y cohabitación forzosa, etc., etc. Flor y nata del bajo fondo social. Y todo esto coronado por algunos artículos del Código Penal. Después el tribunal se retiró a deliberar. Durante este tiempo yo hablé con la acusada. No era mi misión, es cierto, interrogar a nadie. La conversación tenía carácter particular.

Me senté al lado de ella. Ella se enroscó en su mantilla. Su tez amarillenta estaba surcada por algunas arrugas de cansancio. Atravesaban ya su rostro las huellas profundas de los años.

—Me da lástima de él —dice ella de súbito—. Lástima me da, sí. Lo siento de todo corazón. Pero cuando pienso en el mal que me hizo se me sube la sangre a la cabeza. Me estropeó la vida. Hasta ese extremo llegó.

Y apuntó para sí con el dedo. Sus ojos miraban tristemente por entre las pestañas carbonadas.

—Usted no quisiera ser la que es —le dije yo—. Y, sin embargo, cuando usted tuvo ocasión de renovarse se negó a ello. ¿Por qué se fue usted del profilactorio?

Ella levantó la cabeza y prestó atención.

—¿Me habla usted de Moscú? Sí, es posible que yo haya hecho una verdadera tontería. Valía más haber sufrido...

—¿Sufrir? —pregunté yo extrañado—. Pero ¿era duro el trato allí?

—No, no es eso...; no es eso... —balbuceó ella—. Allí se estaba muy bien. Y en general no era duro de llevar. Usted no ha comprendido lo que yo querría decir. Yo no estaba sola allí: éramos muchas. Y con todas estaba en buenas relaciones. Nosotras nos sentíamos allí como si fuéramos algo así como las demás personas... Como usted... Como otro cualquiera... Pero esto sólo hasta las ocho de la noche. Usted sabe. Una gran habitación. Se está calentito. Era en invierno aquello. Y cosíamos blusas. Y ganábamos algo de todos modos. No era mucho, pero era un salario. En todo caso, se ganaba para comer y comprarse alguna cosilla. Además, nos curaban...

Hablaba como si se reanimara con la conversación, con el recuerdo. La palidez de su rostro se disipaba, dejando sitio a un leve arrebol en las mejillas. A su voz, que sonaba a tabaco de mala calidad y aguardiente peleón, vino a sumarse algo agradable. Sí; ese matiz que se observa cuando se habla de algo lejano, de alguna añoranza, de algún recuerdo episódico de los días de la infancia.

—Pero viene la noche —continuó ella—. Y se acabó. Hay que irse a casa. Y en casa, un rincón inmundo, sucio, asqueroso. Y en los rincones de otros, lo mismo que en el mío. Te duele la espalda. Estás sentada. No puedes estirarte. Y, además, la falta de costumbre. Y te paseas por el bulevar, por las calles. No quieres ir a casa. Hay luz en los restaurantes. Luz en las cervecerías. No lo oculto: arrastra hacia allá la costumbre. Y aquí los hombres te cantan al oído. Y te llaman. En la oscuridad no me ven la cara. Bueno, además, qué les importa a ellos. Les da igual. Son perros de raza: te siguen por el rastro. Luchas, luchas y luchas. Pero te entregas al fin. Y piensas: «Puede que me toque dormir en una buena habitación de un hotel». Por la mañana, naturalmente, tratan de deshacerse de mí. Y cuanto más pronto, mejor. El dinero en la mano y vete por ahí. Echan los ojos a un lado. «Váyase enseguida. No tengo tiempo. Ahora mismo suben a mi cuarto.» Te está echando simplemente y parece justificarse.

Cacho tonto, ¿qué falta le hace justificarse? Te ha traído de la calle...

Alguien pasó al lado de nosotros y escuchó. Ella le miró severamente. Se apartó. En los bancos de al lado rumoreaban, cambiaban impresiones. Se discutía en voz baja sobre el fallo del tribunal. Cada uno tenía su vida. Su pasado, bueno o malo. Y no sé por qué me pareció que si se pusieran a hablar de sí mismos sus palabras bajarían también de tono, por el peso de una tupida red de infortunios. Y era terrible pensar que el individuo pueda llevar dentro de sí, sin abrir su alma a nadie, todo un mundo de acontecimientos, de errores y rudos golpes de tiempos que no vuelven.

—Lo comprendo —dije yo—. Pero bueno..., sea así. Mas a usted nadie la echó de la institución. ¿Para qué se ha ido usted? Puede que le hubieran encontrado un sitio en la casa comunal. Y todo hubiera cambiado.

La mujer sacudió la cabeza.

—Pero ¿cómo podía yo presentarme después en este... profilactorio? Se conducen contigo humanamente, quieren despertar en ti la conciencia de ti mismo. No hay más que trabajar. Y abandonar esta maldita profesión. Pero en cuanto llega la noche estás otra vez de nuevo con los hombres. Yo no podía mirar a los médicos a la cara. Créame usted: no me torturaba yo por esta perra vida, sino por este engaño. Por la noche hago porquerías y luego, de día, estoy sufriendo. Al pozo nada más... Y no pude sufrir esto. Y un buen día lo eché todo a rodar y me fui. Y me tranquilicé. Me metí en el tren y andando otra vez de vuelta para acá. Con el *mío.* Me llamó. Y desde entonces sigue rodando la bola...

Cortó y posó su mirada en el acusado. Por el rostro de la mujer corrió un temblorcillo parecido a la mueca que precede al llanto.

—Hui de su lado entonces —dijo ella, bajando la voz, cual si tuviera miedo de ser oída por aquel hombre—. Me fui a Moscú. Aquella vez me pegó fuertemente. Me quitó todo cuanto tenía y me echó. Encontró otra. En Moscú enfermé enseguida...

* * *

En *Ana Karenina* se describe la escena de la muerte de Nicolás Levin. Me parece que está admirablemente tratada desde la primera palabra a la última. Nada hay que proporcione más contento al artista que el proceso de renovación; nada más terrible hay para él que el proceso de destrucción. En un corto capítulo de su obra León Tolstói nos transmite estas impresiones con extraordinaria fuerza.

Constantino Levin cierra los ojos a su hermano. Kitty se siente indispuesta súbitamente. Y Levin, que acaba de cerrar los ojos de su hermano, va a visitarla. El doctor le para en el camino y le descubre el secreto de la indisposición de su esposa: Kitty está embarazada.

> Todavía no había tenido tiempo de consumarse ante sus ojos el misterio de la muerte, indescifrable aún, cuando surgía otro misterio no menos indescifrable, que invitaba al amor y a la vida.

Así comenta Tolstoi.

Los profilactorios para las caídas; caídas, pero buenas; lo mismo es el lugar donde entran los individuos con el secreto de la catástrofe de su vida y donde este misterio de la muerte se transforma en misterio de renovación.

Cuando examinas lo que allí ocurre de cerca, no ves misterio alguno. El individuo vuelve a la vida por un procedimiento completamente comprensible.

Se le da una profesión. Luego le ponen en relación con la Bolsa del Trabajo. A través de ellas le emplean en la fábrica. O en otra organización de trabajo cualquiera.

Y el renacimiento del individuo se ha operado ya. Todo este proceso se opera ante nuestros ojos. Se opera sin magia negra. Ni blanca.

La cosa es genial y muy simple. Pero alcanza a pocos. El aparato de renovación del individuo no es lo suficiente fuerte todavía. Y por cada sujeto renovado hay que llevar a cabo la desesperada lucha.

No hay edificios para dormitorios comunales con bastante capacidad. Es decir, no hay dinero. Por consiguiente, una parte enorme del trabajo realizado es inútil. A las mujeres, con raras excepciones, se las deja abandonadas por la noche a su suerte. Quedan en la calle. En esa misma calle de donde se las saca durante el día.

Muchas de las mujeres que frecuentan los profilactorios y dispensarios no tenían ni siquiera el pequeño rincón de un cuarto con que contaba la protagonista del proceso mencionado.

Y debían ir a dormir al bulevar. Tenían que buscar cobijo debajo de los puentes. Y en los vagones de las estaciones.

* * *

Existen en medicina ciertos medicamentos. Y se toman en dosis microscópicas. Pero estas dosis microscópicas son suficiente para que sus efectos se noten en todo el organismo.

Tal es el arsénico. Una porción insignificante de este veneno basta para estimular todo el organismo del hombre.

Para vencer los efectos de la difteria se inyecta una ampolla de suero debajo de la piel. Inmediatamente se observa la reacción, que marca un cambio decisivo en el proceso de la enfermedad.

Mas los profilactorios del trabajo no reúnen estas cualidades. Las porciones microscópicas no bastan para acabar con el problema. Son necesarias dosis de caballo de este medicamento contra la prostitución.

De otro modo sólo resulta una demostración: enseñar el arma con la cual se puede vencer.

Y el arma, está visto, es de resultados prácticos indiscutibles.

Por lo tanto, hacen falta medios. Hay que reforzar, intensificar la labor de organización de estas instituciones.

Hará acaso un par de años Kolontái proponía un impuesto sobre los registros matrimoniales. Al casarse o al divorciarse habría que pagar determinada suma. No viene al caso aquí la cantidad. Con los ingresos por tal concepto se formaría un fondo especial.

Este proyecto puede dar millones de rublos. Con estos millones se construirían casas-cuna, jardines de la infancia y talleres para las madres. Y los profilactorios se multiplicarían también con estos fondos. ¿Es una fantasía? ¿Nadie va a pagar el impuesto? ¿Dejarán de legalizar su estado los cónyuges? ¿Se conformarán con el matrimonio de hecho?

Esto no es cierto. Se ha introducido un aumento del 3 por 100 en el precio de los baños y de las viviendas. ¿Y qué? ¿Ha prescindido alguien del baño y de la vivienda? Nadie ha prescindido de ello.

Esta suposición queda, pues, descartada. Yo estoy por el proyecto de Kolontái. Se impone organizar Comisiones para la Lucha contra la Prostitución, lo mismo que las que se forman para la lucha contra el analfabetismo o para liquidar el problema de los niños desamparados.

Hacen falta no solamente consignaciones del Estado, sino también ayuda por parte de la población. Hay que emprender de la forma más amplia posible la tarea de organización de talleres colectivos, dispensarios o profilactorios junto a las Bolsas de Trabajo.

Y todo esto debe ser organizado en gran medida, hasta el extremo de que las personas que reclamen los servicios del dispensario puedan inmediatamente ponerse al banco, a la máquina: al trabajo.

* * *

Supongamos que la idea de Kolontái no tiene razón de ser y que es irrealizable. ¿Quiere decir esto que quedan agotados los procedimientos para recabar medios? De ningún modo. Hay medios, y muy considerables. No es precisamente necesario reclamar nuevas asignaciones; sólo hace falta una distribución más racional de las ya existentes. Porque el mal aquí estriba en que los medios con que contamos en la actualidad, y que van encaminados a dicho fin, operan en la línea de menor resistencia.

En 1926 en Leningrado fueron atacadas de enfermedades venéreas 26.000 personas, y en 1927, cerca de 24.000. En suma, según los datos oficiales, unas 40.000 personas.

Esto quiere decir que la Dirección de Sanidad y el Seguro Social han debido desembolsar cerca de 2.000.000 de rublos para el pago de medicinas, asistencia médica, abono de días de trabajo perdidos, incapacidad temporal, etc., a todo este ejército de enfermos.

Y en la mitad de los casos la causante de la enfermedad ha sido la prostituta. Por lo tanto, un millón de rublos es el importe del impuesto que el Estado paga sólo en Leningrado por el lujo de tener su prostitución.

De aquí se infiere, naturalmente, lo siguiente: si las instituciones antivenéreas quieren disminuir los gastos determinados por la presencia de las enfermedades venéreas, deberán hacer lo posible por disminuir el número de prostitutas, es decir, organizar Profilactorios del Trabajo.

Sabido es que 100 prostitutas pueden contaminar durante un año a 4.000 personas. El profilactorio que haya sacado de la prostitución a 200 mujeres en un año habrá evitado 8.000 casos de enfermedades venéreas. En otras palabras: habrá economizado al Estado algunos cientos de miles de rublos.

Además de esto, el interés de este capital lo constituyen 200 mujeres vueltas a la vida social, al trabajo, a la edificación del socialismo.

* * *

En Leningrado existe un profilactorio. Su presupuesto anual es de 35.000 rublos. Y nada más.

No es extraño que el problema quede sin solucionar. Esto, como ha dicho un observador, no es otra cosa que pretender «vaciar el mar con una concha».

Son necesarios cientos de Profilactorios del Trabajo. Y en torno a éstos, toda una red de talleres colectivos, que sea lo suficientemente amplia para que toda mujer que llegue al dis-

pensario encuentre trabajo inmediatamente. Y escuelas. Y colectivos político-rurales.

Los medios pecuniarios para esto siempre se pueden encontrar en la Sección del Comisariado de Sanidad y en el Seguro Social. Sólo una cosa hace falta: que en vez de dedicar todo a combatir los efectos, se dedique una parte (y no pequeña) a combatir las causas.

* * *

En todo caso, en la lucha contra la prostitución es necesario establecer un Quinquenio (un Plan Quinquenal), capaz de abarcar durante cinco años todas las medidas necesarias. En la reorganización general de nuestra economía se prevé también una radical transformación de las costumbres. Por consiguiente, nosotros tenemos derecho a exigir que la realidad soviética quede liberada para fines del período reconstructivo de toda anomalía social.

Es necesario destinar determinadas sumas a la organización de albergues, Profilactorios del Trabajo, talleres colectivos y colectivos de tipo agrario; así como también a la organización de reformatorios.

* * *

Muy avanzada la noche. Escándalo en la calle. Vitrinas alumbradas. Un restaurante. Delante de las vitrinas se pegan dos personas. Gritos histéricos. Un voz de mujer. Rumorea la muchedumbre. Empuja. Corre de todas partes abriéndose paso. Y el miliciano llega.

En el centro del grupo de curiosos dos mujeres se van a la greña. Una, silenciosa, sacude fuerte a la otra, sujetándose por el pelo; la otra, esquivando los golpes y cabeceando, blasfema y chilla. Borrachas las dos. Se arrollan en el fango de la calle. Los curiosos azuzan.

Y el miliciano se abre paso por entre la muchedumbre.

—¡Basta de escándalo! —grita, autoritario—. ¡Despejen!

La que gritaba se las arregló para darle un puñetazo en el vientre a su adversaria. Ésta dio un alarido y, rechinando los dientes, soltó las greñas, echándole las uñas a la garganta. El miliciano metió el hombro por entre las dos para separarlas.

Entonces ambas mujeres, dando de lado a su disputa, se abalanzaron sobre el miliciano. Y en el aire se encadenaban las blasfemias, las palabras soeces, las maldiciones. Entre la multitud gritaban. El silbato del miliciano se oyó, penetrante, por encima del rumor general.

Llegaron corriendo los porteros. El miliciano estaba completamente ensangrentado de arañazos. Detuvieron a las dos mujeres.

El tribunal las condenó a varios meses de cárcel solamente, teniendo en cuenta su estado de embriaguez al cometer el delito. Como se trataba de prostitutas, una vez cumplida la pena debían ser entregadas a la Comisión para la Lucha contra la Prostitución.

—El tribunal les ofrece a ustedes los medios para corregirse —dijo, entre otras cosas, el presidente— y la posibilidad de volver a la vida del trabajo. La Comisión para la Lucha contra la Prostitución tomará todas las medidas necesarias con objeto de que se les facilite a ustedes un sitio en el reformatorio del trabajo.

La de los repelones fue la primera en contestar:

—¡Muchísimas gracias! ¡No se moleste! ¡Que vayan a doblar el espinazo las idiotas! Ya estuve allí. Ya sé cómo es aquello. No cambio yo mi vida libre y alegre por un mendrugo de pan y un camastro.

El juez, con severidad:

—¿Dónde está su vida libre y alegre? El vodka, la calle... Cada uno puede comprar su cuerpo y humillarla y... contagiarla. ¿Dónde está esa vida libre y alegre? Piense usted bien lo que dice.

Ella, tranquila, sin sombra de inmutación en su rostro ajado ya, aunque joven aún, sacudió la mano como rechazando:

—Bueno; pues que sea como usted dice. Pero, en cambio, soy libre, vivo como me da la gana y me paseo... ¿Qué saco yo de su

máquina de coser? Mire usted —dijo ella, dándose una palmada en la pantorrilla—, fíjese: ¡medias de seda! Abundancia. ¿Y con una elegancia así me voy a ir yo a hacer vida de monja? Amos, ande. ¡Muchas gracias!

La otra murmuró, enfurruñada:

—Tres meses lo he soportado. Estuve haciendo bolsas. Y me harté de coserlas. No quiero más. ¡Al diablo con ellas! ¡Cuánto más alegre es nuestra vida!

* * *

Aun admitiendo que nosotros dispusiéramos de profilactorios en número más que suficiente, no quiere decir que con esto se pueda corregir todo el contingente. Existe cierta categoría de mujeres que ya no tienen remedio. La vida «agradable», «elegante» y la holganza que trae aparejada las atrae fuertemente. El profesionalismo es cosa que no se puede acabar con él. De necesidad se convierte en finalidad. El profilactorio no lo reforma.

La prostitución en los países capitalistas es un mal inherente al sistema. En el Estado proletario es un contrasentido. Puede ir tirando mientras nosotros seamos todavía pobres y no nos hallemos en condiciones de proporcionar a cada víctima de la desgracia y del paro forzoso una cura radical.

En cuanto el incremento de la vida económica de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas nos permita acabar con la prostitución por medio de una tupida red de Profilactorios del Trabajo, deberemos pasar del método persuasivo al sistema de reformación forzosa contra la prostitución viciosa.

Para esto es necesario organizar colonias-reformatorios. A través de éstas volverán al profilactorio y a la vida del trabajo.

* * *

Existe la prostitución. Y existen, por lo tanto, prostitutas. ¿Más que antes? ¿Menos que antes?

La revolución es la lucha contra toda explotación. La prostitución es la forma más infame de explotación. Esta explotación se halla determinada por la falta de derechos políticos e indigencia económica de la mujer.

La revolución de 1917 introdujo un cambio en la situación: le dio a la mujer la igualdad política con relación al hombre y la posibilidad de independencia material.

De esta forma, las condiciones para poner dique al mal son un hecho ya. Es de suponer que el número de mujeres lanzadas a la prostitución por la necesidad ha disminuido.

Nadie se ha ocupado en establecer la estadística de las mujeres que se dedican a la venta de su cuerpo. Y antes tampoco.

La prostitución es una operación de compraventa, un contrato bilateral. No es sólo la oferta, sino la demanda también. Hay mercancía, debe haber compradores. Hallando una cantidad no es difícil determinar la otra. Nadie ha llevado cuenta de las ofertas. En cambio, se puede levantar una estadística de la demanda; es decir, hasta cierto punto, de los consumidores.

Y esto se ha hecho. Se aplicó el método de la relatividad. Se tomó como base la proporción de hombres que han utilizado la prostitución.

En 1913, por cada cien hombres afectados de enfermedades venéreas, ochenta se contagiaron con prostitutas.

Las encuestas correspondientes a la ciudad de Sarátov en 1925-26-27 demostraron que el 39 por 100 de los hombres hicieron uso de la prostitución.

Una investigación de la vida sexual de los obreros de Kazán demostró que la cifra anterior se elevó hasta el 56 por 100.

En los dispensarios venereológicos de Moscú, en 1924, el número de enfermos que utilizaron la prostitución se elevó al 67 por 100, mientras que en 1927 sólo alcanzó ya el 32 por 100.

En las encuestas realizadas antes de la revolución entre los estudiantes de Moscú, resultó que el 47 por 100 de los registrados satisfizo sus inclinaciones sexuales con la prostitución. El doctor Helman, que ha hecho un interesante estudio de la vida sexual estudiantil de nuestro tiempo, estableció que en 1922

sólo el 37 por 100 de los estudiantes sometidos a observación pasaron por el mercado del amor.

Y de aquí se saca una conclusión. Es cosa definitiva. El descenso de la demanda es indiscutible.

¿Por qué ocurre esto? Aparte de otras causas, influye en ello la nueva concepción de la gente de nuestra época. Ante todo, está el lado psicológico del asunto. Mucho de lo que atrofiaba el cerebro del hombre ha desaparecido ya. ¿Qué es lo que significa en nuestros días en la U.R.S.S. el temor a los padres? Eso es una burbuja de jabón: la inflas un poco más y estalla. Las pasiones eróticas ya no son refrenadas por el temor a los padres. La vergüenza ante la opinión pública, el «concubinato», la moral social, la pérdida de la reputación, la «mujer con un pasado»..., ¿dónde está ya todo esto? Ya no existe. Ahora es considerado como pura estupidez, como un arcaísmo. ¡Y no hace mucho que todo esto constituía un freno de una fuerza casi imperativa!

Necesario es reconocer que se ha operado algo así como un saneamiento de la esfera sexual. La vida sexual se hizo más simple, más fácil, más libre. Esto en el orden psicológico.

¿Y en el orden social? Un avance también.

La Revolución de Octubre ha ensanchado el horizonte de la nueva generación. Se ha hecho más independiente. Las funciones que desempeña la juventud en la organización de una vida nueva le permiten dar solución a los problemas vitales pronto y fácilmente. Aquí encuadran también las relaciones sexuales. Socialmente esto se ha manifestado enseguida en el matrimonio. La vida conyugal se anticipa en seis u ocho años. Al contrario de lo que ocurría antes, cuando el matrimonio se efectuaba entre los veinticuatro y los treinta años; hoy se observa entre los dieciocho y los veintidós.

¿Y qué significa esto en el orden de los problemas sexuales? No es difícil la respuesta. Esto constituye una gran facilidad en lo que se refiere a satisfacer las pasiones eróticas.

La necesidad del amor vendido disminuye considerablemente. He aquí por qué la demanda de la prostituta disminuye.

Disminuye, sí; disminuye. Mas no desaparece. A la prostituta no se le ha interceptado el paso todavía. Todavía se la busca.

Y se la encuentra. Aún no han dejado de comprar las caricias de la mujer prostituta. Y se compra en gran proporción, a pesar de todo.

Esto en lo que se refiere a la demanda.

Ahora vamos a la oferta. Si existe la primera, existe también la segunda. Las prostitutas en la U.R.S.S. se cuentan por decenas de miles. Y puede ser que se cuenten por centenas de miles.

Nada exagerado hay en esta afirmación. En 1922 sólo en Petrogrado, hoy Leningrado, había aproximadamente 32.000 prostitutas. No creo que esta cifra fuera exagerada. ¡Esto solamente en un punto de la Unión Soviética! ¿Cuántas habría en toda la sexta parte del globo terráqueo?[6]

Puede que hayamos heredado todo este contingente de prostitución del antiguo régimen. Así es, naturalmente. Las prostitutas son en nuestro país la herencia del pasado (como lo fueron todas nuestras desdichas). Pero, seamos justos, existe algo en nuestro sistema que contribuye a que el pasado siga ejerciendo influencia en nuestros días.

La prostituta es la mujer en su edad más floreciente. La mayoría de las prostitutas se entregan a esta vida entre los veinte y los treinta años. Esto quiere decir que las de esta edad han caído en la prostitución en nuestro tiempo, durante la época de la Revolución.

Y esto fue después de Octubre.

* * *

El volcán está en erupción. Se escurre la lava por las vertientes. Pero el mal que la erupción puede acarrear depende no sólo de la masa de lava, sino de una serie de causas más. Depende de la altura, del relieve de la superficie, de los trabajos de defensa, etcétera. La falta de previsión en el conjunto de los detalles sin

[6] El autor se refiere a la Unión Soviética en su conjunto, cuya extensión constituía cerca de un sexto no del globo terráqueo, sino de la superficie terrestre del planeta. | N. de la E.

importancia aparente puede resultar más destructiva que la misma corriente de lava.

En la prostitución ocurre con frecuencia que lo principal no es la causa inicial de la caída. El hambre es la palanca. Es solamente el punto de aplicación de la fuerza. Para que actúe es necesario que haya manos que la pongan en movimiento. Y la función que aquí desempeñan las manos es colosal.

Hay mujeres que caen fácilmente. Las hay que se resisten. Algunas no se entregan pase lo que pase. La fragilidad e inconsistencia de algunas pudiera evitarse si no se hubiera predispuesto su ánimo de antemano. Unas veces esto se hace impremeditadamente; otras, de manera consciente. Todo esto cuidadosamente velado, en parte. Hay toda una serie de causas que parecen nimias, pero de terribles consecuencias para la mujer. Son como la carcoma, ese insecto imperceptible, que ha destruido ya la armadura mucho antes de que el edificio se venga abajo.

El Instituto Psicoanalítico de Moscú se ha ocupado del estudio de la prostitución como fenómeno psicopatológico social. La conclusión de los observadores es la siguiente: caen en la prostitución las mujeres frágiles en el dominio de la esfera volitivo-emocional.

Esto se podía suponer ya sin investigaciones científicas. Pero entonces, naturalmente, la cuestión quedaba zanjada. Predominan, pues, las causas que determinan esta fragilidad. O más exactamente, esta fragilidad explotadora.

Todo cuanto doblega la voluntad y el estoicismo del individuo en la lucha contra el infortunio puede ser en algunos momentos más difícil de vencer que el mismo infortunio.

Nuestro tiempo tiene sus rasgos peculiares. Ha reformado un tanto la parte del mecanismo que arroja a la mujer al mercado nocturno. El mayor contingente de prostitutas salía antes de entre las sirvientas. Esto es cosa que nadie ignora. ¿Puede ocurrir esto ahora? Naturalmente que no. Ante todo, este sector es insignificante ahora por sus proporciones. En segundo lugar, la sirvienta aquí está cuidadosamente defendida por la ley.

Mas la realidad del presente tiene otros aspectos, inherentes a nuestro sistema, como a toda época de transición. Y en éstos la palanca que arroja a la mujer a la prostitución encuentra el mejor elemento motriz.

La lucha contra estos aspectos es la lucha contra la prostitución. Pero para luchar contra ellos es necesario conocerlos. Y hay que hablar de ellos.

No me propongo desentronizarlo todo; pero sí trataré de algunos detalles que en mi práctica profesional he observado. Estos detalles son tan viejos como el mundo. Mas el mundo quiere ser nuevo... Por esto no está mal que los veamos.

De esto hablaremos en otra parte.

II

¿CÓMO CAEN?

Las dos de la madrugada. Un grito en una casa. Una casa grande en un barrio obrero. Se precipitan hacia la escalera los vecinos, somnolientos y presos del pánico. Con la luz mortecina de una bombilla de diez bujías se distingue a un hombre en el descansillo. Y el hombre se retuerce y se tapa la cara con las manos. De vez en cuando aúlla cual fiera herida y brama como un toro que quisiera arrancarse una banderilla.

—¡Me han desgraciado! —grita—. ¡Compañeros...! ¡Auxilio...!

Los vecinos suben corriendo las escaleras desde los pisos bajos. Se precipitan escalera abajo desde los pisos de arriba. Desde el descansillo, por entre la puerta abierta, se ve en el vestíbulo a una mujer. Mira ferozmente al hombre que se retuerce y grita. Está borracha. Está medio desnuda. Falda puesta al sesgo. Blusa suelta. Hombro y pecho al aire. Se tambalea. Se apoya contra la jamba.

—¡Diablo de vejestorio...! ¡Muérete...! —resopla ella, llena de ira, haciendo una mueca salvaje—. ¡Miserable...! ¡Asqueroso! ¡Para que te acuerdes...! ¡Ahí tienes lo que te mereces...!

Alguien busca el teléfono. Llega corriendo el portero. La Cruz Roja se lleva al herido. Después entra en escena la ley.

El miliciano corta la multitud como la proa de un barco las olas del mar. Se detiene ante la mujer borracha y la somete a un corto interrogatorio. Y la mujer se va detenida. La sigue el miliciano, imponente como un artículo del Código Penal. Detrás de él, una cola de curiosos por la escalera, por el patio, por la calle.

Vuelve gradualmente la tranquilidad a las viviendas. Y la casona grande y negra se queda allí. Titilan a intervalos las luces de las ventanas. Titilan los faroles...

La casa duerme.

* * *

El juez llama a la agresora. Después al agredido, cuando sale del hospital. Luego a los dos juntos.

Y aparecen los testigos. El asunto de Fiódorova, engendrado por el parte del miliciano, termina su estado de preñez con un montón de papeles: sumario. Luego viene el juicio. Y yo voy también al juicio. La ley necesita la conclusión del doctor.

Mientras Schukin se curaba de sus quemaduras en el hospital descubrió algo nuevo. Y muy desagradable. Los especialistas le han dado un nombre, el que le corresponde: chancro sifilítico.

A Fiódorova la condujeron al hospitalillo de la cárcel. Resultó estar sifilítica. Era prostituta. Se vendía a quien la quisiera comprar. Sin la menor protesta reconoció toda su culpabilidad.

En el proceso me facilitaron todos los materiales relacionados con este asunto. Yo emití el informe pertinente. El tribunal tuvo en cuenta la gravedad del delito y las circunstancias accesorias y condenó a la procesada a un año de correccional.

* * *

¿Qué pito toca aquí el vitriolo?

Una prostituta: mercancía. Un consumidor que compró mercancía averiada: sífilis. ¿Es natural esto?

Completamente natural.

Pero es el caso que el vitriolo no es cosa que deba intervenir necesariamente en las mutuas relaciones humanas. Y como se ha mezclado aquí, nos viene a descubrir su específica función en este caso concreto.

No se trata de acertijo alguno. En este líquido estaba contenida la función de la providencia. Personificaba la fatalidad y era la venganza.

De esta forma, toda la historia desde la escalera de la casa grande y negra hasta la sala del tribunal no es otra cosa que el capítulo de una novela, de la cual se pueden entresacar muchas páginas.

Veamos sólo, aunque sea, el capítulo de la fábrica.

Al frente de una de las secciones de la fábrica estaba un excelente obrero. Hombre de «ojo clínico», sabía perfectamente lo

que requiere la máquina y lo que exige la buena producción. Y se le apreciaba por esto. Conocía él bien su importancia, su «peso específico», y se comportaba con aplomo y seguridad de sí mismo. Le dio esta seguridad la práctica en la dirección del trabajo. Tenía poder sobre la máquina y la materia prima. Además, este poder se extendía sobre gran número de seres vivientes que prestaban servicio en las máquinas.

Los hombres, por muy elevados que estén, aunque sean maestros, no están exentos de ciertas debilidades, de ciertas flaquezas. Y este maestro tenía su puntito de debilidad. Y a poco que se hurgara, se irritaba. Gustábale una obrera, la del extremo derecho de la sección.

Tenía la chica una boca hermosa y fresca. Y unos ojos pícaros, gachones. Y unos pocitos en los carrillos... Joven, además... Un matrimonio poco afortunado, que hacía unos ocho meses terminó en el divorcio, imprimía todavía huellas de tristeza y dolor en el rostro de la joven obrera.

Menudeaban, ligeros, sus dedos en la tarea. En realidad, hacía ya tiempo que debieran haberla pasado a otra máquina, a otra categoría superior. Esta nueva graduación exige más práctica y más saber. Y no sólo supone mayor categoría profesional, sino también un salario superior. El salario superior supone a su vez más comodidades, más confort. ¿Quién no sueña con esto? También sueña Ana Kolpakova. Todo esto constituye una cadena de circunstancias, de las cuales un hombre que no sea tonto puede sacar alguna cosilla...

—Basilio Petróvich —le dice Ana al entregarle el trabajo—, ya hace mucho tiempo que me corresponde por turno. Usted mismo me lo ha dicho... ¿Cuándo me pone a la cepilladora?

El maestro examina el trabajo que entrega Ana. No la mira. Responde pensativo, sacudiendo la cabeza:

—No se saca nada de ti, Kolpakova. Creo que no sirves todavía...

Y echándole una mirada tierna e inquisidora, bajó la voz y añadió:

—Aunque pudiera ser... Eres demasiado orgullosa tú... No tienes consideración conmigo. ¿Vienes a mi casa por la noche y hablamos? ¿Quieres?

Kolpakova no quiere ofender a su maestro; pero la proposición le da asco. Contéstale vagamente, ni en chanza ni en serio:

—Déjese de bromas, Basilio Petróvich. Yo estoy hablando en serio con usted. Deje esas cosas. Usted me lo prometió, y ahora dicen que ascienden a Kósinova. Usted mismo sabe cómo trabaja ésa. No me ofendería si trabajara mejor que yo. Mas usted sabe bien que no sirve para esa máquina.

El maestro enarca los hombros y estira los párpados, indiferente:

—¿Kósinova? Ella hace lo que puede por llegar. Y tiene facultades. Naturalmente —añade— que tú no has perdido la posibilidad definitivamente. Ven a verme a casa y hablaremos de eso. Bien puede ser que sirvas... No olvides la dirección. Tú guárdame consideración, que yo también sabré tenerlo en cuenta. ¿Qué es esto? —termina él, examinando un pedazo de tela—. Esto está mal. Te lo descontaré del jornal. Acuérdate de lo que te dice Basilio Petróvich.

En concreto: a Ana le quedaba solamente satisfacer los eróticos apetitos del maestro para poder proporcionarse algunas comodidades. Tenía un niño de tres años. Después del divorcio le dejó con su madre en la aldea. Una parte del salario tenía que enviarla a su madre para el sostenimiento del hijo. La abrumaba el trabajo. Era joven y le atraían las blusitas de seda, las medias de seda, los zapatitos de tacón alto, el armarito de luna y el biombo. Pero ¿el amor propio? Ve que hay un puesto en la fábrica que desea obtener y que le pertenece, ocupado por otra que sabe menos que ella... ¿Es posible conformarse con esto? Naturalmente que existe un Comité de Fábrica y la administración. Mas, en resumidas cuentas, todo habrá de depender de la apreciación del maestro de la sección. ¿Demostrar que es una mala persona, que trata de que se le pague con caricias la debida ayuda profesional? Sí, pero... ¿cómo? No hay testigos. ¿No será tomado esto por una invención suya para justificarse? ¿No pa-

recerá un deseo de desacreditar al maestro por no haber satisfecho su reclamación?

En una palabra: Kolpakova se entregó.

No nos detengamos a examinar el caso en su aspecto ético, es decir, si Kolpakova hizo bien o mal. La cuestión no está en la ética. El maestro es en el fondo el dueño absoluto de su sección. Esta circunstancia no es para nada baladí. Y Kolpakova se rindió a la circunstancia.

El maestro fue de palabra. Ella «le quiso» y él «la quiso». En el reloj de sus relaciones sonaron los cuatro meses. Kolpakova trabajaba. El maestro de tiempo en tiempo reanudaba sus pretensiones. Ana había conseguido abortar ya. Todo marchaba viento en popa. Hubo luego lágrimas. Hubo arrepentimiento. Le torturaba la conciencia de su propia impotencia. Al principio, por lo menos.

Una vez el maestro se aproximó a la máquina y murmuró descontento:

—Tú descuidas el trabajo. Empiezas a hacer las cosas mal. Tenlo en cuenta.

En general, ya antes de esto empezó a relacionarse con ella fríamente, secamente: ya no pedía «cariño».

Al cabo de algún tiempo, una nueva observación:

—Tu máquina tabletea. Y tú no oyes nada. De ese modo poco tardarás en echar a perder la máquina. No sabes trabajar con ella. Y la producción... Te haría falta aprender todavía...

Un buen día trasladan a Ana a otra operación. La quitan de la máquina y la ponen en la sección de clasificación. Motivo: «No satisface las exigencias de la máquina». Y el maestro empezó a proteger a otra obrera...

Desde entonces esquivó todo encuentro con Kolpakova. Hasta que un día, durante el almuerzo, Ana le encontró cerca de los motores. El tableteo de las poleas silenciaba los latidos del corazón de la mujer ofendida. Y el ruido de las poleas le pareció a Ana el rumor del odio que llenaba todo el edificio.

—¿Por qué hiciste eso? ¿Por qué, Basilio Petróvich? —le preguntó ella, humedeciendo sus labios resecos con la lengua—. ¿Qué es lo que me ha hecho merecedora de tal castigo?

—No fui yo, no fui yo —contestó él al punto, como mirando al motor en marcha—. Ha sido el jefe quien lo ha dispuesto.

—¡A mí no me vengas con tus cuentos! —gritó ella—. ¿Crees que nadie tiene potestad sobre ti? ¡Cochino!

—Bueno, bueno —refunfuñó él—; nada de latas aquí. Lo que hace falta es que trabajes y que te pasees menos.

Ella tenía en la mano una barrita de hierro. La cegó una ráfaga de ira. Explotó el odio reconcentrado. Saltó todo cuanto había sufrido. Y en el aire se blandió la barra de hierro. Basilio Petróvich apandó la cabeza y esquivó el golpe. Luego la sujetó de la mano. Dio un grito de alarma.

Corrieron los obreros de la sección de todas partes.

Por atentar contra el maestro fue despedida Kolpakova. Querían pasar el asunto al juzgado, pero luego se compadecieron de ella. El maestro mismo pidió que no se le impusiera un castigo muy severo. El Comité de Fábrica y la Comisión de Conflictos entendieron del asunto y oyeron a Ana; mas su declaración, en lo que se refería a la cohabitación forzosa, sonó a pura invención. No había material de pruebas, no había testigos. Sacaron la conclusión de que Ana se había vengado por haber sido trasladada a otra operación. Y el traslado era necesario para el mejoramiento y buena marcha de la producción...

Kolpakova quedó en la calle.

¿Adónde ir? ¿Adónde? Caminos, sin embargo, había bastantes. Se fue, y la fábrica no la vio más. Todos sus compañeros se olvidaron de ella. La fábrica continuó con su rumor ensordecedor. Gran movimiento. Construcción de nuevas secciones. Nuevas gentes. Nuevos encuentros. Nuevos «quereres»... Y los maestros... «llevan brisca», y ganan..., si entienden el juego.

Pasó un año. Puede que hayan pasado dos. Puede que más. En todo caso, bastantes meses para que mucho se esfumara; pero no tanto como para que no quedara nada.

Basilio Petróvich se pasea. No tiene prisa. Es otoño temprano. Un día de fiesta. Descanso completo. El alma busca emociones. Delante, una mujer mueve las caderas. Basilio Petróvich se pregunta: «¿Se pasea ésta o busca lo suyo?». Entre los paseantes esta hembra llama su atención. Y la alcanzó. Primero se

puso a un lado; luego al otro. ¡Qué cosa tan extraña! ¡Parece como si la conociera! Hasta el corazón repiqueteó un poquito. Maja le pareció la mujercita. Y Basilio Petróvich siente debilidad por las mujeres bonitas... Sintió un temblorcillo. Labios de coral. Ojos grandes y rasgados. ¡Y unos andares...! ¿Quién será *ésta?*

Y de repente se acordó: Kolpakova.

Sí, era ella. Pero era una Kolpakova nueva. ¡Adónde vas a parar de ésta a la otra! Aquélla era una simple. Ésta lleva sombrero, buen abrigo de seda, zapatitos de tacón alto... Muy apetitosa.

Y la verdad es que jamás la conoció tan atrayente como entonces. Aunque el maestro comprendió que había en ella algo que no era natural, algo sospechoso; algo así como un viso de ramera; sintió que se le encendía no sé qué allá dentro, y se dijo al instante: «Mejor es así, al fin y al cabo; de este modo puedo entrar por uvas decididamente. ¡Como otro cualquiera!».

—Permita usted —dice él—; parece ser que se aburre usted sola...

Un poquito de confusión al principio. En el primer momento no conoció a su acompañante, y sonreía, miraba y coqueteaba. Hasta parecía que a él le irritaba un poco esto. Después pensó: «Puede que así sea mejor».

Pero aquí ella rasgó los ojos y casi se le escapó una exclamación. La situación duró un segundo. Para ella desapareció toda sombra de duda. El maestro también comprendió.

Sin embargo, no hubo por parte de ella ni un solo reproche, ni una sola palabra desagradable. Al contrario, pareció alegrarse: se reanimó, se volvió más locuaz.

Basilio Petróvich le propuso que se fuera con él a casa. Le abrasaba ya la proximidad de esta mujer joven, radiante, irradiando efluvios de perfumes.

Pero ella se negó.

—Estoy ocupada en este momento —dijo ella mirándole y apretando las pupilas de sus ojos refulgentes—. Mire usted, Basilio Petróvich: un poco más tarde, dentro de una hora o dos, venga usted a visitarme a mi casa. Vivo en la línea número 5.

Compre por el camino unos bocadillos y vodka. Vivo completamente sola.

Y le dio su dirección exacta.

Por la noche, después de las «caricias», cuando agotado por el «amor» dormía a pierna suelta Petróvich, Kolpakova ejecutó su sentencia.

Y la sentencia fue severa. La cuenta fue cobrada con interés y todo. El ejecutor de la sentencia fue el fiel servidor y amigo de las mujeres: el vitriolo.

La sífilis fue aquí una cosa casual, inesperada para la misma Kolpakova...

Nacida Kolpakova, Fiódorova por su exmarido.

* * *

El busilis, naturalmente, no está en el vitriolo. En este choque entre dos existencias, en el conjunto de las circunstancias que determinan este choque se destaca lo que no puede ser considerado como episodio: se llama la tragedia social de la mujer.

En la vida económica y política la mujer es igual al hombre. Esto es rigurosamente exacto hablando jurídicamente. Mas los hechos se encargan de introducir aquí una gran enmienda. La mujer no es retardataria. No, no es eso. Lo que simplemente ocurre es que se ve desplazada por el hombre.

Según la legislación, la mujer es libre. En la práctica, allí donde los artículos del Código están impregnados de abstracción, y donde los individuos son dirigidos por las condiciones concretas de la correlación de fuerzas, la mujer depende del hombre.

Admitamos que esto no ocurra siempre, en todos los casos; pero el hecho existe en una proporción colosal, por lo menos.

Y esto se pone de manifiesto en todas partes. A veces con gran crueldad. Los periódicos y las crónicas de tribunales conocen casos en que la mujer llega a poner fin a su vida. No son tan raros que digamos estos casos.

A propósito, hablemos de los suicidios.

Hace un año se oyó en Moscú una detonación. Esta mujer era joven y estaba dotada de talento artístico. ¿Qué puede suceder en el alma de una persona dotada de talento y ante la cual se abre de par en par un mundo lleno de colorido y alegría? Era actriz del Gran Teatro de Moscú. No eran sólo promesas, no eran sólo esperanzas: era ya un mundo de bellas realidades.

Y de repente la muerte. El suicidio. Renunciar voluntariamente a una vida que promete alegrías y creación artística. ¿Qué quiere decir esto?

La actriz no sólo era joven, sino que era además hermosa. Esto fue lo que decidió la suerte de una persona.

La detonación se oyó levemente entre el rumor y bullicio de la gran urbe. Fue como una especie de suspiro postrimero tras el tabique que la separaba de millones de existencias.

Más tarde, desde las parrillas del Gran Teatro de Moscú, caen en escena dos cuerpos. Retumba en todo el ámbito el eco del golpe y el chasquido de los huesos destrozados. Este vuelo convierte a dos artistas del Gran Teatro en cadáveres. Caían abrazadas. Eran víctimas de un mismo sufrimiento. Por esto quisieron morir juntas. Ambas eran jóvenes. Y además atrayentes.

Entonces se acordaron del suicidio de la joven actriz. Transcurrió muy poco tiempo de una a otra fecha. Se inquietó la prensa. Aparecieron en los periódicos artículos llenos de indignación. Se exigía la inspección de las costumbres y vida de los teatros. Algo sale a la superficie.

Por el hilo se va sacando el ovillo de toda una serie de rumores, indirectas y declaraciones. Al fin se descubre que en el centro de estos dramas está, cual minotauro, la exigencia, la imposición del órgano masculino.

El suicidio es el colmo de la injusticia. Es que la ola de injusticias ha sobrepasado ya todo límite. No hay más allá. O perder su *yo* o la muerte. No queda otra disyuntiva.

Mas esto ocurre con pocas personas. Cientos y miles se dejan arrastrar al bajo fondo y se degradan de forma menos perceptible. Lo que eran las cine-fábricas no constituye un secreto para nadie. Cada uno era un harén grande o pequeño, un sultanato.

Operadores, primeros asistentes, asistentes segundos, los directores más esmirriados han hecho pasar por sus catres a decenas de infelices jovencitas buscadoras de gloria. Hipnotizadas por la aureola de los Júpiter, jovencitas, casi niñas, deseosas de encuadrarse en una película, caían sin lucha en los brazos de los truhancetes, arrulladas por la promesa de una recomendación.

¿Cuántas vidas han iniciado aquí su carrera hacia el precipicio? ¡Y qué paso ha constituido esto en la pendiente de su vida!

Puede que esto no ocurra ahora. O puede ser que todavía exista en proporción insignificante. No lo discuto. Mas así era no hace mucho aún.

De tiempo en tiempo los tribunales levantan la cortina de los intermediarios entre los obreros del arte. Y entonces tenemos ante nuestros ojos el mismo cuadro. Si a los actores se les exige dinero, a las actrices caricias. Y el caso es que las obtienen, por desgracia. Si no, al turno, en espera de trabajo: es decir, al hambre.

Esto no puede ser llamado tragedia biológica. Lo biológico es algo ingénito, es una cualidad fisiológica del organismo. La tragedia sexual es también otra cosa. No es una desviación política de las relaciones. Ni tampoco una tragedia individual. ¿Qué es entonces? Para la ley, un crimen. Para las mujeres, hoy por hoy todavía, un drama social.

Durante los últimos tres años en Leningrado hemos visto todavía unos cuantos procesos resonantes contra personas afectas a las Bolsas de Trabajo. En el banquillo de los acusados se sentaron los directores responsables del registro y distribución de trabajo. La colocación dependía de ellos. Y he aquí que se han puesto boca arriba los documentos que hablan de la falta de protección en que se encuentra la mujer. Para poder alcanzar el mendrugo de pan que se les pone como cimbel, deben entregarse. Para ocupar un puesto en una máquina, detrás del mostrador o en el restaurante, fue necesario aceptar la cohabitación forzosa, fue necesario aceptar la humillación como pago del derecho al trabajo.

Hemos dicho que sólo durante tres años y sólo en Leningrado. Pero ¿en qué son peores estos años que los anteriores? Y

¿por qué solamente en Leningrado? Hay que admitir que en otras ciudades la cosa no va mejor.

Hoy (19 de julio de 1929), en el momento de escribir esta página, tengo ante mí una crónica de un periódico de Moscú. Y de ella entresaco los abusos ocurridos en la procuraduría del Tribunal Supremo. El secretario del Tribunal Supremo de la U.R.S.S. recibía sumas a cambio de mangoneos, adelantaba o retrasaba los asuntos a su capricho y se dedicaba a la extorsión. Se trataba de un héroe de gran calibre.

El abuso de su cargo no se limitó a esto solamente. No se escaparon de él las mujeres. Las que se dirigían a él en demanda de justicia eran víctimas de su temperamento erótico. Les imponía la cohabitación forzosa.

Esto ocurre en las alturas. ¿Y en los bajos?

El director de un albergue nocturno de la calle de Kursk, en Leningrado, fue procesado por abusos. No se limitaba el tal ciudadano a cumplir con su deber estrictamente. La mujer que venía a él en busca de albergue debía someterse a su capricho. Dividía a las mujeres en dos categorías: sumisas e insumisas. Estas últimas no tenían entrada en la casa. Las sumisas tenían albergue. Pero le pagaban con su cuerpo.

He leído esta noticia en un periódico de Leningrado del 19 de julio de 1929. Estaba al lado de la crónica de Moscú sobre el asunto del Tribunal Supremo.

Hace unos días terminó la vista del proceso contra unos funcionarios de la policía de investigación criminal de Leningrado.

Extorsiones, malversaciones, robos, uso y abuso descarados de los bienes del Estado. En el banquillo de los acusados, peces gordos de la dirección de la mencionada institución. A la cabeza de ellos el jefe superior.

De repente, entre todos estos documentos y títulos sale a relucir un nombre: Stepánova. Un nombre muy modesto. Algo completamente anónimo. Como si fuera de otro mundo.

Era el nombre de un insignificante tornillo de la gran rueda.

Stepánova no es más que una pobre chica que se dedica a la limpieza. Su obligación, muy simple: barrer y fregar el suelo.

Pero el artículo relacionado con su nombre es muy conocido. Habla de la cohabitación forzosa, del abuso del cargo por parte de los jefes. Empieza el artículo por Stepánova y acaba zarandeando el imponente nombre del jefe superior de la institución. Lo mismo que, a fin de cuentas, zarandea a otros.

* * *

Hemos dicho, a fin de cuentas. Sin embargo, debería atacar por el principio. Quiero decir que se impone crear tales condiciones dentro de las cuales se puedan recordar las medidas a adoptar; pero que no sea necesario aplicarlas ya.

Con este punto de vista han obrado muy justamente en una fábrica de Leningrado. Aquí el problema femenino, desde el principio, pasó por el tamiz del Comité de Fábrica. Y como en este organismo había hombres activos y fuertes, el asunto no quedó enterrado entre los papeles ni entre las reclamaciones oficiales. No se esperó a que se desarrollara el proceso. A Yevdokímov en seguida le pareció clara la cosa. Fuera todo procedimiento oficial en lo que se refiere a las acusaciones de Shura Ogurtsova, por cuanto no daría resultado práctico alguno. No había por qué dudar de la veracidad de sus afirmaciones. La discusión en el Comité de Fábrica fue como entre camaradas.

—Sabemos bien cómo trabajas tú —le dijo Yevdokímov a la apenada muchacha—. No tengas miedo. Yo trataré de buscar el medio de solucionar este asunto.

—Sí, si me hace el favor, camarada Yevdokímov. Porque esto se hace insufrible. Al principio, cuando el 8 de marzo me presentaron como aventajada, su comportamiento conmigo fue hasta cariñoso. Me instruía, me enseñaba. Yo creí que en realidad trataba de hacer de mí una buena mecánica. Pero al tercer «discurso», cuando se encontró con la negativa categórica, todo mi trabajo es malo. Vamos, que me descentra...

Yevdokímov sacudió la cabeza:

—Hay algunos jaques de estos que les gusta mucho escribir cartitas; lástima que no se le ocurre a él hacer eso. Entonces sí que le podríamos meter mano. Bueno; pero, aun así, le ajusta-

remos las cuentas. Y tú me comunicas todo lo que te pase con él, si es que te ocurre algo.

A los tres días el ingeniero jefe de la sección llamó a su despacho a Shura Ogurtsova:

—Compañera, usted es obrera aventajada y no quiere dominar su máquina. Le aconsejo a usted un poco de celo en su trabajo. El encargado no está contento con usted.

—Pero si yo no lo hago peor que otros.

El ingeniero frunció el entrecejo:

—Yo no le impongo a usted ningún correctivo, no se inquiete. Se lo digo solamente para que usted esté informada.

Y la muchacha se fue al Comité de Fábrica.

—Está bien —dijo Yevdokímov, después de haber escuchado lo que le decía referente a la conversación con el ingeniero—; no te apures.

Y se anunció por la fábrica un informe del Comité sobre «algunas anormalidades en el trabajo de los aventajados». Era durante el descanso de mediodía. Emitía el informe el secretario del Comité de Fábrica.

Yevdokímov habló poco tiempo, pero bien:

> La gran mayoría de esta sección la componen las mujeres; ellas son las que forman casi exclusivamente los cuadros de obreros aventajados. ¿Y qué sucede? Para el Día Internacional de la Mujer Trabajadora se las presenta como obreras aventajadas, y al cabo de un mes se las traslada a otra operación porque no dan la tarea. De esta forma podemos llegar a la situación de algunas de nuestras industrias. Cuadros aventajados sólo para exhibirlos durante las fiestas. Esto no puede ser, camaradas. ¿Quién tiene la culpa de esto? Claro que puede ocurrir que para algunos aventajados sea demasiado dura la tarea. Esto es indiscutible que ocurre. Pero, por otra parte, nosotros les ayudamos muy poco para que adquieran el dominio de su máquina y de la producción. Esto es cosa que tampoco admite discusión. Mas no deben darse estas anomalías. A veces se da el caso de que ponemos a una aventajada a la máquina, ponemos interés extraordinario en enseñarla, llegando en ocasiones a ofender a las demás, y después nos fastidia, u otra cosa cualquiera, y la cosa

se acabó. No ponemos ni la menor atención, el menor interés, en ayudar y sólo advertimos los defectos. Esto no está bien. Es necesario tratar a todo el mundo por igual, sin especial zalamería y sin especial exigencia en el cumplimiento del deber. Vamos, camaradas, a acabar con estas anormalidades. Es necesario conseguir que las mujeres que sobresalen permanezcan largo tiempo en los puestos que se les han confiado. Y esto ha de ser obra de todos nosotros. Yo estimo que si el obrero aventajado (o la obrera) no responde a su cometido, la culpa es nuestra. ¿Digo bien, camaradas?

Poco tiempo después, encontrándose al presumidillo de Nikíforov en la sección de máquinas, Yevdokímov miró a los lados, y viendo que nadie los oía le dijo francamente lo que pensaba de la acusación de Shura Ogurtsova:

—Ella cumple con su obligación, Nikíforov; me he enterado de ello, y tú no tienes por qué molestarla ni perder el tiempo. Por cosillas como lo que tú quieres hacer con esa chica no se dan bombones, ¿sabes? Pasa la cosa a los tribunales y se te cayó el pelo, ¿estamos? Yo te propongo que dejes eso y que acabe la fiesta en paz, sin escándalo, ¿lo oyes? Ella olvidará, yo olvidaré, tú olvidarás y se acabó. Tú exígele su trabajo, palabritas no; y en cuanto al *bocadillo,* quieto; si ella no quiere, déjate de andar por las malas. Nosotros no permitiremos que la ofendas...

Y el nudo quedó deshecho. Nikíforov comprendió y se apaciguó. Shura pudo continuar en su puesto tranquilamente.

* * *

En los países capitalistas la gran mayoría de las prostitutas pertenecen a la clase trabajadora, a la parte de población económicamente más oprimida.

En la República de los Soviets este problema debe variar considerablemente. Los que trabajan no constituyen la clase oprimida ni política ni económicamente. Todo el sistema económico y político viene a mitigar las necesidades del obrero y de la obrera.

Y esto es lo esencial.

De aquí se infiere lógicamente un detalle. La esencia de clase de la prostitución no tiene razón de ser. O, por lo menos, queda limitada a los residuos de la clase destruida. Es una categoría estadística. Pero no constituye una causa.

Como resultado de esto la cuestión se plantea de otra forma. En vez de preguntar:

—¿A qué categoría social pertenecen las prostitutas?

Se debe preguntar:

—¿Cuáles son las cualidades de las mujeres que se hacen prostitutas?

Es así como plantea la cuestión uno de los hombres que dirige toda la lucha contra la prostitución en la U.R.S.S., en nuestro país. Se trata de persona verdaderamente competente.

Tengo su libro a la vista. Se titula *La prostitución en el pasado y en el presente.*

Y él responde a la pregunta tal cual como la dejamos planteada: «Se entregan —escribe— las mujeres jóvenes de menos fuerza de voluntad, las más frágiles».

Lo dicho: las que no saben resistir, las que no pueden resistir. Por lo tanto, las indefensas.

Se contienen las más fuertes. Las débiles se dejan arrastrar. Por consiguiente, triunfan las más capacitadas para la lucha. Igual que si se tratara aquí del principio darwiniano.

Mas este principio, esta ley, en las condiciones de edificación de un nuevo sistema no nos hace honor alguno. Es necesario examinar más a fondo esta debilidad de la mujer, este abandono a su propia suerte. Puntualicemos más: nos hace falta saber claramente dónde radican las causas de la fragilidad y del abandono de las mujeres que se han dejado arrastrar a la prostitución durante los años de la revolución, ya después de Octubre, ante nuestros ojos, por así decir.

* * *

Maupassant ha escrito un cuento sobre una cama adquirida en una subasta. Cuatro páginas dedicadas a la filosofía de la

ficción y a todo aquello que puede crear la fantasía del artista en torno a un mueble.

La novelita es lírica, como de Maupassant.

En una novela de un escritor soviético no hace mucho leí yo un capítulo sobre la cama. Se habla de la cama en general. Y de todo cuanto la cama introduce en la existencia del hombre y de la influencia que ejerce en la vida un buen colchón extendido sobre cuatro patas macizas.

La novela ésta es satírica y burlesca por su temática.

Existen, sin embargo, libros verdaderamente extraños. Es verdad que su lenguaje es seco y monótono. Son libros de investigación. Pero hablan de cosas terribles, insoportables.

El tema de estos libros es la cama. En muchos casos es el tema de la desgracia del hombre.

En el destino de las mujeres que han sido objeto de observación el papel principal lo desempeñó la cama. Es decir, más exactamente, la ilusión de una cama. ¡No la tenían!

Durante su infancia y juventud carecieron de lecho. Dormían con cualquiera, con el primero que les permitiera acostarse a su lado. Unas veces con los padres, con las hermanas otras; a veces con el hermano. En ocasiones con gentes extrañas, que temporalmente disponían de un rincón y un camastro. En una palabra: con todo aquel que poseía una cama.

Todo lo demás es comprensible ya.

Hay mujeres que empezaron su vida sexual a los diez años de edad. Con frecuencia ocurre que no recuerdan quién fue el primero que las poseyó.

De esta forma los episodios ulteriores de la vida de estas mujeres no constituyen sorpresa para nadie. La línea divisoria entre aquellos tiempos en que no poseían un lecho y su vida presente, cuando no tienen personalidad, debe ser muy poco perceptible.

* * *

Una noche el huésped del cuarto número 17 del hotel *Ermitage* entró precipitadamente en el despacho del administrador.

Se trataba de un robo. Le había desaparecido la cartera. En la cartera, dinero de la institución donde trabajaba. El amigo «17», con los ojos fuera de las órbitas, se daba fuertemente golpes el pecho, perneando delante del administrador.

Y el ciudadano «17» demostró que hasta las doce de la noche no había estado solo en su cuarto. Su tiempo libre durante la tarde y la noche lo compartió con una mujer. No sabía cómo se llamaba el objeto de sus «amores». Se la trajo a casa durante el tiempo que le fue necesario para satisfacer sus necesidades de macho. Ella, que había emergido de las tinieblas de la noche callejera, una vez cumplida su función, se zambulló de nuevo en la profunda oscuridad de la urbe.

Un agente de policía de investigación criminal buceó también siguiéndole la pista. La suma robada era considerable, y el asunto no carecía de interés policial, profesional. La búsqueda fue coronada por el éxito enseguida.

Delante de la mesa estaba la figura de una mujer escuálida, jovencita, con unos mechoncitos rizosos cayendo sobre la frente como una niña. La delincuente tenía diecinueve años. Por entre sus pestañas ardían unos ojos atrevidos de reincidente. Hasta su extraordinaria delgadez no la privaba de atracción.

Interrogatorio de rúbrica:

—¿Dónde vive usted?

—Donde puedo —responde simplemente la joven, sin embarazo alguno—. ¿Acaso tengo yo casa? —añadió ella con tono de extrañeza—. Hay veces que me quedo en la calle...

—¿Dónde vivía usted antes?

—Donde podía.

El juez la miraba atentamente. Ella miraba alrededor, mientras su mano derecha estiraba, parsimoniosa, la blusita.

—¿Forastera? —preguntóle el juez.

Ella sacudió la cabeza:

—¡Qué va! Soy de aquí.

—Pues entonces —dijo el juez con tono incontrovertible—; pues entonces quiere decir que antes vivía usted en alguna parte. Por ejemplo, cuando vivía usted con su madre todavía..., porque usted tenía madre..., ¿no es eso?

La mujer miró a cuantos la rodeaban:

—¿Cómo no? —contestó ella, frunciendo un poco el entrecejo—. ¡Naturalmente! Hasta el año pasado vivimos todos juntos: mi padre, mi madre, mi hermana, con su marido; un huésped y yo.

—¿Y por qué se fue usted de casa?

La joven frunció de nuevo el ceño. En su cara paliducha se pusieron más de relieve los residuos de polvos y se acentuaron más las líneas de sus labios, las orejas y las arrugas prematuras.

—¿Qué otro medio me quedaba? —preguntó ella con cierto viso de indignación—. Se fue llenando el cuarto hasta estar como arenques en barrica. Ni siquiera se respiraba ya. ¡Todos en una habitación! Y cuando el marido de mi hermana se vino a casa parecía que deseaban echarme... Querían que yo buscara un rincón para mí sola y trabajo.

—Y ¿adónde se fue usted?

—¡Adónde! ¡Adónde! ¡Cómo si usted no lo supiera ya bien! —contestó ella, mirando, irónica, al juez—. Me *coloqué* enseguida. ¿Adónde? —repitió ella, acentuando la ironía—. Pues me fui a viltrotear; allí fui y nada más. Yo no le robé el dinero —añadió levantando la cabeza y hablando con decisión—. Me lo dio él mismo. Él mismo me dijo: «Agarra lo que te haga falta». Me lo dio él. Puede que fuera con la borrachera. No estoy obligada a saber eso yo. ¡Pues no faltaba más! Nada tengo que ver en este asunto.

A las prostitutas formadas ya, con unos cuantos años de haber profesional, se puede intentar salvarlas por varios medios. La mujer adulta y la joven predispuesta a la caída, en la mayoría de los casos podrían ser salvadas en condiciones de vivienda llevaderas.

Si se estudia sin el marchamo de lo oficial en la biografía de las mujeres lanzadas a la prostitución en estos últimos años, chocamos inevitablemente con la cuestión de las viviendas, o del cuarto, o del rincón de un cuarto. Y el problema es una maldición, una fatalidad.

Maldición. Fatalidad. No son, éstas, frases hechas. Es la realidad: maldición. Fatalidad.

Conocemos a centenares de personas que trabajan en las fábricas y en las instituciones y que viven en los albergues nocturnos. ¿Qué nos dice todo esto? Nos dice que existe una terrible crisis de vivienda. La cosa es comprensible. Pero ¿qué más, además de esto? Además de esto nos dice, naturalmente, que la falta de un rincón donde cobijarse reduce a cero las mejores intenciones.

Los albergues no son muchos. Acaso diez en la gran urbe. Si no son menos... Pero existen decenas de casas que en el fondo no son otra cosa que una especie de albergue nocturno por la traza de sus habitantes, por las costumbres, por la asquerosidad, por el sitio que ocupa cada uno de los inquilinos.

No hace mucho tiempo (en 1929), casi estos días, puede decirse, apareció un libro de Smirnov titulado *El Komsomol y las chicas* («La Juventud Comunista y las chicas»). Ese libro contiene, en general, un material muy valioso. Es interesante para nosotros también.

De este libro entresacamos:

> En la calle de Kursk hay un albergue, un verdadero burdel. Hacen noche allí las prostitutas. Vienen a diario hombres al albergue y allí mismo se ocupan con las prostitutas. Y allí mismo se emborrachan. Vienen también muchas jóvenes obreras a pasar la noche. La corrupción es terrible en este albergue.
>
> Sé que allí van a pasar la noche muchas jóvenes comunistas que no tienen cuarto. A veces caen en el albergue jovencitas procedentes de la aldea. Al cabo de algunos días las seducen y se convierten en prostitutas.
>
> Y a mí me ocurrió el caso siguiente: una vez me encontré en la calle con una aldeanita con sus botas de fieltro y su hatillo de ropa. Entablamos conversación. Acaba de llegar de la aldea y había perdido la dirección que traía de una conocida suya, y no sabía dónde dirigirse. Hubiera pagado la cama, pero nadie la admitía en casa. Le aconsejé que fuera a pasar la noche al albergue, que precisamente estaba en mi calle.
>
> Y allá se fue.
>
> Ahora me la encuentro con frecuencia en la calle: es una prostituta.

Todo esto es cosa muy simple. Muchas casas están atestadas de gente y presentan el mismo cuadro, aunque quizá con alguna variante.

¿Adónde van a parar las jovencitas que salen de las casas de niños? Su suerte no se sabe todavía. Entretanto, en la mayoría de los casos sabemos que no les queda dónde cobijarse. Pero es el caso que en alguna parte se meten. ¡Naturalmente! Al fin y al cabo, termina por abrirles sus puertas el bulevar...

En la vida de la prostituta con frecuencia se descubre un albergue o un rincón dudoso...

Precisamente ahí tiene su punto de arranque el declive, el precipicio.

¿Qué hacer? ¿Qué conclusión sacar? ¿Qué remedios proponer?

Cada temporada se construyen en las ciudades viviendas. Aumentan constantemente los edificios. En los periódicos se pueden leer de tiempo en tiempo noticias sobre edificios gigantescos que contienen cientos de viviendas.

Las consignaciones se elevan a muchos millones de rublos. Cuando se ha clavado el último clavo y se han retirado los últimos puntales del andamiaje, los obreros y sus familias han llenado al instante la casa.

Esto está perfectamente. Hasta diré que es cosa admirable.

Pero es necesario que por cada cuatro o cinco edificios destinados a viviendas se construyan dormitorios. Aunque deban respirar todavía la pintura mal seca aquellas infelices niñas que no tienen familia y cuyas condiciones de vida en su casa, si es que la tienen, son repugnantes.

En cada ciudad existen miles de niñas y mujeres jóvenes a las cuales la orfandad, la soledad, la falta de albergue, hacen de ellas los cuadros que habrán de formar la futura prostitución. Hay que ocuparse de ellas. Hay que buscarlas donde estén. Hay que proporcionarles aposento.

¿Quién hará esto? Las Comisiones organizadas para la lucha contra la prostitución. Son estas organizaciones las que habrán de hacerlo en primer lugar.

* * *

Estas Comisiones deben ser, sin embargo, reorganizadas. En algunas ciudades principales de la U.R.S.S. la actividad de estas organizaciones quedó limitada a reuniones casuales.

En Járkov, por ejemplo, también ha existido y existe hasta la fecha la Comisión para la Lucha contra la Prostitución. Empero, no es otra cosa que una ficción. La última reunión de este organismo se efectuó... ¡en 1926!

No es extraño, pues, que:

«Las condiciones de vida de las prostitutas sobrepasen los cálculos más sombríos»; «La situación es verdaderamente desconsoladora en el dominio de la prostitución infantil, que ha tomado proporciones alarmantes»; «La prostitución se va completando con nuevos cuadros».

Es la voz de la opinión pública soviética de Járkov en 1929. Claro que tal situación salta ya a la vista. Gracias a que Járkov no tiene que ir muy lejos para encontrar un ejemplo de lucha contra la prostitución. Puede aprender allí.

Hablo de Lugansk. Se trata de una ciudad pequeña. No tiene gran importancia. Mas para el problema que nos ocupa es enorme. En esta ciudad se pueden observar los buenos resultados de medidas acertadas y bien aplicadas.

Primero se estudiaron las posibilidades. Algunos expertos establecieron el contingente de prostitutas. Después empezó la lucha para devolver a estas mujeres las virtudes individuales y sociales que poseían antes de la caída. Gracias al infatigable trabajo de los miembros de la Comisión se logró proporcionar los medios de corregirse (trabajo) a todas las mujeres sacadas del bajo fondo social.

En fábricas y talleres se creó un estado de opinión adverso a la prostitución. Los acusados de adquisición del amor vendido tenían que entendérselas con una atmósfera de general hostilidad hacia ellos. Las calles se vigilaban constantemente. La ciudad quedó limpia de rameras. Sólo alguna que otra pudo escaparse a la actividad y propaganda de la Comisión, siendo poco a

poco recogidas, curadas y devueltas a la actividad social, al trabajo.

En todo esto no hubo necesidad de táctica especial alguna. En Lugansk se aplicó el método que conocen todas las demás ciudades. Puede que hayan celebrado asambleas. Seguramente que las hubo. Pero no sólo se limitaron a levantar actas de las reuniones: hicieron algo más. Su actividad estaba impregnada de entusiasmo, y por eso no fue estéril su labor.

* * *

Las conversaciones sobre la actividad no constituyen más que un esquema para aquellos que se encuentran al margen. Son cuadros difusos. Sólo al chocar con los acontecimientos se ilumina todo inesperadamente con radiante luz.

La biografía del individuo se hace por medio de líneas. El que está un poco apartado toma las líneas por puntuación. Quien esté más lejos no verá más que trozos de esquema. A veces la contemplan desde dos planos tan opuestos, tan lejos uno de otro, que parece no haber nada común entre ellos. Y sin embargo los verdaderos acontecimientos se desarrollan entre estos dos planos.

Estamos acostumbrados a ver las noches blancas envueltas en un aroma de poesía y casi de misticismo.

Una de esas noches caminaba yo a lo largo de la antigua calle de Nevski. Noche clara. Con ese claror pálido de insomnio. Cielo matizado de azul y gris. Y yo traté de recordar todo cuanto leí en las obras de Dostoievski y otros escritores acerca de estas admirables horas de las noches blancas.

Estas noches alegran extraordinariamente a los enamorados.

Dormían las casas. Sólo la calle vivía su interminable vida. No vi enamorados. Puede ser que estuvieran, como se canta en las viejas romanzas, «en las orillas del Nevá».

En las esquinas las gentes se dedicaban al comercio. Estaban arrimados a la pared con sus cestitas de bocadillos, manzanas y otras frutas. Paseantes. Caras indefinidas. Grupos de personas. Mujeres de dudoso colorido.

Estaba una mujer en la esquina de la Perspectiva Soviética. Cara joven y pálida, labios contraídos en una mueca de dolor. Su mirada se perdía a lo largo de la Perspectiva. Yo me detuve y me quedé mirando en la misma dirección. Al fondo de la calle avanzaban dos mujeres y un hombre en medio de ellas. El hombre se tambaleaba. Parecía como si le llevaran a tirones. En la opaca claridad de la noche se dibujaban los pesados movimientos de su cuerpo.

Y de nuevo volví a mirar a mi vecina. Ella continuaba mirando, insistente, al grupo que se alejaba. Era joven todavía esta mujer; pero los rasgos de su semblante se acentuaban por el peso de los excesos. Reflejaban las huellas de enfermedad. Su indumentaria, muy usada ya, no carecía de picante colorido. Era una prostituta. Una prostituta de las más corrientes. Pero lo que yo no alcanzaba a comprender era el dolor, el mudo sufrimiento que transparentaba hasta la postura de su cuerpo.

—¿Adónde van? —pregunté yo, iniciando la conversación, cual si hablara conmigo mismo.

Ella no volvió la cara hacia mí; pero contestó como lo hacen las personas que están acostumbradas a no distinguir entre conocidos y desconocidos:

—Me da lástima el chaval. Le van a desplumar completamente al pobrecillo. Es tan jovencito y parece tan buen chico...

Su voz era finita y trémula. Yo me acerqué más a ella. Olía a vino. Su piedad por el joven era una piedad de borracho llorón. Pero era sincera. Estaba verdaderamente alarmada.

—Lleva consigo dinero —añadió ella acentuando la mueca de disgusto—. Me le pierden a ese pobre chiquillo...

De repente me miró fijamente, y, como si le hubiera infundido miedo, se separó de mí y echó acera adelante, acelerando el paso y tambaleándose levemente. La noche blanca se resistía a ocultarla. Su figura continuó contorneándose largo rato a lo largo de las fachadas en la claridad grisácea.

Esto ocurrió hace cerca de dos años y medio. En abril de este año volvimos a encontrarnos. Fue durante el día, en un tranvía. En el coche, apretones y empujones. Se abrió paso por entre los que nos separaban y me tendió la mano.

Yo le di una pieza de diez kopeks: era la cobradora.

* * *

Dos etapas. ¿Qué fue lo que ocurrió en este intervalo? ¿Cuál era el hilo que unía a la prostituta y a la cobradora del tranvía?

Cuando todos los pasajeros se fueron al llegar al empalme de los tranvías, yo le pedí su número y su nombre.

Ella me contempló extrañada, pero me contestó:

—El 72. Vechkánova.

Seguramente que ella creyó que se trataba de una protesta por parte mía. Según las ordenanzas, los tranviarios no tienen derecho a negarse a dar su nombre y número a aquellos pasajeros que deseen protestar.

Yo me aproveché de esta circunstancia.

Y razonaba yo muy simplemente. Conociendo el nombre, me basta con irme a la Comisión para la Lucha contra la Prostitución y buscar en los documentos el camino recorrido por esta mujer durante estos últimos años.

En la Comisión verificaron los libros. No estaba registrada en ellos ninguna Vechkánova.

Empero, error por mi parte no podía haber. Jamás me falló la retentiva.

—Cosa verdaderamente extraña —dijo el miembro de la Comisión que me facilitaba los datos—. Si de la prostitución pasó al trabajo, tuvo que ser forzosamente a través de nuestra institución. Tenemos datos de los dispensarios y de los profilactorios. Y no la hemos encontrado en parte alguna. ¿Sabe usted? Venga dentro de un par de días. Yo me encargaré de aclarar esto.

Y allí me presenté el día señalado.

—Bien, vea usted —dijo el director con una sonrisita que demostraba satisfacción—; la cosa ya está clara. No está registrada en nuestros libros ninguna Vechkánova; pero, en cambio, está una tal Rosenkova.

—Muy amable de su parte —le contesté yo—; pero yo busco a Vechkánova, y no a Rosenkova u otra cualquiera.

—Es precisamente lo que digo yo, que no existe ni existió nunca la tal Vechkánova. Hace año y medio hemos sacado a Rosenkova de los calabozos de la milicia urbana, donde se encontraba por no sé qué infracción. Hemos peleado bastante tiempo con ella hasta corregirla completamente. Hace ya unos seis meses que se ha casado con Vechkánov. Y eso es todo.

¿Qué hay en esto de incomprensible?

Hace unos días, en *La Tarde Roja* apareció una nota. Se comunicaba muy concisamente que a 32 mujeres que antes ejercían la prostitución les había buscado colocación la Comisión para la Lucha contra la Prostitución. A la luz de la historia de Vechkánova/Rosenkova la sequedad de estas líneas se convierte en un pedacito de vida.

La cuestión, naturalmente, no estriba en la fecha de la última reunión de la Comisión, sino en la composición de la misma.

* * *

El jefe de la casa de socorro adjunta a la dirección de la policía de investigación criminal es un médico. Cuando le tocó irse de vacaciones a las playas del sur durante un mes me invitó a reemplazarle en su ausencia. Éramos amigos de la infancia, y acepté gustoso.

Hace unos cuatro años que fue esto. Cuando éramos niños leíamos juntos a Gustave Aimard, [Charles] Reade y [James Fenimore] Cooper. Las aventuras por mar y tierra excitaban nuestra imaginación; los héroes nos atraían.

Todo lo extraordinario continúa hipnotizando nuestro pensamiento hasta cuando envejecemos.

Una vez haber ingresado de médico en la policía de investigación buscaba con gran curiosidad la ocasión de encontrarme y entablar conversación con los representantes del llamado mundo de la delincuencia. En mis relaciones con ellos había, indudablemente, algo de aquellos tiempos, cuando seguía con avidez las peripecias de los exploradores y cazadores de tortugas.

Todo cuanto me descubría los secretos de la policía de investigación me atraía.

Una de las funciones de esta institución consistía en las incursiones y redadas en el bajo fondo de la ciudad. El automóvil se llenaba de agentes por la noche y se llevaba a cabo el recorrido de todas las covachas.

Una vez participé en una de estas redadas en calidad de espectador. Era una noche de septiembre.

El coche resoplaba a lo largo de las calles principales. Después viró. Callejuelas desiertas. Casas silenciosas y oscuras. Números iluminados que desfilaban, veloces, por delante de la ventanilla del coche. Viento frío. Viento húmedo. Una cuesta. Un puente. Una pendiente. Y la máquina frena en seco. Al instante se apagaron los dos focos del automóvil. Alrededor todos corrían, todos se arremolinaban. Yo descendí junto con algunos de mis acompañantes. En la esquina titilaba una luz mortecina tras la cortinilla de la ventana de un sótano. Me aproximé y descifré con dificultad un rótulo. Era algo así como una cervecería. O una especie de restaurante.

La calle me era desconocida. Por las frases entrecortadas que llegaban a mí me di cuenta de que estábamos en Vasílievski Ostrov (Isla de San Basilio). Dos de los que estaban conmigo guardaron la entrada. Algunos pasaron al patio para vigilar la puerta falsa. Unas cuantas figuras desaparecieron en la oscuridad. Un minuto. Todo sitiado. Todo se hizo sin voz de mando. Obraban por experiencia.

Los demás penetraron en el establecimiento. Avanzaban lentamente. Palpaban con su mirada a los clientes por entre las densas espirales de humo de tabaco. Seguí los pasos del subcomisario de la brigada, tratando de no quedarme muy por detrás de él. Penetramos en un estrecho corredor. Reservados a derecha e izquierda. Avanzamos por el largo corredor bajo la luz insegura de la bombilla. Suspiros. Rumor de voces. Risas.

De repente mi acompañante abrió bruscamente una puertecilla. Un hombre y una mujer estaban semiacostados sobre el diván. En la mesa cerveza y manjares. El semblante del hombre se contrajo en una mueca de indignación. Después, azoramiento.

—¿Los documentos? —inquirió el subcomisario.

El tocado de la mujer estaba en desorden. El hombre, medio vestido. La cosa no dejaba lugar a duda. El reservado desempeñaba la función de un cuarto de hotel.

Unos pasos. Un agente más. El subcomisario se puso a levantar atestado.

Después me enteré de que la cesión de los reservados para el mercado del amor era considerado delito y castigado: multa o encarcelamiento, según los casos. La cuestión estribaba ahora en establecer el carácter del encuentro de esta pareja. No entraba el asunto en las funciones de la redada. Fue cosa hecha de paso. El hombre se rehízo. Se puso la americana y esperaba, huraño, sentado a la mesa.

—No comprendo —dijo él, enarcando los hombros—. Venimos aquí a cenar y de repente irrumpen... ¿Acaso somos criminales, o qué?

—¿Quién es ésta? —preguntó el subcomisario, indicando a la mujer.

Ella se apretó contra la pared, sobre el diván, volviendo un poco la espalda y tapándose la cara con la mano. Sus labios se apretaban, nerviosos.

En este corto interrogatorio, en esta aparición súbita yo vi algo inexplicable, algo grosero, humillante, repugnante. Hasta la idea de que se trataba de una cuestión que afectaba al orden social establecido no pudo atenuar en mí la pésima impresión que me causó el hecho.

Esta mujer, temblorosa, agitada, que sin duda fue llevada allí por las circunstancias, personificaba el reproche.

—¿Que quién es? ¿Dice usted que quién es? Pues... es... una conocida —contestó embarazosamente el hombre que estaba sentado a la mesa.

—¿Cómo se llama? —preguntó el subcomisario.

Y esperaba la respuesta con un paquetito de documentos en la mano, que acababa de recibir.

La pregunta estaba perfumada de ironía.

—Ella... se... llama...

El interrogado no sabía cómo se llamaba. No podía tampoco dar un nombre falso. En poder de los agentes estaba ya la cédula

personal de la mujer. A las dos o tres palabras se vio bien claro que este hombre y esta mujer no se habían visto jamás hasta entonces. Fue un encuentro casual. De este modo quedaba demostrado el hecho de la prostitución.

La mujer guardaba silencio. Su mirada, entre tímida y furiosa, se clavaba insistente en todos nosotros.

Del paquetito de documentos cayó al suelo un pequeño carnet. Me incliné y lo recogí. Era un carné del Sindicato del Ramo del Vestido.

Y estaba a nombre de aquella mujer...

* * *

No se trataba de un documento falso. La dueña del carné era miembro del mencionado Sindicato.

¿Una excepción? Es incierto. La estadística ha puesto de manifiesto que más de la tercera parte de las prostitutas pertenecen a un Sindicato de industria.

Para no rebuscar mucho recordemos los trabajos de Krol y de Salzman. Su material estadístico arroja la cifra de 34,5 por 100. Es precisamente el tanto por ciento que demuestra palmariamente que por cada tres prostitutas hay una que pertenece a un Sindicato profesional de industria, es decir, a la familia sindical obrera.

¿Y si la proporción no fuera exacta? ¿Si en vez de la tercera parte fuera la cuarta o la quinta? Aunque así fuera, ¿no es considerable el hecho?

En todo caso, el asunto está bien claro: los Sindicatos no pueden permanecer al margen de la solución de tal problema. Esto se refiere principalmente a cuatro organizaciones sindicales: alimentación, bares y restaurantes, ramo del vestido y obreros y empleados soviéticos. Entre toda la masa sindical la prostitución afecta principalmente a estos Sindicatos.

La lucha contra la prostitución no debe ser llevada a cabo al margen de las organizaciones sindicales. La cosa está bien clara ya. Hay que proceder a la reorganización de las Comisiones. Los

representantes de fábricas y talleres deben acudir a ellas para saturarlas de energía y reanimar su actividad.

* * *

Las Comisiones para la Lucha contra la Prostitución se aferran a un solo objeto: la prostituta. Solamente se ocupan de la mujer caída ya.

Nadie se acuerda de aquellas que están al borde del precipicio. Ni una sola institución que se ocupe de esto. Ninguna medida práctica, excepto las opiniones bien intencionadas del problema en general y de la labor de los profilactorios, especialmente.

Esto es un error. Hay que pensar no solamente en las medidas preventivas, sino que también es necesario buscar los medios de su práctica aplicación.

Hasta la fecha esto, por desgracia, no ocurre.

En la casa donde yo vivo hay una vivienda que lleva el número 136. En la parte trasera del cuarto piso vive una tal Avdotia Klevtsova con su marido. Es un beodo crónico, que trabaja en una fábrica. Su conducta puede servirnos de ilustración, de ejemplo del género más abyecto de relaciones conyugales. Casi cada dos días se oyen gritos en casa. La pobre mujer maltratada sale corriendo al patio, huyendo de los golpes.

Una noche, cuando yo iba al Comité administrativo de la casa, me encontré allí a esa mujer llorando. La rodeaban algunos vecinos. Allí estaba también el administrador. Todos trataban de convencerla de la conveniencia de llamar al miliciano, levantar el atestado y llevar al marido a los tribunales.

—Ahora no se toleran estas cosas —le decía un miembro del *Schakt*—. Enseguidita le meten sus cinco meses de calabozo.

Un chico alto, con gafas, profundamente indignado, hacía aspavientos, metiendo las manos por los ojos a la mujer.

—Las salvajadas que ese cafre comete con usted no pueden ser toleradas por más tiempo, ciudadana Klevtsova. Es usted una persona en pleno goce de las libertades individuales que

garantiza la sociedad. Váyase al *Zhenotdel*, que allí la defenderán.

Se calentaban otras personas también, indignadas por la conducta del jaque. Todos apuntaban su consejo. Finalmente, el administrador dijo con aire severo:

—Ahora mismo aviso a la milicia. Que le detengan.

—¡Oh no! ¡Eso no! Tiene que ir al trabajo mañana temprano.

Y si falta puede perder su puesto. ¿Adónde me voy yo entonces? Así y todo, me ha dejado sin nada...

En la pequeña habitación del Comité administrativo, incomodidad, desnudez. Unas banquetas. Dos banquillos. Una mesa corriente. Otra mesa de escritorio. Empapelado de mal gusto. Circular del Sindicato de Inquilinos. Un gran calendario. Un plano de la ciudad. Un cartelón con muchos retratos de líderes. La luz de la bombilla alumbraba, indiferente, iluminando los objetos y las personas. La voz de aquella mujer era lastimera. Joven e indefensa. Unos veinticuatro años.

El joven de las gafas intervino de nuevo:

—Váyase usted al *Zhenotdel*, le digo. Cuéntelo allí todo y tomarán las pertinentes medidas contra él. Vaya sin falta.

Ella levantó la cabeza y, sacudida todavía por los sollozos, dijo con voz cansada:

—¿Y usted cree que no estuve allí ya? Estuve. Me recibieron muy bien. Querían llevarle a los tribunales. Yo misma me esforcé por hacerlos desistir de su propósito. ¿Adónde voy yo si lo procesan?

El joven insistió:

—Ya le buscarán allí mismo un trabajo. Es su obligación. No, no; usted debe volver y exponérselo todo.

La joven sacudió la mano como desesperanzada.

—Todo lo he contado allí ya. Hasta se me daba un volante para la Bolsa del Trabajo. Pero ¿qué hago yo con eso? No sé hacer nada. ¿Quién se va a poner a enseñarme a trabajar? De la Bolsa del Trabajo me enviaron a otra sección de la misma para los obreros no cualificados. Allí es necesario esperar turno casi años enteros. ¿Quién me va a dar de comer mientras tanto?

¿Quiere usted que me vaya a viltrotear? Ahí está el quid: no tengo adónde ir; tengo que aguantar...

En las palabras de esta mujer se descubría con claridad meridiana el destino de una persona. O una vida terrible con su marido o la calle. Si su marido se va mañana ella no tiene donde cobijarse. Es simplemente una candidata más a la prostitución.

Y como ésta, miles de mujeres. Por eso hace falta un aparato que proporcione a esta gente lo que no tiene. Carecen de especializaron profesional y no disponen de las mínimas condiciones de vida. Por lo tanto, se les debe proporcionar un salario cualquiera, una profesión que las ponga en situación de independencia económica. Lo principal aquí es que puedan ser enroladas en la producción ya antes de pasar a la fábrica, por medio de colectivos de producción, donde puedan adquirir un oficio.

Las Comisiones para la Lucha contra la Prostitución no se ocupan de esto. En los dispensarios y profilactorios, a esta clase de mujeres que aún no están prostituidas, no se las puede internar. El *Zhenotdel* opera fácilmente; pero sólo a través del aparato administrativo-judicial.

Por eso en estos casos es necesaria una forma especial de ayuda. Un cuidado especial.

En los Estados burgueses estas funciones las ejercen las instituciones benéficas. Los ricos, los hartos, los holgados, cargados de oro y brillantes, son los que las patrocinan.

Nosotros tenemos también necesidad de esto. Pero no en forma de protección individual, sino como organización social.

Las mujeres desamparadas, las sin trabajo, las madres abandonadas, las niñas seducidas y engañadas; todas ellas encontrarán ayuda, albergue y alimento. Aquellas que necesiten consejo, le recibirán. Defensa para los desamparados. Conocimientos profesionales a quienes carecen de ellos.

La dirección de toda esta obra debe estar a cargo de un órgano que tenga la debida autoridad y fuerza. De lo contrario, será todo una especie de nonato.

Patronato social adjunto a los Comités Ejecutivos.

* * *

De las casas-albergue deben ocuparse las organizaciones de la Juventud Comunista. La mejor forma sería el Patronato.

Sin embargo, la cosa no estriba en el nombre. ¿Qué es lo que quiere decir «albergue comunal»? Es pura forma. El contenido puede ser lo que se quiera.

Recuerdo que no hace mucho leí unas líneas dedicadas al albergue de la calle Mojovaya. Exteriormente, impecable. Un edificio destinado a las jovencitas sacadas de las casas de niños. Dormitorios. Una sala de comedor. Un Rincón Rojo. Puede que hasta hubiera la correspondiente célula de la Juventud Comunista.

Pero los periódicos empezaron a chillar. Las noticias relacionadas con las costumbres de este albergue se insertaban en la crónica de sucesos. Pasó uno por la calle. Le guiñaron el ojo las chicas del albergue. «Picó». Entró. Le emborracharon. Le desplumaron. ¡Vete de aquí! Y a la calle.

Y el caso se repitió. Fue entonces cuando se ocuparon de esta casa y de sus habitantes. Y se fue aclarando la situación.

La casa hecha un asco, en el sentido literal de la palabra. Nadie se ocupaba de la limpieza. No se barría. Todo atascado. Todo abandonado. Sin ropa de cama. Se acostaban con botas en las colchonetas desnudas. Muchos parásitos.

Y la casa estaba que daba asco también en sentido figurado. El alcohol ocupaba entre sus habitantes un puesto de honor. Bacanales. Visitas de tipos de dudoso porte. Y surgieron los correspondientes chulos. La vida de muchas de las muchachas del albergue se aproximaba a las costumbres de las sacerdotisas profesionales del amor.

¡Y una gran parte de ellas, si no todas, trabajaban en la fábrica!

Veamos el albergue de mujeres de la barriada de Víborg:

> Nuestra situación es verdaderamente terrible. Habitaciones húmedas. Techo con goterones. Frío y humedad por todas partes. Los retretes destrozados. Se nos ha cortado la luz eléctrica. Alumbramos con petróleo. Las puertas, sin cerraduras. El pri-

mero que quiera entrar a nuestras habitaciones, puede hacerlo sin inconveniente.

Así se explica una de las jóvenes que viven allí. Esto es formular el asunto.

Veamos las costumbres:

Se barre sólo los días de fiesta. La atmósfera es insalubre. No se abren los respiraderos por temor al frío. Las pulgas, las chinches y otros parásitos son los constantes habitantes de la casa. No se hacen las camas. La cama sirve no sólo para dormir, sino que desempeña toda otra serie de funciones (incluida la función de silla y mesa de comedor). Acostarse calzado, leer y hasta comer en la cama es cosa que se considera normal aquí. Las chicas mismas hablan de su propia falta de limpieza y aseo. Aseguran que hay días que se duermen y no se lavan. Y cuando lo hacen, sin jabón.

Es frecuente el lenguaje obsceno entre las jóvenes cuando están de mal humor.

Esto es lo que se entresaca del material de investigación.

Y ahora durante las horas de asueto:

Llegamos de la fábrica. Si no hemos comido allí (y comer en el restaurante de la fábrica nos resulta caro), nos ponemos a preparar la comida cada una para sí y según el gusto. Comemos lo que cae a mano y nos acostamos a dormir o descansar. Incomodidad. Frío. No puede una quitarse el abrigo en casa. Ninguna ocupación. Aburrimiento. Tedio.

La Lvova agarró el otro día una borrachera tan fenomenal que no podía andar. La trajeron unos chavales al albergue completamente sin sentido.

El Rincón Rojo de nuestro albergue se convirtió en «rincón del magreo», donde los chavales y las chavalas «se castigan» unos a otros.

Otra vez de una carta:

En la fachada de vuestro albergue hay que colocar un farolillo rojo.

Es la conclusión de la administración.

Y el observador (Smirnov: *La Juventud Comunista y las chicas)* baja la voz y afirma:

Este hecho no caracteriza la situación general de todos nuestros albergues.

De acuerdo. No es en todos. ¡No faltaba más! Pero para que el mal sea palpable nos basta ya con esto.

Esto es lo suficiente para llegar a comprender la escuela preparatoria de prostitución por que pasan las habitantes del albergue.

El primer huracán de la vida es cosa fatal. El individuo pierde el equilibrio. Y se desliza ya sin parar hasta el abismo.

* * *

«Se entregan las mujeres jóvenes más frágiles», afirma un especialista.

Ahora ya sabemos lo que esto quiere decir: se ha descubierto el velo de la «fragilidad».

* * *

Se tiene ya una opinión *standard.* El retrato se compone de unas cuantas líneas fundamentales. Primero, ignorancia. Después, estupidez, bajo nivel cultural, incultura, analfabetismo o semianalfabetismo; falta de cualificación, ausencia de especialidad profesional o de vida social sindical.

Así nos presentan el tipo *standard* de prostituta. Hay que reconocer que esto no siempre es cierto.

Hay que renunciar a este tipo, si no completamente, en gran parte, por lo menos.

Ya hemos hablado de lo relacionado con los Sindicatos. La versión del analfabetismo debe ser rechazada también. La estadística nos ayudará a ello.

Es cierto que existen muchas prostitutas que no tienen ni noción de las letras. Pero la mayoría de ellas está por encima de este nivel.

¿Qué es Smolensk? Pues no es un gran centro cultural. No es Leningrado... No siquiera Kiev... Ni Dniepropetrovsk.

Y en esta ciudad de Smolensk resultó que el 5 por 100 de las prostitutas terminaron los siete años de escuela primaria. Hasta se encontró alguna que había terminado la universidad. Esto donde la profesión se ejercía a la luz del día, entre las prostitutas declaradas.

Por lo tanto, no se trata aquí de la masa ignorante e ineducada. Tampoco es solamente la necesidad. Con frecuencia ocurre que la necesidad es una causa paralela. Una causa que se halla fuertemente ligada a nuestra vida. O más exactamente, a nuestra vida conyugal.

Es fatal la influencia que en la vida de muchas personas ha ejercido el matrimonio.

Esta manera ligera de considerar el matrimonio entre nosotros, ligereza que está todavía muy extendida, nos conduce en la realidad a muchas consecuencias tristes. Lo determina la facilidad con que se llega al divorcio.

Puntualicemos más. Lo determina el hecho de que el hombre puede fácilmente abandonar a la mujer. Cuando los cónyuges se separan, en la vida del hombre nada ha variado en realidad. Para la mujer, bien al contrario, el matrimonio supone, sin excepción, la pérdida de su libertad, de su independencia personal. No es un secreto para nadie que el peso del hogar obliga con frecuencia a la mujer casada a abandonar su servicio en la fábrica o en la institución.

Cierto es que la ley defiende en este caso a la mujer. El exmarido está obligado a pagar alimentos (si no hay hijos) durante un año o año y medio.

Pero es el caso que esta ley casi siempre se queda en el papel. Si hasta el cobro de alimentos (aun en aquellos casos que la de-

manda se ha hecho ante los tribunales) para los hijos no es con frecuencia cosa viable, el cobro de los alimentos para la mujer abandonada y sin hijos resulta una pura ficción.

Por lo menos, puedo asegurar que hasta la fecha no encontré ni un solo caso planteado ante los tribunales en este dominio. ¿Querrá decir esto que aquí la cosa marcha a pedir de boca? Ni por asomo. Esto sólo quiere decir que la realidad, que la vida, es más fuerte que la ley.

Cuando un matrimonio se divorcia, la única víctima es la mujer.

Y las que quedan más indefensas son las que no tienen hijos. Son las mujeres de este grupo las que con mayor frecuencia se dejan arrastrar al precipicio. La prostitución se las engulle con ansia y en grandes proporciones.

¿Qué es lo que nosotros llamamos «mujer sola»? Es la mujer abandonada por su marido.

Las «mujeres solas» prostitutas se elevan al 54 por 100 de todo el contingente, según las estadísticas de Smolensk, por lo menos. Y estas mujeres fueron todas abandonadas por unas u otras causas.

* * *

Y un agrónomo, ¿qué es? Esto lo saben hasta los chicos de escuela. Lo saben, por lo menos, todos aquellos que leen los periódicos, los folletos populares, etc., o aquellos que tienen relación alguna con la tierra, con la agricultura.

El agrónomo es un ciudadano que sabe cultivar la tierra por procedimientos racionales. Sí; con objeto de que haya mayor cosecha de trigo, cebada y otros granos.

Una escuela ya sabe todo el mundo también lo que es. ¿Es posible que los órganos del Comisariado de Agricultura puedan ejercer influencia en la composición de la escuela? ¿Podrán, por ejemplo, influir en la calidad de los maestros de escuela? Es cosa esta que yo, francamente, no comprendo. Empero, es el caso que así ocurre. El ciudadano agrónomo recibió la orden de dirigirse a la aldea Mamáschino. Se trataba de especial misión

para controlar el trabajo de clasificación racional de la tierra cultivable. Nikolái Fómich Sísov se llamaba el ciudadano agrónomo.

Los niños de aquella aldea querían mucho a la maestra de escuela María Pliess. La joven pedagoga se entregaba a su tarea con gran vocación. Amaba mucho a los niños y estaba enamorada de su profesión. Tenía la escuelita bien organizada.

En la aldea se aburre uno. Después de sus ocupaciones, Sísov pasaba el tiempo charlando con la maestrilla. Esto, naturalmente, era ya más divertido.

Ignoro hasta la fecha las cualidades internas y externas del agrónomo. Yo no he conocido a Sísov.

La cosa fue que María Pliess le correspondió en todo a sus deseos.

La misión duró unas seis semanas. Un aviso del Comisariado de Agricultura le dio a comprender que expiraba el plazo. Para este tiempo ya estaban casados el agrónomo y la maestra.

Sísov recibió a Pliess. Pliess adquirió un Sísov.

Y la escuela de aquella aldea perdió una excelente pedagoga.

Ésta es, pues, la influencia que ejercen las disposiciones del Comisariado de Agricultura en la enseñanza.

Los recién casados se vinieron a Leningrado, residencia de Sísov. María Pliess no trabaja. Se convirtió en mujer de su hogar. Además, no es fácil encontrar colocación enseguida. Ni enseguida ni fácil.

Al cabo de mes y medio se descubrió que el ciudadano agrónomo no era hombre muy dado, que digamos, a la vida del hogar. La vida conyugal y el hogar encadenan su individualidad.

—Me aplasta esta situación pequeñoburguesa —refunfuña él durante las discusiones—. La mujer debe ser elegante, mujer de placer. Cuando se vive juntos en una misma habitación toda atracción desaparece. No en vano ha dicho un poeta: «El matrimonio es la tumba del amor». Por todas partes, y eternamente, medias arrugadas, camisas, trapos. Y eternamente los dos juntos... ¡Ni un ápice de libertad!

Unas cuantas conversaciones sobre este mismo tema y la preparación fue un hecho. Una vez se fue de nuevo en misión.

Pronto llegó una carta. Y María Pliess se enteró por ella de que su marido se consideraba desde aquel momento libre del yugo de la vida conyugal.

A propósito. Como el hombre se encuentra algo mal de los pulmones, le conviene el clima del sur. Precisamente le vino la cosa de perlas. Encontró trabajo en una de las regiones más apartadas del sur.

Y otra vez a propósito: que la mujer no se impaciente por nada. Tiene garantizados los alimentos. Al 100 por 100. Siempre que le sea posible.

Tuvo buen cuidado en añadir esta última condición.

Cuando amainó la desesperación habló la realidad. Hay que vivir. Es necesario, por lo tanto, buscar trabajo. Bolsa del Trabajo. Sección de Instrucción Pública. Y se desempolvan los viejos documentos acreditativos.

Pliess hubo de echar mano del viejo, del milenario procedimiento. Venta y empeño graduales de los enseres.

Encontróse en el umbral de la maternidad. El aborto exigía la inmediata liquidación de todo cuanto poseía. La operación no fue del todo feliz. Algo se le inflamó en el interior del organismo. Un mes entero en la cama. Se levantó aparentemente sana. Pero su organismo estaba averiado ya.

Su vecina de cama era una mujercita coquetona, compañera en la desgracia. Su pasado era un misterio para Pliess. Pero el presente tenía visos de vida alegre. Estaba llena de vida. Parlanchina. Bullanguera. La poco envidiable situación de Pliess afectó a su deleitable y risueña vecina de cama.

—¡Eso no, querida! —le dijo ella, cuando hubo conocido la historia de Pliess—. ¿Cómo puede ser que usted se deje aplastar por la necesidad y por tanto disgusto? ¿No ve usted que es el hambre quien la espera? ¡Usted, tan jovencita, sufriendo por esta canalla de hombres! ¡Vergüenza le había de dar ser una hembra así y estar tan apenada! A mí me han engañado también, ¿sabe usted? Pero yo escupo en la cara a todo el mundo. Lo que hace falta es no ser una tontilla. Yo le ayudaré a usted. ¿Cómo no?

De tiempo en tiempo, muchas semanas después del hospital, se encontraban. Su amiga la presentó en su casa a personas muy agradables. Aquí bebían vino y cenaban de lo lindo. El fantasma del hambre bailaba ante los ojos de María.

Ella cedió y aceptó el dinero.

Naturalmente que todo esto no ocurrió sin lucha interna. No sin lágrimas. Y no sin noches de insomnio. Lágrimas muy amargas. Y tan negras como las profundidades de una sima.

Como los tropiezos no eran una cosa regular, resultaban casuales. Eso le parecía a ella. Parecían errores. Parecían deslices.

Y nada más. Pero estos deslices, estos errores no tenían ya vuelta de hoja.

Mientras tanto ella seguía abrigando la esperanza de una ocasión propicia para salvarse de la ruina. Seguía frecuentando la Bolsa del Trabajo y la Sección de Instrucción Pública.

Es cierto que no había conseguido trabajo aún; pero, en cambio, tuvo un encuentro. Fue en el largo pasillo del Comisariado de Instrucción Pública. Pliess se tropezó con un hombre con cartera.

Y el hombre envolvió la fina silueta de María Pliess en la mirada de sus ojos oscuros y cariñosos. Y sus labios recortaron una sonrisa amable. Al cabo de unos diez minutos encontróse con ella otra vez. Pareció un pretexto para la conversación. El porte del hombre de la cartera era imponente. Y se hicieron amigos.

El hombre de la cartera era muy amigo de las aventuras. Dentro de unos tres o cuatro días debía marcharse a otra ciudad, a su casa, al seno de la familia, con su esposa. Entretanto andaba a la caza de aventuras que no exigieran gran esfuerzo y que no hicieran perder mucho tiempo.

Por la noche, al cine. La acompañó después hasta su casa. Insinuaciones leves; respetuosas, pero insistentes. Y los dos terminaron entrando juntos en la habitación de la joven. Le proporcionó el placer que deseaba. Sin gran resistencia. Un éxito tan rotundo y rápido hasta llegó a «mosquearle» un tanto. ¡Y ella, que parecía tan decentita! Un poco desconcertado, al despedirse le dejó disimuladamente, con gran delicadeza, dinero encima del veladorcillo. Ni la más leve protesta. Con el arre-

bol de la vergüenza, que no pudo ocultar, ella hizo como si no viera el billete que quedaba encima del velador.

El hombre de la cartera, el hombre imponente no abandonó la ciudad el día señalado. No podía irse. Durante dos días estuvo inquieto. Al tercer día, alarma. Y un fatal presentimiento, que le parecía imposible, se apoderó de su conciencia. Al médico. No queda ya lugar a duda. Por ahora no es posible volver a casa. Va a ser necesario curarse. Encontró un pretexto para quedarse un par de meses más. Hasta echar fuera completamente el gonococo.

Pero, sin pérdida de tiempo, se dirigió a la ley. La que le había hecho tanto daño debería ser castigada.

El tribunal entendió de un caso de contagio. María Pliess movía los labios, desconcertada, contando lo ocurrido. No negaba ella su participación en este episodio. Aceptaba todo. Si hubo culpa, fue de ella entonces.

El informe del médico estableció que María Pliess tenía gonorrea. Estaba enferma. La gonorrea era cosa indiscutible, estaba a la vista. Y muy reciente todavía.

Todo estaba, pues, claro. El ulterior peritaje no era más que un puro formalismo. Empero, esta formalidad era cosa inevitable.

La pequeña y cenceña figura de la joven de vestidito negro y ojos llorosos movía a compasión. Los jueces y los jurados se compadecían de ella.

El tribunal estaba seguro de que ella ignoraba estar enferma. Es cosa corriente que estas enfermedades pasen desapercibidas para las mujeres. Mas la ley es severa y precisa. La ignorancia de la causa de este caso no es una justificación. A todo más, una circunstancia atenuante.

El fallo lo desconozco.

Todo esto, a decir verdad, no viene a cuento. A nosotros nos interesa la historia como un caso que viene a ilustrar las causas determinantes de la prostitución. Y nada más. Por esto el episodio del contagio no tiene importancia. Así como también carece de interés saber si la mujer fue condenada o absuelta.

Bueno, ya que empecé, acabaré. No es larga la historia.

Todos los acontecimientos se van encadenando normalmente. Sólo una circunstancia, aparentemente insignificante, se atraviesa en el lógico desarrollo del proceso. El peritaje se encerró en el punto concerniente al plazo de tiempo necesario para la manifestación del daño. Es decir, saber cuándo el demandante se había sentido enfermo.

Entre la causa y el efecto debe haber determinado intervalo de tiempo. Desde el momento de la cohabitación hasta los primeros síntomas deben transcurrir, por término medio, de tres a cuatro días, si se trata de gonorrea. Claro que hay excepciones. ¿Puede, por ejemplo, ocurrir que por la noche se haya tenido una cita amorosa y contacto sexual y que al día siguiente al mediodía o por la noche empiece uno a sentirse mal? Puede ocurrir. Pero estos casos son muy raros. Es un caso tan raro que, de ocurrir, se debería hablar de él en la prensa médica. La más leve duda descarta completamente la posibilidad de un caso tal.

Un hombre fuerte y lleno de salud advirtió que estaba enfermo al día siguiente. ¿Puede ser considerado esto como un caso extraordinario en el proceso de incubación? Puede que sí.

Pero resultó que María Pliess tuvo una predecesora. Unos tres días antes de haber conocido a Pliess, el dueño de la cartera había satisfecho sus eróticas pasiones con otra mujer. Esta aventura también vino a completar en él toda la gama de su pasión por el placer.

Y todo el proceso cambió aquí completamente de aspecto. Ya no se podía considerar culpable a María Pliess. Hasta ocurría lo contrario. Surgió la pregunta: ¿quién fue el que contagió a la joven?

Según la teoría de la posibilidad, la culpa era ahora seguramente del huésped. Agarró una infección con una mujer que ni él ni el tribunal conocían, y al cabo de tres días se encontró con María Pliess y cohabitó con ella. Enfermo ya, pero sin darse cuenta él mismo, contagió a la joven acusada.

El hecho de que Pliess tuviera una gonorrea reciente permitía asegurar que hacía muy poco que se había iniciado el proceso.

La concatenación de circunstancias quedó como cosa incontrovertible. El tribunal absolvió a la acusada. Y sobre el hombre imponente de la cartera empezaba a pesar, cual losa de plomo, el artículo 150 del Código Penal.

Creo que no habrá podido volver a su casa ni al cabo de los dos meses...

* * *

Esto de pasada. La historia de María Pliess nos interesa a nosotros no como casuística venérea. En la biografía de esta mujer está reflejado el destino de infinidad de «mujeres solas». Las traen sus maridos de las aldeas, de los pueblecillos, de otras ciudades provincianas. ¿Adónde van a parar?

Se les puede seguir la pista. En las cervecerías. En los bares. En los bulevares.

El doctor Ostrovski se ha dedicado a la búsqueda de las prostitutas de Moscú como lo haría un buen cazador siguiendo a su pieza. Naturalmente que no con fines deshonestos. Al contrario, en nombre de principios muy humanos: su salvación. Era miembro de la Comisión para la Lucha contra la Prostitución, adjunta al Instituto Venereológico del Estado.

Los retretes públicos de que nos habla no constituyen una casualidad. No sólo son el desagüe de la ciudad. Son también el desagüe de muchas vidas. Aquí se pueden ver mujeres de primer plano, si vale esta expresión cinematográfica. El retrete no es solamente retrete. Más exactamente, si queréis, es un club.

En una palabra: no tenéis más que enfocar el aparato. ¡Dadle a la manivela! Por la mañana temprano, a eso de las siete, primera asamblea. La mañanera. Los porteros y barrenderos limpian las calles. La ciudad duerme todavía. Mueve levemente las pestañas antes de decidirse a abrir los ojos. Y el retrete se va llenando ya de mujeres. Caras ajadas. Ojos rendidos. Ojos de mirada vaga. Un poco de agua. Una capita de polvos [de maquillaje]. Un poco de carmín. Transformación.

Las arrugas y las huellas de una vida de excesos se ponen en orden. Ya está.

Luego una pausa. Desierto hasta la noche.

Entre las siete y las ocho de la noche, otro salto del pulso. De nuevo voces. Voces carraspeantes. Voces de bajo. Voces asmáticas. Haldean los vestidos. Es la hora del tocado para la noche.

Y se unen al amoníaco los efluvios dulzones de los perfumes baratos del *Tesché*.

Esto no es solamente un *boudoir*. Es un estado mayor general. Atmósfera de seriedad. Actividad en esta selección. Junto a aquellas que se ocupan de sus afeites se reúnen las que fijan los distritos. Distribución del trabajo. Turno riguroso. Orientación a cada una de ellas sobre el punto y zona de operaciones. Y los puestos se van distribuyendo de acuerdo con el haber profesional, con el aspecto exterior, con el vestido y actividades anteriores. Plan severo. Férrea disciplina.

Para echar una ojeada al cuadro anual del cielo nocturno no hacen falta ya ni telescopios, ni los trescientos sesenta y cinco días. En el planetario todo el cielo del año se puede ver en una hora.

Y aquí pasa lo mismo. Siguiendo con atención la vida de estas mujeres, se puede, en muy poco tiempo, recorrer con ellas toda la pendiente de su caída. Paso a paso. De arriba abajo. De abajo a arriba.

Aquí está esta mujer. Parece permanecer indiferente a todo cuanto la rodea.

Sombrero a la moda. Y caro. Sus cabellos claros matizan impecablemente su cara hermosa. Parece casi una intelectual. No os equivoquéis, sin embargo. No se trata de una visitante casual. Es de la casa. Sus ojos, magníficamente pintados, aprietan las pupilas y miran con aire desdeñoso.

Otra se aproxima. Viste sin gusto. Está bien metida en carnes. Un apretón de manos. Fuerte y corto. Hablan y ríen. Ambas son asambleístas del retrete. Tienen ya su haber profesional de varios años. Aplomo. Seguridad en sí mismas. Seguridad en su especialidad, en su cualificación. Una mano de polvos. Otra de colorete. Y ya están como si fueran realmente mujeres jóvenes. Brillo de charol de los zapatos y de piel de bolsillos. Y todo esto imprime a sus movimientos un aire de elegancia. Parecen espo-

sas de algún *nepman*[7] que llevaran sobre sí los restos de su vida de fausto y la esencia inextinguible de su especie. Tal es su porte. Su campo de operaciones, los restaurantes de [la calle] Kusnetski Most y los coches del ferrocarril.

Éstas que haldean ligeras, y gritan, y ríen, son novicias. O vienen ya de vuelta... En la desenvoltura de sus movimientos se descubre la envidia a las más dichosas, a las que llevan medias de seda.

Las hay completamente marchitas. La calle las ha manoseado demasiado. Los rasgos de su semblante denuncian agotamiento físico y dejan ver las huellas de enfermedades. Llevan vestidos borrachones. Y son buenas en el fondo. Tienen buen corazón. Protegen a las novicias.

Aquí está una de ésas. Sólida pantorrilla. Mejillas ajadas. Voz de cerveza efervescente. Y habla:

—Tú, pequeña, no te me amilanes. Levanta el morro, porque si no te lo patean.

Su colocutora es una jovencita tímida. Sus labios pintados tienen todavía la frescura de la niñez. Está en los primeros pasos. Los primeros pinitos. Mirada tímida y desconfiada. La protectora aconseja:

—Mándalos a todos al diablo —carraspea—. Y lo principal es que no rebajes el precio. Lo vales. Vámonos hoy a la [Plaza] Strástnaya. Conozco yo allí unos rinconcitos... Puedes estar tranquila...

La tos corta la lección. Durante largo rato se atraganta con ladridos sofocados. Su cara toma un matiz de arrebol apoplético. Algo terrible.

Descansa, y suelta con furia un gargajo en el suelo.

No es difícil distinguir aquí a las que se encuentran con un pie en el lindero. Todavía no están en la pendiente. Pero ya han tomado vuelo para el desliz.

En la película nos muestran la carrera del caballo. Los movimientos de las patas no los notamos. Entonces empiezan a fil-

[7] Hombres de negocios que florecieron al calor de la Nueva Política Económica (NEP, por sus siglas en ruso) desde 1921. | N. de la E.

mar lentamente. Y ya vemos hasta el movimiento de la articulación de la rodilla.

Quedaos a la puerta y esperad. Ahora mismo filmaremos lentamente. No habrá que esperar mucho. Esto ocurre a diario. Ya entran. Ésta se siente aquí como en su casa. Es una especialista del amor vendido. La segunda, un poco desconcertada. Parece resistirse. Casi se resiste. Es una novicia. Más exactamente, una que enseguida será novicia.

Su resistencia no nos habla de violencia exterior. Es la última lucha contra los restos de su protesta interna.

La protesta, empero, es floja. Y estéril. No tiene salida. Hace ya varios meses que se prolonga esta lucha. Gradualmente fue decreciendo su situación de bienestar. Hace ya unos años que el cuartito que ella defendía con todas sus fuerzas dejó de pertenecerle. Por falta de pago se quedó sin albergue.

Y por añadidura, embarazada. Tiene un deseo enorme de ser madre. Pero el aborto es inevitable. Mas hasta para esto hace falta dinero...

¡Dinero! ¡Dinero! ¡Y ella no lo tiene!

Y dinero hay bastante por todas partes. Lo tiene cualquiera. Sí, cualquiera que, además del dinero, tiene deseos...

Se puede obtener dinero. No es difícil esto. Ni terrible. Un pequeño esfuerzo más para vencer la resistencia del yo. Y ya lo tienes todo: cuarto, pan, vestido y hasta médico.

Así se lo prometió aquella mujer que la trajo aquí. Y ella se decide. Aprieta los dientes y ya está dispuesta a lanzarse al encuentro de la primera posibilidad que se le presente. Se arrojará como se tira uno al agua: con los ojos cerrados.

Ahí tenéis su primera aparición. Ha empezado la filmación lenta. La manivela del aparato ya está dando vueltas...

A medida que la película se filma pasan por delante del objetivo otros personajes.

Se puede tener compasión del ajeno sufrimiento. Cuando ante nuestros ojos se desarrolla una vida de infortunio, nuestro corazón puede quedar dolorido por mucho tiempo. Mas nada lacera tanto el corazón como la vida de las niñas prostitutas.

La infancia mueve siempre a la ternura. Las criaturas compradas en este caso personifican la pureza del alma y la imposibilidad de defensa.

Cuando se quiere comparar alguna cosa con la infancia o con la pubertad se buscan las expresiones más perfumadas. A los niños se les llama florecitas; a la infancia, dorada.

Cuando el hombre está fatigado de la vida busca descanso en los recuerdos de su infancia, en las impresiones de su niñez. En la vejez, cuando ven el ocaso de su vida, los poetas vuelven a los tiempos que les parecen un cuento de hadas; días saturados de encanto y de perfume.

La mayoría de las personas intentan escribir su diario cuando empieza a brotar su juventud. Con esto pretenden, casi inconscientemente, guardar, conservar el aroma de aquellos días que fueron lo más puro, lo más risueño de su vida. El diario no es una tradición. Tampoco es una forma. Es el lugar donde se conservan las reliquias de las cuales no quiere separarse el recuerdo.

En una palabra, todo lo que se relaciona con la infancia nos enternece. Por eso nos afecta tanto todo contraste.

Dar una bofetada es cosa inadmisible. Es algo grosero. Es repugnante. Maltratar a un niño es inhumano. Es una salvajada.

El insulto a un adulto es cosa que se puede explicar, si se quiere, como cuestión de temperamento. Como pérdida del dominio de uno mismo. La ofensa inferida a un niño, y aunque sea un púber, no tiene explicación posible. Ni como caso patológico se puede justificar.

La prostitución infantil no tiene explicación posible. Aun cuando lógicamente se quiera buscar una raíz cualquiera.

Y esta raíz se busca...

* * *

A la niña la llaman Minni. Tiene trece años. En esta misma escalera vive un vecino muy cariñoso. La invita a su aposento.

—Ven, hijita, que te daré un regalito.

Y el vecino tiene una sonrisita que parece dulce y cariñosa. Y Minni, por una tabletita de chocolate, permite que le hagan todo. La chiquilla frecuenta la habitación del vecino. Entra cada vez que se le antoja una golosina.

Encima de la mesa del tribunal un artículo del Código Penal que habla de la corrupción de menores. El vecino cariñoso afirma ahora, compungido, que no hubo violencia por su parte. Las visitas eran voluntarias. La niña se entregaba voluntariamente para recibir el chocolate. O dinero para adquirirlo.

Minni es hija de padres «bien». Así consta en el sumario. Resultó ser una niña rebelde. Incorregible. Y haragana. Estuvo en observación. Los médicos aseguraron que sus facultades mentales carecían de armonía. Circulación de la sangre defectuosa. Su voluntad volitiva se atrofia periódicamente.

De aquí se infiere que las causas de la prostitución infantil son de carácter endógeno. Así se dice científicamente. Hablando con más simpleza, esto quiere decir lo siguiente: se hacen prostitutas las niñas que son malas por naturaleza.

Inés y Rina son amigas. Las dos tienen catorce años. Pasean todos los días en la plazoleta. Juegan. Y se encuentran con un caballero. Habla con ellas. Allí mismo, en la calle, les ofrece dinero y golosinas. No vacilan las pequeñas. Van a casa del desconocido. Al cabo de dos o tres horas salen y él les da dinero para el camino.

El hospitalario caballero le dice al procurador que él no corrompió a las niñas. Bien al contrario, fueron ellas las que le echaron a perder a él. Ellas le corrompieron.

La ficha escolar las caracteriza como dos casos psicopatológicos. De esta forma, según hace observar [el psicoanalista Rudolph] Loewenstein con estos y otros ejemplos, en el desarrollo de la prostitución infantil no representa casi nada el factor social. Por lo menos en Alemania, como agrega cuidadosamente el sabio.

El artículo donde el citado autor dice esto está hecho a conciencia, con cifras y notas. Empero, hay que reconocer que no convencen mucho sus argumentos.

Para nosotros es muy instructiva por los hechos que enumera. Pero no lo es por la conclusión que saca. Nosotros sabemos que cada mal social siempre tiene, a fin de cuentas, una cosa económica por base.

Unas veces la acción es directa. Son las menos. Otras, indirecta. Es lo más frecuente.

* * *

La manivela del cine-aparato da vueltas. Entonces vemos cómo se opera todo esto. Entre la multitud andan los niños. Imitan en sus maneras y expresión a los adultos.

Fuman. Sueltan blasfemias kilométricas y muy expresivas. Este lenguaje se pone más de relieve al socaire del aspecto licencioso de sus cuerpecillos, endebles, pero formados ya. Y los rasgos de su cara son agradables todavía.

Puede uno imaginarse una situación cualquiera. En la concatenación de los episodios se logra a veces despertar vivo interés. Con la realidad ocurre lo mismo, aunque estemos acostumbrados a considerarla monótona e inútil.

Las cosas más simples, sin complicaciones, pueden ser de gran efecto.

Una niña de trece años saca de su bolsillo un paquete de pitillos. En su cara, paliducha por la respiración de aire impuro, se destacan sus ojos grandes y azules. Zapatos completamente deshechos, retorcidos. Otra, delgaducha, boca carnosa, dentadura rala, presta gran atención al movimiento de dedos de su amiga, encargados del reparto. Cuentan los pitillos y se los reparten entre las dos equitativamente.

Mientras tanto, cambian de cuando en cuando una frase:

—*A mi Vaska le voy a sacar los ojos yo* —dice la primera—. *M'ha jamao toa la tela*.

La segunda se enfurruña:

—*Oye, tú, que me estás echando tos los rotos. ¡A ver si va a poder ser!*

Y observando que una funda vacía del emboquillado se cayó al suelo, se quedó un poco pensativa y añadió:

—Amos, que a este gachó me lo metía yo... Mia tú que es...

Cuando hubo rematado la frase, algo como sacado de una cloaca, se metió el cigarro emboquillado en la boca y empezó a rodar los ojos en todas direcciones en busca de lumbre.

La primera tiene una historia corta. La madre todo el tiempo trabajando en la fábrica. Desde los diez años, la niña ha estado sola en la casa. No tiene padre. Puede que se haya muerto. Puede que se haya ido hace muchos años. Esto es lo que ella no sabe. No ha tratado de averiguarlo, porque su genealogía y sus antecesores no le parecían interesantes.

La calle le dio a la niña cierta práctica y hábitos previos. Cuando en casa apareció una nueva persona, el nuevo consorte de su madre, ya estaba preparada la base. Hacía falta solamente un pequeño impulso para que todo marchara fácilmente por el camino trazado.

La niña tenía amigos de ambos sexos. Todos ellos, entre otras cualidades, tenían gran afición a los espectáculos. Entre éstos, el de su predilección era el «Forum», un «cine» que estaba cerca de la plaza.

Con la aparición del consorte, huraño y descolorido, la vida se le hizo más difícil aún. Cuando la niña llegaba a casa por la noche y picaba a la puerta, oía maldiciones allá dentro. Entonces debía esperar largo rato en el oscuro y frío corredor. De tiempo en tiempo volvía a llamar a la puerta tímidamente. Por fin le abrían la puerta y recibía unos cuantos coscorrones.

Completamente a lo Dickens.

A los doce años ya sabía beber vodka. No sé si esto es también a lo Dickens. Pero se puede añadir todavía el tabaco. Una vez, un poquito bebida, se retrasó. Fue algo más largo el paseo con sus amigos.

Era entrada la noche ya. Sabía que ya no podía entrar en casa. En todo caso, su entrada iría acompañada de un buen surtido de trompazos. Estuvo paseando hasta las dos de la madrugada. Al pasar por las sombras de un caserón, se le acercó un hombre. Y el hombre le hizo ciertas preguntas. Todo terminó muy simplemente. Se fue con él. La madre y su consorte no

volvieron a verla más. Puede que ni siquiera hayan advertido su desaparición...

La niña asimiló enseguida la ciencia del bulevar. Comprendió perfectamente que poseía el instrumento para ganar dinero para pitillos, para vodka, para baratijas. En una palabra, era poseedora de los medios necesarios para pasarse una vida de holganza.

De lo demás se habló ya muchas veces. No vale la pena repetirlo.

En aquellos rincones que cobijan los detritus de la sociedad encontró una amiga. Una verdadera amiga de profesión. Y por su forma de vida también. Una niña flacucha, labios abultados, dientes ralos.

La historia de ésta es menos complicada aún.

Tenía padre y madre. Sin embargo, se pasaba meses enteros sola en casa. La madre en la fábrica. El padre en el trabajo también. La niña se educó en la calle. En casa, estaca.

En una palabra, de nuevo a lo Dickens. Con los golfillos ocurre siempre lo mismo. Siempre a lo Dickens.

Un día, la niña perdió 80 kopeks. Se los habían dado para la compra de mortadela, pan y pepinos. No podía llegar sin ello a casa. Sus padres, beodos después del trabajo, esperaban con impaciencia unas «tapitas». El músico ambulante tocaba tan bien y el loro sacaba con tanta maestría los papelitos de la fortuna que el dinero se le acabó en un tris tras.

Por el camino, la niña lloraba. Noche oscura. Boca de lobo. Faroles semialumbrados. Y los faroles desfilan en la penumbra.

Se acercó un hombre. Estaba contento y le prometió dinero. La niña estaba físicamente desarrollada. Se la llevó a casa para darle dinero.

Volvió a casa muy tarde, cansada, agitada; pero llevaba la mortadela, el pan y los pepinos marinados. Los impacientes padres estaban fuera de sí con tanta espera. Y la castigaron duramente.

El sábado, después de la paga, el padre y la madre se emborracharon. Disputaron. Y se enzarzaron a golpes. Insultos y blasfemias en el aire.

El borracho, persiguiendo a la mujer para zurrarle, tropezó con la niña y la tomó con ella. Ella logró ganar la puerta y salir al descansillo. Él salió en su persecución. Pero resbaló y cayó en el umbral de la puerta. El vaso que llevaba en la mano se hizo añicos. La niña salió corriendo al patio. Y de allí a la calle. La persiguieron largo rato las blasfemias y maldiciones del padre.

Era temerario volver a casa. Y se fue con el primero que le ofreció albergue... Y desde aquí, por calles y callejuelas tortuosas, empezó a arrastrar su vida mísera y a vender su cuerpo este desdichado ser. En un tugurio o rincón oscuro de la gran urbe se encontraron las dos niñas y unieron su corta experiencia en una cordial amistad profesional.

—*Me estoy junando yo al andoba ése de Vaska* —dice enfadada la de los trece años, la de los zapatos desechos, mientras se mete en el bolsillo los emboquillados—. *Me está jamando la pasta a mí y anda detrás de la Katia...*

La luz del foquillo eléctrico se amortigua en la densa atmósfera de amoníaco y humo de tabaco. Taconeo sordo en el pavimento de cemento. Rumor de voces. Entradas y salidas. Frecuentes portazos.

—*Pos sí que debe ser verdá eso* —dice la niña de los dientes ralos, dando una fuerte chupada al emboquillado—; *ayer mismo me le encontré, cacho guarro, con la Katia. Pa mí que la está castigando...*

* * *

Ésta es la acción indirecta de la causa económica. Tal es la lógica de los hechos. Primero, descuido. Después, desamparo. O inmediatamente desamparo. En uno y otro caso la inmediata es la prostitución.

La acción directa es más corta aún. Unos cuantos metros de película solamente.

* * *

Lo terrible en ella son los ojos. No quiere decir que se encierre en sus pupilas algo terrible. Tampoco hay en ellas locura o expresión feroz. En resumidas cuentas, estos ojos son como casi todos: ojos humanos. Su cara, de una palidez de cera, denuncia un estado agudo de anemia. Y de agotamiento físico. Lleva impresas en ella las huellas de muchos días de hambre y de todo género de privaciones. Y de tristeza.

Las paredes de este retrete público han visto muchas caras extenuadas por la necesidad. Todo esto no es extraño aquí.

Pero sus ojos azules tienen una mirada tan pura, tan inocente... Son aposentados. Y, al mismo tiempo, confiados hasta la candidez. ¡No es comprensible cómo se puede conservar la frescura de estas brillantes pupilas y la candidez infantil en este despiadado lugar!

No se desconcierta. Miedo tampoco tiene. Cada uno de sus movimientos es algo concreto. A pesar de la celeridad con que acaba de entrar en el retrete, en sus andares hay algo reconcentrado, algo que se guarda con avaricia para el fin perseguido.

Se siente fatigada de sus correrías por el bulevar. Mas su misión no ha sido cumplida aún. Diez minutos de descanso. Y de nuevo a la calle.

En casa está su madre. Una madre enclenque. Una madre enferma. Pero no es ella lo que más importa. Lo que más le interesa son sus tres hermanitas y un hermano. Son cuatro seres. Todos más jóvenes que ella. Cinco apretados en una habitación. Todos medio desnudos. La habitación cuenta sólo con las paredes. Todo empeñado. Todo vendido ya. Hasta el último trapo. Hace cinco días que no se ve un kopek en casa.

Si uno se empeña, se puede dar el siguiente cuadro del hambre: cuando describes hechos verídicos, resulta algo que parece inverosímil.

Ella, que es la primera, tiene catorce años. Tenía la obligación de sostener a toda la familia. Alimentarlos y vestirlos a todos. Pero ¿cómo es posible que pueda hacer esto una criatura de catorce años?

Su madre, paralítica, le explica cómo puede hacerse. No queda otra salida. Esto es un precio excesivo, extraordinaria-

mente excesivo, por la vida de miseria que llevan. Pero hay que prolongarla a todo precio... Otra moneda no se la admiten a ellos...

A la hermana mayor la llaman Liuda. Ama a su madre, y a las hermanitas, y al hermano. El sacrificio que debe hacer no le parece muy grande.

¡A la calle!

Por cuanto la necesidad está a la vista, ella introduce en este sistema de vida una concepción inevitable. Por eso no se desconcierta por nada. Y se comporta como persona de negocios. A los diez minutos de descanso el bulevar abre de nuevo sus puertas a esta figurita endeble. A esta mujercita, cuyos ojos inocentes miran con tanto aplomo. Ojos puros. Ojos en los cuales no ha desaparecido la frescura de la infancia. Y haldea ligera. ¡Hay que ganarse la vida!

* * *

Es cosa terrible tener que escribir sobre la prostitución infantil. Yo no puedo hacerlo. Tengo miedo a los cuentos del hogar. Aquí también los infelices niños pueden morirse arrecidos de frío debajo de la ventana de un señorón muy rico...

Volvamos a las mujeres abandonadas. Unas cuantas cifras:

No sé lo que pasaba en 1925. En cambio, la estadística de estos últimos tres años nos aporta datos elocuentes.

En 1926 en Leningrado se han registrado 20.918 matrimonios. Divorcios, 5.536.

En 1927 la cifra es más imponente: 24.738 matrimonios y 16.006 divorcios.

En otros términos: en 1926, por cada cuatro uniones se produjo un divorcio.

Y en 1927, dos divorcios por cada tres uniones.

Sólo en el distrito Moskovski-Narvski, en el mes de diciembre de 1927 fueron registrados 48 matrimonios, cuya máxima duración fue... ¡de uno a dos días!

Se puede explicar la causa del salto dado en este dominio en 1927. Y la explicación nos la da el hecho de que precisamente en

1927 se publicó una enmienda al código matrimonial que simplifica el procedimiento del divorcio. Si antes era necesario el consentimiento de ambas partes, ahora basta con la petición de divorcio por parte de uno de los cónyuges. El marido, que se va casado al trabajo, puede volver a la noche soltero. Muy simple. Muy fácil. Sin el menor vestigio de burocratismo.

El presidente del Tribunal Provincial de Leningrado explicaba el hecho de la siguiente forma: aquellos que se contenían hasta ahora por las complicaciones que entrañaba el procedimiento, al aparecer el nuevo decreto se precipitaron a las oficinas del registro civil. De ahí proviene el salto de las cifras. Esto ocurrió una vez. No es un fenómeno continuo.

Pero desde entonces han pasado dos años. Y he aquí:

En el distrito central de Leningrado, en 1928 se registraron 8.584 matrimonios. Durante este mismo tiempo los divorcios alcanzaron la considerable proporción de 5.568. En los demás distritos tenemos el mismo cuadro aproximadamente. El récord lo batió el mencionado distrito de Moskovski-Narvski: 5.471 matrimonios contra 4.189 divorcios.

Hay cifras y datos más recientes aún. De diciembre del año 28 a enero del 29 se registraron 1.565 uniones contra 906 divorcios.

Cuando un hombre y una mujer se unen por medio del lazo matrimonial debe haber entre ellos relaciones de amor. Hay que suponerlo.

Cuando dos seres se aman siempre creen en el amor eterno. Empero, la eternidad aquí, según se desprende de los datos estadísticos, es muy relativa, por cuanto encuadra perfectamente entre los tres o los cuatro meses.

Los hechos, al repetirse con frecuencia, toman la forma de estándar. En las oficinas del registro civil se emplea ya una terminología que pone de manifiesto que el fenómeno ocurre en masa: «matrimonio cuartelero» (mientras dura el servicio militar), «matrimonio de club» (matrimonio relámpago, que recorre todo su ciclo normal entre dos noches de club).

* * *

En todas las ciudades de la Unión [Soviética] se registran cientos de miles de matrimonios. Cada año quedan cientos de miles de mujeres abandonadas.

Los tribunales están atestados de demandas de alimentos. Esto nos habla del gran número de mujeres indefensas. Las ejecutorias de los tribunales van de ciudad en ciudad a la caza de los culpables.

En el destino de muchas mujeres el matrimonio es una desgracia. Abandonan su vida para entrar por nuevos derroteros. Y luego, en vez de una vida mejor, el fracaso.

Nuestro Estado defiende los intereses de la mujer como seguramente no se hace en parte alguna. Esto es cierto. Para la defensa de los intereses de la mujer se han dictado leyes de las más severas. Empero, la realidad sigue siendo la realidad. El hombre se aprovecha de todos los beneficios del código matrimonial. La que sufre es la mujer.

La mayor desgracia consiste en que el matrimonio, dejando a la mujer indefensa, prepara los cuadros para la prostitución. Parece como si fuera su agente, su elemento auxiliar.

¿Querrá decir esto que el matrimonio en nuestro país no sirve para nada? Claro que no quiere decir eso. Igual que por afirmar el hecho de que en sus anaquelerías hay frascos que contienen veneno no dice uno que las farmacias no sirvan para nada.

¿Qué hacen en las farmacias para que los venenos no hagan daño a nadie? Pues o se prohíbe su venta o se ponen bajo candado.

Claro que ante todo es necesario inculcar a las masas la idea de que el matrimonio constituye una seria atracción entre los componentes socialmente maduros ya. Esto es lo principal.

El código matrimonial tiene necesidad de nuevos artículos. Muy concretos. Muy claros. Deben hacer constar que todos aquellos que vayan al matrimonio con fines inconfesables, y como medio de explotación de la mujer, están abocados inevitablemente a verse detrás de las rejas de la cárcel. Y tales leyes no existen hasta la fecha. Cuando los casos son tan flagrantes que saltan a la vista, el procurador busca y rebusca el artículo apli-

cable a tal o cual caso concreto. Y encuentra: «inducción a engaño», «abuso de confianza», etc.; o encuentra algo más todavía, vago e impreciso.

No debe ser así. Se necesita máxima claridad. Esto no es poner fin al mal bajo la bandera de las conquistas de la Revolución de Octubre. Hay que poner punto final a esto. El hombre que abusa de los procedimientos matrimoniales es un delincuente. Y tras el delito debe seguir el correspondiente castigo.

No soy jurisconsulto. No puedo yo encontrar la nomenclatura especial para el caso. Pero debe haberla. Estoy convencido de que es así.

Además, es necesaria desde todos los puntos de vista. Especialmente cuando nosotros deseamos cortar el mal que en nuestro país contribuye al desarrollo y fomento de la prostitución.

¿Dónde está la ley interna de la prostitución? ¿Dónde radica su esencia filosófica? Esto se puede expresar en una palabra: compensación. Una categoría compensa a la otra. El principio biológico queda compensado por el económico. Y aquí viene a mezclarse la psíquica. Para que se opere la transformación de los principios, la psíquica debe dar su consentimiento. Cuando una mujer, empujada por la fuerza de las circunstancias, se convierte en prostituta, esta transformación viene procedida inevitablemente de cierta degeneración moral.

La degeneración interior abre el camino a la degeneración física. Puede ser que esto no sea rigurosamente exacto ni exactamente de este modo. Mas es verdad en parte.

Cuando se ama se entrega uno con alegría. Entrega uno su cuerpo. Esto subraya instintivamente lo extraordinario de las relaciones. Cuando se quiere con frecuencia, nada extraordinario hay en el hecho. Desaparece la importancia, la trascendencia fisiológica de las funciones sexuales.

De este modo, no es difícil acostumbrarse a la depreciación de toda relación sexual. Pierde su sentido inicial. Por cuanto nada tienen ya de extraordinario, se puede considerar el contacto sexual como una función de otro orden. De acuerdo con las circunstancias.

La finalidad biológica se convierte en finalidad económica. En la destilación de la nafta se obtiene gasolina. Es la forma más pura de la bencina. Pero con la gasolina se obtienen también otros residuos que sirven como aceites lubrificantes.

La mujer que pasa de un marido a otro, movida en cada cambio por el amor, busca, seguramente, la dicha. Y hasta puede ser que la encuentre. Pero obtiene, al mismo tiempo, un producto auxiliar: la transformación psíquica.

Después del tercer matrimonio es más fácil caer en la prostitución que después del primero.

* * *

Si nos lanzamos a la búsqueda del estado de abandono en que se encuentra la mujer, no es posible que demos esto de lado.

Claro que la cosa no está en el matrimonio. Es decir, no en el nombre. Está en su esencia. Está en que la infidelidad frecuente entre dos cónyuges disminuye la resistencia interna en circunstancias desfavorables.

El que quiera es libre de pensar que en este dominio todo marcha bien en nuestro país. Y que, si no está del todo bien, peor es la situación en Europa, y que no tenemos nada de qué quejarnos.

Yo no sostengo tal punto de vista. En mi opinión, está mal tomar a la ligera las relaciones sexuales. Y el hecho de que en casa de nuestros vecinos esté la cosa peor, a nosotros no nos beneficia gran cosa.

La libertad de relaciones da no sólo alegría y contento. A veces nos encontramos en el camino lleno de rosas espinas muy punzantes.

Así le pasó a Frédina. Si mal no recuerdo, la cosa empezó por la limpieza de las chimeneas. La estufa ahumaba la casa. No se podía ventilar. Llamaron al deshollinador.

—Algo hay en la chimenea atravesado que no sale —dijo el deshollinador, más negro que el diablo.

Metió su rasqueta y sacó a tirones un pedazo de carne envuelto en un trapo. Era un pedazo del cuerpo de un recién nacido.

Y la habitación de arriba, por donde pasaba la chimenea, estaba habitada por la joven Frédina.

Nada se pudo sacar del primer interrogatorio; pero al juez le pareció que en las palabras y movimientos de la joven había algo sospechoso.

Detuvieron a Frédina.

Pruebas concretas no había. Indicios, muchos. La acusación estimaba que en el banquillo se sentaba la infanticida. La argumentación del presidente ni la del fiscal no podían sacar de sus trece a la acusada.

De todos modos, se la condenó. No sé cuántos años le echaron. Además, esto no tiene ahora ya la menor importancia. En cambio, su biografía me ha quedado en la memoria bien impresa.

Vino a Leningrado cuando tenía diecinueve años. Llegó del apartado rincón de Smarshina. Vino a estudiar cerámica. A los diecinueve años todo nos parece asequible; nos sentimos con energía bastante para conquistar todo un mundo.

Enseguida encontró amigos. Jóvenes de ambos sexos, amigos del curso. Las horas de asueto, por la noche, las pasaban muy alegres, saturadas de juventud y regadas de cerveza.

Y la juventud despertó la pasión. Y la cerveza, el mareo. Hablaban de la alegría de vivir y despreciaban la vida pequeñoburguesa.

Una mañana Frédina despertó en una habitación desconocida. Entraba el día por la ventana. Por la noche se la trajo uno de los comensales a su habitación completamente beoda. Y así se despidió de su virginidad, entre los vapores del vino. ¿Fue la desesperación? Puede que sí. Y casi es seguro que así fue. Él permanecía al lado de ella mientras lloraba. La consolaba dirigiéndole palabras y bajando la cabeza:

—Perdóname, Soña. Yo no creía que fueras virgen todavía. Te lo juro. ¿Acaso si yo lo hubiera sabido me hubiera atrevido a eso? Aunque —añadió él—, si vas a examinar la cosa detenida-

mente, ¿qué es eso de la virginidad? A fin de cuentas, tú eres libre, y todo esto no es otra cosa que un prejuicio, algo pequeñoburgués.

Ella le escuchaba suspirando. Cuando el estudiante le tocó la mano ella sintió un temblor, y le rechazó bruscamente.

—¡No me toques! —gritó ella, apretándose contra la cama—. ¡Vete de aquí ahora mismo!

Al cabo de unos cuantos días todo había pasado. Hasta los pensamientos que la torturaban. Hasta el remordimiento de la propia conciencia por el hecho de que todo había ocurrido en aquella circunstancia de bacanal. Y de nuevo los amigos, las distracciones, las veladas.

El secreto dejó de ser secreto enseguida. Los estudiantes amigos frecuentaban su casa. Les ayudaba de tiempo en tiempo el alcohol. Ahora se entregaba fácilmente. Volvía en sí y ya no lloraba.

Luego el alcohol ya no era elemento necesario. Al cabo de dos años suspendió las asignaturas. Las diversiones se impusieron al estudio. Y el subsidio del Estado se acabó. Se vio más falta de medios de vida que un gato de lágrimas.

Le daba vergüenza volver a su pueblo. Y era difícil. Llegar a casa con dos años perdidos, sin la virginidad y con malos vicios era demasiado para una familia de maestros rurales. Mejor era ocultarles la verdad.

Así lo hizo. En casa recibían correspondencia. Todo como si no pasara nada.

Mas hacía falta vivir. No hay subsidio de estudiante. Quedaron, empero, amigos. Seguían invitándola como antes a sus pequeñas bacanales.

Aprendió a pedir dinero prestado, como quien no quiere la cosa, al abandonar la habitación del nuevo objeto de sus «amores». Aunque fuese poco conocido. Ya no le importaba.

Ejercía la prostitución como una industria auxiliar. De vez en cuando recibía algún dinero de casa, como si no hubiera ocurrido nada.

* * *

Hablemos del alcohol. En nuestro país se ha emprendido ahora una gran campaña contra el alcohol. Se crean miles de grupos y de células de lucha contra el alcoholismo. Necesario es reconocer que es un enemigo bastante peligroso. Sin su intervención no se escapa ni una sola calamidad social. Se le puede descubrir en casi todos los crímenes, en todos los delitos. Se ha convertido casi en sistema el procedimiento de vencer a las mujeres por medio del vino y del vodka.

Al principio sin ninguna mala intención. Todo muy inocentemente. En la copa de cerveza se busca una sensación agradable.

No se debe beber en general. Pero no está mal libar un poquito de vez en cuando. En la habitación donde haya vino se libran de la vida de aburrimiento y de la pena. Unos cuantos grados de alcohol curan la melancolía.

En una de las fábricas de Leningrado se abrió una investigación acerca de las costumbres de las jóvenes obreras. El material reunido sobre este asunto dejó sentado que las primeras libaciones que ejercieron influencia decisiva en el ulterior destino de algunas mujeres fueron las que se hicieron «a la salud de los comensales» y «por el buen humor». Y «a la salud de los comensales» dio el 43,5 por 100 de las aficiones crónicas al vasito. El «por el buen humor» arrojó el 24 por 100.

Lo que no se puede conseguir en situación normal se logra por procedimiento más simple.

Prokófiev se paseaba con Nadia Jabárova. Un día la invitó a ir al parque. Allí bebieron. Ella se emborrachó como una sopa y la poseyó.

Nina era la chica más mona de nuestra célula. Me dijo que le gustaba mucho un joven que era miembro activo de la célula, con el cual trabó conocimiento enseguida. Durante uno de sus paseos por el parque la emborrachó y la poseyó. Al poco tiempo se cansó de ella y la dejó. Luego anduvo ya de mano en mano.

¿Y como resultado?

Caímos por casualidad en el «Trocadero». En el salón vi que estaba sentada a una de las mesitas una joven que trabajaba de correo en nuestra fábrica. Al lado de ella, un hombre entrado ya en edad, completamente beodo, la abrazaba y la besaba. Pasó un poco de tiempo; pagaron y se fueron. Nosotros seguimos allí cerca de hora y media. La chica volvió. Pero volvió con otro hombre. Se sentaron y otra vez a beber.

¿Cómo ocurre esto?

Empezó por beber un poco. Se puso contenta y se entregó. Abandonó a su primer «caballero». Luego buscó otro. Y otro. Y otro. Al fin, la prostitución.

La voz de una joven que trabaja en la fábrica «El Obrero»:

Se empieza por pequeñas libaciones entre amigos y se termina en la prostitución en los bares o en la Ligovka.

Seducir a una joven es hasta la fecha, entre nosotros, aún entre los conscientes, algo así como una majeza. Y al majo se le da la enhorabuena.

Es necesario inculcar a la juventud que esto es una de las mayores vergüenzas. En esto no hay heroísmo. Quien entre en relaciones sexuales pasajeras con una joven, comete un crimen. Al día siguiente de la aventura él se olvida de todo. ¿Y qué ocurre con ella? Esto es cosa que nadie se interesa por saberlo. Hay que decir muy alto, para que lo oigan hasta los sordos, que en el destino de la mujer una noche de aventura, así pesa en su destino como losa de plomo. Es peor que la rufianería. Allí los actos no son encubiertos. Aquí generalmente se opera con huera fraseología sobre el amor libre. En una palabra, se apela al engaño.

Cuando la palabra no es suficiente, se recurre al alcohol.

Alcohol. Relaciones sexuales pasajeras. Senda de la prostitución.

* * *

Cuando en 1922 les preguntaron a los estudiantes de la Universidad de Moscú cómo comprendían ellos el amor, las relaciones sexuales, cualquier moralista hubiera podido firmar debajo de las respuestas. Aunque fuera de los más severos.

La fisiología al desnudo quedaba descartada en las relaciones entre hombre y mujer. La aproximación debería tener por base el amor, la afinidad de sentimientos.

Así lo declararon el 90,5 por 100 de las mujeres estudiantes. Es decir, casi todas. La encuesta era anónima. Las respuestas tenían que ser, por fuerza, sinceras.

El doctor Helman, que ha estudiado concienzudamente el contenido de las respuestas de las 1.600 estudiantes, asegura que es precisamente esto con lo que sueñan los jóvenes.

El 67,3 por 100 puntualizaron sus ideas sobre el asunto. Declararon que su aspiración era una unión larga y amorosa. El 64,3 por 100 fueron todavía más lejos. Reconocieron el matrimonio único como la forma suprema de la unión conyugal.

Trachtenberg, basándose en la experiencia, después de los estudios e investigaciones hechas por él en 1926 en lo que se refiere a las relaciones sexuales de diferentes categorías de mujeres (madres de familia, «mujeres solas», independientes, libres, semiprostitutas), asegura que la mayoría de ellas desea familia, sueña con ella y tiene muy desarrollado el instinto de maternidad.

En una encuesta realizada en 1928 entre la juventud de las fábricas de Leningrado, resultó que la mayoría absoluta de las mujeres deseaban crearse un hogar y una familia sólidos.

Si todas las mujeres, jóvenes y entradas, desean, aspiran a formarse un hogar, a crear una familia basada en el amor a largo plazo, ¿cuáles son las causas que determinan los matrimonios relámpago? ¿Por qué los hombres pasan por su vida casi con una velocidad caleidoscópica?

No es muy difícil responder. El culpable es el hombre. Es precisamente él el que constituye el elemento casual. La mujer se ve forzada a seguirle en esta senda de las uniones y separaciones relámpago.

Los hombres no son partidarios de las uniones duraderas. Les gusta más la variedad y el cambio:

> Escúchame, Natka. Tú abordas el asunto desde un punto de vista completamente femenino. Y no puedes llegar a comprender que eso es arcaico y estúpido. ¿Por qué tú y yo debemos estar encadenados uno al otro? ¿Dices que te gusta Silantiev? Bueno, ¿y qué? Tu gusto es mi voluntad... Ayer he proporcionado placer a Ivánova. Y ella me lo proporcionó a mí. ¿Hay algo de malo en esto?

De esta forma trata de convencer a su amiga Kietlinska el joven Sísov, uno de los principales personajes de la novela titulada *Natka Mishúrina*.

> Si ella no quiere corresponder a tus deseos, busca otra. ¿Acaso no es igual para ti que sea Mascha o Pascha?

Así explica el problema sexual Potápich, uno de los que figuran en la novela de Bogdánov *La primera chica*.

> Sentí deseos y me entregué. ¿Para qué poner valladares a esto? Es tan simple la cosa...

Es así como tranquiliza alguien a alguien en *El salto,* de Braschin.

«A todos los que en el amor buscan algo más que la fisiología se les considera como alienados», se lamenta una protagonista de un libro de Románov. «¿Que te hace falta un macho? Pues le buscas y nada más. No te andes con gazmoñerías. Considera las cosas con cordura», es el argumento de un hombre protagonista de *El callejón del perro,* de Gumilevski.

Se trata de literatura. De bellas letras.

Ahora veamos más en serio. Es lo mismo, sólo que en cifras. Es investigación científica.

El doctor Rotshtein se interesó en 1926 por las relaciones sexuales de los obreros. La vida de los sometidos a observación le

dio material suficiente para extraer conclusiones. Relaciones sexuales casuales, tal fue su conclusión. Porque —hace observar— sólo el 30 por 100 de los interrogados llegaron a un año de relaciones sexuales con una misma persona. Los demás vivieron con varias a la vez o cambiaron de mujer. Y no menos del 34 por 100 tuvieron relaciones sexuales con más de cuatro mujeres. Esto en lo que se refiere a los adultos.

Veamos la juventud.

Geft ha escrito un libro relacionado con la juventud. En su opinión, según los datos que ha sacado, las tres cuartas partes de la juventud masculina que conoce la vida sexual se han inclinado a las aventuras amorosas pasajeras. La Juventud Comunista no constituyó especial excepción en este dominio.

La estadística de las instituciones docentes de Moscú viene a corroborarlo. El 84 por 100 de la estudiantina que ha entrado en la vida sexual se conforma con las aventuras pasajeras. Así resulta en la opinión de Helman.

La juventud obrera de las fábricas de Leningrado presenta el mismo cuadro. Cerca del 70 por 100 conocen ya el placer del amor. Pero hay muy pocos partidarios de las relaciones sexuales duraderas. El 86 por 100 prefería las uniones relámpago al matrimonio en serio.

He aquí lo que determina de antemano ya la vida sexual de la mujer. Y de su destino en muchos casos. Con un tipo tal de consorte, ella se ve obligada también a romper las relaciones.

La vida sexual pasajera no es cosa natural en la mujer, según asegura un experto. No corresponde ni a su mentalidad ni a su fisiología. La culpa de esto no la tiene la mujer.

Es el hombre quien empuja a la mujer hacia una vida sexual desordenada.

La economía no es cosa concreta. Sólo es algo real gracias al coeficiente que le da forma, que le da vida. La influencia de las condiciones determinantes, como el medio, las costumbres, la dignidad, el orgullo, etc., no son más que enmiendas a la ley fundamental. Son enmiendas muy considerables.

Todo lo que contribuye a fomentar la prostitución es el coeficiente con el signo «menos». Disminuye el estoicismo del indi-

viduo, disminuye la resistencia que la mujer opone a su caída. La deja indefensa.

Que los que con tanta facilidad se unen a una mujer (y principalmente aquellos que con tanta facilidad las abandonan), tengan en cuenta esto. Que piensen en la influencia que puede ejercer en la vida de la mujer esta ligereza del hombre.

Porque, la verdad, hace falta siquiera sea un mínimo de conciencia.

La lucha contra la prostitución debe ser la lucha contra estas uniones y matrimonios pasajeros. Y contra todos aquellos que lo predican.

El saneamiento de los hábitos sexuales del hombre constituye una de las principales tareas en la liquidación de la prostitución. Esto está claro.

Sin embargo, el problema masculino en la prostitución no queda resuelto con esto. Queda todavía otra parte. Es la principal.

La prostitución no es sólo oferta. Es también demanda.

Y la demanda es el hombre.

¿Quién es él? ¿Quién es ese tipo de consumidor en nuestros días?

III

DE LOS CONSUMIDORES

Un día ocurrió algo verdaderamente extraño. Algo verdaderamente grande. Un milagro.

La prostitución desapareció. Aquello en que pensaba, aquello con que soñaba la humanidad durante siglos, fue un hecho. El problema quedó resuelto completamente.

La calle, preñada de vergüenzas; la calle, que dio a luz el dolor y el vicio, quedó limpia como la patena. Se disiparon las tinieblas de la noche. Terminó el mercado del amor. Terminó la venta del cuerpo. Se acabó la oferta. Y no había ya demanda.

Todos aquellos que contaban que allá en otros tiempos existió la prostitución en el mundo, fueron llevados a la picota. Los que, como Tarnovski, estimaban que hasta en las condiciones más ideales la sociedad no podría librarse de la marchita florecilla de la civilización, hubieron de rasgar los ojos admirados.

¡Desapareció la prostitución! ¿Cuándo ocurrió esto? No os adentréis en el pasado. Esto ocurrió en Rusia no hace mucho todavía. Ante nuestros ojos. Hace unos diez años. En este tiempo que se llamó «comunismo de guerra». Es decir, en los años 1918-1920 de nuestro siglo.

En esto no hubo, naturalmente, milagro alguno. El milagro está en la Revolución de Octubre. ¡Octubre! Todo lo demás, una consecuencia. Un complemento lógico de esta transformación.

El hecho de que la prostitución como industria haya desaparecido es también un simple complemento de Octubre.

La época de guerra civil y de trabajo dio a las ciudades un aspecto severo. Y huraño.

No hacía mucho todavía que en la calle florecía la lascivia. Y que la pastosidad de las miradas invadía las aceras. Jóvenes y viejos adornaban el cuadro. Recorrían la calle de un extremo al otro como en una feria de placer a bajo precio. O rastreaban a lo largo del pavimento, olfateando cual perros de caza.

Las mujeres, franca o veladamente, repartían entre ellos sus sonrisas. Las despilfarraban. Eran anuncio de la mercancía.

Y siempre así. Por la mañana. Al mediodía. Por la noche. Y en la oscuridad, salpicada de reflejos de los foquillos eléctricos o de los faroles de gas, se intensificaba el mercado.

De repente todo esto desapareció. El viltroteo se convirtió en leyenda. Los cafés se vieron vacíos. En las puertas de los restaurantes, fuertes candados. En sus escaparates, consignas y noticias.

Los hoteles, convertidos en viviendas comunales. Y las oficinas. Y las instituciones sociales. Los cabarés quedaron barridos por el huracán de la revolución.

Los baluartes de la prostitución quedaron banqueados. La revolución exigió de todos los ciudadanos su participación en la obra liberadora. El principio del trabajo obligatorio se hizo extensivo a todos. Sin distinción de sexos. Sin distinción de procedencia de clase.

¡Quien no trabaje no come!

Esta consigna acababa con las categorías sociales. La prostituta entró en la ciudadanía femenina. Tuvo desde entonces los mismos derechos que las demás en el proceso de producción.

En esta mezcla quedó disuelta la prostitución. Fue liquidada como profesión.

* * *

Para comer, trabajar. Toda la población racionada. El Estado, con muy contadas excepciones, garantizaba a todos los ciudadanos su ración. Todos recibían la misma porción en especies. Lo estrictamente necesario. Ninguna acumulación. No se podía comprar nada que no entrara en la norma de consumo. Hasta si se trataba de la mujer más hermosa.

Así resultaba para una parte de los hombres. Con la otra ocurría la cosa un poco de otro modo.

El frente de batalla mataba la sensualidad. El heroísmo de las batallas reclamaba todas las fuerzas de los combatientes. Todo otro sentimiento les era ajeno. O secundario. O innecesa-

rio. Se produjo una colosal transformación de las energías en energía combatiente.

Ambos hechos dieron el mismo resultado. Y muy definitivo. Quedó liquidada la prostitución.

Así ocurrió en los años 1918-19. Pero en 1922 en Leningrado existían ya 32.000 prostitutas.

Con muy pequeñas variantes, este cuadro de Leningrado en 1922 puede hacerse extensivo seguramente a todas las demás ciudades.

Una ciudad relativamente sin importancia, como Omsk, contaba, según datos de la milicia urbana, con 80 prostíbulos secretos. Hay que creer que su número fuese más considerable.

Las cifras vinieron a poner de manifiesto el resurgimiento del mercado del amor, casi en su mayor auge. Decenas de miles de mujeres, y puede que centenas de miles, de nuevo se dedicaron a la venta pública o privada de su cuerpo.

El comercio sólo puede existir cuando hay compradores. A una gran oferta corresponde una gran demanda.

Las calles de nuevo se vieron abarrotadas de catadores del placer vendido.

Fue la NEP[8] la causa.

* * *

Se pretende presentar a los hombres que utilizan la prostitución como personas ignorantes, incultas. El consumidor es un salvaje. Es un inculto. Todo hombre que sepa leer siquiera sea un folleto de cultura sanitaria, se aparta de la prostitución.

Puede que así sea. Así debería ser. Pero es posible que esto se refiera ya al pasado. Difícilmente se podrá encontrar ahora un obrero completamente analfabeto. Y si existe es que acaba de llegar de la aldea.

---

[8] La Nueva Política Económica venía a sustituir el «comunismo de guerra», introduciendo, entre otras cosas, relativa libertad de comercio con el objeto de restablecer la economía nacional, quebrada por el encadenamiento de la I Guerra Mundial (1914-1918) y la guerra civil rusa (1918-1921). | N. de la E.

Masas de trabajadores afluyen durante el otoño a las grandes ciudades. En la primavera vuelven otra vez al campo. Los hay temporeros desde la primavera hasta el otoño. Una parte de ellos se quedan en las fábricas y talleres. Carentes de la necesaria cultura, pasan a engrosar las filas de los consumidores en el mercado de la prostitución.

A esto les ayuda el alcohol.

* * *

El alcohol no solamente es el amigo de la prostitución. Es el hermano gemelo de las enfermedades venéreas. Una estadística cualquiera corrobora nuestra afirmación.

Hemos logrado ilustrar a casi toda la población en lo que se refiere a los sufrimientos que consigo traen aparejadas las enfermedades venéreas. La política cultural ha dado resultados notables. El 95 por 100 de los enfermos tienen conocimientos más o menos someros.

¿Por qué, conociendo el peligro, tuvieron contacto sexual con personas sospechosas? No es difícil de explicar. El alcohol borró de la memoria toda noción. Los conocimientos sanitarios se esfumaron entre los vapores del vino.

En las encuestas de las casas de socorro de Moscú correspondientes a 1926 resultó que el 60 por 100 de los enfermos se encontraban en estado de embriaguez cuando se contagiaron.

Recuerdo un caso. La exposición es breve.

Volvía yo una noche del teatro. Noche de otoño, húmeda y fresca. Sentí apetito. Entré en un café-restaurante de la esquina de la Tróitskaya.

Cerca de mi mesa tenían asiento dos personas. Botellas de cerveza encima de la mesa. Ella sacudía sus tirabuzones rubios. Miraba a su colocutor. Le sonreía con una sonrisita indefinida. Y coqueta. Él era jovencito. Ojos azules. Casi a flor de cara. Alegre semblante. Mejillas encendidas. Arrimaba la cara a la de su acompañante. Le hablaba en voz baja, entusiasmado.

Rozar de botas. Crujir de sillas. Rumor de conversaciones. Bullicio. Y por entre todo esto llegó a mí una frase aislada:

—Bueno... ¿qué? ¿Vamos? La verdad, yo estoy ya que... ¿Cuánto...? ¿Cuánto va a ser?

Parecía como si implorara. Hablaba como hipnotizado. Tenía los ojos fijos en la barbilla y en la garganta desnuda de la mujer. Y sus ojos destilaban lascivia. Su gorra de especialista se escurría, jaquetona y negligente, hacia el occipucio. De tiempo en tiempo escanciaba. Luego levantaba la botella y la contemplaba. No estaba del todo vacía aún. Y el cuello de la botella repiqueteaba, inseguro, sobre el borde de la copa. Ambos se tambaleaban levemente. Bebían. De repente la mujer dejó de prestarle atención. Se le estiraron los músculos de la cara. Y quedaron inmóviles. Me había visto. Nos reconocimos. Sus ojos, semiapagados, se fijaron en mí. Acaso un segundo. Luego su cara tomó una expresión de miedo. Se le agitaban los párpados. Alarma. Y en sus ojos yo pude descubrir algo así como una tímida excusa. Algo así como cuando una persona indefensa quiere esquivar el golpe de su adversario.

El café estaba lleno. Era la hora de las prostitutas. La mayoría de las mujeres entraban como si vinieran a exponerse.

Y yo pensé: «¿Y si durante un momento fuera posible devolver la cordura a todos? ¿Y si se les pudiera hacer ver a todos estos hombres cómo estas mujeres pasan por el gabinete venereológico por las mañanas? ¿Qué ocurriría?».

Seguramente que a muchos de ellos les entraría un escalofrío. Se verían a sí mismos al borde del precipicio, dispuestos a arrojarse al abismo de unos sufrimientos cuya presencia hace terrible la existencia.

La mujer que me reconoció estaba enferma. El joven que tan insistentemente la solicitaba ignoraba que era una asidua visitante del gabinete venereológico. En este momento él estaba con un pie en la raya. Estaba dispuesto a firmar su sentencia quizá para muchos años. Y esto era obra del alcohol.

La mujer seguía mirándome como fascinada. Después, como si despertara, se sacudió. Luego se separó del joven y echó a andar en dirección a la puerta.

Él se levantó. Se tambaleó un momento al lado de la mesa. Sus ojos la siguieron con una mirada de incomprensión. Ella no volvió la cabeza. Desapareció tras el umbral de la puerta.

Al cabo de unos cinco minutos al lado del joven de la gorra de especialista estaba de nuevo una mujer. Ésta era otra ya. Cara trigueña. Labios al vivo carmín. Mujer agradable. Chocaron [sus vasos] y bebieron. Él se inclinó a su oído y le susurró algo. Y sus ojos se inundaron de pastoso deseo bacanal.

A esta mujer yo no la conocía. La conocería seguramente el especialista de otro distrito cualquiera...

* * *

A mi gabinete llegó un enfermo. Nada de singular tenía el paciente. Un hombre como los demás hombres. No era joven ya. Al mirarle creí que venía a consultar acerca de la vejiga.

Los pacientes se parecen mucho a un libro, cuya portada nos da ya una idea de su contenido. Y este paciente presentaba buenas facciones. Y sus movimientos eran meticulosos. Y recatado todo su porte. Aparentaba ser un bonachón, un gran amigo del hogar, de la familia y de su tertulia. Uno de esos capaces de estar echando la partida durante diez o doce horas sin levantarse del asiento. Sí, uno de esos que, con un poco de predisposición a la gota, enferman de la vejiga.

Pero me equivoqué. No tenía tales piedras. Su enfermedad correspondía a una edad menos aposentada. A la edad de las aventuras amorosas. ¡Era la gonorrea! Pero categórica. Y muy reciente todavía.

Sus cuarenta añejos habría cumplido ya el hombre. Naturalmente que, aunque esto es raro, hasta en los cincuenta se puede atrapar todo cuanto se quiera. Mas, de todos modos, este aplomo y recato parecíame que estaban en bastante contradicción con la gonorrea.

Empero, los hechos son muy tozudos, y son los hechos.

—¿Cómo ocurrió, pues, esto? —le pregunté yo condolido.

Él hizo un aspaviento bastante indescifrable. Podía significar lo inevitable, la conformidad, el reconocimiento de la propia culpabilidad, la casualidad. Podía significarlo todo.

—¡Este maldito empleo mío! —arrastró él levemente y pensativo—. Vea usted: yo me negaba a aceptar la misión... Me negué insistentemente, y nada conseguí. Nada, nada, que hube de salir. No tuve más remedio que aceptar.

—¿El empleo, dice usted? —inquirí extrañado—. ¿Qué empleo? ¿Por qué el empleo?

Él sacudió la cabeza. Sus ojos se apenaron.

—Pues un empleo de los corrientes. Inspección. Yo soy inspector de construcciones. Y me obligaron a salir de inspección a provincias, por mucho que me resistí. Usted me pregunta que cómo fue esto, y yo le contesto: fue eso, fue el empleo.

Él se vistió lentamente.

—¿Quiere usted decirme, para que me entere yo, qué diablos pinta en todo esto el viaje de inspección? —le pregunté yo de nuevo—. La gonorrea viene de las mujeres, y no de la inspección.

Él dobló cuidadosamente la receta, se estiró la americana y se metió el papelito en el bolso.

—Según usted —dijo él en tono filosófico y muy serio—, tuvieron la culpa las mujeres; pero yo echo la culpa de todo a la misión. Naturalmente que viene de las mujeres; mas si no me hubieran hecho ir a la fuerza en viaje de inspección, le aseguro a usted que no me hubiera pasado nada. No hubiera tenido necesidad de ninguna mujer. Yo soy un hombre lleno de salud. Y lleno de vigor. Me hierve la sangre. El organismo exige lo suyo. Y me mandan de repente sabe el diablo adónde, a quinientos kilómetros de mi familia. ¿Y como resultado? Tengo que vivir aquí siete semanas. Y mi mujer, ¿dónde? Cerca de dos meses de celibato. Yo he de confesarle francamente que no lo resisto... Mientras tanto mi mujer en casa, sola. No puedo yo llevarla conmigo a todas partes. Las dietas alcanzan sólo para uno. Y el cuerpo, como usted sabe, pide lo suyo.

Se veía que esto último era una frase predilecta. Y repitió:

—Sí, el cuerpo pide lo suyo, y si no se lo das, es peor. Empezaba a sentirme nervioso ya...

—¡Ah! ¡Vamos! —dije yo—. ¿Con quién cometió usted la infidelidad?

Abrió la boca; pero retardó la contestación. Reflexionó un poco y habló:

—Yo no tengo amistad ninguna aquí. ¿Voy a perder el tiempo en conversaciones y cortejos? Esto exige mucho tiempo, créame usted. Y yo estoy ocupadísimo de la mañana a la noche. En siete semanas tengo que hacerlo todo. He de dejar todo terminado. ¿Qué me queda entonces? Se me atravesó una. Me pareció interesante y me la llevé. Ella aceptó sin grandes remilgos.

Una pequeña pausa y añadió:

—Naturalmente que por el dinero.

—¿Y no cree usted que se debe refrenar algunas veces el instinto? —le pregunté—. ¿No cree usted, por lo menos ahora, que entregarse a él ciegamente y comprar el cuerpo de una prostituta...?

El inspector de construcciones frunció un poco el entrecejo. La expresión de su cara tomó un aire escéptico.

—Cuando uno está sentado en su gabinete —dijo él mirándome y paseando los ojos por todo el gabinete— se puede filosofar y explicar todo. Pero cuando el instinto se emperra, los razonamientos sirven para bien poco. ¡La naturaleza! ¡Qué le vas a hacer! —añadió, enarcando los hombros—. Admitamos que la naturaleza es ciega. Pero ¿puede uno darle de lado? Mi mujer en casa. Yo aquí. Hay que echarle la culpa al empleo solamente. Yo bien insistí en que no me enviasen en viaje de inspección.

* * *

En este episodio hay bastante aprovechable. Dejemos a un lado las exigencias del instinto. Aquí lo interesante es otra circunstancia. Es el problema de la soledad del hombre.

No nos proponemos adentrarnos por las sendas de la filosofía, ni en las espesuras psicológicas, tanto más metafísicas. No

nos adentraremos tampoco especialmente en la sociología. La cosa es más simple. Hablaremos de la separación temporal del hombre de su mujer.

¿Qué es lo que entra en el programa de estos hombres que deben vivir solos por temporadas? Una de las principales atracciones durante el asueto la constituyen las relaciones sexuales circunstanciales. En la mayoría de los casos con las prostitutas.

Conviene establecer aquí un parangón. La población masculina de las ciudades hace unos veinte años [c. 1910-11] compraba en gran escala el amor. El 70% frecuentaba la prostitución.

Aquí lo importante está en que en esta época se propagaban principalmente entre los hombres solteros. De aquí una conclusión lógica: después del matrimonio las relaciones maritales disminuían considerablemente. Quedaban casi reducidas a cero.

Puede tratarse este asunto como se quiera. Mas es necesario aceptar esta conclusión. Triunfaba la llamada virtud. Era raquítica, era forzosa, puede ser. Mas el hecho existe. En las reglas de conducta ocupaba determinado lugar.

Cuando en 1927 se llevó a cabo una investigación en toda la R.S.F.S.R. [República Socialista Federativa Soviética de Rusia], resultó también cierto rasgo peculiar. Los doctores Galperin e Isayev establecieron que entre los hombres ahora se contagian tanto los casados como los solteros.

Esto demuestra que el hombre va al matrimonio sin desprenderse de sus hábitos de soltero. Continúa siendo partidario de los placeres sexuales pasajeros, circunstanciales. A capricho o por dinero. Entre estos últimos, la prostituta.

No basta con conocer los fenómenos, es necesario comprenderlos. Es necesario explicar, por ejemplo, por qué la mitad de los obreros casados de Kazán, ya en el primer año de matrimonio, tuvieron relaciones sexuales fuera de su casa. ¿De dónde provienen estas infracciones de la fidelidad conyugal?

Aquí, en la mayoría de los casos, nos encontramos con el problema del hombre que vive solo temporalmente. Su esposa se va a la casa de descanso, a la aldea, a casa de sus padres o al sanatorio. Puede ser lo contrario. Se va el marido de vacaciones. O le mandan en misión especial. En uno y otro caso viene el

deseo erótico. Por desgracia, no oponen resistencia alguna a este apetito. Lo alientan.

Las causas de esto son muchas. Primero, ligereza en lo que se refiere a las relaciones sexuales. En segundo lugar, la creencia de que «es muy malo pasarse sin mujer» y que «el cuerpo pide lo suyo». Esta categoría de hombres que se rinden enseguida al instinto existe en proporción muy considerable. No la perdamos de vista.

De este modo, volvemos otra vez a la biología.

* * *

No sé qué pensarán otros acerca de la «naturaleza». Yo estimo que la cosa no está del todo bien.

Debemos hacer hincapié en la juventud. Yo he debido emitir, y sigo emitiendo, informes, y sigo dando conferencias en las asambleas obreras y en los clubs. La participación en controversias relacionadas con la vida sexual y las enfermedades venéreas me ha llevado a chocar frecuentemente con la opinión de que es la voz imperativa del instinto la que manda. Cientos de notas escritas por jóvenes me preguntaban y me preguntaban: «¿Qué hacer cuando la naturaleza lo exige? No nos recomendará usted que nos hagamos frailes».

¿Qué hacer? Eso es otro tema. Lo principal aquí es que muchos estiman que la voz del instinto es algo irresistible. Y de aquí viene la conclusión que determina la regla de conducta.

En el tribunal se entendía de un asunto por uso indebido de habitación. El demandante era un joven de veintidós años. Trabajaba en la sección de arquitectura de la Academia de Bellas Artes. Se trataba de una mujer que se había instalado en una habitación sin autorización de nadie. Y esta habitación era la del demandante.

¿Había entrado la mujer en el cuarto en ausencia del dueño? No. Se había quedado varias noches a dormir con él. Esto es cierto. Pero ¿era inquilina? ¡Inexacto! Una vez se quedó allí unas veinticuatro horas. Y hasta un poco más. Un día y dos noches. Esto era todo. No se sabe cómo fue. El caso es que re-

sultó estar asentada como inquilina en los libros de la administración de la casa. Esto se supo cuando se atrevió a declarar que no se iba más de allí. Y que se quedaba porque tenía derecho, según la letra de la ley.

La demanda venía reforzada por la indicación de necesidad de aislamiento por estar enferma la usurpadora. Tenía sífilis. Además, era completamente imposible la vida en su compañía. Ella vuelve a casa todos los días entre las cinco y seis de la mañana. El futuro arquitecto le rogó al tribunal que tuviera en cuenta todas estas circunstancias para el correspondiente fallo.

El tribunal examinó el asunto. Ambos contendientes permanecían ante los representantes de la ley y esperaban justicia. El juez preguntaba. Las partes contestaban. Después de recordarles la pena en que incurrían por falso testimonio, su voz era solemne.

He recordado esto ahora como un detalle que vino a introducirse en las relaciones de estos dos individuos que se disputan un diminuto rinconcito en una ciudad enorme.

¿Cómo cayó esta mujer en la habitación? Muy simplemente. Como lo hacen todas las prostitutas.

El estudiante la encontró en la calle. La invitó a pasar una noche en su compañía. Le pagó. Después se separaron.

Él sabía dónde encontrarla, y de tiempo en tiempo la llevaba a casa. Y así continuó la cosa hasta que ella prefirió quedarse decididamente al lado de su comprador al por menor.

Todo esto se aclaró en el tribunal. Ni uno ni otro trataron de ocultar la circunstancia de su primer encuentro. Se habló de todo con la mayor naturalidad. Y con gran sinceridad.

El estudiante expuso en tono épico los motivos de su forma de abordar el problema.

—El estudio no me deja ni una hora libre. Trabajo y estudio al mismo tiempo. Soy un hombre. Tengo mis necesidades. Andar dando vueltas por ahí y regatear no está en mi carácter. Cada cinco o seis días busco una mujer. Nadie te prohíbe invitarla a subir a tu cuarto y pagar el placer. Bien. ¿Para qué he de buscar una mujer nueva cada vez que siento necesidad? Esto es cosa que también exige tiempo. Y el estudio, como dije, no me

deja ni un minuto libre. El organismo pide lo suyo. No soy un chiquillo yo. Ya tengo mis veintidós años. ¿Cómo podía yo soñar que debería habérmelas con una chantajista?

* * *

En Leningrado hay una calle que se llama Ligovka. Es el barrio de las prostitutas. En Moscú, el bulevar de la Tverskaya. En cada ciudad existe una calle o plaza donde más se comercia con el amor.

La Ligovka siempre me causa repulsa. De día, está sucia. Es un verdadero apéndice de la estación. Caos de gente. Y de automóviles. Y de carretas. Luego el crepúsculo envuelto en una bruma insana y húmeda, como la evaporación de inmundos sótanos. Entra la noche. Se encienden los faroles. La población de los prostíbulos empieza a escurrirse por las encrucijadas y por los portales de las casas. Las vitrinas de los comercios envuelven con su luz de proyector la silueta de estas mujeres. Mujeres que se deslizan a lo largo de las fachadas con aire de indiferencia.

Es un lugar terrible. Empero no asusta a nadie. Hombres, niños y mujeres corren, presurosos. Cada uno a sus asuntos. Nadie advierte el gran crimen que se está perpetrando ante sus ojos. Lugar fantástico. ¡En nuestras condiciones, monstruoso! Pero nadie tiembla. Acá y allá los milicianos se pasean tranquilamente y velan por el mantenimiento del orden...

Bueno; no es de esto de lo que quería hablar yo, sino de la juventud obrera masculina que concurre a estos lugares. Y no con poca frecuencia. Viene también a sus compras.

¿Qué es lo que arrastra hacia aquí a los jóvenes obreros? A algunos el alcohol. Mas entre ellos los hay que están completamente cuerdos. Es que sienten la llamada del instinto. Como no tienen amigas fáciles, ni amantes, vienen a este distrito. Es el más poblado de prostitutas. Vienen a saciar un apetito que a ellos les parece irresistible.

¡Exigencia del sexo! ¿Qué es esto? ¿Es un mito? ¿Es una realidad? ¿Puede que sea un ciclón que se abate sobre el hombre y le arrastra? ¿Es un reflejo que sólo existe porque se cree en él?

* * *

La necesidad sexual es inherente al individuo. Es esencia biológica. Se la da al hombre la naturaleza. Pero se desarrolla según la educación, el medio, las circunstancias.

Y aquí está el fondo del asunto. El instinto puede ser sumiso. Pero su rebeldía puede acarrear efectos destructores. En ocasiones es un pequeño animal doméstico. Mas puede ser de otro modo. Y entonces es terrible como la boa *constrictor*.

Todo depende de cómo se trate.

Necesario es reconocer que en este dominio la cosa marcha del todo mal. Nuestras condiciones sociales son [sólo] un terreno abonado todavía. Por eso el instinto se desarrolla de manera tan grosera, tan repugnante, tan desenfrenada en el individuo.

El niño, hasta la fecha, no está en condiciones de recorrer su natural ciclo de desarrollo. En la mayoría de los casos, en nuestras condiciones de vida, las sensaciones eróticas se despiertan y avivan desde la infancia con impresiones excitantes. Las relaciones de familia entre grandes y pequeños hacen que los niños estén en todos los secretos del sexo. La calle y los amigos son el complemento de la educación.

De esto se habló mucho ya. Nada podemos ofrecer de nuevo. Digamos solamente lo que resulta de todo esto.

Casi el 10 por 100 de la juventud ha probado el placer sexual antes de los catorce años. Por lo menos esto es lo que arrojan las estadísticas, de acuerdo con la encuesta de 1924 entre los estudiantes de nuestra Unión Soviética. ¡Catorce años! Una criatura. Un niño.

A los diecisiete años ya son hombres el 40 por 100. ¡Diecisiete años! Esto no es madurez. Ni social ni fisiológica.

Durante este mismo año los jóvenes de veintiún años, que está lejos de ser una edad madura, en su buena mitad han tenido relaciones sexuales ya.

Una mala educación da como resultado malos frutos. Una gran mayoría de nuestra juventud entra en la vida sexual demasiado temprano. Excesivamente temprano. Algo inadmisible, como diría un moralista o un profesor de higiene.

Este fenómeno tiene sus raíces en la facilidad de la consecución del objeto. El paso a la vida sexual se da en cuanto se manifiesta el más leve deseo. Sin ninguna lucha interna. Sin razonamiento alguno. Se hace orientándose solamente en aquello de que «el cuerpo pide lo suyo».

* * *

Hay máquinas automáticas. Y aparatos meteorológicos automáticos también. En el ser humano el sistema sexual ha sido bien organizado por la naturaleza.

Él mismo se manifiesta, él mismo se equilibra y se controla.

Que el instinto es invencible es cierto. Pero es el resultado de una mala educación del estímulo biológico. La imposibilidad de resistir desde el principio al deseo es descubrir su propia ignorancia. Rigurosamente exacto. Es necesario educar al individuo de tal forma que el instinto del sexo no se desboque. Y entonces toda la teoría según la cual el instinto es invencible, se viene abajo.

Resulta, pues, que todo se reduce a la educación sexual. Esto es lo que, en condiciones de vida saludables, transformará al hombre. Determinará un nuevo individuo.

Una de sus virtudes consistirá en desconocer la prostitución. Porque los accesos de sensualidad no se producirán. El instinto irresistible no tendrá razón de ser. Al mismo tiempo desparece la inevitabilidad de las enfermedades venéreas.

Conocemos los medios que contribuyen al proceso de elaboración de la sensualidad. No hace falta otra cosa que aplicarlos bien. La tarea es ardua. Y exige un plazo bastante largo.

En realidad, este problema está planteado desde hace más de dos mil años. Desde la antigüedad. Ya entonces se buscaban los medios de darle solución.

Platón, filósofo y político mucho antes de nuestra era, recomendaba en su obra *La república* ciertos medios que inducían a la continencia. Su programa casi no se queda atrás en nada de los más avanzados de nuestro tiempo: educación conjunta de ambos sexos; indumentaria ligera que no despierte deseo de buscar incógnitas; dieta apropiada y gimnasia.

En nuestro país suena un poco de otro modo; pero, en lo fundamental, es lo mismo. Nosotros preconizamos: educación conjunta de ambos sexos; vestidos higiénicos, simples, cómodos, sin elementos llamativos; buen alimento; nada de alcohol. Y fisicultura. Después va nuestra enmienda especial: los hábitos sociales. Y, añadido a todo esto, lo esencial: una vida de formas nuevas.

Una idea que viene siendo predicada desde hace tanto tiempo merece ser plasmada en realidad al fin. Esperemos que no tarde mucho en ser un hecho. Cuando no exista la prostitución como oferta, ya no existirá la demanda. No habrá consumidores.

* * *

La continencia no es, sin embargo, una abstracción que necesite condiciones ideales. Se puede llegar a ella en nuestros días. No sólo predicarla. Se la puede personificar. Por encima de nuestra pobreza, por encima de la triste realidad, por encima de la incultura y de la crisis de viviendas. Por encima del alcohol. Un esfuerzo de la voluntad domina el instinto del sexo. Inmediatamente viene la recompensa.

¿Qué es la felicidad matrimonial? Admitamos que es un estado tal en que dos personas no necesitan de un tercero. Se bastan a sí mismas. O se contentan consigo mismas. Y no hay necesidad de infidelidades. Especialmente por parte del hombre.

Estamos acostumbrados a oír que no hay maridos fieles. Necesitamos decirle aquí un cumplido al sexo fuerte del género humano. La acusación constituye una calumnia. Existen mujeres que no han sido objeto de infidelidad por parte de sus maridos.

Cierto es que su número no es muy excesivo. Mas, de todos modos, no constituyen hechos aislados. Una encuesta abierta en 1925 entre los obreros de Moscú dejó sentado que tales casos son bastante numerosos.

En una palabra, se encontraron bastantes maridos fieles. Lo curioso es lo siguiente:

Los hombres se casan. Empero, mucho antes del matrimonio ya conocen el placer sexual. Entre la primera mujer que conocieron y la que toman por esposa han pasado muchos días, muchos meses y, a veces, muchos años.

Qué es lo que determina y consolida la felicidad del matrimonio no lo sabemos exactamente. Pero he aquí lo que es indudable: el día de la primera posesión de la mujer desempeña gran papel en las ulteriores relaciones conyugales.

Los obreros que entraron en la encuesta fueron divididos en tres categorías. En la primera resultó un 64 por 100 de infieles. Todos los de este grupo empezaron su vida sexual antes de los diecisiete años. En los que empezaron después de los diecisiete años el número de los infieles descendió al 48 por 100.

El tercer grupo denotaba una situación excelente. Las esposas traicionadas por los que entraban en esta tercera categoría eran solamente 17 por cada 100.

Y la diferencia de esta tercera categoría estribaba únicamente en que los individuos que la componían conocieron mujer por primera vez después de los veintiún años de edad.

Tenemos, pues, que la estadística resulta muy instructiva. Y puede ser todavía más expresiva. Puede adoptar un tono de moralista.

En cosmografía existe el ángulo de inclinación. Y en el matrimonio existe también ese ángulo. Es la línea de la infracción de la fidelidad conyugal.

A nosotros nos interesa el ángulo de inclinación que conduce a la prostitución. Volvamos a las encuestas. Y entonces tenemos

que, en el primer grupo de hombres, o en la primera mencionada categoría, las prostitutas figuran en una proporción del 62 por 100. Desciende al 45 por 100 en el segundo grupo, y no forma ya más que el 15 por 100 cuando llega a la tercera categoría.

Así tenemos que la fecha de la primera cohabitación conserva su trascendencia. La cosa es palmaria. Subraya especialmente la fuerza que supone en este dominio la continencia.

La diferencia de cuatro años da una disminución de 75 por 100 en la demanda de prostitución. El problema del consumidor se soluciona interiormente por dos medios: en primer lugar, por medio de la continencia. Esto es extraordinariamente importante, por cuanto en ella se contiene una saludable educación para llegar al segundo: el matrimonio en edad temprana entre la juventud socialmente madura.

* * *

Corta narración. Unos cuantos capítulos.

Capítulo primero. Donde se habla del joven obrero Basilio Kasín. Durante el día trabaja en la fábrica. Después del relevo viene el descanso. Se afeita. Se pone majo. Luego se pone la americana, y andando. A visitar a Constantino Chúdnov. Es un chico greñudo de la sección de estampado.

—Vamos, Kostia.

El gran edificio del club, muy alumbrado. Noche helada. Noche fuerte. Noche de invierno. Bajo las botas trisca la nieve. Cielo profundo, lleno de estrellas. En el Rincón Rojo, periódicos sobre la mesa. El altavoz de la radio carraspea bronco. Detrás del tabique, voces y canciones. Es el coro. Poca gente en el club. La sala de ajedrez, casi desierta. Sólo dos parejas se entretienen, silenciosas. Y preocupadas. Llega corriendo el administrador.

—Compañeros, ¿qué diablos hacéis dando vueltas por aquí? Ya empezó el informe. Vamos, compañeros, todos al salón.

Tema de la conferencia: «Nuestra edificación y la productividad del trabajo».

Kasín hace un signo despectivo con la mano y se dirige a Chúdnov por lo bajo:

—¡Que no voy! Ya estoy hasta el cogote de conferencias y de informes. Además, el conferenciante es una adormidera. Lo que hacía falta —continúa, guiñando los ojos—, lo que hacía falta era ir al Coliseo. Echan allí una buena película. Dicen que extranjera. ¡Al diablo con todo esto! ¿Nos vamos? ¿Quieres, Kostia?

Y se escurren sin que nadie lo advierta.

Una película extranjera, en la cual se desarrolla una vida de mil metros, no abarca más que una parte de su asueto. Y los amigos, excitados por las escenas del film, no quieren ir a casa ya. De nuevo, delante de ellos, las ventanas iluminadas del club.

—¿Entramos, Vaska? ¡Anda! —dice no muy decidido Chúdnov—. Puede que haya algo...

—Aburrimiento y nada más —responde Kasín—. De nuevo el ajedrez y los ladridos de ese cabrito de altavoz. ¡Hasta las moscas se aburren allí! Y yo, ¿sabes?, siento algo así como deseo de juerga. Un poco de jarana... Estoy de humor hoy. Mira, hace dos días estuve yo con Tsvenev en el «Viena». Bebimos bien. Música. Una *jazzband*... Bueno... eso, ¿sabes? Oye, Kostia, ¿dónde está Tsvenev? No le veo.

—¿Tsvenev? Le han mandado a Liubán a montar un motor. La matará allí unos cinco días todavía.

—¡Ése sí que es un chaval que se las trae! —sopla Kasín—. ¡Y vaya mujercilla que tiene! El otro día nos fuimos a hacerle una visita después del «Viena». Debe aburrirse la chica sola estos días. Habría que volver a visitarla.

Anduvieron una manzana. Rótulo. «Viena». Kasín y Chúdnov buscan una mesa para ellos solos. Rumor de voces aguardentosas. Melodía de violín. Guitarra. Balalaica.

Capítulo segundo. Donde se habla de Tsvenev. Tiene una conversación con su mujer. Hace una semana que llegó de Liubán. Ahora acaba de llegar de la casa de socorro, del especialista.

—Bien, Katia... ¿Qué le vamos a hacer? Ya ves. Yo no te grito. Ni te amenazo. Tampoco intento pegarte. Pero es necesario aclarar esto.

Ella llora. A él le duele. Le da lástima. Y debía odiarla.

—¿Para qué llorar?

Y Tsvenev arruga la frente y se muerde los labios. Y sigue hablando:

—Quiero saber cómo ocurrió esto. ¡Quiero saber quién ha sido el canalla...!

Y ella cuenta. Y se come las lágrimas:

—Fuimos al teatro... Vino aquí... Me invitó... En el bar bebimos cerveza... Después se vino conmigo a pasar un rato aquí... La cabeza me daba vueltas... Y él hablaba... No sé... Me volví loca... o no sé qué... Luego no me acuerdo de lo que pasó... Después volví en mí. ¡Quise volverme loca...! Me hubiera suicidado... Ya sabes que yo no soy de ésas... Nunca me pasó tal cosa... No sé lo que fue, no sé... Y él...

—¿Quién es él? ¡Quiero saberlo!

Una pausa. Luego lo suelta:

—Basilio... Basilio... Kasín...

—¡Ah, el miserable! —rugió él sordamente—. Bueno. Está bien. Ya hablaremos de él más tarde. Hace falta que te pongas en tratamiento tú también. Y mañana, mira, agarras papel y al tribunal con él.

Capítulo tercero. Desenlace. Donde se habla de muchos a la vez y de mí mismo. En el tribunal. El acusado, Kasín. Se le acusa de haber contagiado a una mujer. Basilio ni siquiera trata de inhibirse de responsabilidad. Los hechos son sangrantes. Son acusadores. El informe del médico es categórico.

Kasín sólo pretende que se tenga en cuenta una circunstancia atenuante.

—Yo estaba entonces completamente borracho, ciudadano juez —asegura Kasín con voz que parece sincera y compungida—. Yo no sabía que estaba enfermo. Dos días antes de esto tuve una aventura con una... Ya es cosa sabida: estás en la cervecería, lo has olido y no puedes esperar nada bueno de ello... En el momento nos encontramos allí, ya se sabe, a una verdadera prostituta. Cuando me encontré con Tsveneva estaba borracho. No me di cuenta entonces de que había que tener cuidado y

esperar...; es decir, hasta saber si me salía algo. Eso es lo que yo olvidé.

El tribunal, sin la menor compasión, le condenó a tres años de correccional.

* * *

Kasín tuvo relaciones íntimas con la mujer de Tsvenev. Y dos días antes de esto había entrado con una prostituta. Lo interesante aquí para nosotros no es el contagio, sino la embriaguez. Al pobre muchacho le arrastró a la bebida el tedio, una necesidad no satisfecha de distracción, de diversión, de olvido de las impresiones del día.

La causa del alcoholismo y de todo cuanto facilita el camino hacia la prostituta es nuestra incultura, nuestros hábitos, nuestro pasado asiático: bajo nivel de vida, malísimas condiciones de existencia, escasa sensibilidad.

No hay exageración alguna cuando declaramos que una vida de hogar y unas condiciones llevaderas acabarían en gran parte con el problema de la prostitución. Acabarían con la demanda.

Darle a cada uno una buena vivienda con el debido confort, con las comodidades necesarias, es cosa que no podemos hacer todavía. Porque no tenemos los medios. Porque somos pobres aún. Por consiguiente, estos defectos deben ser compensados por medio de la organización de instituciones, donde se pueda proporcionar a la población la comodidad necesaria durante el asueto, distracciones culturales. Y entretenimientos alegres, atrayentes.

Y estas instituciones existen. Se llaman clubs. O, por lo menos, deberían serlo. Por desgracia, en la mayoría de los casos los clubs no son más que pura ficción. Los principales de ellos, es cierto, realizan una intensa y muy variada labor cultural. Se llaman Casas de Cultura y Descanso. Y lo son en realidad. Pero son contadas. Hay cientos de clubs que no son otra cosa que tedio y monotonía. Cosa oficial. Nada de iniciativa. Y sus miembros deben buscar un elemento auxiliar, un placer barato, pero de muy tristes consecuencias.

El 19 de febrero de este año, en una controversia cultural de la Casa de Cultura y Descanso del distrito de Víborg, quedó demostrado que el 32 por 100 de los jóvenes obreros de ambos sexos no frecuenta los clubs en absoluto.

Y eso que sabemos que el éxito del trabajo por la creación de nuevas formas de vida está en los clubs, está en su actividad, que abarca cientos de miles de personas.

En lo que se refiere al problema que estamos tratando, los clubs deberían ser el arma principal en la lucha contra la prostitución. Los clubs son los estados mayores contra la demanda. Están, en realidad, al margen de todo furor erótico.

Renovación del contenido y de la actividad de los clubs; consigna de la cruzada contra la demanda en el mercado del amor.

* * *

Pero ¿qué hacer mientras tanto con los consumidores? ¿Vamos a esperar con los brazos cruzados hasta que desaparezcan por sí mismos?

Al rufián le castigamos. A la celestina la ponemos tras de rejas. Entonces puede que sea razonable pedir cuentas a los compradores de mercancía-prostitución.

Ya hay un artículo en el Código Penal en el cual se prevén penas en este caso. Nada se le puede oponer. Al contrario, es necesario. Es el artículo 151, párrafo segundo.

Habla de la prostitución de los niños. Castiga a los consumidores.

¿Hay en nuestro país prostitución infantil? ¡Claro que la hay!

Y no en muy pequeña proporción, seguramente.

Ejemplo: «En Járkov la prostitución infantil ha tomado grandes proporciones» (*El Proletario* de Járkov, agosto de 1929).

En cada ciudad existe en medida suficiente para alarmarse.

Y para gritar y perseguirla.

Entonces, ¿quiere decir que hay quien la utiliza? Indudablemente. Entretanto nadie se alarma. Todo está tranquilo. Por lo que se ve, por las apariencias, todo marcha a pedir de boca.

Yo no conozco ni un solo proceso donde haya intervenido el artículo 151.

No estará de más mencionar a su vecino de al lado. Es el 150. Trata del contagio. Pero corre la misma suerte casi que el 151.

A las casas de socorro y a las policlínicas acuden diariamente nuevos pacientes. Llaman a la puerta de los gabinetes venereológicos. Muchos de ellos no sólo llegan con síntomas de enfermedad grave y larga, sino llenos de dolor y tristeza. En cuanto queda establecido el diagnóstico se abre en su alma un verdadero infierno moral.

La ley califica de criminales a los que propagan el mal. Todo aquél que ha sido contagiado tiene defensa en la ley. Y una defensa en serio.

Y hay muchos que tienen necesidad de esta defensa. Los jueces no los conocen. Los médicos los ven todos los días.

Durante el último año en Leningrado seguramente que contrajeron enfermedades venéreas unas diez mil personas. ¡Diez mil criminales más!

¿Cuántos de ellos ocuparon el banquillo de los acusados? Se pueden contar con los dedos de la mano. Y nada más. El resto se pasean tranquilamente. No se escapan estos criminales. Ni se ocultan. Si no todos, la mayoría es conocida. Los conocen sus víctimas. Empero, no son acusados ni llevados a los tribunales. El artículo 150 descansa. Casi nadie le molesta.

Digamos que aquí la ley no es la culpable de nada. Ni la bondad de los individuos que perdonan el mal que se les hace. Las huellas del criminal las borran nuestro atraso cultural y la fuerza de los prejuicios. Y la ignorancia de los que nos rodean. Todo cuanto constituye el miedo al qué dirán. Y la tendencia a guardar el secreto de nuestra enfermedad.

Mas en el problema de la prostitución infantil el secreto no existe. Tampoco, en realidad, existen otros motivos para no apelar a la ley.

Sin embargo, la ley permanece inactiva. ¿Despreocupación? ¿Indiferencia? ¿Ceguera? Entonces, ¿para qué hacer leyes?

La cosa es que se dictan. Pues vamos a aplicarlas. Porque están llamadas a ejercer una función determinada. Vienen a aca-

bar con la injusticia. Vienen a desarmarla. Y a cortar el paso al crimen.

En una palabra, no debemos olvidarnos del artículo 151. No nos podemos pasar sin él.

* * *

Pongamos cerco al grupo de consumidores. Es necesario. Indiscutible. Hasta desde el punto de vista de autodefensa social.

Y del bienestar social y de la salud de la población. Sólo hay que saber de qué forma conseguir esto.

Lo primero, obra cultural en este dominio. Lo necesitan las grandes masas. Todavía no han llegado a comprender la esencia de la prostitución. Ni el papel que desempeñan en ella. Las masas de reclutas del Ejército Rojo deben ser ilustradas en esto. Lo necesitan. Proceden en gran parte del campo.

Fábricas y talleres. Y en cada turno enormes cuadros de jóvenes que llenan las calles. Buscan distracciones. También es necesaria una campaña intensa entre el proletariado. Presión. Y condenación de los hechos por parte de los camaradas.

El cuadro más triste lo ofrecen los jóvenes. Hasta los jóvenes comunistas. Estos, raras veces. Mas, por muy poco que sea, su participación como destructores de la vida de la mujer es inadmisible. Es insoportable. ¿Se desliza la juventud?

Nuestra educación no ha sido completada aún. No es capaz de desembarazar la situación de un estado de supersensualidad. La conciencia que se va despertando aún no suministra la brújula para la orientación en los procesos naturales del individuo.

Hacia aquí, precisamente, debe ser desplazado el trabajo.

Pero todo esto, en resumidas cuentas, es escurrir el bulto. Y querer ser agradable. Y rogar que todos seamos buenos, amables.

Hay personas que lo saben todo. Hasta saben que su conducta es reprobable. Pero los hechos continúan.

No se trata de mala voluntad. Es debilidad. Si a esta voluntad blandengue se la agarra y sujeta, se corrige. Y adquirirá una fuerza de orientación.

Si en los Comités de Fábrica se denuncian los casos de obreros y empleados que consumen prostitución, esto constituye ya un serio principio de continencia.

La publicación de los nombres en los periódicos murales es el segundo paso. Dará sus resultados positivos allí donde no ha servido el primero.

Empero, esto constituye un arma de dos filos. ¡Cuidado con ella! Sólo se puede utilizar en casos concretos bien probados. De otro modo, será generadora de chantaje. Y de venganzas personales.

Todo esto son medidas de presión de la opinión colectiva: acción social. ¿Convendrá ocuparse de las medidas administrativo-judiciales?

* * *

Al fin y al cabo, si la solución del problema dependiera solamente de la demanda, bastaría con movilizar todo el arsenal de la represión que posee el Estado y la cosa estaba liquidada.

Por desgracia el centro de gravedad no radica solamente en la demanda.

Los llamados baños familiares son también un nido de prostitución. Lo mismo que los reservados de los restaurantes y los números de los hoteles.

La cosa es bien simple. Basta con reformar los baños, destruir los reservados en los restaurantes sospechosos e imponer a los administradores de los hoteles las correspondientes multas. Con esto se le asestará un golpe a la prostitución.

¿Dónde se contagian nuestros enfermos? Una parte en su misma casa. La mayoría, en casa de las mujeres. En 1925, en las encuestas de las casas de socorro de Moscú resultó que el contagio se desplazó a los jardines, arboledas, praderas, solares, zaguanes, descansillos...

El 12 por 100 encontró aquí el amor... ¡y la sífilis! ¿Y esto por qué? ¡Qué cosa más extravagante! ¿Degeneración? ¿Inclinación a la higiene y al aire puro?

¡Nada de eso! Es simplemente el resultado de la crisis de vivienda.

En 1927 se emprendió el saneamiento de los baños familiares, restaurantes, hoteles, habitaciones amuebladas, etc. Los puntos estratégico-geográficos de la prostitución disminuyeron.

La estadística del año 1928 dio inmediatamente un salto: el mencionado 12 por 100 se elevó al 35 por 100. La calle, el jardín, el zaguán y el descansillo se vieron mucho más frecuentados. Casi en tres veces aumentó su uso. El amor comprado y vendido busca su albergue. Arrojado de casa, se las arregla, aunque sea, en el pavimento de la calle.

Son necesarias las represiones contra la demanda. Y cuanto más consciente sea el delincuente, tanto más es su responsabilidad.

Sin embargo, debemos recordar que con todo esto el problema disminuye en importancia; pero no queda resuelto. La prostitución queda en pie.

La Revolución ya en febrero de 1917 puso candado a los prostíbulos. Quedaron también abolidos los reconocimientos [médico-policiales a las prostitutas]. Mas en mayo de ese mismo año 600 ciudadanas de Sarátov se dirigieron a la oficina de la policía revolucionaria de la ciudad. Y presentaron una petición. Casi una reclamación. Querían la apertura de los prostíbulos, y la reanudación de la inspección sanitaria.

Estas mujeres estaban en su sano juicio. Pero querían comer. La Revolución las había liberado. Mas resulta que destruir los prostíbulos y echar a los consumidores no es todo lo que hace falta; estas mujeres tienen que comer: hay que mantenerlas.

En resumen, llegamos a la conclusión de que, a pesar de todo, en lo fundamental, la prostitución es un problema de oferta.

Sólo la desaparición de la oferta acabará con la demanda.

* * *

¿Y cuándo se acabará la oferta? Que la vida en la tierra debe llegar a ser una vida ideal es cosa que todos sabemos. Entonces no existirán anomalías sociales.

Pero ¿no se oculta la perspectiva detrás de la línea del lejano horizonte azul?

Nuestro tema, en realidad, excluye la cuestión de los plazos. Nos ocupa la prostitución de hoy.

Un minuto al futuro. Llama ya insistentemente a nuestra puerta en el presente. Llama fuerte. Es imposible no oírlo. Tanto más halagüeño cuanto que el destino de la prostitución adquiere contornos extraordinariamente interesantes. Y se acentúa mucho su relieve. Y sus rasgos son de una simplicidad inesperada. Esto es lo esencial.

Hoy existe la prostitución en la U.R.S.S. Hasta puede ser que en una proporción considerable. Mas se puede asegurar, sin embargo, que su «mañana» está predestinado.

«¡Intensifiquemos la lucha contra la prostitución, vergonzoso legado del capitalismo!» (1930)

El obrero rojo indica a la prostituta el camino al profilactorio.

PROF. V. BRONNER

LA LUCHA CONTRA LA PROSTITUCIÓN EN LA U.R.S.S.

PREFACIO

Este trabajo, publicado por la Sociedad para las Relaciones Culturales entre la U.R.S.S. y el extranjero (VOKS), viene a responder a esta aguda necesidad de destacar una de las mejores obras sociales en el campo de la salud pública en la U.R.S.S., lo cual nos es dictado por numerosas solicitudes de información, provenientes de todos lados.

Esperamos poder, al mismo tiempo, dar a conocer a los lectores extranjeros algunos rasgos particulares que caracterizan la vida y la cultura soviéticas actuales, porque de lo contrario sería muy difícil para ellos comprender los medios de nuestros numerosos logros en este campo, en particular nuestro cuidado respecto a la personalidad del hombre, la situación de la mujer en el País de los Soviets, etc.

Y es que los problemas, llamados «insolubles», que surgen con tanta abundancia en la sociedad capitalista, ya han recibido su solución completa en la U.R.S.S. o están en proceso de resolverse a través de la construcción socialista en curso, en el proceso mismo de nuestras luchas por el advenimiento de una nueva sociedad humana.

El texto que presentamos a los lectores extranjeros es el trabajo de uno de nuestros venereólogos más conocidos de la U.R.S.S., el profesor V. M. Bronner, científico emérito, uno de los líderes más destacados en la lucha contra la prostitución, director del Instituto Venereológico del Estado que lleva su nombre y miembro del Consejo Científico del Comisariado del Pueblo para la Salud Pública en la República Socialista Federativa Soviética de Rusia [R.S.F.S.R.].

Su nombre y sus trabajos académicos también disfrutan de una reputación bastante amplia en Europa occidental entre los científicos que ya han estado durante mucho tiempo en contacto científico y personal muy cercano con el eminente autor de este trabajo.

ALEKSANDR ARÓSEV

Presidente de la sociedad
para las relaciones culturales
entre la U.R.S.S. y el extranjero

I

EL ESTADO DE LA PROSTITUCIÓN EN RUSIA ANTES DE LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE

El Estado soviético heredó del pasado esclavista de la Rusia zarista y capitalista muchos defectos inherentes al régimen burgués y, entre ellos, este terrible mal social: la prostitución.

Las causas que desarrollaron, en gran medida, la prostitución en la Rusia prerrevolucionaria fueron el desempleo, la subyugación económica y política de las mujeres, la adolescencia descuidada, los matrimonios tardíos, los salarios insuficientes de las masas trabajadoras, los miles de jóvenes arrancados por mucho tiempo de sus familias por el servicio militar, etc.

Además, la prostitución fue apoyada por masas de personas materialmente interesadas en su desarrollo. El capitalismo ha hecho de la prostitución una fuente de ingresos no sólo para la prostituta que vende su cuerpo sino, lo que es más importante, para toda una serie de explotadores de prostitutas.

Con este oficio se enriquecieron en la Rusia zarista intermediarios, proxenetas, inquilinos, dueños de burdeles, varios tipos de hoteles, establecimientos de placer, la policía y, en última instancia, el propio Estado, que impuso fuertes impuestos a los lugares de libertinaje legales o clandestinos.

Éstas fueron todas las causas que engendraron la prostitución, pero la principal era la situación increíblemente difícil de la mujer.

Los motivos que, antes de la Revolución de Octubre, empujaron a la mujer rusa al camino de la prostitución, fueron, ante todo, la limitación extrema de los derechos civiles y políticos, la imposibilidad absoluta de acceder a las carreras del Estado, las posibilidades limitadas de obtener un certificado a través de la educación, la prohibición de recibir trabajo en toda una serie de profesiones, la subyugación en el campo de los derechos de propiedad y herencia.

La esclavitud de las mujeres en la familia estaba fijada por la legislación. Los artículos 103, 107 y 108 del volumen X del Código Civil de la Rusia zarista decían:

> La esposa está obligada a obedecer a su esposo como cabeza de familia; tener amor y respeto por él y mostrarle obediencia ilimitada; mostrarle satisfacción y apego como dueño de la casa.
>
> La esposa debe obedecer preferiblemente la voluntad de su esposo, aunque, además, no está exenta de las obligaciones hacia sus padres.
>
> Los esposos están obligados a vivir juntos y, por lo tanto, en caso de mudarse, tomar posesión [de un cargo], o cualquier otro cambio de domicilio permanente del esposo, la mujer está obligada a seguirlo.

La falta de responsabilidad por parte del padre hacia el niño nacido fuera del llamado matrimonio «legal», el sometimiento económico llevado al extremo, los salarios insuficientes –menos de la mitad de los malos salarios de los trabajadores–, las largas jornadas de trabajo, la falta de protección laboral y de supervisión de sus condiciones higiénicas, etc., fueron, en la Rusia zarista, las razones que empujaron a decenas de miles de mujeres hacia el camino de la prostitución.

La gran mayoría de prostitutas fueron reclutadas entre las criadas que, en general, provenían del campo. La tierra extremadamente parcelada, las granjas campesinas donde no se poseía ningún caballo, el hambre, la miseria de la aldea, lleva-

ron a miles de campesinos del campo a la ciudad a buscar salarios adicionales.

Las mismas causas obligaron a cientos de miles de jóvenes campesinas a abandonar el campo para buscar trabajo en la ciudad. Según el censo de la población de toda Rusia en 1897, el número de sirvientas era de 1.300.000. En la mayoría de los casos, las sirvientas se encontraron en condiciones de trabajo extremadamente difíciles y serviles. Cuando perdía su lugar y, al mismo tiempo, su salario y su domicilio, la criada ya no tenía refugio y, a menudo, con un pie en la calle, tomaba el camino de la prostitución: el 65% de las prostitutas en la Rusia zarista eran antiguas sirvientas.

Un número significativo de prostitutas eran antiguas costureras que vivían con un salario miserable, sometidas a la voluntad de sus jefes, que a menudo eran casamenteros y convertían sus talleres en lugares de libertinaje.

La situación económica de las trabajadoras de las fábricas, cuyo salario promedio era de 9 a 10 rublos por mes, es decir, 2 o 2,5 veces menos que el de los hombres, tampoco era envidiable. Sin embargo, a pesar de este salario de hambre, la trabajadora resistía tenazmente las tentaciones de la prostitución porque era apoyada, en la fábrica, por una creciente conciencia de clase de la que estaba absolutamente privada la sirvienta inmersa en el ambiente desolado de la familia pequeñoburguesa. De un total de 632.900 obreras había 645 prostitutas registradas, es decir 1 por cada 1.000, mientras que de un total de 1.300.000 sirvientas había 7.928, es decir, 6 por cada 1.000; de 320.000 costureras, 1.477, es decir, 4,6 por 1.000; de las 18.800 trabajadoras del tabaco cuyo salario era extremadamente bajo y, en ocasiones, no superaba los 2 rublos por mes, había 120 prostitutas, es decir, 6,3 por cada 1.000.

La prostitución infantil se había vuelto extremadamente frecuente entre los niños abandonados o aquellos que llevaban una vida demasiado precaria: el 80% de todas las prostitutas habían entrado a la prostitución con menos de 21 años, de las cuales el 55% había comenzado a prostituirse antes de los 18 años, el 23% antes de los 16, y el 3,6% antes de los 14 años.

¿CÓMO PRETENDIERON LUCHAR CONTRA LA PROSTITUCIÓN LAS AUTORIDADES DE LA POLICÍA ZARISTA?

En Rusia, antes de la Revolución de Octubre, como en la mayoría de los otros países, había una regulación de la prostitución estrechamente relacionada con la supervisión médico-policial. Esta supervisión médico-policial incluyó no sólo el examen obligatorio de las mujeres sometidas a visitas y su aislamiento forzado en caso de enfermedad, sino también toda una serie de medidas excepcionales que rebajaron aún más la posición inferior de estas mujeres y empeoraron su situación económica.

Para empezar, estaba el registro de prostitutas, es decir, la inscripción oficial de sus nombres en la lista de prostitutas. Tomaron su pasaporte[1] y lo reemplazaron con una tarjeta especial. La libertad de circulación de una prostituta bajo supervisión era limitada. Ella padecía tantas dificultades para elegir su domicilio que casi todas las prostitutas se reunieron en locales especiales: burdeles.

La tarjeta médica emitida a la mujer registrada en las listas de prostitución llevaba, en la Rusia zarista, el nombre de «carné amarillo». Cada vez que se le exigía que presentara un documento de identidad, la prostituta no podía ocultar su profesión, por lo que su carné amarillo le impedía, en la mayoría de los casos, volver a la vida laboral. Cuando, impulsada por el desempleo, la temporada baja o los salarios extremadamente bajos, una mujer usaba la prostitución como un medio temporal de apoyo, obtenía fácilmente su registro, recibía el carné amarillo, pero luego se volvía casi imposible para ella comenzar nuevamente una vida laboral.

En muchas ciudades, el estado de esclavitud impuesto por el carné amarillo se vio reforzado por medidas adicionales. Por ejemplo, en Varsovia, según una decisión del comité médico de

[1] En Rusia, cada persona tenía que tener obligatoriamente un pasaporte emitido por la policía o, en el campo, por las autoridades locales.

la policía, las mujeres en las listas de prostitutas debían ser designadas como «prostitutas» en el momento del censo poblacional; en las listas de inquilinos publicadas en la entrada de cada casa, debía dejarse un espacio un espacio en blanco en la sección «profesión», delante del apellido de la prostituta que tenía que subrayarse, pero, en la práctica, en lugar de subrayar el nombre simplemente se escribía «prostituta». Las prostitutas registradas tenían, en principio, el derecho de elegir un alojamiento; pero, de hecho, este derecho se vio obstaculizado tanto como fue posible. Por ejemplo, el municipio de Minsk había decretado que «estaba prohibido alquilar alojamiento a prostitutas que no tengan permiso del Comité de Salud», y en varias otras ciudades se había decidido que las prostitutas que no quisieran vivir en burdeles podían ocupar alojamientos privados, pero individualmente y fuera de ciertas calles.

Fueron, sobre todo, los burdeles los que se apoderaban de la prostituta y la ataban a su profesión. Las condiciones de control y los reglamentos a los que se sometía a la mujer, que vivía en un alojamiento privado y estaba obligada a recurrir parcialmente a la prostitución para vivir, le privaban de cualquier posibilidad de ganarse la vida realizando cualquier oficio o trabajo. Pero las condiciones de vida de un burdel destruyeron en ella el hábito mismo del trabajo al aniquilar desde la raíz cualquier capacidad para trabajar.

La supervisión médico-policial de las prostitutas tenía un carácter de clase extremadamente marcado, y esta carga aplastó a las mujeres que pertenecían a los sectores más pobres de la población.

Una circular especial del ministerio decía: «Sólo pueden ser sometidas a supervisión las personas cuyo estilo de vida, posición social y relaciones hacen necesaria tal supervisión». La explicación de esta circular nos la dan las regulaciones de ciertas ciudades. Según con la regulación aplicada en Riga, por ejemplo, sólo podían ser sometidas a supervisión las «personas pertenecientes a los estratos más bajos de la población».

En Kronstadt, el reglamento establecía que la supervisión debería extenderse sólo a las personas del «pueblo» y no a las personas de las «clases distinguidas».

De acuerdo con las regulaciones de San Petersburgo, se ordenó a la policía hacer pasar por la consulta médica sólo a «mujeres de clase baja». En Járkov, cuando se buscaban prostitutas clandestinas, era necesario «estar satisfechos con agarrar a las mujeres proletarias».

En una conferencia sobre la lucha contra la sífilis, Sturmer, director del departamento médico del Ministerio del Interior, dijo:

> La supervisión se ejerce solamente sobre las prostitutas menos solventes, ya que los oficiales de policía no tienen la habilidad suficiente para atrapar en flagrante delito a una prostituta de «primera clase» y temían, además, exponerlas personalmente al hacerlo; la policía, no queriendo crear ningún inconveniente, limitó su vigilancia a las mujeres miserables de la calle.

Con respecto a la regulación de la prostitución, hubo una declaración del Senado de que una mujer podía ser incluida en la lista de prostitutas sólo con su consentimiento. Pero ¿qué consentimiento voluntario podría considerarse cuando, de acuerdo con la ley, al negarse a someterse a supervisión, la mujer era susceptible de arresto o una multa de 500 rublos?

La supervisión de la prostitución clandestina generalmente se realizaba por barrios mediante redadas, arrestos en las calles, en los cabarés, en las pensiones de mala muerte a mujeres sospechosas de prostitución clandestina y, por lo tanto, a menudo se llevaban a mujeres inocentes.

A continuación se ilustran estos métodos de trabajo. En la ciudad de Simbirsk [Uliánovsk], tras una declaración de los jefes militares sobre la propagación de la sífilis entre los soldados del batallón local, la policía arrestó a todas las mujeres de las inmediaciones de los cuarteles y las presentó al día siguiente para consulta médica. Cabe señalar que no sólo las mujeres encontradas en las calles fueron arrestadas, sino también las que estaban en sus hogares sin distinción de ningún tipo, ancianas, madres jóvenes que amamantaban a sus bebés, etc.

Tal era el sistema de supervisión médico-policial de la prostitución.

Una vez atrapada en el cerco de la regulación, la prostituta ya no podía salir. Las regulaciones de ciertas ciudades preveían la posibilidad de eliminar de las listas a una mujer supervisada en caso de enfermedad, siempre que presentara un certificado médico firmado por al menos dos médicos; además, la mujer estaba obligada a someterse a un examen médico cada dos semanas durante un año.

Según las regulaciones de Minsk, en la lista de casos que podrían liberar a una mujer de la supervisión se mencionaba, en primer lugar, «el caso de la muerte».

¿La supervisión de la prostitución en la Rusia zarista dio algún resultado sanitario?

Definitivamente, no. Sturmer, director del departamento médico, dijo:

> Las consultas médicas en todas las ciudades del Imperio ruso están mal organizadas, examinamos a las mujeres en instalaciones donde las prostitutas ni siquiera pueden desnudarse; la inspección se realiza apresuradamente, en una habitación oscura y, a menudo, por un enfermero o una enfermera; el resultado de este examen médico sólo beneficia a las autoridades fiscales.

En comparación con lo que estaba sucediendo en otras ciudades, la inspección médica se realizó mejor en San Petersburgo; sin embargo, allí también los médicos tuvieron que examinar en 4 horas de 200 a 300 mujeres y, a veces, incluso hasta a 400 mujeres.

El tratamiento médico de las prostitutas no estaba mejor organizado. Era insuficiente incluso en las grandes ciudades. En Nizhni Nóvgorod, en Sarátov, en Kiev, en Tomsk, por la falta de espacio, no todas las prostitutas con alguna forma contagiosa de enfermedad venérea fueron hospitalizadas. En muchas ciudades las prostitutas se vieron obligadas a pagar el tratamiento médico y, a menudo, era incluso una suma bastante grande. Está claro que los resultados de la organización de supervisión médico-policial de este tipo fueron muy insatisfactorios.

Según las estadísticas administrativas del año 1908, la inspección médica encontró que entre las prostitutas de burdeles el 39,4% de las mujeres padecían enfermedades venéreas; entre las que vivían solas y estaban bajo supervisión, el 37,8%; entre las mujeres arrestadas como sospechosas de practicar la prostitución clandestina, el 23,6%. A estos datos también se pueden agregar las estadísticas del Hospital Aleksandr en San Petersburgo establecidas con el objetivo de descubrir las fuentes del contagio en 3.191 pacientes de enfermedades venéreas.

De ese número, 1.813 hombres (56,8%) habían sido contagiados en burdeles; 1.082 (34%) por prostitutas aisladas; y 296 (9,2%) por otras mujeres.

Las cifras anteriores muestran que los burdeles no ofrecían garantía de seguridad; que, por el contrario, eran centros de infección extremadamente peligrosos y que todo el sistema de supervisión médica no arrojaba ningún resultado positivo.

No es sorprendente, por lo tanto, que la voz de Josephine Butler, que resonó hace 60 años en Inglaterra por la abolición de la reglamentación, también haya encontrado eco en Rusia. Aquí también hubo un movimiento a favor de la abolición. El gobierno se limitó a permitir la convocatoria de un congreso en 1910 para combatir el comercio de mujeres y sus organizaciones. El congreso decidió por unanimidad apoyar al gobierno en su solicitud de cierre inmediato de los burdeles. Esta decisión, además, no se llevó a cabo.

Sin embargo, el congreso de 1910 examinó cuidadosamente las causas de la prostitución. Participó una delegación obrera de Moscú. Su representante, Pávlov, un trabajador tipográfico, declaró:

> Hemos venido a este congreso sin ilusiones sobre la desaparición, en las formas actuales de vida económica y social, de este terrible mal, la prostitución, que pesa con toda su influencia perniciosa sobre el organismo popular. Hemos venido a este congreso sin ilusiones sobre la curación de las heridas supurantes de la prostitución: este peligro sólo será eliminado por los esfuerzos de los propios trabajadores. Por lo tanto, nuestra ta-

rea es descubrir las principales causas de la prostitución, sujetas a la falta de derechos económicos y políticos de los trabajadores.

La delegación obrera no se hizo entender por el congreso, que ni siquiera le dio la oportunidad de colaborar en su trabajo y, después de protestar, abandonó la sala de reuniones.

La cuestión de la prostitución en Rusia, después de este congreso de 1910, siguió siendo exactamente la misma.

Este problema sólo fue resuelto por la Gran Revolución de Octubre.

II

CÓMO SE EFECTUÓ LA LUCHA CONTRA LA PROSTITUCIÓN EN LA U.R.S.S.

Lenin, poco después de la Revolución de Octubre, escribió:

> Desde los primeros meses de su existencia, el Poder soviético, como poder de los trabajadores, realizó el cambio más radical en la legislación referente a la mujer. En la República Soviética no ha quedado piedra sobre piedra de todas las leyes que colocaban a la mujer en una situación de dependencia. Me refiero precisamente a las leyes que utilizaban de modo especial la situación desventajosa de la mujer, haciéndola víctima de la desigualdad de derechos y a menudo hasta de humillaciones, es decir, a las leyes sobre el divorcio, sobre los hijos naturales y sobre el derecho de la mujer a demandar judicialmente del padre alimentos para el sostenimiento del hijo.
>
> [Hay que afirmar que es precisamente en esta esfera donde la legislación burguesa, incluso en los países más avanzados, se aprovecha de la situación desventajosa de la mujer, condenándola a la desigualdad de derechos y humillándola. Y justamente en esta esfera, el Poder soviético no ha dejado piedra sobre piedra de las viejas leyes, injustas, insoportables para las masas trabajadoras.] Ahora podemos decir con todo orgullo, sin exageración alguna, que, exceptuando la Rusia Soviética, no existe ningún país del mundo donde la mujer goce de plena

igualdad de derechos y no esté colocada en una situación humillante, particularmente sensible en la vida cotidiana, familiar. Ésta fue una de nuestras primeras y más importantes tareas.[2]

La ley soviética colocó a las mujeres al mismo nivel que los hombres. Sin embargo, el gobierno no sólo ha proclamado la igualdad de derechos. Dirigió la lucha más efectiva para hacer realidad la ley, para echar raíces en la existencia y la conciencia de las masas trabajadoras.

Desde este punto de vista, la lucha fue particularmente difícil y tenaz en los países musulmanes del Oriente Soviético.

La *sharía* pone a la mujer en una posición inferior a la del ganado doméstico. En muchas nacionalidades del Oriente, las mujeres eran propiedad absoluta de la mitad masculina de la familia, eran objeto de compra y venta. La vida de encierro de las mujeres era un fenómeno general. Y si entre los rusos, los ucranianos, y los rusos blancos, la igualdad de las mujeres y su liberación se adquirieron rápidamente, la lucha en cambio fue mucho más difícil entre los pueblos de Oriente.

Esta situación provocó en febrero de 1925 un discurso del Comité Ejecutivo Central de la Unión de Repúblicas Soviéticas a las nacionalidades del Oriente Soviético; indicaba claramente el camino a seguir para la liberación de las mujeres orientales. Citemos algunos pasajes de esta dirección del órgano supremo del poder soviético.

Los derechos de las mujeres trabajadoras en el Oriente Soviético y la necesidad de combatir todas las formas de subyugación de las mujeres en la esfera económica y en la vida familiar.

De acuerdo con la voluntad del gran líder y amigo de los pueblos oprimidos, Lenin, el poder soviético se propuso atraer a la construcción de una nueva vida a la parte más oprimida de la

[2] LENIN, V. I.: *Las tareas del movimiento obrero femenino en la República Soviética* (1919); en *Obras Completas*, tomo 39, p. 208. Editorial Progreso, Moscú, 1986. El fragmento entre corchetes no está citado en el original francés. | N. de la E.

población trabajadora: varios millones de mujeres trabajadoras de Oriente.

La influencia liberadora de la revolución ya ha alcanzado el estrato principal de las masas femeninas de las nacionalidades orientales y ha planteado ante millones de trabajadores el problema de ayudar y apoyar a las mujeres en su liberación.

Sin embargo, los prejuicios religiosos y familiares que oprimen a la mujer oriental con una fuerza muy particular obstaculizaron y aún obstaculizan su emancipación.

El Presídium del Comité Ejecutivo Central de la Unión Soviética hace un llamado a los trabajadores de todas las nacionalidades del Oriente Soviético para garantizar rigurosamente la aplicación de las leyes que protegen los derechos de las mujeres, para luchar contra todas las formas de esclavitud de las mujeres y tomar todas las medidas para inducir a las trabajadoras del Oriente a participar en la vida política y social, en todos los grados del trabajo del Estado.

El Comité Ejecutivo Central recuerda que los derechos de las trabajadoras orientales fueron proclamados desde los primeros días de la Revolución de Octubre y fueron consagrados en las primeras leyes soviéticas:

1) De acuerdo con la Constitución de la U.R.S.S., la mujer oriental goza del derecho a votar y elegir todos los órganos del poder soviético, sin excluir las funciones más altas del Estado.

2) La mujer oriental goza, en la misma medida que el hombre, de todos los derechos civiles y cumple con todas las obligaciones establecidas por el Código Civil.

3) La ley impone sanciones severas a todos aquellos, incluidos los padres, que obliguen a una mujer a contraer matrimonio en contra de su voluntad o antes de que alcance la edad prescrita por la ley.

4) El poder soviético, habiendo abolido la distinción entre hijos legítimos e ilegítimos, garantiza la igualdad de derechos y otorga a la mujer el derecho de exigir al padre de sus hijos asistencia material, independientemente de si nacieron de una unión registrada o no registrada.

Considerando que la liberación completa de las mujeres sólo puede lograrse mediante la independencia económica, el poder soviético invita a las organizaciones sociales locales a aumentar

sus esfuerzos para inducir a las mujeres a trabajar en asociaciones de artesanos y en empresas de industria local.

La independencia económica es el factor decisivo en cualquier emancipación. Y para permitir que las mujeres logren esta independencia, el poder soviético comienza garantizándoles la igualdad de derechos en la esfera política y social.

Han pasado diez años desde la proclamación de este discurso del Comité Ejecutivo Central, y en toda la Unión Soviética, incluidas todas las nacionalidades de Oriente, se han hecho progresos hacia la liberación total de las mujeres. Ya se puede decir que la desigualdad de las mujeres está completamente abolida incluso en la esfera económica.

En toda la Unión Soviética, la mujer trabajadora se ha convertido en una activa y competente constructora del socialismo. El trabajo de las mujeres ha perdido su carácter específico, ya no hay ramas de trabajo puramente femeninas o masculinas, ya no hay áreas «prohibidas» para las mujeres.

Fue en el trabajo femenino que la industria socialista, en presencia de una erradicación completa del desempleo, formó una nueva fuerza laboral.

El proceso de producción de tecnología moderna, que equipa a la industria con nuevas máquinas que reducen considerablemente el trabajo físico, ha permitido atraer a un gran número de mujeres a las fábricas.

Aquí hay cifras que muestran el crecimiento de la participación laboral femenina en la producción:

	Número de mujeres	*Porcentaje del número total de trabajadores*
A 1 de octubre de 1930	3.697.000	25,1%
A 1 de octubre de 1931	5.859.000	28,9%
A 31 de diciembre de 1934	7.100.000	33,7%

La proporción de mano de obra femenina aumentó principalmente en la industria pesada, donde, en toda una serie de ramas industriales, las mujeres comenzaron a trabajar por primera vez. Por ejemplo, del 1 de abril de 1931 al 1 de enero de 1934, el número de mujeres que trabajan en la industria del metal aumentó de 38.000 a 97.300; en la industria del carbón de 55.300 a 90.000; en la industria de automóviles y tractores de 22.100 a 65.000; y en la industria química de 35.000 a 79.000.

Al mismo tiempo que el número de trabajadoras aumentó, su cualificación mejoró. Las trabajadoras ya no forman este ejército de auxiliares, de mano de obra, que fueron, en su mayor parte, hasta 1928-1929.

Los años siguientes dan testimonio del aumento en la cualificación de las trabajadoras: en 1930, entre las trabajadoras de la metalurgia, había un 18% de trabajadoras cualificadas, y a principios de 1933, son más del 50%; en la industria de automóviles y tractores, el porcentaje aumentó del 18% al 47% en el mismo período.

El número de mujeres que estudian en escuelas superiores y técnicas creció aún más rápido: de 1927 a 1932, el número de alumnas en las escuelas superiores aumentó de 50.700 a 198.000; en las escuelas técnicas de 71.500 a 272.200; y en las facultades obreras adscritas a las universidades de 6.800 a 117.700.

La situación de las mujeres en las aldeas ha cambiado drásticamente.

El gigantesco golpe de Estado histórico producido en el campo —la colectivización de la economía campesina— condicionó el crecimiento cultural de las masas más amplias de la población rural. Y el resultado más significativo de este crecimiento ha sido el papel extraordinariamente prominente asumido por las mujeres. La mujer campesina, incluso la de las regiones más esclavizadas y atrasadas antes de la revolución, se transforma desde el punto de vista político y nacional en un representante de los elementos más avanzados del pueblo koljosiano actual.

Durante los últimos dos años, en 1933 y 1934, el número de mujeres que presiden las empresas industriales se ha multiplicado 6 veces, y el número de mujeres que administran granjas koljosianas se ha multiplicado por 7.

La mujer se establece firmemente a la cabeza de todas las áreas de la nueva economía koljosiana, adquiere total independencia económica en la familia y se convierte en dueña de su destino.

La mujer aparece ahora como una de las fuerzas más grandes y decisivas de la nueva aldea socialista.

La actividad de las trabajadoras en la industria y la amplia participación de las mujeres koljosianas en la vida agrícola sólo era posible si se resolvían una serie de problemas sociales. La red de instituciones sociales y culturales, que ha crecido a un ritmo acelerado, ha liberado a grandes capas de trabajadoras de la cocina familiar, del cuidado de niños durante las horas de trabajo, y ha eximido a las mujeres de muchas otras obligaciones domésticas.

Decenas y cientos de miles de trabajadoras adquieren la oportunidad de estudiar después del trabajo, mejorar sus cualidades y no quedarse atrás en el desarrollo cultural y político.

El factor más importante en la liberación de las mujeres con respecto al trabajo doméstico fue la organización de la alimentación colectiva, que en la actualidad alimenta a más de 20.000.000 de personas, en comparación con sólo 750.000 personas en 1928. En 1937 este número se incrementará a 50 millones. Sólo en Moscú, el 1 de octubre de 1933, 2.270.000 personas, dos tercios de la población, comieron en restaurantes colectivos. Desde entonces, esta cifra ha aumentado considerablemente.

El número de instalaciones colectivas de baño y lavandería está creciendo casi igual de rápido. Para 1937, el número de grandes empresas de lavandería será de 736, y las lavanderías podrán atender a 40 millones de personas.

Desde los primeros días de su existencia, el poder soviético tomó las medidas legislativas necesarias para garantizar a la mujer un descanso de 2 meses antes y 2 meses después del par-

to, manteniendo su salario completo. Además, la trabajadora puede dejar su trabajo cada tres horas, durante un período de aproximadamente una hora, para amamantar a su hijo. Las madres lactantes reciben un subsidio adicional.

Las guarderías son un factor clave para ayudar a las mujeres a criar a sus hijos. El número de niños colocados en guarderías permanentes está aumentando de año en año.

Número de plazas en guarderías permanentes			
	1932	1933	1934
En las ciudades	254.148	685.300	814.200
En las aldeas	3.057.601	4.879.300	5.600.000
Total en la U.R.S.S.	3.311.749	5.564.600	6.414.200

De ahora en adelante, del 70 al 80% de los hijos de las trabajadoras en algunas ramas de la industria se ponen en guarderías muy bien organizadas, y en las empresas más grandes, el 100% de los niños están en guarderías. Las instituciones preescolares (jardines de infancia, etc.) también atienden a un gran número de niños en áreas urbanas y rurales, y este número está creciendo muy rápidamente. En 1929 había 836.400 niños en estas instituciones; en 1932, 2.755.000; en 1934, 5.918.000. En 1935, esta cifra será elevada a 8 millones.

La construcción de edificios residenciales para trabajadores está creciendo rápidamente. Lo mismo se aplica a los servicios comunales. Se han construido millones de metros cuadrados de viviendas bien organizadas para la clase trabajadora. Según el Segundo Plan Quinquenal, se invertirán 13 mil millones de rublos en la construcción de edificios residenciales y 6 mil millones en la construcción comunal.

La mejora de las condiciones de vida en primer lugar aligera a la mujer. Su desarrollo cultural se logra rápidamente. En la

Rusia zarista, los trabajadores y los campesinos eran, en general, analfabetos. Según el censo de población realizado en 1920, de cada 1.000 mujeres había 225 que sabían leer y escribir. A finales de 1933, el 90% de las mujeres sabían leer y escribir.

El papel de las mujeres en los campos de la ciencia, la literatura y las bellas artes está creciendo cada vez más; está creciendo rápidamente en la administración, al igual que su actividad se intensificó en los soviets. Las siguientes cifras demuestran este crecimiento en la actividad política de las amplias masas de trabajadoras en el campo y la ciudad. En las elecciones de soviets en toda la U.R.S.S. participaron: en 1926, el 28% de las mujeres; en 1929, el 48,5%; en 1934, 80,3%. El número de mujeres elegidas para los soviets urbanos fue: en 1926, el 18,2%; en 1934, el 32,1%; y para los soviets de los campos, en las mismas fechas, 9,9% y 26,4% respectivamente. En 1934, 329.769 mujeres fueron elegidas miembros de los soviets en las aldeas. En 1926 había 0,6% de mujeres presidentas de soviets de aldeas, y en 1934, un 8,1%.

Si agregamos a todo lo que se acaba de decir que en 1931 en la U.R.S.S. se erradicó por completo el desempleo, que el presupuesto para la seguridad social de los trabajadores y funcionarios públicos para 1935 superó los 6 mil millones de rublos, se puede estimar claramente el enorme progreso que ha tenido lugar en la elevación del nivel de vida material y cultural de los trabajadores, hombres y mujeres. Y en las condiciones de vida logradas en la Unión Soviética se ven socavadas una por una las raíces que alimentan la prostitución. Estas condiciones permiten aniquilar por completo este legado del pasado maldito.

El poder soviético tuvo que recorrer un largo camino antes de llegar al punto en que se resolvieron las grandes dificultades materiales, la principal fuente de prostitución. Durante todo este período la prostitución existió en la U.R.S.S.; ¿cómo se luchó contra ella?

Antes de proceder a un examen más detallado de esta pregunta, es necesario informar una tesis de suma importancia:

El poder soviético nunca transformó la lucha contra la prostitución, que considera un mal puramente social, en una lucha contra las prostitutas.

Pero al mismo tiempo, persiguió de la manera más severa a esos tipos de personas que intentaron beneficiarse de la explotación de las prostitutas. Se declaró una guerra despiadada contra los casamenteros, inquilinos, proxenetas y todos los demás parásitos de la prostitución. Y si la prostituta no fue procesada, los parásitos que se aferraban a ella enfrentaron las penas más severas.

Después de la Revolución de Octubre, en los duros años del «comunismo de guerra», el problema de la prostitución perdió su agudeza. Este período, durante el cual todos los ciudadanos estaban sujetos al servicio laboral obligatorio, no creó condiciones favorables para el desarrollo de la prostitución. En un momento en que para toda la población la falta de materias primas era general, la clientela para la prostitución disminuyó drásticamente; al mismo tiempo, el poder soviético instituyó el servicio laboral obligatorio y procesó a los desertores del trabajo y, entre otros, a aquellos que, en lugar de trabajar, comerciaban con sus cuerpos.

En 1921, cuando se introdujo la Nueva Política Económica, las condiciones de la prostitución cambiaron. La NEP dio un fuerte impulso al desarrollo de las fuerzas productivas del país para reconstruir la economía nacional destruida por la guerra y la intervención [imperialista extranjera]. Pero este período también se caracteriza por el crecimiento del desempleo en la ciudad y en el campo. El desempleo afectó primero a las masas femeninas más atrasadas y menos cualificadas. Entre los trabajadores que constituían la fracción principal de desempleados, dos tercios de los desempleados eran mujeres. Se crearon oportunidades para el crecimiento de la prostitución y comenzó a desarrollarse, pero no alcanzó proporciones significativas.

A pesar de su penosa y dura existencia, las mujeres desempleadas, en su conjunto, se resistieron obstinadamente a la prostitución.

En 1923 en Kursk se realizó una encuesta anónima entre mujeres desempleadas, registradas en la Bolsa de Trabajo. 725 mujeres respondieron a las preguntas de la encuesta. La encuesta incluyó dos preguntas relacionadas con el tiempo de desempleo y el uso de la prostitución. Los resultados de esta encuesta mostraron que el 43% de las mujeres encuestadas habían estado desempleadas durante más de un año, el 46% durante un año, y el 11% nunca había trabajado. Cuando se les preguntó si recurrieron a la prostitución, la mayoría respondió brevemente «no»; 30 respuestas fueron «todavía no»; 13 respuestas «todavía no, pero no puedo garantizar nada para el futuro». Una mujer respondió: «estoy pensando en eso». En 26 de las respuestas se expresó desprecio por la prostitución, siendo las respuestas: «es mejor pegarse un tiro en la cabeza»; «prefiero morir de hambre»; «si me dedicara a la prostitución, después no volvería a ser inscrita en la Bolsa de Trabajo durante un año y medio».

También hubo otras respuestas como: «En la Bolsa de Trabajo no debería haber lugar para que las mujeres vendan sus cuerpos»; «En un país libre no hay lugar para la prostitución».

Esta visión por parte de las mujeres trabajadoras sobre el problema de la prostitución fue notada por el escritor alemán [Adolf] Grabowsky, quien durante este período visitó el País de los Soviets, y a su regreso a Alemania publicó en el periódico *Frankfurter Zeitung* un artículo titulado *Matrimonio y prostitución en el Estado proletario*. En este artículo, el autor dijo que, al momento de él escribir, la prostitución en la U.R.S.S. era incomparablemente menor que antes de la revolución. Vio la causa de este estado de cosas en la lucha despiadada emprendida por la milicia contra los lugares de libertinaje y, como causa principal, por el hecho de que «la joven del pueblo, a pesar del desempleo, no se dedica a la prostitución, tiene una opinión demasiado alta de sí misma para venderse por dinero. ¡Es el orgullo personal del hombre nuevo, es el orgullo de la clase proletaria!».

A esto hay que agregar que, según los informes de la milicia en ese momento, no había entre las prostitutas descubiertas en

los lugares de libertinaje una sola trabajadora de fábrica o taller. Sin embargo, la prostitución aún existía y aumentaba, aunque su extensión era incomparablemente menor que antes de la revolución.

Ante el gobierno obrero y campesino surgió la cuestión de la actitud que debía tomarse hacia la prostitución en su conjunto como fenómeno social y hacia los grupos involucrados en ella.

En el *Izvestia*, diario del Comité Ejecutivo Central de la U.R.S.S., en la edición del 26 de diciembre de 1922, se publicó un decreto sobre medidas para combatir la prostitución, emitido por el Comisariado del Pueblo para Asuntos Interiores, el Comisariado del Pueblo para la Salud Pública y al Consejo Central Panruso de los Sindicatos.

El director indicó, en este mismo número de *Izvestia,* que

> la falta de orientaciones claras del centro a las localidades con respecto a la cuestión de la lucha contra la prostitución ha dado lugar a hechos extremadamente lamentables. Ante la creciente prostitución, los órganos del poder local se han visto obligados a elegir los medios para combatir la prostitución y, a menudo, han cometido graves errores. En muchas ciudades, han surgido regulaciones enmascaradas para las prostitutas que son perseguidas, procesadas y llevadas a la fuerza a la consulta. Tal situación obviamente debe considerarse inadmisible. El centro debe tener una visión clara de esta cuestión *e indicar a los órganos del poder local que la lucha contra la prostitución no puede ser reemplazada de ninguna manera por la lucha contra las prostitutas*. Esta claridad se desprende del decreto publicado en este número.

Este decreto, *Sobre las medidas para combatir la prostitución,* declaró en sus partes principales:

> La ola de prostitución, que descompone la vida social, crece y con ella aumentan sus compañeros inevitables: las enfermedades venéreas. Llamamos la atención de todos los órganos del gobierno local sobre la urgencia de la lucha más vigorosa contra

el mal mencionado y les pedimos que comiencen a tomar las siguientes medidas:

a) Seguir las instrucciones dadas a las localidades por el Comisariado del Pueblo de trabajar y mostrar especial precaución, en el despido de mujeres como resultado de la reducción de personal, hacia mujeres menos acomodadas desde el punto de vista material (mujeres solas, niñas sin hogar, mujeres embarazadas, mujeres con hijos menores de edad).

Las secciones de defensa del trabajo y los sindicatos deben, en primer lugar, defender los intereses de estos grupos de mujeres, recordando que las medidas imprudentes empujan a las mujeres menos estables a las filas de la prostitución.

b) Procurar organizar talleres-comunas de tipo industrial y agrícola, que puedan abarcar ciertos grupos de mujeres desempleadas con cualificaciones insuficientes. Estas comunas deben organizarse con la amplia participación de los organismos locales y deben beneficiarse de las condiciones más favorables tanto desde el punto de vista de la vivienda en los edificios, los costos de alquiler, los impuestos, como desde el punto de vista del crédito y el equipamiento necesarios.

c) Procurar promover la cualificación profesional de las mujeres asegurándoles un cierto número de plazas en escuelas de educación profesional y técnica.

d) Luchar contra el hecho de que todavía hay mujeres sin hogar, organizando casas comunales para mujeres desempleadas y casas temporales para mujeres y niñas que llegan a las ciudades.

d) Fortalecer las medidas de protección para los niños sin hogar.

e) Intensificar el trabajo de propaganda y educación entre la población trabajadora, entre adultos y adolescentes, así como en organizaciones profesionales, sindicatos juveniles, clubes, el Ejército Rojo y en las escuelas. Este trabajo, destinado a informar a los trabajadores sobre la naturaleza de la prostitución, la inadmisibilidad y la indignidad de su existencia en la República de los trabajadores, así como sobre los peligros que la acompañan, debe llevarse a cabo gracias a los esfuerzos combinados de los sindicatos de trabajadores, organizaciones del Partido y el Ejército Rojo.

Todas estas medidas son preventivas. Al fortalecer la resistencia de las masas trabajadoras, estas medidas ayudan a mitigar el desarrollo de la prostitución.

Además de las medidas mencionadas anteriormente, también es necesario tomar medidas radicales para combatir la prostitución que ya existe y las consecuencias que de ella se derivan.

Entre estas medidas, se deben indicar las siguientes:

1. Fortalecer la supervisión administrativa dondequiera que haya incitación a la población trabajadora al libertinaje y a la prostitución de las mujeres. Esta supervisión debe ser llevada a cabo por las secciones de la administración de los soviets locales. Cabe señalar que los viejos métodos de supervisión practicados en la Rusia zarista, que en realidad no conducían a la protección, sino a la opresión de las mujeres, deben ser rechazados de la manera más radical. Estos métodos incluyen redadas, persecución de prostitutas, visitas forzadas, etc. La lucha contra la prostitución de ninguna manera puede ser reemplazada por la lucha contra las prostitutas.

2. *Liderar una lucha radical contra los casamenteros, aquellos que ayudan a la prostitución, los inquilinos bajo cualquier marca que se escondan, aplicando todos los medios de represión administrativa y judicial.*

3. Organizar tratamientos médicos gratuitos y accesibles para las masas con enfermedades venéreas, preferiblemente mediante la organización de dispensarios.

Para coordinar las medidas adoptadas, para la lucha contra la prostitución con aquellas medidas necesarias para solucionar los problemas derivados de las condiciones locales, *se crearon Comités gubernamentales para la Lucha contra la Prostitución dentro de las secciones para la protección de la salud pública*.

La actividad de todos estos Comités está dirigida y unificada por el *Comité Central para la Lucha contra la Prostitución*, junto con el Comisariado del Pueblo para la Salud Pública, encabezado por este último. La incorporación de asesoramiento en los servicios de salud pública se debe al hecho de que estos servicios tienen que combatir el daño excepcionalmente grave causado por la prostitución: las enfermedades venéreas.

Sin embargo, desde los primeros días de su trabajo, muchos Comités locales encontraron una discordancia entre los principios de la lucha contra la prostitución establecidos en el decreto recibido y lo que realmente estaba ocurriendo.

En muchos lugares, la lucha contra la prostitución ha tomado la forma de la lucha contra las prostitutas. Los servicios de la milicia local utilizan con frecuencia los métodos de lucha practicados por la policía zarista: organizaron redadas contra prostitutas, las arrestaron, las enviaron a consulta, les prohibieron aparecer en cafés, en establecimientos de placer, etc. El Comité Central para la Lucha contra la Prostitución llamó la atención del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos sobre la inadmisibilidad de tales casos y, de acuerdo con esto, se elaboró una *Instrucción a los servicios de la milicia para combatir la prostitución*, que se publicó por orden del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos el 25 de enero de 1924.

Aquí están los principales pasajes de esta instrucción:

1. La tarea principal de la milicia en la lucha contra la prostitución se distribuye así:

a) Descubrir los burdeles que son el peor de los factores entre los que ayudan al desarrollo de la prostitución y crean formas horribles de explotación, a través de elementos criminales, de personas que han caído en la prostitución por razones económicas o de otro tipo.

b) Buscar y arrestar a personas involucradas en el negocio como casamenteros, inquilinos, reclutadores de mujeres para la prostitución (trata de humanos) y proxenetas, que viven a expensas de las prostitutas.

c) Tomar medidas para evitar el uso de lugares públicos y lugares de entretenimiento con fines de prostitución que los transforman en burdeles.

2. Todas las personas pertenecientes a la categoría de ciudadanos enumerados en el párrafo «b» del artículo 1 de esta instrucción, descubiertas durante una ronda de milicias, serán arrestadas o sometidas a una investigación judicial, y los burdeles se cerrarán de inmediato.

3. La aplicación práctica de las medidas anteriores será llevada a cabo por la milicia de la siguiente manera:

a) Visitas periódicas a establecimientos públicos como cafés, cervecerías, restaurantes, etc. Cabe señalar que, en el cumplimiento de este deber, los empleados de la milicia tienen derecho a visitar sin excepción todas las habitaciones y oficinas privadas de dichos establecimientos.

b) Vigilancia permanente de baños públicos, y durante la temporada de verano de bulevares, jardines y plazas.

c) Visita a ciertas viviendas donde se supone que se han establecido burdeles.

4. Sin embargo, al llevar a cabo esta misión con energía y severidad, la milicia no puede aplicar métodos represivos contra las prostitutas descubiertas y sus clientes; de ser necesario, podrán ser llevados ante la justicia como testigos.

Nota: Las prostitutas que no han alcanzado la edad de 16 años serán dirigidas a las organizaciones respectivas del Comisariado del Pueblo para la Instrucción Pública.

5. Teniendo en cuenta que la mujer que vive en la prostitución ha sido empujada a este camino por las condiciones materiales y los avatares de una vida fallida, cada colaborador de la milicia tendrá que observar todas las reglas de cortesía hacia ella y en ningún caso utilizar métodos groseros.

Las instrucciones específicas del Comisariado para Asuntos Internos son observadas y ejecutadas por los cuerpos de la milicia. La milicia está haciendo un gran esfuerzo para combatir los burdeles y los casamenteros. En 1924, la milicia llevó a 2.228 personas a la justicia por estos crímenes; en 1928 esta cifra cayó a 916, siendo en 1932 sólo 211. La disminución en el número de citaciones legales no se explica por un debilitamiento en la vigilancia de la milicia, sino por la abrupta rareza de los crímenes previstos en el artículo del decreto del Comisariado de Asuntos Internos.

Los resultados de esta actividad de la milicia se caracterizan por el siguiente hecho. El Comité Central para la Lucha contra la Prostitución recibió en 1925 una carta firmada como «prostituta Tania». En esta carta, la prostituta, «en nombre de muchos otros», critica al Comité «la lucha contra burdeles», alegando

que este método es particularmente perjudicial para las prostitutas, porque se hace todo lo posible para reducir su ganancia al mínimo, al privarlas de todos los medios de existencia: «Las ganancias –dijo en su carta– ya están cayendo día a día, dada la dificultad de encontrar refugio, y si finalmente lo encontramos, el pago es tan caro que se traga toda la ganancia».

El presidente del Comité Central del Comisariado del Pueblo para la Salud Pública, N. Semashko, publicó en el periódico *Rabóchaya Moskvá*, bajo su firma, *La respuesta a la prostituta Tania*.

Aquí está la respuesta:

> En nombre de varios otros, usted se dirigió al Comité Central para la Lucha contra la Prostitución, quejándose de que con su creación la situación de las prostitutas ha empeorado. Ruega que se deje a las prostitutas en paz y declara que las prostitutas no saquean ni roban. Tampoco cree usted que la prostitución sea un foco de enfermedades venéreas, el peor de los flagelos, cuya existencia misma requiere luchar contra la prostitución. Usted se queja de las dificultades para encontrar refugio para prostitutas y sus clientes como resultado de esta lucha; que, debido al Comité, las ganancias de la prostituta han disminuido drásticamente, y que todo esto demuestra que la dirección tomada no fue la correcta. Usted pide al Comité que libere a las prostitutas del control de la milicia. No hay control sobre las prostitutas, no debería haber ninguno. La tarea de la milicia es identificar los diversos burdeles, colocar en manos de la justicia a los inquilinos, los casamenteros, y esta difícil tarea la lleva a cabo con dedicación. Por otro lado, la milicia no tiene derecho a utilizar medidas represivas contra las prostitutas: en este sentido, la sección de la milicia del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos ha dado a las autoridades locales instrucciones muy claras. No queremos negar la posibilidad de que tal o cual miliciano, inferior a su tarea, no cumpla con su deber. Tal delito no debe quedar impune. Cualquier prostituta que se tope con un miliciano de este tipo, que actúa contra los derechos civiles de una prostituta, tiene derecho a demandarlo ante la justicia, tras establecer su identidad por su petición y haber presentado una solicitud ante el Comité o directamente a las autorida-

des judiciales. La prostitución es el mal doloroso de nuestra sociedad. Lo recibimos como un legado del régimen capitalista, junto con otras enfermedades sociales. Y esta enfermedad, al igual que las otras y probablemente más rápido que estas, la liquidaremos fortaleciendo nuestra vida económica. Sabemos que no es, en su mayor parte, por sed de lujo, que las mujeres se ven obligadas a cambiar su producto más preciado, el cuerpo humano, sino por una necesidad infinita. También sabemos que la lucha contra la prostitución afecta a la prostituta al reducir sus ganancias, pero aun así seguiremos llevando a cabo esta lucha, el interés común lo requiere, a quién están sujetos los intereses de las personas aisladas y las de los grupos.

La actividad del Comité Central para la Lucha contra la Prostitución comenzó con la revisión de los artículos vigentes en el Código Penal concernientes a la lucha contra la prostitución. En febrero de 1923, el Comité puso esta cuestión ante el Comisariado del Pueblo por la Justicia. En consecuencia, el Comisariado del Pueblo para la Justicia aclaró los artículos en cuestión y les dio la siguiente forma:

Artículo 170

Cualquier coerción ejercida, con fines de codicia u otros fines personales, que conduzca a la prostitución, por medio de presión física o moral, será castigada con prisión por un período mínimo de tres años.

Artículo 171

Los casamenteros, inquilinos y traficantes que recluten mujeres para la prostitución serán castigados con prisión por un período mínimo de tres años, con confiscación parcial o total de bienes personales. Si las personas involucradas en la prostitución están bajo la tutela o bajo la subyugación del acusado, o si, por otro lado, no han alcanzado la mayoría de edad, el castigo se agravará y conducirá a la prisión por un período mínimo de cinco años.

En la lucha contra la prostitución, una cuestión muy importante es la del consumidor. El Comité Central para la Lucha contra la Prostitución aclaró su posición sobre este tema, en el

Izvestia del 8 de marzo de 1925, en el artículo titulado *La mancha oscura*. Particularmente:

> La prostitución no tiene cabida en la República de los trabajadores. Sólo desaparecerá si, luchando por el fortalecimiento de nuestro frente económico, luchando contra el desempleo, luchando por el aumento de la conciencia de clase de los trabajadores, lideramos la lucha para arraigar en la conciencia de los trabajadores la idea de indignidad e inadmisibilidad de comprar el cuerpo humano. Esta lucha ya ha comenzado. En numerosas conferencias de estudiantes y trabajadores, donde se planteó la cuestión de la prostitución, se propusieron y adaptaron unánimemente resoluciones que denuncian como indignos de los jóvenes proletarios y los trabajadores utilizar la prostitución. Esas resoluciones anunciaron la determinación de incluir en la lista negra a todos aquellos que se opongan a esa decisión. La lucha contra la «demanda» ha comenzado, necesita ser ampliada, animando a las masas.

En 1925, en el Segundo Congreso de la U.R.S.S. para la lucha contra las enfermedades venéreas, un destacado especialista en la cuestión de la prostitución, el profesor Yelistrátov, formuló las siguientes tareas en la lucha contra la demanda de la siguiente forma:

> Cualquiera que use la prostitución debe enfrentar la presión social. Es hora de crear contra este último, en el Estado de los trabajadores que plantea como problema principal la abolición de toda explotación del hombre por el hombre, una atmósfera de reprobación social tan fuerte que se sienta puesto en el mismo plano que los especuladores y otros elementos del mismo tipo. La principal medida para combatir la «demanda» debe seguir siendo el trabajo de propaganda, educación, establecido de acuerdo con un plan que abre el camino a una nueva conciencia socialista en este campo. Con respecto a las medidas judiciales, es importante reconocer la oportunidad de rectificar las instrucciones dadas a la milicia en relación con la lucha contra la prostitución. Esta rectificación debe hacerse de tal manera que, al mismo tiempo que se descubran los inquilinos de los burdeles

como resultado de una inspección de la milicia, se establezca la identidad de quienes practican la prostitución y que las listas de la milicia que registran a los «compradores del cuerpo femenino» se publiquen y se den a conocer a todos. Tal medida infligiría una severa condena moral y política a quienes recurren a la prostitución.

Y aquí está la reacción de los trabajadores a esta cuestión. En el mismo año de 1925, el periódico *Rabóchaya Gazeta* organizó en Moscú la puesta en escena de un *Juicio contra una prostituta*. Tres personajes aparecieron ante el tribunal: la dueña del burdel, la prostituta de ese establecimiento y un obrero a quien, en este lugar, la prostituta había comunicado sífilis.

El tribunal dictó las siguientes sentencias: la sentencia de la dueña a 3 años de prisión con confiscación de su propiedad; la absolución de la prostituta, con la obligación de someterse a tratamiento médico bajo el control de un dispensario venereológico: además ella también tenía que conocer el contenido del artículo del Código Penal que castigaba la transmisión consciente de cualquier enfermedad venérea y ser advertida de que en el futuro sería llevada a la justicia por un cargo de delito grave; el obrero recibió una reprimenda social.

El periódico *Rabóchaya Gazeta* invitó a los trabajadores presentes en el juicio y a sus lectores a dar su opinión sobre esta sentencia.

La oficina editorial recibió más de 100 cartas de los trabajadores. En estas respuestas, la atención general se dirigió al trabajador acusado. La mayoría de los corresponsales consideraron que el veredicto contra este último era demasiado débil. Lo esencial de las respuestas era que «el trabajador tenía que sufrir una condena más fuerte que la de la prostituta, que se había visto obligada a recurrir a este camino debido al desempleo, mientras que él, como obrero, debía tener más conciencia». Además, las cartas decían que la «demanda» debe combatirse, porque la «demanda» da lugar a la oferta, y que, si nadie quisiera consumir la prostitución, la prostitución no existiría.

Nos detuvimos en este hecho de la vida cotidiana para mostrar que el problema de la lucha contra la prostitución en la

U.R.S.S. no era sólo una cuestión interesante de esta o aquella rama de actividad, sino que interesa la opinión de los trabajadores cuyo papel siempre ha sido muy importante.

El progreso en la lucha contra la prostitución depende de la medida en que, en esta misma lucha, se forme a los diversos órganos del poder estatal, cada uno con su propio campo de acción y con la capacidad de tomar, de una forma u otra, toda una serie de medidas para ayudar al Comisariado del Pueblo de Salud Pública y a su Consejo Central.

Para aclarar y coordinar estas medidas, el Comité Ejecutivo Central de la U.R.S.S. y el Consejo de Comisarios del Pueblo, emitieron en junio de 1929 un decreto que enumeraba las tareas planteadas a los respectivos Comisariados del Pueblo.

Aquí hay una breve lista de estas tareas:

El Comisariado del Pueblo para el Trabajo está obligado a volver a cualificar, en primer lugar, a las mujeres solteras y a las mujeres con hijos; a proporcionar trabajo a las jóvenes que salgan de las instituciones de reeducación para el trabajo.

El Comisariado del Pueblo para la Seguridad Social debe organizar casas de residencia temporal, instituciones de reeducación para el trabajo para mujeres que han caído en la prostitución o que están en el umbral de la prostitución.

El Comisariado del Pueblo para la Salud Pública debe ampliar la red de profilactorios, facilitar el acceso de madres abandonadas y sin hogar, con sus hijos, en instituciones para la defensa de la maternidad y la infancia.

El Comisariado del Pueblo para la Instrucción Pública debe eliminar la prostitución infantil y desarrollar propaganda para la lucha contra la prostitución.

El Comisariado del Pueblo para la Justicia debe llevar a cabo una represión punitiva más severa contra el entrenamiento de menores para el libertinaje y contra la existencia de burdeles.

El Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos debe fortalecer la lucha contra todo tipo de lugares de libertinaje, contra los trabajos de casamentero y proxeneta.

El Comisariado del Pueblo para el Comercio debe igualarse a todas las instituciones organizadas para la lucha contra la pros-

titución con las unidades cooperativas para el suministro de estas organizaciones con materias primas y bienes.

El Comisariado del Pueblo de Finanzas debe eximir a las instituciones mentadas de todos los impuestos estatales y locales.

Se pidió también a los Comisariados para la Salud Pública, Trabajo, Instrucción Pública y Seguridad Social que incluyeran en sus presupuestos los medios necesarios para las tareas antedichas. Además, el decreto subraya la importancia de involucrar a toda la opinión proletaria en la lucha contra la prostitución.

El Comisariado del Pueblo para la Salud Pública ha realizado las tareas que le plantea el decreto mejor que todas las demás instituciones. Las secciones de este Comisariado han ampliado la red de profilactorios.

El modo particular de organización de los profilactorios, basado en la unión del trabajo y la atención médica, su papel esencial en la lucha contra la prostitución y las enfermedades venéreas requiere que nos detengamos más en la cuestión de la organización y la importancia de los profilactorios.

LOS PROFILACTORIOS

La primera circular de 1922 sobre las medidas para combatir la prostitución ya mostró que, para eliminar la prostitución, primero era necesario erradicar el desempleo.

Teniendo esto en cuenta, los Comités locales para la Lucha contra la Prostitución comenzaron a organizar arteles[3] industriales, capaces de absorber parte de las mujeres desempleadas. En su tarea, trataron sobre todo de obtener el apoyo de las instituciones más interesadas, particularmente los dispensarios antivenéreos. Estos últimos, junto con los Comités para la Lucha contra la Prostitución, crearon en muchas ciudades una serie de arteles industriales. Estos arteles hicieron dotaciones, cajas, ropa y sábanas. Sin embargo, desde los primeros días de su existencia, estos arteles enfrentaron las inevitables dificulta-

[3] Asociación de voluntarios para realizar actividades colectivas.

des experimentadas por todas las instituciones de este tipo, que no están organizadas de acuerdo con los principios comerciales y las necesidades del mercado. El mercado continuó recibiendo la cantidad necesaria de dotaciones y cajas, hechos en otros lugares por otros trabajadores. Esto también sucedió en los talleres de ropa, sábanas, etc.

El aumento en el número de talleres no condujo a un aumento significativo en la demanda, por lo que no pudo conducir a una caída significativa en el desempleo entre las mujeres. Los arteles agrícolas también se desarrollaron débilmente.

Ésta es la razón por la cual las organizaciones profesionales y las instituciones económicas no ayudaron particularmente a los dispensarios en la organización de los arteles. Además, la creación de arteles industriales no hizo frente a las tareas inmediatas de las instituciones responsables de combatir las enfermedades venéreas e inevitablemente provocó protestas legítimas de las organizaciones económicas. Los arteles industriales, como medida profiláctica en la lucha contra el desarrollo de la prostitución, fracasaron.

Todo esto llevó a las instituciones del Comisariado del Pueblo para la Salud Pública, responsables de combatir las enfermedades venéreas, a reconsiderar la cuestión; el objetivo de los talleres en el futuro no era combatir el desempleo sino las enfermedades venéreas.

Por lo tanto, se acordó crear profilactorios especiales, destinados principalmente a mujeres desempleadas que padecen enfermedades venéreas contagiosas en los que trabajarían mientras recibían tratamiento. Por lo tanto, el objetivo era crear instituciones para mujeres que padecen enfermedades venéreas, que ya eran prostitutas o que, por falta de trabajo, podían tomar este camino y convertirse en verdaderos focos de contagio.

La cuestión así planteada encontró una recepción más favorable en las instituciones profilácticas, como en todos los círculos de trabajo. Se crearon profilactorios de este tipo en todas las ciudades principales de la Unión Soviética, de modo que a principios de 1931 ya había 33. Después de la erradicación del desempleo a fines de 1930, los profilactorios comenzaron a cerrarse

y, para fines de 1934, sólo quedaban 19. A principios de 1931 había 4 profilactorios en Moscú. La apreciable reducción en los pacientes tratados por estas instituciones determinó que el Presídium del Soviet de Moscú tomara, en enero de 1931, una disposición según la cual los cuatro profilactorios se unieron en uno, responsable de servir a la ciudad y la región de Moscú.

Se han asignado las siguientes tres tareas a los profilactorios: 1) curar completamente a las mujeres que padecen enfermedades venéreas que se presentaron allí; 2) reeducar a las residentes, acostumbrarlas al trabajo productivo, cualificarlas y, por lo tanto, crear una oportunidad para el trabajo futuro en la industria; 3) reeducarlas culturalmente para hacerlas colaboradoras activas de la edificación socialista.

¿Con qué métodos resolvieron los profilactorios estas tareas difíciles y qué resultados obtuvieron?

Responderemos estas preguntas utilizando los diversos datos proporcionados por los profilactorios de Moscú y expuestos por una de las mayores autoridades en esta cuestión, el doctor G. M. Danishevski, quien dirigió el primer profilactorio de Moscú y que hoy dirige el profilactorio unificado

El modelo de profilactorio incluye talleres industriales, así como consultorios médicos y viviendas comunes. Antes de la erradicación del desempleo, entre las residentes de profilactorios había mujeres que no eran prostitutas y que tenían alojamiento, pero que al mismo tiempo necesitaban ser atendidas, reeducadas y un salario regular. Las mujeres en esta categoría fueron admitidas en el profilactorio como obreras externas.

Año	Profilactorios	Obreras ext.	Obr. alojadas
1925	1	60	33
1926	2	128	66
1927	3	300	113
1928	4	422	210
1929	5	600	300
1930	5	900	400

Después de la erradicación del desempleo, el número de obreras externas comenzó a disminuir rápidamente y en 1931 el profilactorio unificado de Moscú podía albergar a 394 personas, que también trabajaban en sus talleres.

Al principio, los profilactorios recibieron importantes subsidios para la reconstrucción de las instalaciones, el diseño, etc. Las subvenciones fueron proporcionadas por organizaciones soviéticas locales. Por ejemplo, en Moscú, el Soviet de la ciudad asignó 700.000 rublos a esta tarea. Con esta ayuda, los profilactorios pudieron organizar su trabajo de tal manera que los ingresos de los talleres comenzaron a cubrir sus gastos e incluso permitieron la mejora sistemática del trabajo.

Los profilactorios operaban en toda la Unión Soviética de acuerdo con principios comunes. Estos principios y las directrices resultantes están formulados en la *Resolución sobre profilactorios para mujeres*, adoptada por la Conferencia de Directores de Profilactorios convocada en Moscú. Citemos los párrafos más importantes de esta resolución:

> 1. Con el fin de racionalizar la lucha contra las enfermedades venéreas y la prostitución, los profilactorios trabajarán con todas las secciones locales de Salud Pública.
>
> 2. El profilactorio para mujeres, que es a la vez una institución médica y profiláctica, recibirá mujeres que sufren enfermedades venéreas, prostitutas o en peligro de prostituirse y capaces de realizar un trabajo productivo.
>
> 3. La tarea esencial del profilactorio es atraer a mujeres que padecen enfermedades venéreas, prostitutas o en peligro de serlo como resultado de sus condiciones materiales, económicas y sociales, tratarlas, acostumbrarlas a trabajar y darles educación cultural y política. En casos excepcionales, las mujeres que no tienen enfermedades venéreas, como las mujeres sin hogar o prostitutas, también pueden ser admitidas en el profilactorio por razones sociales.
>
> 4. Además de estas tareas médico-profilácticas y educativas, el propósito del profilactorio es estudiar las condiciones que dan lugar a la prostitución, así como el estudio de las enfermedades mismas.

5. El profilactorio de mujeres consiste en una sección médica con salas de tratamiento e instalaciones necesarias para la educación cultural de las enfermas, así como talleres industriales.

6. Las enfermas son dirigidas a los profilactorios por todas las secciones antivenéreas de la ciudad y la región, provistas de una hoja de entrada de cierto tipo.

7. La admisión y el alta de las pacientes del profilactorio son decididas por una Comisión Especial, compuesta por el director del profilactorio, el jefe de la sección instructivo-educativa, un médico psico-higienista y tres miembros del Consejo de Asistencia del profilactorio. Cuando las circunstancias lo requieran, las pacientes son admitidas por el director del profilactorio antes de la reunión de la Comisión a la que este último comunica las admisiones. En casos de violación particularmente grave del orden interno por parte de pacientes que exigen su exclusión inmediata del profilactorio, el director las excluye y luego informa los hechos en la próxima reunión de la Comisión.

8. Las pacientes con vivienda pueden permanecer en casa si no se dedican a la prostitución y si su enfermedad se encuentra en una etapa no contagiosa. Las pacientes que se han curado y que ya tienen trabajo regular pueden solicitar permiso para permanecer en el profilactorio por un período que no exceda los dos meses.

9. El tratamiento se realiza en los consultorios médicos de los profilactorios; en ciertos casos individuales, dependiendo de las condiciones locales, el tratamiento de las pacientes también se puede realizar en las instituciones médicas correspondientes.

10. En los talleres de aprendizaje industrial de los profilactorios, las pacientes son reeducadas y gradualmente acostumbradas al trabajo y la disciplina, y finalmente, reciben una cierta cualificación en las diversas ramas del trabajo. El trabajo en los talleres industriales del profilactorio no puede considerarse como trabajo asalariado con todas las consecuencias que se derivan de él; es sólo una forma de asistencia especial para pacientes del profilactorio.

11. El trabajo de las enfermas en los talleres de aprendizaje industrial es remunerado de acuerdo a la calidad y la pieza, de acuerdo con los precios fijados por la Comisión de Producción,

compuesta por representantes del Consejo de Asistencia, el jefe de los talleres y un representante de las enfermas. Los precios se aplican después de que hayan sido aprobados por el director del profilactorio.

12. Estas tarifas se basan generalmente en las tarifas vigentes para los aprendices laborales y las fábricas de la industria correspondiente.

13. Durante el primer mes de su aprendizaje en talleres industriales, las nuevas pacientes reciben una remuneración correspondiente al requisito mínimo de subsistencia (alimentación completa, vivienda, servicios municipales).

14. Las pacientes permanecen en el profilactorio durante dos años, después de lo cual trabajarán en la industria por decisión de la Comisión. En algunos casos excepcionales, por razones médicas o sociales especiales, la estancia de las pacientes en el profilactorio puede prolongarse o acortarse.

15. Las pacientes del profilactorio podrán quedar exentas del trabajo en talleres industriales, por decisión de la Comisión, si así lo exigen su estado de salud y su experiencia médica.

16. La estancia de las enfermas en la sección de semiinternas, el tratamiento, la comida, el trabajo en talleres industriales, la actividad cultural y política y el servicio sanitario están determinados por el estado de los profilactorios.

17. Para el mantenimiento de las pacientes en la sección de semiinternas, se les retiene una cierta cantidad del salario que reciben en los talleres industriales.

18. Un grupo de enfermeras del servicio social brinda asistencia diaria a pacientes que han abandonado el profilactorio y ya están trabajando en la industria. El servicio social ayuda a las trabajadoras a encontrar empleo y a resolver posibles conflictos en el campo del trabajo, la vivienda, etc., asegura que el tratamiento se reanude a tiempo, el comportamiento diario de las antiguas pacientes, y así sucesivamente.

19. El profilactorio es una institución legal. El trabajo de sus talleres industriales se basa en los principios de autonomía comercial; por esta razón, el director del profilactorio goza del derecho a comprar materias primas, vender la producción de los talleres a organizaciones estatales y cooperativas, así como el derecho a utilizar todas las formas de crédito estatal y llevar a

cabo operaciones de crédito dentro de los límites de su plan de producción.

20. El director del profilactorio es responsable ante la sección correspondiente de Salud Pública de toda la actividad médico-profiláctica, administrativo-económica y educativa del profilactorio.

21. Los fondos del profilactorio consisten en: a) donaciones anuales asignadas por el presupuesto estatal para el mantenimiento del profilactorio y la lucha contra la prostitución; b) sumas asignadas por el presupuesto local; y c) ingresos procedentes de los talleres de aprendizaje industrial del profilactorio.

22. Si los ingresos de los talleres del profilactorio exceden sus gastos, estos beneficios se utilizan solo para la expansión del profilactorio y para mejorar las condiciones de vida y el servicio cultural de las enfermas.

Estas instrucciones son comunes a todos los profilactorios de este género. Además, cada profilactorio desarrolla su propio estatuto interno. El profilactorio no es una obra de beneficencia. Es necesario darse cuenta de eso. Desde el primer día de su ingreso al profilactorio, la residente se convierte en trabajadora, cuyo trabajo es remunerado como el trabajo de los trabajadores con cualidades similares empleadas en talleres estatales. La trabajadora paga su mantenimiento en el profilactorio. Por ejemplo, el profilactorio unificado en Moscú cuenta con talleres de tejido, costura, etc., cuya producción anual es de 4 a 5 millones de rublos.

El profilactorio es una institución abierta; se ingresa voluntariamente, y si, una vez ingresada, la paciente expresa el deseo de abandonarlo, es libre de hacerlo. Sin embargo, el profilactorio ofrece condiciones de vida y trabajo tan favorables que los casos de salida prematura son extremadamente raros, y para las mujeres que viven en las viviendas comunitarias del profilactorio no hay castigo más severo que la exclusión.

Las mujeres son reclutadas de diferentes maneras. Suelen ser las consultas antivenéreas las que remiten a las prostitutas con enfermedades venéreas o mujeres enfermas, en peligro de caer en la prostitución, al profilactorio para recibir tratamiento.

Pero muchas mujeres van al profilactorio por iniciativa propia; por otro lado, los profilactorios las involucran con métodos tales como, por ejemplo, la organización de brigadas especiales de trabajadoras con el apoyo de exprostitutas que actualmente trabajan en la industria. Estas brigadas, dirigidas por enfermeras experimentadas y educadas del servicio social, buscan prostitutas en bulevares, en estaciones, restaurantes, etc., que traen de vuelta al profilactorio a través de la persuasión.

¿Cuál fue el contingente de trabajadoras de los profilactorios de Moscú durante los años de su trabajo? Los profilactorios no estaban destinados exclusivamente a las prostitutas. Se estimó que la lucha contra la prostitución no podía ser reemplazada por la lucha contra las prostitutas y eso hacía que la creación de instituciones especiales para prostitutas fuera absolutamente imposible, incluso si el efecto educativo de estas instituciones pudiera ser excelente. Asociar el profilactorio con la prostitución calificaría como prostituta a cualquier mujer admitida en el profilactorio. Sin embargo, en un momento en que el desempleo aún persistía, los profilactorios en toda la Unión Soviética estaban destinados principalmente a mujeres desempleadas que padecían formas contagiosas de enfermedades venéreas.

Naturalmente, el profilactorio se esforzó sobre todo por atraer a tantas prostitutas como fuera posible, los elementos más peligrosos desde el punto de vista social; es por eso que el porcentaje de prostitutas en los profilactorios era bastante alto y aumentaba continuamente con la caída del desempleo. En 1924, el 26,9% de las mujeres admitidas en profilactorios durante el año eran prostitutas; en 1926 este porcentaje era del 35,9%; en 1928, del 41,9%; en 1930, del 44,3%; en 1932, del 53% y en 1934, del 70%.

Hasta 1931, la causa principal de las mujeres que ingresaron al profilactorio fue la falta de trabajo. De 2.869 mujeres admitidas en los profilactorios de Moscú hasta finales de 1930, 834, es decir, el 29% había estado desempleada por más de un año; 640, el 22,3%, habían estado desempleadas durante 6 a 12 meses; 713, el 24,9%, estuvieron desempleadas por menos de 6 meses; y finalmente 682, el 23,8%, no trabajaron en absoluto.

Por lo tanto, el 76,2% de las mujeres admitidas en los profilactorios habían trabajado como trabajadoras asalariadas. Las otras, que nunca habían trabajado, eran prostitutas profesionales.

Al mismo tiempo que el contingente de los profilactorios, cambia la constitución psicofísica de sus residentes. Hasta fines de 1930, casi todas las mujeres admitidas en profilactorios eran psíquicamente normales; incluso aquellas con síntomas neuropáticos generalmente se curaron por el trabajo y la influencia cultural y educativa del profilactorio. Con el aumento en el porcentaje de prostitutas en los profilactorios, desde 1931 también aumentó el porcentaje de sujetos psicopáticos (del 12% en 1931 al 21% en 1932). La rehabilitación se vuelve cada vez más difícil y complicada. Las pacientes también presentan una constitución física más desfavorable. La mortalidad aumentó del 0,3 en 1930 a 0,69 en 1932. El porcentaje de mujeres declaradas discapacitadas por problemas de salud aumentó del 2,3% en 1930 al 9,15% en 1932.

Dado que la tarea esencial de los profilactorios era convertirse en un instrumento poderoso en la lucha contra las enfermedades venéreas, la pregunta de si el profilactorio realmente logró reunir dentro de sus paredes y así inmunizar a las mujeres que padecían enfermedades venéreas es de especial interés. Los datos estadísticos ofrecidos por los profilactorios en Moscú responden afirmativamente a esta pregunta. Entre las mujeres admitidas en los profilactorios de Moscú durante todos los años de su actividad, había un 51,4% de enfermas con sífilis, un 29,1% de enfermas con gonorrea, un 4,3% sufriendo ambas enfermedades, un 1,2% de enfermas con chancro y un 14% sanas.

Como hemos dicho, las instrucciones profilácticas fijan tres tareas esenciales en relación con sus pacientes: su curación, su rehabilitación y la elevación de su nivel cultural.

Por lo tanto, los profilactorios han desarrollado un cronograma que permite la realización de estas tres tareas.

El horario en los profilactorios de Moscú fue, hasta 1934: de 6:00 a 7:00, desayuno; de 8:00 a 16:00, trabajo en talleres, con

interrupción al mediodía hasta 13:00 para el almuerzo. Cena, de 18:00 a 19:00. Tratamiento continuo de las enfermas de 16:00 a 21:00. La noche estuvo dedicada al trabajo de educación cultural. Hasta las 22:00, las pacientes tenían derecho a salir del profilactorio. Sin embargo, a partir de 1934, debido al cambio en el número de pacientes en el profilactorio y al aumento en el porcentaje de prostitutas, fue necesario cambiar este horario. Así es como se modificó: 7:00-8:00, desayuno; 8:00-14:00, tratamiento y actividad cultural; al mediodía, el almuerzo; 14:30-22:00, trabajo en los talleres con un descanso de media hora para la cena a las 17:00; 22:00-22:30, té, y a las 23:00, dormir.

Como vemos, el centro de gravedad de toda la actividad, el trabajo en los talleres se pone a las horas de la tarde y de la noche; la salida del profilactorio por la noche está prohibida. Todo esto tiene su razón de ser muy comprensible: entre las residentes actuales de los profilactorios, en su mayoría exprostitutas profesionales, la atracción de la calle y, por lo tanto, el peligro de que regresen a su antigua profesión aumenta hacia la noche.

Este horario deja a las residentes del profilactorio las noches libres sólo en los días de descanso, generalmente llenos de visitas grupales al cine o al teatro bajo el cuidado de una enfermera supervisora. Los días de descanso (cada sexto día) son utilizados a voluntad por las residentes, pero los profilactorios se esfuerzan por organizar, en tales días de descanso, excursiones a museos, galerías de pintura, etc.

¿Cómo se lleva a cabo la reeducación a través del trabajo?

El cambio en el número de pacientes ingresadas en los profilactorios los llevó a revisar la cuestión del aprendizaje industrial, para diferenciarlo aún más. La práctica ha demostrado que los talleres de lencería y tejido de punto disponibles para los profilactorios no satisfacían a todas sus residentes, que era necesario variar aún más el trabajo. Teniendo esto en cuenta, el profilactorio comenzó a desarrollar nuevas industrias. Así, por ejemplo, el profilactorio de la ciudad de Taganrog abrió un taller de juguetes con la colaboración de un artista especialista y des-

pués de un tiempo logró vender bien los juguetes fabricados en su taller. El profilactorio de Kiev ha abierto un taller para la fabricación de dispositivos médicos eléctricos.

La experiencia del profilactorio de Moscú —la transición al trabajo agrícola— es particularmente interesante. Como algunas de estas trabajadoras estaban vinculadas al campo en el pasado, se organizó una colonia agraria, una sucursal del profilactorio.

La colonia se estableció a 20 km. de Moscú, cerca de una estación de ferrocarril. Recibió 100 hectáreas de tierra cultivable, construyó invernaderos y cultivó bayas y otras frutas (en 5 hectáreas), posee 10 vacas, 16 caballos, 160 cerdos, tres tractores, dos automóviles, implementos agrícolas, organiza la cría de aves de corral, se ocupa de la apicultura y la piscicultura.

Esta colonia agrícola existió por apenas un año y este período fue suficiente para justificar su creación. La práctica ha demostrado que los elementos más recalcitrantes desde el punto de vista social, que no podían proporcionar un trabajo continuo en los talleres del profilactorio en Moscú, funcionaron perfectamente en la colonia agrícola. Ninguna de las trabajadoras de la colonia la abandonó, aunque tenían libertad absoluta para hacerlo.

Su horario, su salario, su comida y sus condiciones de vida difieren poco de las condiciones del profilactorio de la ciudad.

Hasta 1932, la estadía máxima en el profilactorio era de un año, luego se extendió a dos años.

En el profilactorio de Moscú sólo hay un taller, relativamente pequeño, para 40-50 personas. Durante los primeros dos meses, dedicados al estudio de la paciente desde un punto de vista médico y pedagógico, la obrera trabaja en el taller del profilactorio. Luego es trasladada a otro taller, territorialmente independiente del profilactorio, de modo que a partir del tercer mes y hasta el final de su estadía en el profilactorio disfruta de las mismas condiciones que en la fábrica o el sovjós donde posteriormente trabajará.

La segunda tarea del profilactorio es, como hemos visto, el tratamiento y la curación física de la paciente. El profilactorio tiene todos los medios necesarios para llevarla a cabo. El trata-

miento sistemático es obligatorio para todas las mujeres que padecen enfermedades venéreas ingresadas en el profilactorio. Una estancia prolongada en el profilactorio asegura un tratamiento superior al que pueden ofrecer, incluso, las mejores instituciones antivenéreas.

El profilactorio de Moscú tiene, además de oficinas especiales para el tratamiento de sífilis y gonorrea, consultorios dentales y de fisioterapia, así como un laboratorio para análisis microscópicos y serológicos. El personal médico del profilactorio está altamente cualificado y está formado por cuatro médicos de enfermedades venéreas, un terapeuta, un psiquiatra, un dentista y dos profesoras consultoras, especialistas en sífilis y gonorrea en mujeres.

La tarea del personal médico del profilactorio incluye no sólo asistencia médica, sino también el estudio científico de una serie de problemas clínicos, utilizando el material ofrecido por el profilactorio. Bajo la dirección del profesor Molchánov se continúa con el trabajo de 75 antiguas pupilas del profilactorio, que sufren de sífilis de primer grado y que ya llevan trabajando de 3 a 5 años en talleres o fábricas en Moscú.

Estas observaciones muestran que el tratamiento realizado por este grupo de pacientes en el profilactorio les permitió mantener su capacidad de trabajo durante varios años. Además, 62 de las 75 trabajadoras son obreras modelo, que han recibido premios por la alta calidad de su trabajo.

Otro trabajo científico, que continúa bajo la dirección del profesor Kahn, consiste en el estudio de 200 pacientes con gonorrea. El estudio muestra que las pacientes, después de haber trabajado en los talleres del profilactorio desde el primer día de su ingreso, no sólo se recuperaron, sino que también, como resultado del régimen de trabajo y el tratamiento prolongado y sistemático, las complicaciones fueron solo del 20%, es decir, dos veces menos frecuentes de lo habitual en esta enfermedad.

Bajo la guía de un psiquiatra, el profesor Gurvitch, continúa un estudio que muestra cómo, gracias al sistema de reeducación a través del trabajo y los diversos medios culturales, y también, gracias al tratamiento apropiado, los rasgos psicopáticos del

carácter de las prostitutas del profilactorio, rasgos debidos a su antigua profesión, desaparecieron gradualmente.

El trabajo del director del consultorio dental, doctor Beguelman, también es de gran interés. Realizó con éxito, en 15 trabajadoras, cirugías plásticas de nariz y paladar deformados por las consecuencias de la sífilis.

Los gastos de servicio médico del profilactorio de Moscú son de aproximadamente 100.000 rublos al año.

La tercera tarea esencial del profilactorio es la actividad cultural-educativa. El objetivo del profilactorio es formar a las trabajadoras con un mínimo de conocimientos generales y políticos. El estudio de las principales ciencias es obligatorio para todas. El trabajo educativo del profilactorio está dirigido por pedagogos experimentados; está organizado de tal manera que las analfabetas y aquellas que apenas saben leer y escribir tienen, al salir del profilactorio, un conocimiento similar al que los niños adquieren en los primeros tres cursos de la escuela primaria ordinaria; quienes llegan al profilactorio con conocimientos correspondientes a 3° o 4° grado, adquieren, durante su estancia en el profilactorio, conocimientos equivalentes a los adquiridos en 5° o 6° grado de primaria.

Para las adolescentes menores de 17 años hay una escuela primaria especial a la que asisten diariamente; trabajan sólo 4 horas diarias, de 8:00 a 12:00. Las clases comienzan a las 13:00.

En el profilactorio se organizaron muchos círculos artísticos, incluyendo un círculo de dramaturgia, uno musical, y uno de cultura física. También hay una orquesta de instrumentos de viento en la que tocan las mismas residentes del profilactorio. También, al lado del profilactorio, hay una sala de espectáculos con un escenario. Gracias al círculo de dramaturgia se representan obras a menudo compuestas por las trabajadoras. El profilactorio también tiene su propio diario mural, editado por las trabajadoras.

Al lado del profilactorio hay una biblioteca, un museo que reúne una cantidad de documentos que ilustran el grado de lucha contra la prostitución en los diferentes países, en Rusia

antes de la revolución y en la U.R.S.S. después de la Revolución de Octubre.

El profilactorio de Moscú gasta anualmente en su actividad educativa alrededor de 60.000 rublos.

La elección del personal de servicio del profilactorio es muy importante. Cada trabajador en el profilactorio, cualquiera que sea su función, debe ser, en primer lugar, un pedagogo. Saber cómo tratar cada caso individual, saber cómo entender la mentalidad de cada residente y, al mismo tiempo, implementar estrictamente el régimen del profilactorio, éstas son las condiciones indispensables para lograr el objetivo del profilactorio.

En el profilactorio se estableció un servicio permanente de enfermeras supervisoras (habiendo recibido una instrucción sanitaria).

En el profilactorio de Moscú también hay un consultorio jurídico, cuyo propósito es ayudar a las trabajadoras en todos los asuntos. Sus miembros, incluso, hablan ante los tribunales para defender los intereses de las residentes en caso de disputas matrimoniales, de vivienda, etc. El asesoramiento jurídico también está disponible para las antiguas residentes del profilactorio, ahora empleadas en la industria.

El cuidado que el profilactorio da a las mujeres que trata no se limita a su estancia dentro sus cuatro paredes. Después de que la residente ha completado su reeducación al mismo tiempo que su tratamiento y ha recibido un trabajo permanente en la industria, el profilactorio continúa monitoreándola durante mucho tiempo a través de un Instituto Especial de Enfermeras. Este seguimiento continúa hasta el momento en que se adquiere la certeza de que la trabajadora finalmente ha entrado en el camino del trabajo.

El profilactorio de Moscú tiene cuatro enfermeras de servicio social educadas y experimentadas. Su actividad es dirigida por uno de los médicos del profilactorio. El deber de estas enfermeras es supervisar el comportamiento de las antiguas residentes, asegurar que continúen el tratamiento de ser necesario y ayudarlas tanto en su vida diaria como en su trabajo en la fábrica. El médico que dirige a las enfermeras les da instrucciones, deci-

de si es hora de dejar de supervisar a esta o aquella mujer, establece la frecuencia de las visitas necesarias, etc.

También es deber de las enfermeras en el servicio social detectar los lugares donde se reúnen las prostitutas y traer nuevos grupos al profilactorio. Las enfermeras hacen este trabajo, como dijimos anteriormente, con la ayuda de otras trabajadoras.

RESULTADOS DE LA ACTIVIDAD DEL PROFILACTORIO

Desde la institución de profilactorios en Moscú, han tratado a 3.810 personas, incluidas 3.277 que padecen enfermedades venéreas. El aislamiento de un número tan grande de pacientes, casi todas ellas contagiosos, y su recuperación casi completa son, en sí mismos, logros considerables. Un gran número de residentes también han sido reeducadas acostumbrándolas al trabajo. De 3.810 personas, 2.143, es decir, el 56,3%, fueron a trabajar a talleres y fábricas; 1.237 personas, el 32,5%, abandonaron el profilactorio voluntariamente y 382, el 10%, fueron excluidas por violar el reglamento interno de la institución.

Gracias a la supervisión prolongada de las enfermeras de servicio social, podemos dar las características del trabajo de las antiguas residentes del profilactorio en las fábricas. El 90% de ellas permanecen en la misma fábrica durante mucho tiempo, algunas han estado trabajando allí de 5 a 7 años. La administración de los talleres y fábricas dio las evaluaciones más favorables a estas trabajadoras: el 41% son obreras de choque, recompensadas por su buen trabajo; el 21% tienen una actividad social y sólo el 10% no se quedaron en la industria. La mitad de estas últimas regresan a los profilactorios donde completan su reeducación para ser nuevamente enviadas a las compañías donde generalmente se quedan después de la segunda vez.

Al evaluar los resultados del trabajo de los profilactorios, debe tenerse en cuenta que no son los mismos entre las exprostitutas y entre las mujeres que no han trabajado en esta profesión. Las exprostitutas aparentemente dan resultados inferiores.

Mientras que, de las exresidentes no prostitutas, que trabajan en la industria, el 49% son trabajadoras de choque, las [ex]prostitutas representan solo el 29%; el primer grupo tiene un 5% de trabajadoras indisciplinadas, y el segundo un 20,2%; entre el primer grupo hay un 2,6% de trabajadoras con frecuencia irregular, y entre el segundo un 8,5%. Dejan el trabajo por iniciativa propia un 2,2% y un 10,4%, respectivamente. Son despedidas por violación de las normas internas, en el primer grupo, el 3,5%, y en el segundo el 6,7%; trabajan en la misma fábrica por más de dos años: el 34,5% del primero y el 11,1% del segundo grupo; ganan más de 80 rublos por mes el 38,9% del primero y el 33,9% del segundo grupo.

Y, sin embargo, una apreciación objetiva del trabajo de las residentes de los profilactorios en las fábricas demuestra, no obstante, grandes resultados positivos. El 82,9% de las exprostitutas contratadas en la industria permanecen allí.

Las siguientes cifras también dan testimonio de los resultados obtenidos por la reeducación a través del trabajo; se refieren a 1932, cuando las exprostitutas profesionales constituían más de la mitad de las residentes del profilactorio. El plan de producción para todos los talleres del profilactorio se fijó para 1932 en 4.209.950 rublos; su realización ascendió a 4.609.621 rublos. Por lo tanto, el plan fue superado en un 9,5%. Por lo tanto, hubo también un aumento en los salarios.

	Salario mensual medio. Enero-marzo de 1932	Salario mensual medio. Enero-marzo de 1933	Aumento del salario en %
Taller de tejido	68 r. 27 k.	78 r. 88 k.	15,54
Taller de tintorería	79 r. 43 k.	92 r. 40 k.	16,33
Taller de costura	71 r. 92 k.	81 r. 85 k.	13,81

En general, el salario mensual promedio de las trabajadoras del profilactorio de Moscú era de unos 80 rublos por mes. De este salario, las trabajadoras pagan 55 rublos al profilactorio por alojamiento y comida.

El profilactorio debe gran parte de su éxito a la ayuda constante de la clase trabajadora.

En todos los profilactorios existen los llamados Consejos de Asistencia. El Consejo de Asistencia del profilactorio de Moscú está compuesto por miembros del Soviet de Moscú y miembros de las diversas secciones de salud pública de los distritos de Moscú. Son en su mayor parte trabajadores de talleres y fábricas. Además, este consejo incluye varias residentes del profilactorio, representantes de diferentes talleres, tres exresidentes del profilactorio que trabajan en la industria, representantes de la administración, personal médico, enfermeras del servicio social, etc. El Consejo de Asistencia del profilactorio de Moscú tiene un total de 35 miembros.

De hecho, este Consejo dirige toda la existencia de profilactorio. El Consejo se reúne una vez cada diez días. En los últimos dos años, ni una sola reunión del consejo ha sido cancelada. El Consejo está dividido en varios comités, que resuelven las cuestiones que se le plantean. El Consejo debatió los diversos temas relacionados con la existencia de profilactorio. El Consejo recibe los informes de la administración sobre las diversas ramas de la actividad del profilactorio: asuntos financieros y de producción, actividad cultural, actividad médica, etc. Un Comité especial integrado por los miembros del Consejo garantiza la implementación de sus resoluciones. El profilactorio convoca anualmente una conferencia de sus antiguas residentes, que actualmente trabajan en la industria. A estas conferencias también asisten representantes de Comités de Industria (talleres o fábricas) donde trabajan muchas de las antiguas residentes del profilactorio. Estas conferencias son de gran importancia porque establecen un vínculo estrecho entre el profilactorio y sus antiguas residentes y ayudan a corregir los defectos descubiertos por las enfermeras del servicio social durante sus investigaciones. Por lo general, el Consejo escucha el informe general del director del profilactorio sobre su actividad durante el año pasado; luego se comparan los datos del último año con los del año anterior (disciplina laboral, trabajo de choque, actividad social, continuación de estudios, tratamiento regular, etc.), y se llama la atención

sobre las deficiencias que deben ser corregidas. Es durante estas conferencias que las tres representantes de las antiguas residentes del profilactorio son elegidas para el Consejo de Asistencia para ese año. Citemos algunos extractos de los discursos de las diferentes trabajadoras, pronunciados durante estas conferencias:

> Me enviaron a la fábrica *AMO*, es la mejor de todas las fábricas. Allí sigo las clases nocturnas de la facultad obrera; antes de la conferencia de hoy debemos decir que definitivamente hemos roto con el pasado vergonzoso y que estamos caminando de la mano con la clase obrera.
>
> Trabajo en la fábrica *Aviopribor* después de pasar un año y medio en el profilactorio. Aquí es donde aprendí a trabajar, trabajo como obrera de choque, supero el plan de producción y doy mi palabra de honor proletaria para continuar en el futuro para cumplir honestamente, como buena trabajadora, las tareas que se me han confiado.
>
> Pasé del profilactorio a la industria, donde he estado trabajando durante un año y medio. En 1929 todavía no tenía derecho a soñar con tener mi propia tarjeta sindical; ahora estoy orgullosa de ello y trabajo activamente en la industria. Odio mirar hacia atrás. Mi pasado, desaparecido, es la calle, la cocaína, el mundo criminal. Y ahora, durante más de un año y medio de trabajo en la industria, no he tenido un solo retraso, incluso aunque fueran 5 minutos, ni tampoco una sola ausencia; soy una obrera de choque, justifico la confianza del poder soviético.

A estos extractos es interesante agregar los de los discursos pronunciados por los representantes de la fábrica y los Comités de Fábrica:

> Saludo a todas las obreras en nombre de la comunidad de 25.000 trabajadores de *Elektrozavod*. En la brigada que dirijo, de 50 personas, 12 son exresidentes de profilactorio; son buenas trabajadoras, nueve de ellas son trabajadoras de choque; sin embargo, todas las 12 lo serán.

La delegada del comité de empresa de la fábrica *Aviopribor*, Guérlik dice:

> Vengo a saludar a la conferencia y al mismo tiempo informar sobre el trabajo en mi brigada de cuatro viejas residentes del profilactorio. Todas trabajan perfectamente; las vemos desarrollarse, interesarse por la política; tres de ellas son trabajadoras de choque, la cuarta pronto se convertirá en una.

Todo lo que acabamos de explicar da una idea de la importancia social del gran trabajo realizado por los profilactorios. Su trabajo se describe en muchos libros publicados en el extranjero y dedicados a la edificación del País de los Soviets. Aquí hay algunos extractos de los muchos comentarios escritos por extranjeros en el libro de visitas del profilactorio de Moscú:

> Aquí también el socialismo y sus intermediarios, los soviets, sacudieron una de las fortalezas del viejo mundo burgués: la prostitución, y resolvieron un problema colosal, uno de los problemas más importantes para la humanidad.
>
> Estoy convencido de que la eliminación completa de la prostitución se completará en la Unión Soviética durante el Segundo Plan Quinquenal.
>
> Notamos la gran impresión que nos deja este nuevo y precioso método para combatir este mal social; abre las perspectivas de una vida nueva y útil.
>
> El sistema social de los países capitalistas altamente civilizados empuja a las mujeres a la decadencia; mientras no podamos controlar todo, nuestro falso pudor sembrará infinitamente ese mal que han eliminado radicalmente.
>
> En una época en que la prostitución avanza a pasos agigantados en diferentes países, llevando a las mujeres privadas de trabajo a las calles, esta institución es el testimonio vivo de todo

lo que el País de los Soviets está haciendo para eliminar la prostitución y devolver a sus víctimas a una vida normal y saludable.

Hemos encontrado un gran trabajo realizado aquí para liquidar la prostitución y notar con alegría que el poder obrero y campesino ha llevado a cabo esta tarea casi por completo.

Vuestra gran ventaja es poder realmente traer a estas mujeres de vuelta a la industria socialista.

El País de los Soviets ha liquidado casi por completo la prostitución. Pero todavía no podemos hablar de una eliminación absoluta en este momento. Seguimos en el combate. Surgen dos preguntas: ¿Cuál es la magnitud de la prostitución en la U.R.S.S. en este momento? ¿Cuáles son las perspectivas para la lucha contra ella?

Es difícil responder a la primera pregunta, ya que no hay una regulación de la prostitución en la U.R.S.S. Antes de la revolución, había entre 25 y 30 mil prostitutas en Moscú y Petersburgo. Miles de prostitutas llegaban de toda Rusia a la feria anual de Nizhni Nóvgorod.

En 1928, por iniciativa de los profilactorios de Moscú y para determinar el número de prostitutas, se organizaron brigadas especiales de trabajadores, miembros de los Consejos de profilactorios, que con la asistencia de enfermeras del servicio social realizaron una encuesta en las calles y establecimientos públicos donde se podían encontrar prostitutas.

Según los datos de estas brigadas, podría haber alrededor de 3.000 prostitutas en Moscú. En ese momento la Bolsa de Trabajo había registrado más de 80.000 mujeres desempleadas.

En 1930 se erradicó el desempleo y una nueva encuesta, similar a la primera, realizada en enero de 1931, detectó alrededor de 800 prostitutas.

Todavía tenemos datos que, aunque indirectos, dan testimonio de la importancia de la prostitución en Moscú; éstos son los datos sobre el número de infectados por prostitutas que padecen enfermedades venéreas. Estas cifras también reflejan la disminución de las enfermedades venéreas.

Año	Enfermos por 10.000 habitantes	Contagiados por las prostitutas	Porcentaje por cada 10.000 habitantes	Porcentaje en relación al año 1914
1914	388,7	221	56,9	100
1925	190	60	31,7	27,1
1927	132	35	26,2	15
1934	75,1	9	12	4

Las cifras citadas anteriores muestran que el papel de la prostitución como fuente de contagio de las enfermedades venéreas ha disminuido en Moscú en comparación con 1914: en 1925 alrededor de 4 veces; en 1927, 6 veces; y en 1934, 25 veces. Pero en 1934 todavía la octava parte de los pacientes de enfermedades venéreas habían sido contagiados por prostitutas. Y, por supuesto, la lucha contra la prostitución no pierde nada de su vigencia.

¿Cómo nos imaginamos el curso futuro de esta lucha?

Al resolver esta pregunta, debe tenerse en cuenta que el perfil actual de prostitutas difiere de la de la época en que la principal causa de la prostitución era el desempleo. Ahora que el desempleo entre las mujeres ya no existe, quienes se dedican a la prostitución no se ven obligadas a hacerlo por dificultades materiales, como fue el caso de la mayoría de las prostitutas en 1930. La prostitución es actualmente ejercida, en breve, por prostitutas profesionales que quedaron del antiguo régimen, que evitan el trabajo y las instituciones de reeducación, así como por prostitutas más jóvenes, exresidentes sin hogar, que nos fueron legadas por la guerra imperialista y la guerra civil. El número de estas prostitutas adolescentes está disminuyendo constantemente, pero difieren cualitativamente de las antiguas prostitutas y son mucho más resistentes a la reeducación a través del trabajo y la actividad cultural.

Las residentes actuales del profilactorio en Moscú son prueba de ello. El porcentaje de prostitutas que han estado en esta profesión durante mucho tiempo, así como el porcentaje de

prostitutas que se han quedado sin hogar, ha aumentado, al igual que el porcentaje de las débiles mentales. En una palabra, la categoría de elementos resistentes ha aumentado al mismo tiempo que ha disminuido el número total de prostitutas en el profilactorio.

Tal cambio en las categorías de prostitutas requiere una revisión indispensable del sistema de reeducación. Aquí surge la pregunta: ¿no es hora de abandonar el viejo punto de vista, según el cual la lucha contra la prostitución no debía transformarse en una lucha contra las prostitutas? ¿No es hora de presentar medidas penales para combatirlas?

Consideramos que, en este momento, cuando notamos una disminución incesante en el número total de prostitutas, no debemos elegir este camino.

Nuestra lucha contra la prostitución debe llevarse a cabo en el futuro como en el pasado, en dos direcciones, con medidas profilácticas y con la reeducación a través del trabajo y la actividad cultural.

Una medida profiláctica esencial debe ser hoy la lucha intensiva contra los restos de vagabundaje en niños y adolescentes. El Comisariado de Instrucción Pública, que lidera la lucha contra el vagabundaje de los niños, debe transformar algunas instituciones que se ocupan del tema en instituciones cerradas, destinadas a adolescentes resistentes a la reeducación y que escapan sistemáticamente de las llamadas instituciones abiertas.

Las prostitutas que han ejercido esta profesión durante mucho tiempo deben ser admitidas en instituciones de reeducación a través del trabajo. La categoría más resistente, que frecuentemente evita el trabajo socialmente útil, aquellas que tienen relaciones con el mundo criminal, deben ser encerradas en instituciones especiales, que forman parte del sistema de seguridad social.

Los profilactorios deben mantenerse en el sistema general establecido para la protección de la salud pública, pero sus métodos de trabajo también deben revisarse para variar aún más el proceso de reeducación a través del trabajo y la cultura. Las residentes de los profilactorios resistentes a la reeducación de-

ben ser transferidas a instituciones cerradas, que deben garantizarles, si es necesario, un tratamiento sistemático.

Así es como actualmente estamos planteando la cuestión de la lucha contra la prostitución. No hemos examinado la prostitución como una fuente de ganancias adicionales. Sin embargo, este problema no puede pasarse por alto. Además de la prostitución profesional, también existe la prostitución auxiliar, cuando una mujer empleada en la industria aumenta sus ingresos trabajando como prostituta.

Bajo las condiciones que ofrecen un aumento incesante en el nivel de vida y los niveles culturales de los trabajadores de la Unión Soviética, este tipo de prostitución no puede desarrollarse. Sin embargo, los datos de la encuesta entre pacientes de instituciones antivenéreas muestran que todavía existen casos de contagio por mujeres que no son prostitutas profesionales.

Teniendo en cuenta que hay 9 casos de contagio por prostitutas por cada 10.000 habitantes y que esta cifra también incluye aquellos contagios por prostitutas no profesionales, debemos concluir que el número de estas últimas es pequeño. Sin embargo, existen; por lo tanto, la cuestión de la lucha sigue vigente.

Dado que el sistema de control de enfermedades venéreas también incluye la divulgación de las fuentes de infección, la detección de mujeres dedicadas a la prostitución como una ocupación complementaria es más fácil que la detección de prostitutas profesionales, ya que los pacientes que han tenido relaciones sexuales con ellas generalmente conocen su dirección, nombre y lugar de trabajo.

Las prostitutas no profesionales que padecen enfermedades venéreas deben ser sometidas inmediatamente a un tratamiento activo en las clínicas. Cuando salgan de ellas se les debe advertir que, si continúan, serán llevadas ante la justicia y las instituciones donde trabajan serán informadas de su conducta.

Hemos presentado un resumen de la lucha contra la prostitución en la Unión Soviética. El País de los Soviets avanza rápidamente hacia la eliminación definitiva de la prostitución y ya ha logrado grandes resultados en esta área.

Los profilactorios ocupan un lugar de honor en esta lucha, pero no son el arma esencial, decidiendo sus resultados. El éxito de la lucha está asegurado por todas las condiciones sociales y económicas que surgen durante el proceso de edificación de la nueva sociedad socialista.

ÍNDICE

7 / Nota editorial

9 / Tesis sobre la lucha contra la prostitución
(Comisión Interdepartamental para la Lucha contra la Prostitución, 1921)

15 / La prostitución y los medios para combatirla
(A. Kolontái, 1921)

37 / Desde diferentes ángulos: la prostitución en la U.R.S.S.
(L. Fridland, 1931)

37 / I. El camino de la vida
87 / II. ¿Cómo caen?
152 / III. De los consumidores

179 / La lucha contra la prostitución en la U.R.S.S.
(V. Bronner, 1935)

179 / Prefacio
180 / I. El estado de la prostitución en Rusia antes de la Revolución de Octubre
183 / ¿Cómo pretendieron luchar contra la prostitución las autoridades de la policía zarista?
188 / II. Cómo se efectuó la lucha contra la prostitución en la U.R.S.S.
208 / Los profilactorios
222 / Resultados de la actividad del profilactorio

mne
mos
yne